MARIAH EVANS
Descenso a los infiernos
SERIE ESPAÑA IV

MARIAH EVANS

Descenso a los infiernos

SERIE ESPAÑA IV

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizarse cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: Descenso a los infiernos.
©Mariah Evans, noviembre 2023.
Diseño de portada: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).
Maquetación interior: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

Con mucho cariño para Kata, mi chilena favorita.
Aquí llega tu novela, espero que la disfrutes tanto como yo escribiéndola.
Muchas gracias por estar siempre a mi lado.
María.

Hay algo que quiero explicar y que debéis conocer antes de comenzar con la lectura.

En cuanto a los demonios, rituales para conjurar y sellos están extraídos del libro "*La llave de Salomón*", "*Clave de Salomón*", etc., aunque advierto que he modificado algunos sellos y conjuros de demonios durante esta serie, no vaya a ser que acabéis conjurando a alguno…

Los hechos históricos de leyendas y todo lo referente a sectas y organizaciones secretas actuales son reales.

¡Allá vamos! Espero que estas novelas os hagan pasar un buen rato y, ante todo, muchas gracias por apoyarme siempre.

Mariah.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
Epílogo
Agradecimientos

1

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: Sea la luz, y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena, y separó Dios la luz de las tinieblas…

Hace eones…
—Monte Hermón—
Cordillera del Antilíbano situada entre Israel, Líbano y Siria.

Anael se movió entre el resto de sus compañeros, pasando entre todos los ángeles que se apilaban a la falda del monte. Rodeada de extensas praderas verdes, la cima estaba bastante nevada. Su existencia era tranquila y plácida en compañía de aquellos primeros humanos por los que sentía un gran cariño. Ella era el ángel del amor, y esa era su misión para la creación de su padre, procurar que el amor fuese lo que rigiese la vida de aquellos primeros humanos.

Avanzó entre todos los ángeles mientras sostenía su sotana blanca con el corazón compungido y sus cabellos rubios volando hacia atrás. Jamás había sentido algo así, suponía que aquello era lo que los humanos describían como preocupación o nerviosismo.

Apartó levemente a su compañero Samael para hacerse un hueco entre todos ellos y se situó a su lado.

El murmullo propiciado por todos los ángeles que se habían congregado allí desapareció, solo en viento con su silbido interrumpía el silencio.

Ante ella, el arcángel Miguel elevaba la espada que había extraído de su cinturón, en la cual se reflejaba el sol. Una espada plateada que resplandecía. Tras él se encontraban el arcángel Gabriel y el arcángel Rafael, y, a diferencia de ellos, vestían con armadura. Los arcángeles poseían una vestimenta mucho más elaborada que la de los ángeles, los cuales solo vestían una túnica blanca. Los arcángeles, en su lugar, portaban una armadura plateada que reflejaba el sol.

Se fijó en el arcángel Miguel, en su cabello rubio oscuro y sus enormes ojos azules. Su rostro transmitía enojo.

—¿Qué ha ocurrido? —susurró Anael a Samael.

Samael miró de reojo a Anael y se removió nervioso.

—Los han encontrado —respondió en el mismo tono que ella.

Se le cortó la respiración y llevó la mano hacia su pecho al notar cómo los latidos de su corazón aumentaban.

Su mirada voló a la espalda de los tres arcángeles. Tras ellos, un gran grupo de ángeles permanecía arrodillado, con la cabeza agachada, pero desde allí no podía ver sus rostros ni identificarlos.

Anael tragó saliva y miró a su alrededor. Se puso de puntillas y miró entre los ángeles que la rodeaban, buscando entre todos ellos. ¿Dónde estaba? Normalmente siempre estaban juntos, pero hacía días que se encontraba más distante. Igualmente, cuando se realizaban ese tipo de reuniones solían encontrarse. Miró de un lado a otro buscándolo entre todos los ángeles allí presentes.

Miguel se giró hacia todos los ángeles arrodillados.

—¿Cómo os atrevéis a desobedecer las órdenes de nuestro padre? —gritó hacia ellos.

Anael sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo. Jamás había visto a Miguel así y, durante unos segundos, volvió la mirada hacia él, consternada por su tono de voz. Estaba realmente enfurecido.

Miguel fue hacia el primero de los ángeles que se encontraba arrodillado, seguido muy de cerca por Gabriel y Rafael.

—Shemiaza —pronunció con voz grave provocando que el ángel que permanecía arrodillado ante él elevase su cabeza. Shemiaza se enfrentó a aquella mirada enfurecida, pero igualmente Anael no pudo ver arrepentimiento en su mirada, sino determinación—. ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has desobedecido las órdenes de nuestro padre? —preguntó tajante y miró al resto—. ¡Todos conocéis las leyes que nos rigen! Y, sin embargo, las habéis desobedecido —les gritó.

Anael dio un paso atrás, asustada por el tono de voz del arcángel. Conocía el temperamento de Miguel. Era un buen superior, siempre estaba pendiente de ellos, los trataba con cariño, pero también era el arcángel más guerrero, era su general.

—Ninguno de nosotros debe incumplir esas leyes —continuó Miguel con un tono de voz grave—. Ninguno de nosotros debe vincularse tanto con los humanos ni influir en su progreso —les recordó—. Y, vosotros… —dijo mirando a todos los ángeles allí postrados—, lo habéis hecho, desobedeciendo así los mandatos de nuestro padre. —Agachó su cabeza para mirar a Shemiaza. Por lo que sabía, él era el cabecilla de aquel grupo—. ¡Nadie puede intervenir en el progreso de los humanos, de la creación de padre! —Inspiró aire mientras miraba a Shemiaza con furia—. ¿Encantamientos? —gritó hacia él—. ¿El poder de las plantas? —continuó enfurecido—. ¡Está prohibido! ¡Es un conocimiento sagrado!

Shemiaza balbuceó.

—Solo queríamos ayudarles… —comentó con decisión.

Miguel lo miró asombrado.

—¿Ayudarles? —ironizó

—Los humanos son inteligentes, más de lo que habíamos pensado.

Si pasaseis más tiempo con ellos os daríais cuenta de que son…

—¡Silencio! —gritó alzando su espada a la altura de su cuello—. Nadie te ha dado permiso para revelar los secretos de padre. Nadie… —enfatizó—, te ha dado esa orden —sentenció.

Shemiaza agachó su cabeza y cerró los ojos mientras apretaba los labios. Sabía que no serviría de nada defenderse, solo empeoraría las cosas.

Miguel miró a su lado y dio un paso a la derecha.

—Harmoni —pronunció el nombre del siguiente ángel—. Tú les has enseñado brujería. —Miró al siguiente—. Baraquel, los signos del rayo… —Caminó internándose entre todos los ángeles arrodillados—. Cocabel, les has enseñado a interpretar los presagios de las estrellas. Zequel, de los relámpagos… —Incluso desde la distancia, Anael pudo intuir que cuando pronunciaba el nombre de uno de sus compañeros este entraba en tensión—. Artagof a interpretar la tierra, Yamziel… a interpretar el sol. Zajariel, la luna…

Anael apartó la mirada de ellos y volvió a buscarlo entre todos los allí presentes, girando a su alrededor, buscando aquella cabellera negra y aquella sonrisa.

—¿Dónde se ha metido? —susurró más para sí misma que para alguien en particular.

—Gadreel… —continuó Miguel.

En ese momento a Anael se le paralizó el corazón. Sintió cómo todos sus músculos se tensaban y un ligero temblor comenzó a apoderarse de todo su cuerpo. ¿Gadreel? ¿Estaba allí? ¿En el grupo de desertores? ¿Cómo podía ser?

Miró incrédula hacia la alta figura de Miguel y pudo observar ante él a su gran amigo Gadreel arrodillado. Tenía la cabeza agachada hacia delante y las manos a la espalda. Pudo observar cómo Gadreel elevaba su mirada hacia Miguel, una mirada decidida.

Miguel lo miró directamente a los ojos.

—Los has adiestrado en el arte de la guerra…

Gadreel no descendió la mirada ni un ápice, demostrando así que no se arrepentía de lo que había hecho.

Anael se llevó la mano hacia sus labios temblorosos.

—No… —susurró—, ¿qué has hecho? —sollozó.

Miguel dio unos pasos al lado para caminar entre el resto de los ángeles.

—Vosotros, los Grigori, solo tenéis la función de acompañar y vigilar el desarrollo de la vida de estos primeros humanos. ¡Solo tenéis una única norma que cumplir! Y es la de no interferir bajo ninguna circunstancia en los actos humanos ni establecer relaciones cercanas con ellos. —Llegó hasta Gabriel y Rafael situándose entre ellos dos—. La habéis desobedecido y, como tal, tendréis vuestro castigo…

—Ohhh… —Comenzó a escucharse un murmullo entre todos los ángeles que se habían congregado allí para escuchar lo que el arcángel Miguel, su superior, tenía que decirles.

—No, no, no… —sollozó Anael desesperada, mirando fijamente a Gadreel.

Como si Gadreel sintiese aquella mirada, elevó lentamente su cabeza hacia ella. Entre todos los ángeles Anael destacaba por su belleza, por la ternura que transmitía su rostro. Clavó su mirada en los enormes ojos de Anael que, incluso desde allí, parecían llorosos.

Anael se quedó totalmente estática mientras miraba fijamente a Gadreel. Él había desobedecido las órdenes de su padre, le había mentido. Durante los últimos días le había preguntado qué le ocurría, pues estaba más escurridizo de lo normal, sin embargo, él no había pronunciado nada sobre aquello… si tenía problemas, si lo habían obligado a colaborar con ellos… podría habérselo dicho, ella encantada le habría ayudado.

Anael apretó los labios intentando contener un puchero.

—A no ser… —continuó Miguel—, que los cabecillas de esta insurrección asuman su culpa. En ese caso, los demás quedarán libres.

Anael tragó saliva mientras sentía las palpitaciones de su corazón.

—Habla, Gadreel… —suplicó en un susurro—, por favor… habla.

Por primera vez sintió cómo algo mojado descendía por su mejilla. Llevó las yemas de los dedos hasta ella y se secó una lágrima. Observó aquella lágrima similar a una gota de lluvia que emanaba de sus ojos. Había visto a los humanos llorar muchas veces, pero ella jamás había sentido esa necesidad, sin embargo, ahora, sentía un vacío en el pecho como jamás había sentido antes, algo que le comprimía y le impedía respirar con normalidad.

—¡Todos hicimos un juramento en anatema! —gritó uno de los ángeles arrodillado—. Todos estamos de acuerdo con lo que hicimos.

Miguel miró a ese ángel y luego buscó entre el resto de los ángeles arrodillados por si alguno se dignaba a hablar, pero hubo silencio.

—¿Eso hicisteis? —preguntó sorprendido dando un paso al frente —. ¿Os vais a proteger los unos a los otros cuando nuestro padre os está ofreciendo el perdón? —Guardó silencio esperando a que alguno dijese algo, pero nadie habló. Miguel inspiró con fuerza y finalmente asintió—. Que así sea —dijo dándoles la espalda y volviendo al lado de los dos arcángeles—. Seréis expulsados del cielo y descenderéis a las tinieblas…

—Nooo… —susurró Anael asustada.

—A esas tinieblas donde moraréis durante toda la eternidad. Desde este mismo momento se os cierran para siempre las puertas del cielo y perderéis vuestra luz.

Hubo un sonoro “ohhh” de incredulidad entre todos los asistentes.

Anael negó con su cabeza mientras intentaba contener el llanto. Buscó con la mirada rápidamente a Gadreel, el cual la observaba fijamente apretando los labios, sin apartar un ápice sus ojos de los de ella. Aquella vez no vio decisión en aquella mirada, sino la más profunda pena.

—Seréis llevados a las puertas de las tinieblas ahora y allí moraréis para siempre.

Anael negó, incapaz de asimilar aquello.

—Gadreel —susurró atemorizada, casi sin poder mantenerse en pie.

—Hágase pues la voluntad de nuestro padre —sentenció Miguel. En ese momento, Gabriel y Rafael dieron un paso al frente extrayendo sus espadas—. ¡En pie! —ordenó Miguel.

Todos los ángeles que habían permanecido arrodillados obedecieron. Gadreel no apartó la mirada de Anael ni un instante, como si quisiese grabar su rostro en su mente.

—No, no, no… —susurró ella impotente.

Tragó saliva y comenzó a moverse entre todos los ángeles allí reunidos, totalmente paralizados ante aquella sentencia. Sí, habían desobedecido a su padre, habían atentado contra su obra… pero era un castigo excesivo.

Miguel se situó a un lado de aquella ladera y Rafael al otro, vigilando a aquel pelotón. En ese momento, varios arcángeles más descendieron de los cielos para ayudar a sus compañeros en el cometido de llevar a los sentenciados hasta las puertas de las tinieblas.

—No… —volvió a suplicar ella mientras avanzaba consternada entre sus compañeros, sin apartar la mirada de Gadreel y sin darse cuenta de que los iba apartando sin mirarlos, solo intentando acercarse al grupo que en pocos segundos se llevarían.

Gadreel miró a su lado mientras varios de los compañeros que habían cometido desobediencia junto a él se situaban formando una fila india para ser conducidos a aquel horrible destino.

Su mirada voló de nuevo hacia Anael que avanzaba desesperada entre todos los ángeles en su dirección, con la mirada clavada en él y los ojos llorosos.

Gadreel negó en su dirección para que ella no se acercase. Al menos, Anael se detuvo, desesperada y desesperanzada, con una mirada de un sufrimiento tal que le rompió el corazón.

Gadreel suspiró.

—Lo siento —susurró en su dirección, lo que provocó que Anael no pudiese contener más las lágrimas. No dijo nada más, no quería ver aquel rostro lleno de dolor, un dolor que había provocado él. Ella no se merecía eso.

Se giró dándole la espalda y todos comenzaron a caminar custodiados por los arcángeles hacia las puertas del infierno.

Anael no se movió de allí mientras veía cómo aquel pelotón se alejaba cada vez más. Posó sus ojos en la espalda de Gadreel mientras este se alejaba hasta que se confundió con el resto de sus compañeros.

¿Por qué había hecho aquello?

Rompió a llorar por la desesperación. Sí, había obrado mal, pero su corazón no sentía ira contra él. Su corazón estaba totalmente destrozado en aquel momento.

Dicen que un ángel se limita simplemente a cumplir las órdenes de su padre, sin embargo, un ángel también puede sentir, y aquellos sentimientos son tan arrebatadores que permanecen por siempre, en la eternidad de su existencia.

Ese día, por primera vez, supo lo que era el dolor por la pérdida.

En la actualidad.

—Anael… Anael… —escuchó la voz de Miguel sacándola de su ensoñamiento.

Se habían reunido en la planta superior de la vivienda situada en Barxa, una aldea localizada en Lugo. Después de los últimos acontecimientos aún mantenían la esperanza.

Astaroth, uno de los más poderosos serafines de Dios que había caído, había sido liberado por la secta Thelema, adoradores del demonio. Astaroth era uno de los ángeles con más poder y fuerza, capaz de matar ángeles y abrir las puertas del infierno. Esa era la misión de Thelema y la razón por la que habían liberado a Astaroth. Ahora, este moraba libre en el infierno junto al resto de la tríada maligna: Belcebú y Lucifer, y sabía que harían todo lo necesario para abrir las puertas del infierno y escapar de él, huir de aquel castigo al que habían sometido primero a los ángeles caídos y, posteriormente, a otros ángeles como Astaroth. Ellos clamaban venganza y pensaba combatir con todas sus fuerzas.

Sabía que para abrir las puertas del infierno hacían falta dos objetos: el grimorio del rey Salomón y el anillo de este mismo. El grimorio ya obraba en su poder y, en esos momentos, se encontraba en el subterráneo de aquella vivienda, custodiado por la magia angelical para que no pudiese ser localizado, sin embargo, el anillo del rey Salomón se encontraba en el infierno, estaba en manos de la tríada maligna. Eso complicaba las cosas. Por un lado, los demonios y ángeles caídos tenían en su poder uno de los objetos sagrados necesarios para abrir las puertas del infierno y escapar de él. Por otro lado, también era necesario para este fin el grimorio del rey Salomón. Así, esos dos objetos servían tanto para abrir las puertas del infierno como para volver a confinar a Astaroth en un recipiente. Si obtenían

el anillo matarían dos pájaros de un tiro: evitarían que las puertas del infierno se abriesen y podrían encerrar a Astaroth de nuevo.

El problema era que el anillo se encontraba en un lugar al que ellos no tenían acceso, por eso mismo, Anael les había revelado el nombre de una viajera, Katherine Fernández. Ella tenía el don de poder moverse entre diversos planos de la realidad y podría hacerse con el anillo. Al menos, esa era la idea que ellos tenían en mente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Anael aún inmersa en sus pensamientos. No era siempre, pero muchas veces, sobre todo últimamente, desde que Gadreel había vuelto a aparecer en su vida, recordaba más el momento de la caída de sus compañeros.

Aquel pensamiento la ofuscaba. Gadreel había cambiado demasiado y ahora parecía ayudar a la tríada para intentar escapar del infierno. Anael incluso se había visto obligada a luchar contra él y tener que realizarle un exorcismo días atrás. Suponía que aún debía de estar recuperándose del mismo.

Víctor ladeó su cuello y miró a Anael, sorprendido.

—Nunca había visto a un ángel quedarse en Babia…

Anael chasqueó la lengua.

—Lo cierto es que no has visto a un ángel hacer muchas cosas —bromeó ella dirigiéndose a la ventana donde se encontraba Miguel.

Se situó a su lado y observó.

—Ya han llegado —confirmó Miguel.

Uno de sus todoterrenos había aparcado frente a su casa. Marcos había ido a recoger a los miembros de la Aurora Dorada que se habían ofrecido voluntarios para custodiar el grimorio mientras ellos iban en busca de la viajera. No podían dejar el grimorio sin vigilancia, y qué mejor que ellos junto a Valeria para hacerlo.

Anael sonrió cuando vio a Kemal, Efrem, Jake y Liú bajar del todoterreno. Todos ellos formaban parte de la orden de la Aurora Dorada, orden cuyo objetivo era luchar contra el mal a nivel espiritual, básicamente demonios. Ellos se habían encargado de poner el grimorio del rey Salomón a buen recaudo durante mucho tiempo, y ahora seguirían haciéndolo en su ausencia.

Valeria los recibió con los brazos abiertos y se fundió en un abrazo con cada uno. La última vez que los había visto era en Turquía, cuando se habían quedado a proteger un falso grimorio para despistar a los vampiros enviados por Lilith, arriesgando sus vidas para que ellos pudiesen poner el verdadero grimorio a salvo.

—¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó separándose de Kemal.

—Un viaje muy tranquilo —respondió este con una sonrisa, el cual se separó de ella y fue a darse un abrazo con Daniel.

Lo cierto era que la colaboración con la Aurora Dorada había dado muy buenos frutos, además de que habían logrado forjar una

gran amistad entre ellos.

—Pasad, vamos —dijo Aitor esperándolos en la entrada—. Bienvenidos a nuestro hogar.

Miguel, Víctor y Anael descendieron las escaleras para encontrarse con ellos y darse un fuerte abrazo también.

—¿Todo bien? —preguntó Miguel a Jake.

—Sí, un vuelo muy tranquilo, la verdad… ¿y vosotros? —preguntó este mientras observaba cómo Aitor cerraba la puerta.

Aitor se acercó a ellos.

—De momento bien, llevamos una semana muy tranquila.

Los cuatro recién llegados respiraron tranquilos. Gracias a Valeria sabían que todo iba bien, que no habían tenido ningún problema, pero les preocupaba que durante las horas de vuelo desde Estambul a Lugo hubiese surgido algún imprevisto.

—Entonces… —continuó Kemal—, ¿el grimorio está bien?

Víctor les sonrió y asintió.

—¿Qué os parece si lo comprobáis por vosotros mismos?

Jake, Kemal, Efrem y Liú miraban asombrados la habitación que habían montado para proteger el grimorio del rey Salomón.

Kemal dio unos pasos hacia delante observando a su alrededor.

Las ventanas estaban cubiertas con tela de color negro para evitar que nadie pudiese ver desde el exterior.

El resto de la sala estaba cubierta por sábanas de color blanco. Suelo, techo y cada una de las paredes estaban forrados por la tela más blanca que jamás hubiesen visto y en cada sábana había diferentes sellos y runas que garantizaban un hechizo de invisibilidad y que los demonios no pudiesen acercarse.

Tanto en el suelo como en el techo estaba dibujada la estrella de David, garantizando la protección del grimorio.

En el centro del sello pintado en la sábana del suelo había un atril y, sobre este, uno de los libros más antiguos del mundo.

Kemal ya lo había observado con anterioridad, durante su estancia en el Palacio de Ishak Pachá, pero realmente nadie se acostumbraba a ver algo así. El libro tenía el poder de captar tu atención e hipnotizarte. Uno de los libros más especiales que jamás se habían escrito, redactado por el propio arcángel Miguel para combatir a los demonios y a todos los males de este mundo. El libro, abierto prácticamente por la mitad, tenía una cúpula de cristal sobre él con símbolos mágicos labrados en plata tales como la estrella de David, e incrustados en ella.

Se acercó y lo observó. Sí, el grimorio estaba en perfecto estado, tal y como lo había visto por última vez, aunque sus hojas de papiro estaban amarillentas y corroídas por el paso del tiempo.

Aquel libro podía cambiar el curso de la historia de la humanidad. Ahora, era su bien más preciado.

—Jamás lo habíamos abierto —susurró Kemal sin apartar la mirada de él, observando los escritos en tinta de hacía tantos milenios.

Aitor dio unos pasos hacia delante situándose al lado de Kemal.

—Se trata de la lengua acadia, actualmente extinta —le explicó observando.

—La lengua de Mesopotamia hablada por asirios y babilonios durante el segundo milenio antes de Cristo —susurró Kemal fascinado.

—Escritura cuneiforme derivada del sumerio —continuó Aitor.

Efrem, Jake y Liú también se acercaron para observar, pues ninguno de ellos se había atrevido a abrir el grimorio, solo se habían limitado a protegerlo.

—¿Comprendéis la lengua acadia? —preguntó Jake asombrado.

Víctor se situó a su lado y negó con la cabeza.

—Nosotros no, pero ella sí —señaló con un movimiento de cabeza a Anael, la cual permanecía con una sonrisa al lado de la puerta—. Tenemos un reflector y proyectamos las páginas en las sábanas para que Anael las vaya traduciendo —explicó y dio unos pasos hacia la mesa situada al lado de la puerta—. El grimorio tiene mil ciento cincuenta y seis páginas. De momento hemos traducido doscientas treinta y cuatro.

Kemal los miró interesado.

—¿Habéis encontrado ya el conjuro para encerrar a Astaroth en la botella?

—Aún no —continuó Víctor.

—Aun así… —intervino Anael dando unos pasos hacia ellos—, no podríamos realizarlo. Nos falta en anillo de Salomón. Sin él jamás podríamos tener la fuerza necesaria ni el poder suficiente para luchar contra Astaroth. —Avanzó hasta ellos—. Por eso necesito que os quedéis vosotros aquí protegiendo el grimorio. Debemos ir a por la viajera. Hay que conseguir el anillo como sea —dijo mirando a la división.

Liú asintió.

—Podéis estar tranquilos.

—Yo, como sabéis, puedo materializarme en cualquier momento, e iré viniendo varias veces al día. —Los miró sonriente—. No os preocupéis.

Jake chasqueó la lengua.

—No nos preocupamos, tranquila. Protegimos el grimorio durante meses, no hay problema. Además —dijo mirando a su alrededor—, la habitación está muy bien protegida. Dudo que los demonios sepan que el grimorio se encuentra aquí.

Víctor asintió mientras se pasaba la mano por el cabello oscuro.

—Sí, todos lo dudamos… si no ya habrían intentado atacar —respondió dándole la razón.

Kemal seguía mirando ensimismado el grimorio.

—¿Tenéis la traducción por escrito? —preguntó hacia el grimorio.

Aitor asintió y fue hacia la mesa situando una mano sobre una carpeta llena de folios y un ordenador portátil.

—Lo que tenemos traducido está aquí. Lo vamos pasando al ordenador mientras Anael traduce y luego lo imprimimos. Podéis echarle un ojo.

Anael miró sonriente a Kemal.

—Durante los días que estemos fuera puedo ir pasándome y podemos traducir un poco si queréis. Así adelantamos trabajo —se ofreció ella.

—Claro —respondieron los miembros de la Aurora Dorada.

—Nos encantaría traducir contigo parte del grimorio —comentó Jake—, sería un privilegio.

Anael miró a Aitor y este asintió. Cuanto más trabajo adelantasen, mejor.

—Bien, pues… —Aitor se giró hacia Valeria—. Te quedas al cargo —la señaló—. Que se instalen en nuestras habitaciones, sin problema. Como si estuvieseis en vuestra casa. Y cualquier problema nos avisáis. Anael puede presentarse en una fracción de segundo aquí.

Valeria asintió.

—Sí, lo sé, podéis estar tranquilos.

—De acuerdo —comentó Aitor—, Kemal, ¿vendrás con nosotros? ¿Pilotas tú?

—Sí, os llevo yo. —Miró a Anael—. ¿Serán muchos días?

—No creo. Un par a lo sumo —respondió sin darle mucha importancia.

Kemal intervino de nuevo.

—Bueno, solo ir hasta Chile, Puerto Natales, ya son unas quince horas —explicó—. Y deberemos parar a repostar. Tengo el plan de vuelo en el todoterreno, pero pon más de un día para ir y otro para volver, y… después de un vuelo tan largo se agradece descansar un poco —comentó con timidez.

—Claro —reaccionó Aitor que no había tenido eso en cuenta—. Nos ajustaremos a lo que te vaya mejor, sin problema. —Kemal asintió cohibido—. ¿Necesitas descansar un par de horas ahora?

Kemal negó.

—No, voy bien. Haremos escala en el Aeropuerto Internacional de São Paulo, conocido también como Aeropuerto Internacional de Cumbica. Es un aeropuerto brasileño internacional ubicado en el municipio de Guarulhos. Son unas once horas —explicó—. Allí depende de cómo me vea sí os pediré dormir unas horas antes de

continuar.

Aitor asintió.

—Lo que tú mandes —repitió Aitor y miró al resto de la división—. Bien, pues… iré a despedirme de Nerea… está en casa de Elena, ¿verdad?

Miguel asintió.

—Voy contigo.

—Salimos en media hora —ordenó Aitor—. Ah, por cierto… —miró a Anael—, ¿puedes avisar al padre Santiago de que salimos en un rato hacia Chile?

Anael asintió y ambos, Aitor y Miguel, se encaminaron juntos hacia la puerta.

Víctor observó cómo ambos salían para despedirse de sus parejas. Miró de reojo y vio a Daniel que se acercaba a Valeria. Puso los ojos en blanco y se dirigió hacia la puerta.

Tanto Aitor, como Miguel y Daniel tenían pareja, buenas chicas que ya formaban parte de su familia y que convivían con ellos sin ningún problema, protegiendo sus secretos. Tenía muy buena relación con todas.

Siguió a Miguel y a Aitor que fueron hacia la puerta de la vivienda.

—Mientras os despedís de vuestras novias… —ironizó Víctor—, yo iré metiendo las maletas en el vehículo. Así voy adelantando mientras vosotros os dais besitos.

Aitor y Miguel se giraron como si no fuesen conscientes de que los seguía.

Los dos enarcaron una ceja en su dirección mientras Aitor abría la puerta.

—Pues te lo agradecemos mucho —bromeo este.

Miguel le guiñó el ojo antes de seguir a su jefe fuera de la vivienda y cerrar la puerta tras de sí.

Lucas y Marcos subieron las escaleras del subterráneo y se dirigieron hacia Víctor.

—Te ayudamos —indicó Lucas.

Marcos miró con gesto de burla a Víctor mientras cogía otra de las maletas amontonadas en el recibidor. Llevaban toda aquella semana preparándolas.

—Parece que hay que tener novia para poder librarse de ciertos trabajos pesados —bromeó este.

—Sí, habrá que buscarse novia —contestó Víctor cogiendo una maleta con cada mano—, o vamos a acabar de botones de estos tres bobalicones —dijo con los dientes apretados.

2

Katherine Fernández se detuvo ante la puerta de su vivienda, en Puerto Natales, Chile, y suspiró. El clima era caluroso en esa época del año en comparación con el resto y, a esas horas, con una camiseta de manga corta y una fina chaqueta encima ya había suficiente.

Su casita, situada cerca de la playa en Puerto Natales, era pequeña, pero constaba de todo lo que necesitaba.

Era una bonita casita de color azul situada al otro lado de la carretera que separaba con la playa.

—Nooo —sollozó al ver que de su puerta colgaba un papel—. Mierda —susurró mientras cogía el papel.

Antes de abrir ese papel ya sabía de qué se trataba.

Lo abrió y leyó atentamente.

“Si no paga el alquiler antes de que finalice octubre se le ejecutará vía judicial”.

Cerró los ojos con fuerza y resopló. Buscó las llaves de su casita en el interior de su bolso y entró.

Encendió la luz y arrojó su fina chaqueta en el asiento.

La casita no tenía recibidor, accedías directamente al comedor, un comedor pequeño con un sofá de dos plazas apoyado contra la pared, una mesa redondeada de madera en el centro rodeada de cuatro sillas y una televisión sobre el mueble de madera que había en un lateral. Desde el comedor, a la izquierda accedías a una pequeña cocina y en el lado de la derecha había un pasillo que conducía a dos habitaciones. Una de ellas tenía una pequeña cama y un escritorio, la otra habitación era un despacho. En la planta superior había espacio para dos habitaciones más, una de ellas era la suya, con una gran cama de matrimonio, y la otra la tenían montada como habitación de invitados con dos camitas. En cada planta había un aseo, aunque el de la planta de arriba disponía de una gran ducha, cosa que el de la planta baja solo era un retrete y el lavamanos.

Fue hacia la mesa y se apoyó en ella cerrando los ojos con fuerza, intentando relajarse.

Se había independizado con veintiún años, cuando había encontrado un trabajo allí, justamente en Puerto Natales. Encontrar trabajo no era fácil. Había nacido y crecido en Puerto Cisnes, en la otra punta del país. Allí las oportunidades eran escasas, por esa misma razón había decidido emprender ese viaje y probar suerte. No era un gran empleo, pero al menos le había dado para vivir aquellos últimos cinco años. Ahora, con veintiséis años, se encontraba de nuevo

perdida. Trabajar en un supermercado como cajera no le garantizaba un gran sueldo, pero al menos había tenido suficiente para el alquiler y vivir bien, sin embargo, con la subida del alquiler del último año se le estaba haciendo cuesta arriba y ya tenía tres cuotas sin pagar.

Su madre se había jubilado hacía poco y, aunque seguía trabajando en pequeñas cosas para ganar dinero, ella siempre le enviaba algo para que pudiese pasar bien el mes.

Hacer frente al alquiler de una vivienda con la pensión de jubilación allí era imposible, más si solo contaban con su sueldo. Su padre las había abandonado cuando ella tenía tres años y, desde entonces, su madre se había dedicado a trabajar sin descanso para intentar que no le faltase de nada, pero aquellas largas jornadas laborales descargando camiones habían provocado un empeoramiento en el estado de salud de su madre. ¿Cómo no iba a ayudarla en todo lo que necesitase? Aunque se encontrasen a más de diecisiete horas en coche cada día hablaban varias veces por teléfono.

Miró al frente y suspiró. ¿Qué iba a hacer? Con aquel sueldo en los grandes almacenes como cajera ni siquiera podía cubrir su alquiler y las necesidades de su madre. Quizá debería buscar otro trabajo con un sueldo más alto, pero… ¿dónde? Podía dar gracias de tener ese trabajo, pues el mundo laboral estaba muy complicado en Chile.

Suspiró y brincó cuando escuchó la llamada de teléfono. Sabía de quién se trataba.

Fue hacia la mesita y cogió el teléfono fijo de casa.

—¿Sí?

—Hola, hija —dijo la voz de su madre al otro lado.

—Hola, mamá —respondió mientras se sentaba en el sofá y apoyaba las piernas en él, recostándose.

—Ya has llegado a casa —confirmó su madre.

—Sí, acabo de llegar ahora mismo —respondió sonriente—. ¿Y tú? ¿Cómo ha ido el médico hoy? —preguntó incorporándose. Después de todo el día sin parar se le había olvidado hasta ese momento la cita médica de su madre—. ¿Ha ido bien?

—Bueno, ya sabes… lo de siempre…

—¿Te han dicho algo de la operación? —preguntó preocupada.

Escuchó el suspiro de su madre al otro lado.

—Dicen que es mejor no operar… es arriesgado. Y como no están todos los nervios pinzados…

—Mamá, tienes una hernia discal hace cuánto… ¿siete años? No puedes seguir así.

—Bueno, con la medicación… voy haciendo.

Katherine suspiró y tragó saliva. Sabía que su madre no quería preocuparla, pero cuando vivía con ella la había visto doblarse de dolor por la lumbalgia y la ciática que le provocaba aquella dichosa

hernia discal.

Apretó los labios y se pasó la mano por la frente, angustiada.

—¿Tienes la medicación?

—La semana que viene iré a comprarla —susurró.

—¡Mamá! —dijo ella levantándose del asiento de un salto—. ¿Aún no has cobrado?

—Bueno, cariño… ya sabes que me pagan cuando pueden y la pensión es baja…

Katherine cerró los ojos y miró hacia el bote de azúcar que tenía sobre la encimera, a pocos pasos. Fue hacia él y lo abrió. Había logrado ahorrar 150 000 pesos. Pensaba darlo para el alquiler, pero, en aquel momento, su madre lo necesitaba más.

Con la pensión que su madre cobraba, unos 206 000 pesos, no llegaba para nada, por esa misma razón no había podido dejar de trabajar pese a cumplir los sesenta y cinco años el pasado año. ¿De verdad creían que una persona podía vivir con aquella pensión?

—No te preocupes, mamá, ahora iré a hacerte un ingreso.

—No, cariño, no hace falta…

—Sí que hace falta —la interrumpió guardando el dinero en su bolsillo—. Son unos ahorros que tengo, no te preocupes —pronunció cogiendo las llaves de la casa. El cajero estaba a diez minutos andando, así que no tardaría mucho en tenerlo ingresado—. Mañana a primera hora lo tendrás en tu cuenta corriente, así que ve a primera hora a la farmacia y compra la gabapentina. —Su madre suspiró, como si no quisiese aceptarlo—. Mamá, has cuidado de mí toda tu vida… deja que yo cuide ahora un poco de ti, aunque sea de esta forma —pronunció con ternura.

—En cuanto cobre te lo devolveré.

—No tienes que devolverme nada —se acercó a la mesita—. Te dejo, voy al cajero. Avísame mañana cuando hayas comprado la medicación, pero avísame al móvil, mañana tengo turno de mañana.

—De acuerdo, muchas gracias, tesoro.

—No me agradezcas más algo así —bromeó ella—. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti —pronunció su madre con la voz quebrada.

Sabía que, al menos, con aquel medicamento que era el que tomaba desde hacía años podía pasar un poco mejor las noches y el resto del día.

Colgó el teléfono y sin pensarlo más salió de la vivienda.

A esas horas el sol ya se escondía tras el horizonte del mar.

Cruzó la calle observando que los últimos rayos de sol se reflejaban en el mar. Desde allí podía verse el glaciar Balmaceda, un glaciar eterno, que siempre permanecía allí. En pleno invierno todas las montañas que rodeaban el poblado estaban nevadas, ahora, en

aquella época, solo quedaba el glaciar.

Su pueblo era hermoso, en plena naturaleza. Si no fuese por la poca suerte que había tenido con el alquiler sería un paraíso.

Llegó hasta el cajero. Le iba a ser difícil reunir el resto para pagar ese mes de alquiler también, pero ya se las apañaría. Intentaría buscar otro trabajo. Al día siguiente mismo se pondría a ello.

Ingresó el dinero que llegaría a su madre al día siguiente y volvió hacia su hogar, con las manos en los bolsillos. Miró al lado donde había varios hoteles, quizá podría preguntar si necesitaban a alguien. En cuanto saliese del trabajo al día siguiente iría a todos los hoteles y restaurantes de Puerto Natales a preguntar. También podía mirar otros alquileres. Sabía que alquilaban habitaciones, de aquella forma podría ahorrar algo más.

Ralentizó el paso cuando observó que el señor Soto se acercaba a su vivienda con paso rápido. Resopló y se detuvo durante unos segundos. Aquello iba de mal en peor. Lo mejor era afrontar los hechos y explicarle la situación.

Se acercó lentamente mientras veía cómo el señor Soto llamaba al timbre y golpeaba la puerta varias veces, bastante enfadado.

—Abre la puerta, Katherine —ordenó dando unos golpes con la palma de la mano en la puerta.

Katherine apretó los labios y se situó a su espalda.

—Señor Soto —pronunció en un susurro mientras metía las manos en los bolsillos de su pantalón.

El hombre no se esperaba que estuviese tras él, seguramente había visto la luz encendida del comedor y pensaba que se encontraba en el interior.

—Aquí estás —comentó girándose hacia ella, cruzándose de brazos—. Supongo que has recibido mi carta.

Ella asintió con timidez.

—Sí, la he recibido. —Tragó saliva nerviosa—. Lo lamento mucho, de verdad, y le prometo que le pagaré lo que le debo…

—¡Me debes 900 000 pesos! —reaccionó con un grito.

El señor Soto era un hombre bastante corpulento, de unos cincuenta años y con varios pisos en alquiler, de hecho, ese era su negocio. Normalmente, en temporada de turismo arrendaba la casa a todos los turistas que llegaban a visitar la zona, pero durante el resto del año la alquilaba para los habitantes de allí. Ella había tenido suerte y como siempre había pagado sin problema hasta ese momento no la había alquilado para los turistas, pero sospechaba que, dado que estaba faltando al pago, su intención era desahuciarla en cuanto acabase el mes para poder arrendarla a los turistas. Sin duda, ganaría mucho más que con ella.

—Lo sé —susurró intentando calmarlo—. De verdad que lo

lamento mucho. He tenido unos meses muy malos. Mi madre vive en Puerto Cisnes y con la pensión no le llega para pagar el alquiler, está trabajando, pero se están retrasando en el pago y está enferma. Necesita dinero para medicamentos y se lo he estado enviando yo para que…

—Katherine, no me interesan tus problemas. Cada uno tiene los suyos propios, y yo también tengo una familia que mantener.

—Lo sé. Mañana mismo buscaré otro empleo e intentaré pagarle todo lo que le debo en los próximos meses…

El señor Soto ladeó su cabeza y apretó los labios.

—Llevo tres meses escuchando lo mismo…

—Por favor…

—Lo siento, Katherine, pero si no me pagas lo que me debes antes de que acabe el mes no te renovaré el mes que viene el arrendamiento y reclamaré el dinero vía judicial —pronunció con voz firme.

Ella lo miró asombrada.

—¡Solo quedan diez días para que acabe el mes! —pronunció intentando controlar su voz.

—Haz lo que quieras, pero págame. Si no el treinta y uno de octubre te quiero fuera.

Katherine se removió desesperada.

—No puedo juntar 900 000 pesos en diez días —sollozó—, por favor, durante estos últimos cinco años siempre he pagado rigurosamente. Solo estoy pasando una mala racha.

—Han sido ya tres avisos —recordó. Inspiró con fuerza y avanzó rodeándola—. Tienes hasta el día treinta y uno de octubre —insistió sin dejar de avanzar, sin atreverse a mirar hacia atrás, como si en cierto modo sintiese pena.

Se giró para observar cómo el señor Soto se alejaba de allí sin mirar atrás y respiró hondo intentando controlar el llanto. Aquello iba de mal en peor. ¿Cómo iba a conseguir en diez días 900 000 pesos? El señor Soto sabía que eso era imposible. Estaba claro que quería arrendar la vivienda a los turistas que llegasen y que, sin duda, desembolsarían una suma de dinero más grande que ella.

Sintió cómo sus dedos temblaban mientras introducía la llave en la cerradura.

Entró y cerró la puerta tras de sí. Se apoyó en ella y esta vez no contuvo el puchero de su labio.

Era imposible que consiguiese aquella cantidad de dinero. Aunque trabajase en dos trabajos no pagarían hasta el mes siguiente.

Al día siguiente trabajaría por la mañana y en cuanto acabase buscaría alguna habitación con precio más asequible y otro trabajo. Allí, de cajera estaba a gusto, se llevaba bien con sus compañeros, pero le era imposible llegar a fin de mes con la subida del alquiler del

último año, pagar luz, agua, gas, alimentación… se le estaba haciendo demasiado cuesta arriba.

Fue hacia el aseo y se miró en el espejo. Su cabello negro y largo contrastaba con la blancura de su piel, suponía que por los nervios. Sus ojos color miel resaltaban gracias a las largas pestañas de sus párpados.

Se pasó la mano por el cabello, despeinándolo, y agachó su cabeza. Resopló y se pasó la mano por su rostro.

—Todo mejorará —susurró mientras miraba el comedor. Puede que en menos de diez días aquel ya no fuese su hogar. Le había cogido cariño, pero las circunstancias personales por las que estaba pasando no eran buenas. Lo más importante en ese momento era ayudar a su madre, así que si debía cambiar de casa y de empleo lo haría.

Al día siguiente se levantaría y comenzaría a configurar una nueva vida.

Víctor miró a Miguel que se había sentado en paralelo a él, enfrente de Anael.

El viaje estaba siendo lento y pesado, tantas horas en el avión, en un espacio tan reducido, se le hacía aburrido. Pese a que el jet era confortable y tenía todo lo que necesitaban para pasar el rato, este pasaba lento, demasiado lento.

Se habían detenido en el Aeropuerto Internacional de São Paulo durante cuatro horas. Habían comido y Kemal se había echado a dormir en el interior del jet, en el hangar, durante tres horas. Esas tres horas el resto de la división las había pasado en el hangar tomando refrescos y hablando, así Kemal disponía de silencio y un ambiente relajado para descansar. Después habían despegado y ahora ya se dirigían hacia el Aeródromo Teniente Julio Gallardo, el principal aeródromo de la Provincia de Última Esperanza, en la Región de Magallanes y de la Antártica Chilena, ubicada a siete kilómetros de la ciudad de Puerto Natales. Allí, y gracias a la Aurora Dorada, disponían de una furgoneta con la que podrían recorrer la zona.

Resopló y se puso en pie. Se dirigió a la barra donde se encontraban Marcos y Lucas. La última vez que habían montado en aquel jet era para volver de Estambul tras hacerse con el grimorio perdido del rey Salomón. En ese viaje él mismo se había encargado de servir a sus amigos tras la barra de aquel jet como si se tratase de un camarero. Ahora, Marcos parecía haber asumido ese rol y se encontraba detrás de la barra sirviendo una copa a Lucas.

—Va un madrileño y un catalán… —se burló Víctor mientras se acercaba a ellos dos, lo que se llevó una ceja enarcada de ambos—, ¿qué? —preguntó apoyándose en la barra—. Esto es un aburrimiento —continuó asqueado.

Marcos se encogió de hombros y le dio la razón.

—¿Qué te pongo?

—¿Cuántas horas de vuelo quedan? —preguntó mirando a la cabina donde Aitor acompañaba a Kemal durante todo el vuelo para hacerle compañía.

—Creo que unas tres —respondió Lucas.

Víctor chasqueó la lengua y sonrió a Marcos.

—¿Qué tienes? —preguntó. Marcos se giró y le señaló la barra donde había varias botellas sujetas—. Ponme un vodka con naranja.

—Marchando un vodka con naranja —repitió Marcos mientras cogía un vaso de tubo y le echaba varios cubitos de hielo.

Víctor miró a Lucas a su lado, el cual sostenía un vaso lleno.

—¿Tú que tomas?

—Un refresco —comentó su compañero—. No quiero alcohol cuando estamos de servicio —bromeó.

—De servicio… —dijo lentamente—. En tres horas me da tiempo a mearlo veinte veces —contestó Víctor—. Además, el alcohol no nos afecta mucho que digamos.

Marcos le tendió el tubo lleno hasta arriba, pero antes de que Víctor pudiese cogerlo este le colocó una sombrillita de color fucsia. Víctor lo miró gracioso e incrédulo.

—¿Qué? —preguntó Marcos—. Estaban ahí. Habrá que usarlas… Estos de la Aurora Dorada tienen de todo —rio.

—Ya veo —dijo Víctor mientras apartaba la sombrillita dejándola en la barra. Dio un sorbo y carraspeó—. Joder, ¿cuánto vodka has echado?

Marcos se encogió de hombros.

—¿No decías que estabas aburrido? —bromeó este.

—A este paso les vamos a gastar todas las reservas que tienen —intervino Lucas.

Víctor dio otro sorbo e hizo un gesto de desagrado, su compañero le había llenado prácticamente todo el tubo de vodka y no le había echado casi nada de zumo de naranja.

—Menos mal que Valeria nos dijo que podíamos beber lo que quisiésemos —comentó girándose hacia la cabina donde Miguel seguía hablando con Anael. Daniel permanecía durmiendo al inicio, tumbado a lo largo en varios sofás—. Dani es el más listo de todos —comentó.

Tanto Marcos como Lucas se encogieron de hombros. Víctor los miró con una sonrisa de soslayo, cogió su tubo de cristal con la bebida, chasqueó la lengua y fue de nuevo hacia su asiento.

Se echó sobre él y bajó la bandeja depositando el vaso sobre ella.

—Qué cansancio de viaje —susurró y miró de reojo a Anael y Miguel que conversaban animadamente.

Suspiró y cerró los ojos.

Al menos los asientos eran cómodos y le permitían relajarse. Se acomodó plácidamente echándose hacia abajo.

—Entonces… ¿erais amigos? —preguntó Miguel como si le costase creerlo.

Anael apretó los labios y tragó saliva.

—Buenos amigos —susurró.

—Pero ¡nos atacó! —exclamó Miguel totalmente sorprendido.

El tono de voz de su amigo Miguel hizo que Víctor abriese un solo ojo y girase el cuello hacia ellos. Miguel y Anael estaban sentados uno frente al otro. Él tenía los ojos muy abiertos y la mandíbula desencajada. Anael, aquel ángel que los estaba protegiendo y enseñando desde hacía meses, permanecía con un gesto tímido en su rostro.

—Te aseguro que antes no era así —respondió directamente.

Víctor se incorporó sin apartar la mirada de ellos. Ya suponía de quién hablaban. Cuando habían llegado de Estambul habían recibido un ataque por parte de los vampiros y de un ser con mucho poder. Se habían visto obligados a refugiarse en una iglesia, esperando así que los vampiros y aquel ser que pensaban que era demoníaco no pudiesen acceder, pero habían estado equivocados. Anael se había enfrentado a él con todo su poder mientras ellos intentaban proteger el grimorio del rey Salomón. Tan poderoso era ese ser que Anael se había visto obligada a realizarle un exorcismo para que desapareciese y evitar así que pudiese hacerse con el grimorio. Poco después, Anael les había explicado que no se trataba de un demonio, sino que Gadreel, aquel ser tan poderoso, era un ángel como ella, aunque caído.

—¿Estáis hablando del ángel caído? —intervino Víctor en la conversación, deseando un poco de entretenimiento.

Miguel y Anael lo miraron sorprendidos, como si hasta ese momento no hubiesen sido conscientes de que él se encontraba allí sentado, pues estaban totalmente enfrascados en la conversación.

Anael asintió. Víctor la miró asombrado.

—¿Y era tu amigo? —preguntó señalando a Miguel, pues él había formulado la misma pregunta unos segundos antes.

Anael suspiró como si se armase de paciencia y echó una mano hacia él.

—Vosotros habláis en pasado como si os refirieseis a hace un año o dos, pero me parece que no sois conscientes de que los tiempos que manejáis vosotros no son los que manejo yo —apuntó seria.

—Y… ¿de cuánto tiempo hablamos? —preguntó Miguel intrigado.

—Eso —le siguió Víctor ya totalmente entregado a la conversación.

Anael los miró a los dos con curiosidad y se sentó firme en el asiento.

—Eones.

—¿Eso es mucho? —preguntó Miguel a Víctor.

—Creo que sí. Son millones de años, ¿no?

—Cada eón son mil millones de años… —corroboró ella—, y os estoy hablando en plural. Estamos hablando de los orígenes de la humanidad.

Víctor la miró de la cabeza a los pies con gesto bromista.

—¿Y tú ya estabas allí? —bromeó cruzándose de brazos—. Te conservas bien.

—Eh, eh… —intervino Miguel—, tú… estuviste… ¿en la creación de la humanidad?

Ella enarcó una ceja.

—Miguel, yo estuve en la creación del Universo —comentó como si fuese lo más obvio. Miguel comenzó a notar un tic en el ojo—. Los ángeles ayudamos a nuestro padre: una galaxia por aquí, un agujero negro por allá para que no haya tanta materia, un kibalt por aquí… —iba moviendo su mano.

—¿Un kibalt? —preguntó Víctor sin comprender.

En ese momento Anael apretó los labios y resopló.

—Ya, perdona… creo que los científicos aún no lo han descubierto. Olvida lo que he dicho —dijo moviendo la mano como si espantase una mosca. Inspiró hondo—. Estuvimos durante mucho tiempo solos, hasta que nuestro padre nos dijo: ¿queréis crear a la humanidad? —Tanto Daniel como Víctor enarcaron una ceja—. Hubo una votación entre todos los ángeles y salió por mayoría absoluta que sí —dijo risueña mientras los dos desencajaban la mandíbula—. La verdad es que estábamos bastante aburridos… —comentó ella como si lo recordase y se encogió de hombros—. Así que ayudamos a nuestro padre a crearos. —Ambos tragaron saliva, conscientes en ese momento de con quién estaban hablando—. La verdad es que fue divertido —dijo sonriente—. Hacíamos diferentes prototipos…

—¿Prototipos? —preguntó Miguel anonadado.

—Sí, ya sabéis… ¿les ponemos dos brazos o cuatro? ¿Un ojo o dos?... —Ambos pestañearon—. Finalmente dimos con la versión que más nos gustaba a todos y nuestro padre os creó. —Anael comenzó a reír inmersa en sus pensamientos—. Menuda fiesta ese día. Fue muy divertido.

Miguel y Víctor se miraron sin saber qué decir hasta que el primero miró el tubo que reposaba sobre la bandeja de Víctor.

—¿Qué estás tomando?

—Vodka con naranja —contestó Víctor y directamente se lo tendió—. Toma.

Miguel dio un trago engullendo todo el contenido, luego miró el tubo vacío y chasqueó la lengua.

—Voy a por otro.

—Tráeme uno para mí —dijo rápidamente Víctor sin apartar la mirada de Anael.

Víctor observó cómo daba los pasos hasta la barra y Marcos comenzaba a rellenar el vaso que Miguel se había terminado y uno nuevo. Volvió su mirada hacia Anael que los observaba de una forma pilla, como si le divirtiese ver la reacción de ellos dos.

—Así que… ¿nos creasteis porque… os aburríais? —Ella se encogió de hombros sin borrar la sonrisa de su rostro. Víctor resopló —. Pues qué bien… —ironizó este.

—Toma —le tendió Miguel el nuevo vaso lleno hasta arriba.

Le dio un trago largo y miró intrigado a Anael.

—Entonces… lo del barro y la costilla de Adán…

—Oh… no, bueno… —dijo ella pensativa—, tampoco os toméis todo al pie de la letra. Fue más un… pum. —Hizo un gesto con sus manos como si hiciese un truco de magia—. Y ya está, creados.

—Y ya está… —repitió Miguel antes de dar un sorbo—. Y ya está, ¿eh, Víctor? —rio nervioso, mirándolo.

Víctor pestañeó al ver la reacción inquieta de su compañero y volvió la mirada hacia Anael.

—Así que… somos como… ¿un experimento para vuestra diversión?

Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—No, no… nada de eso. Nosotros, los ángeles, también fuimos creados, solo que antes que la humanidad. Todo forma parte de la creación.

—¿Somos vuestras mascotas? —continuó Miguel un poco enfurruñado.

Ella lo miró y chasqueó la lengua.

—No, y no vayas por ahí… —lo señaló con confianza—. Primero Dios creó a los ángeles, y luego creó a la humanidad, ya está, así de simple. Y lo hizo con todo su amor —acabó diciendo convencida—. Os dio un hogar donde vivir, el libre albedrío…

—Oye, y… —intervino Víctor acercándose un poco a ella—. Él… ¿te ha hablado de nosotros?

Ella hizo un gesto pensativo y luego chasqueó la lengua.

—Hace tiempo que no subo por la Ciudad Celeste. Normalmente las órdenes de mi padre me las transmite un arcángel. Miguel, Rafael, Gabriel… somos demasiados y había que poner un poco de orden —explicó—. Miguel fue quien me alertó sobre unas posesiones en Lugo y me pidió que fuese a ayudar a aquellas pobres almas, y el resto ya lo sabéis.

Miguel dio un largo sorbo.

—Y… volviendo al asunto que me interesa. Ese ángel caído…

—Gadreel —le recordó ella.

—Sí, Gadreel —confirmó Miguel—, ¿por qué iba en contra de nosotros?

Anael suspiró y los miró a los dos, luego se giró levemente hacia atrás para observar a Lucas y Marcos que permanecían hablando en la barra del jet ajenos a aquella conversación.

—Él fue uno de los ángeles que cayó —respondió finalmente volviendo la mirada hacia ellos—, junto a doscientos ángeles más —dijo pensativa. Tragó saliva y se removió nerviosa—. En principio los ángeles debíamos ayudar a la humanidad en todo lo que necesitasen, pero sin intervenir en su evolución y aprendizaje. —Apretó los labios y durante unos segundos se quedó callada—. Pero un grupo de ángeles, encabezados por Shemiaza, se involucraron demasiado…

—¿Demasiado?

—Nosotros solo debíamos estar allí para observar, para llevar a nuestro padre sus súplicas, sus oraciones e intervenir en nombre de Dios si él accedía para ayudar a la humanidad, pero Shemiaza, junto a dos cientos ángeles más, decidieron dar conocimientos prohibidos a la humanidad…

—¿Conocimientos prohibidos? —preguntó Víctor.

Ella asintió.

—Magia, interpretación del Universo, conjuros… palabras que nosotros usamos para contactar con nuestro padre, para materializar aquellos sucesos a los que llamáis milagros… —explicó con la mirada perdida—. Intervinieron en la evolución de la humanidad, algo que nos estaba totalmente prohibido por nuestro padre. Él quería que fueseis libres, que aprendieseis por vosotros mismos… —apretó los labios—. Shemiaza era el capitán general de esa facción, por decirlo de alguna forma, y Gadreel su teniente general, estaba justo por debajo de él. Era uno de los ángeles con mayor graduación, de ahí su fuerza y poder incluso habiendo perdido su luz en la caída. —Se quedó pensativa—. Los arcángeles se dieron cuenta de lo que estaban haciendo y se lo explicaron a nuestro padre… y… —se le quebró la voz al recordar aquello—, él los castigó por su desobediencia y por alterar el orden de vuestra vida y aprendizaje. —Los miró a los dos—. Les cerró las puertas del cielo para siempre y los condenó a vivir por la eternidad en las tinieblas…

—¿El infierno? —preguntó Miguel.

Ella asintió.

—Aquellos que fueron ángeles caídos solo podrán morar sobre la tierra un año de cada quinientos, aunque la mayoría de ellos, cuando cumplen las condiciones, no suben… —continuó explicando—, es mucho más doloroso después de estar sobre la tierra volver a los infiernos durante quinientos años más.

—Pero en el infierno… viven los demonios, ¿no? —preguntó Víctor.

Ella lo miró asombrada por la pregunta.

—Sí —respondió—. Por lo que sé, cuando los ángeles caídos fueron desterrados ellos asumieron el control del infierno. ¿Quién creéis que es Lucifer? ¿O Belcebú? ¿O Astaroth? Son ángeles caídos… —continuó con la explicación—. Los demonios no tienen cuerpo como tal… por eso necesitan la posesión para moverse por este plano, por la Tierra —explicó—. Y supongo que eso es lo que les ha prometido esa triada maligna a los demonios si les ayudan a abrir las puertas del infierno y escapar, cuerpos humanos donde reencarnarse.

—Jo… der —susurró Víctor y miró a Anael—. Perdona —respondió rápidamente.

—Gadreel y yo éramos grandes amigos… —hizo un gesto de dolor —, muy amigos… —suspiró—, pero supongo que esos millones de años encerrado en los infiernos han debido de causar mella en él. Os aseguro que era un buen ángel.

—Así que… los demonios quieren invadir nuestros cuerpos y los ángeles caídos quieren abrir las puertas del infierno para escapar de él —explicó Miguel a modo de resumen.

—Los ángeles caídos quieren más que eso… —dijo ella más seria —. No se detendrán solo con escapar del infierno, quieren derrocar a nuestro padre, hacer un golpe de estado —explicó ella.

Víctor observaba a Anael con los ojos muy abiertos mientras ingería un par de tragos.

—Madre mía, ni las novelas turcas… —susurró Víctor.

—Esto es más que una sublevación, si logran abrir las puertas del infierno… además de atacar a la Tierra irán a por la Ciudad Celeste y a por nuestro padre, ¿y sabéis lo que ocurrirá si lo derrocan?

Miguel resopló incrédulo.

—Nadie puede derrocar a Dios —comentó como si tuviese toda la lógica del mundo.

Ella lo miró fijamente e inspiró lentamente.

—Hagámoslos a nuestra semejanza… —recordó ella aquel pasaje de la Biblia—. Estamos creados a imagen y semejanza de Dios, de hecho, nosotros tenemos una parte de su poder —explicó.

Víctor resopló cuando vio que se había acabado el contenido del tubo.

—Y… mmm… —dijo Víctor dejando el vaso sobre la bandeja—, ¿no podrías avisar a los arcángeles?

—Los arcángeles están avisados. Pero todos nos regimos por unas normas. Nosotros, los Grigori…

—¿Grigori? —preguntó Víctor.

—Los ángeles de primera generación, los que fuimos creados para

vigilar a la humanidad —confirmó como si fuese obvio—, tenemos unas leyes que cumplir. Jamás podemos intervenir por nuestra cuenta, solo con la autorización de nuestro padre, pero Dios os hizo libres para tomar vuestras propias decisiones y pelear vuestras batallas. Los humanos… —dijo esta vez con un tono de voz más enfadado—, están ayudando a esto. Esa sociedad secreta llamada Thelema está creada por humanos, bajo su responsabilidad…

—Pero no nos pueden hacer responsables a todos de lo que haga un puñado de locos —se defendió Víctor.

—Y por eso mismo, vosotros, en representación de la otra parte de la humanidad, debéis luchar contra ellos, por eso se os han otorgado diferentes dones, justamente para eso —explicó señalándolo.

Miguel inspiró con fuerza y se apoyó contra el respaldo.

—Madre… mía… —susurró intentando ordenar todo lo que Anael les había transmitido.

—Cuando demos con Katherine debo informar a mis superiores de…

—Tus… superiores… —la señaló Víctor para que diese nombres.

—A Miguel —indicó ella sin reparos, aunque miró hacia delante —. No a ti, Miguel —bromeó—, al arcángel.

—Al arcángel Miguel —rio Miguel de nuevo con un tic en el ojo, como si toda aquella información le superase.

—Sí. Debo informarle de que vamos a hacer una incursión en el infierno. Deben estar alerta.

—Y… ¿lo permitirán? —preguntó Víctor.

Anael se encogió de hombros.

—¿Y por qué no lo van a permitir? Ella es humana, puede ir al infierno, soy yo la que no puedo… —se señaló a sí misma—. Además, es para recuperar el anillo del rey Salomón. Miguel va a estar encantado de que baje a buscarlo. Él se lo regaló al rey Salomón y los demonios se lo robaron, pero claro, nosotros —se señaló a sí misma—, no podemos descender a los infiernos, así que… solo nos queda esa opción.

Víctor se pasó la mano por su cabello negro y corto, revolviéndolo.

—Tengo una duda… —dijo Víctor de nuevo. Anael lo miró interesada—. Dices que se castigó a los ángeles caídos por enseñar e instruir a los humanos con magia ancestral, hechizos…

—Ajá.

—Pero… tú nos has enseñado a nosotros —susurró.

Ella hizo un gesto gracioso con sus labios.

—Ya, pero esto es diferente… esto es por necesidad —indicó—. Estamos ante un caso semejante a cuando el arcángel Miguel le otorgó ese conocimiento a Salomón. Hay momentos en que se puede

seleccionar a un grupo de humanos para que nos ayuden, ya que nosotros tenemos vetadas ciertas cosas. Un conocimiento que se da solo a quien lo merece, que no se otorga a la ligera —explicó—. Por eso vine yo aquí —dijo esta vez más risueña—, a enseñaros.

Miguel y Víctor se miraron de nuevo.

—Fíjate que bien… nos ha tocado el gordo —ironizó Miguel que se llevó una mirada graciosa por parte de Anael.

—Pues sí, sois muy afortunados, aunque aún no os deis cuenta —sentenció ella.

—Y tú… ¿no sabes el hechizo que empleó el rey Salomón para encerrar a Astaroth en una botella?

—¿Crees que si lo supiese estaríamos aquí? —ironizó ella.

—¿Y no se lo puedes pedir al arcángel Miguel? —preguntó Miguel un poco desesperado—. Quizá podríamos adelantar las cosas…

—Recuerda, nuestra primera ley divina es: somos vigilantes, no intervenimos. Además —recordó—, sin el anillo no podemos hacer nada. Se lo preguntaré, pero igualmente ya lo tenemos en el grimorio que… por cierto… —dijo poniéndose en pie y miró su reloj de muñeca—, voy un rato a Barxa, a ver cómo les va a nuestros amigos con el grimorio y, de paso, traduciremos un poco más. —Miguel resopló—. Vengo en un par de horas… para cuando aterricéis, así iremos a buscar a Katherine. —Miró a Víctor y sonrió—. Ya verás, te caerá bien —dijo esta vez con una gran sonrisa, lo que provocó que Víctor enarcase una ceja.

—¿Por qué dices eso? —preguntó asombrado, aunque Anael desapareció en ese momento dejándolo sin una respuesta.

Víctor se quedó pensativo, aquellas últimas palabras lo habían dejado consternado. ¿A qué venía aquella última frase?

Miró a Miguel que lo observaba con una sonrisa de soslayo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Víctor ladeando su cuello.

—A mí me hizo lo mismo con Eleeenaaa —canturreó. Víctor puso los ojos en blanco—. Anael es el ángel del amor —continuó risueño.

—Debe de estar de broma —siguió Víctor extrañado.

—Ya, ya… cuando veamos a esa viajera ya me cuentas —continuó canturreando mientras Víctor oscurecía su mirada gris.

Resopló y le quitó el vaso de tubo al que le quedaba poco contenido.

—Deja de beber, te está subiendo —dijo poniéndose en pie.

—Sí, sí… —continuó Miguel mientras Víctor iba hacia la barra bastante atribulado—. Este viaje promete.

Aquello fue lo último que escuchó decir a su compañero antes de llegar a la barra y pedir otra copa.

3

Entregó el currículum en el hotel y salió de este.

La mayoría de la gente que recogía su currículum era agradable y le decían que si necesitaban a alguien se pondrían en contacto con ella, lo que le daba a entender que de momento no necesitaban a nadie.

Suspiró y salió del hotel mientras sentía la brisa fresca que llegaba hasta ella a través del mar. No había podido ni conciliar el sueño aquella noche por los nervios, estaba agotada. Lo único que le apetecía era volver a su casita y meterse en la cama, pero no podía.

Miró el reloj de su muñeca que marcaba las siete de la tarde y se giró para observar los bloques de pisos cercanos a la playa.

Había concertado una visita a uno de aquellos pisos en los que ofrecían una habitación por 120 000 pesos. Al menos, con aquel precio conseguiría ahorrar mucho más y pagar su deuda, así como mantener también a su madre. La situación se había desmadrado, pero pensaba salir de esta y encarrilar su vida costase lo que costase.

Caminó por la calle sujetando su bolso. No era la idea que tenía en mente, lo de compartir un piso con más gente no le hacía gracia, ella valoraba su intimidad, pero no le quedaba otra, y si quería salir de este bache económico debía hacerlo.

Miró la dirección que había apuntado en su móvil y siguió caminando.

Se situó frente al edificio y guardó el móvil en su bolso. Apretó el botón del piso segundo segunda y esperó a que contestasen.

—¿Sí? —contestó la voz de una mujer.

—Hola, soy Katherine Fernández, vengo por lo de la habitación. Hemos hablado antes por teléfono.

—Ah, sí, sí… sube —pronunció con voz juvenil mientras la puerta emitía un clic y cedía.

Avanzó por el portal. Al menos estaba limpio y olía bien.

Fue hasta el ascensor y subió a la segunda planta.

Una chica más o menos de su edad la esperaba con la puerta abierta y una gran sonrisa.

—Hola, ¿Katherine? —preguntó.

—Sí —respondió con timidez, acercándose.

La muchacha le tendió la mano. Tenía el cabello rubio y muy rizado, su rostro era simpático, con unos grandes ojos marrones tras unas gafas de pasta.

—Soy Gaby. Encantada.

—Igualmente.

—Vamos, pasa —dijo abriendo más la puerta.

Katherine entró observando todo alrededor. El piso parecía bastante grande. Por lo que había leído en la oferta de internet el piso tenía tres habitaciones, dos de ellas ahora ocupadas, por esa misma razón buscaban una tercera inquilina. La habitación de cada uno era privada, pero tenían derecho al uso de las zonas comunes como los dos aseos, el comedor, la cocina o un pequeño balcón.

Accedieron directamente al comedor, el cual no era muy grande. En un lateral había una mesa cuadrada de madera rodeada por cuatro sillas bajo un foco que daba una intensa luz. Al otro lado había dos sofás, uno de tres plazas y otro de dos formando una L, situados frente al televisor.

—No es muy grande —comentó Gaby con una sonrisa—, pero estamos muy bien. Mira, esta es la cocina… —indicó para que la siguiese. La cocina era cuadrada, con una mesa en un lateral donde suponía que debían de desayunar. Gaby fue hacia la nevera y la abrió —. Cada una usamos una bandeja de la nevera y otra del congelador para nuestras cosas. —Fue hacia una puerta que daba a un pequeño lavadero donde había una lavadora—. Tenemos horarios para el uso, nos dividimos los días de la semana —explicó con una sonrisa. Volvieron a la cocina y salieron al pasillo—. Esta es mi habitación —señaló a una puerta cerrada—. Esta es la de Ana —explicó señalando otra—, ahora está trabajando—. Siguió caminando hacia delante—. Y esta sería la tuya —dijo abriendo la puerta.

La habitación no era muy grande, pero tenía todo lo necesario. Una cama individual en un lado junto a la pared, frente a esta había un armario y, al otro lado, un escritorio. La habitación tenía una ventana que daba a la calle. Estaba bien, y Gaby parecía agradable.

Katherine entró en la habitación mirando alrededor.

—Cada una se encarga de la limpieza de su habitación y de la cocina cuando la ensucia —siguió explicando Gaby—. Y luego de las zonas comunes nos repartimos las tareas cada semana. Barrer, fregar el suelo, limpiar el polvo, los aseos y la terraza, lo hace cada semana una —continuó mientras Katherine giraba sobre sí misma observándolo todo—. En el precio vienen incluidos los suministros de luz, agua y gas, y si sobra algo lo guardamos para la calefacción de los meses de invierno, así no hay que hacer ninguna derrama extra. —Katherine se giró hacia ella con una leve sonrisa—. ¿Tienes pareja? —No esperó a que ella respondiese—. Está permitido traer al novio o amigos, pueden dormir aquí, pero no pueden hacer uso de la lavadora.

Ella sonrió divertida.

—No tengo novio —confesó Katherine.

Gaby se encogió de hombros.

—Yo tampoco, pero Ana sí. Es buen chico… y nos trae muchas veces la comida o la cena. Trabaja en un restaurante —confesó como si fuese un secreto. Suspiró y se encogió de hombros—. ¿Qué te parece?

Katherine apretó los labios mientras miraba a su alrededor.

—Me gusta —dijo al final y se giró hacia ella—. ¿Cuándo podría trasladarme?

—Cuando quieras.

Katherine volvió a asentir.

—¿Podría ser a finales de mes? Tengo que preparar la mudanza.

—Claro —respondió Gaby ilusionada—. Y si necesitas ayuda para la mudanza tengo una furgoneta, no habría problema. Te la podría dejar.

Ella sonrió divertida.

—Gracias, pero… no tengo carné —confesó cohibida.

—Mmm… bueno, este viernes por la tarde y el sábado los tengo libres, podría ayudarte si lo necesitas.

Le sorprendió el ofrecimiento, realmente la chica parecía agradable e intuía que podía tener una buena convivencia con ellas.

—Pues… te lo agradecería mucho —respondió con timidez—. Cargar las cajas una a una desde mi casa puede ser agotador.

—Claro, no te preocupes —dijo Gaby solícita—. Prepara las cajas y cuando las tengas todas las cargamos en la furgoneta y las traemos, será un momento.

—Perfecto —respondió con una sonrisa.

Se giraron y salieron de la habitación dirigiéndose al comedor.

—¿Dónde trabajas, Katherine? —preguntó Gaby

—En los grandes almacenes —contestó—, ¿y tú?

—En la cafetería del hotel Nataly —respondió—. Aquí al lado.

—Sí, sé cuál es. He… he dejado un currículum allí esta tarde por si necesitan a alguien —respondió en un susurro.

Gaby se detuvo y la miró sonriente.

—Sé que buscan mujeres de la limpieza… están bastante desesperados —respondió encogiéndose de hombros.

—Oh… —respondió con una sonrisa—, ¿qué turnos hacen?

Ella se encogió de hombros.

—Pues buscan de mañana… ¿te interesa?

—Sí —respondió—. Algunos días trabajo por la tarde en los grandes almacenes, quizá podría compaginarlo con algunas mañanas en el hotel. —Apretó los labios—. Tengo… tengo a mi madre enferma y necesito enviarle dinero.

Gaby la miró fijamente y le sonrió con ternura.

—¿Dices que has dejado el currículum ahí esta tarde? —Katherine asintió—. Si quieres puedo hablar mañana con Rosa, es la patrona.

—Sería genial —respondió con una gran sonrisa.

—Mañana entro a las siete de la mañana para preparar los desayunos, hablaré con ella, ¿de acuerdo, Katherine?

—Llámame Kata —dijo con una sonrisa—. Muchas gracias.

—Bien… y respecto a la habitación, ¿te interesa?

Ella apretó los labios y asintió.

—Sí, me interesa mucho —respondió feliz.

Gaby sonrió también y le tendió la mano para estrecharla.

—Bien, pues entonces… bienvenida —dijo mientras se daban un apretón de manos para sellar su acuerdo.

Todos suspiraron cuando, finalmente, el jet aterrizó en el Aeródromo Teniente Julio Gallardo. Kemal llevó el jet hasta el hangar y apagó los motores.

En Lugo, en el mes de octubre rondaban entre los ocho grados de mínima y los veinte de máxima, allí en Puerto Natales hacía más frío y la temperatura era entre los seis y doce grados de máxima.

—¿No se supone que es verano? —preguntó Víctor asomándose a la puerta del jet.

Kemal salió de la cabina junto a Aitor.

—Bueno, primavera —contestó este.

Víctor lo miró de la cabeza a los pies.

—¿Cómo te encuentras? ¿Cansado?

Kemal hizo un gesto gracioso.

—En cuanto coja una cama no la suelto —bromeó.

Aitor se acercó a las cajas que habían depositado al final de la cabina con todas las armas. En principio sería una visita rápida y volverían, pero era mejor prevenir, después de lo ocurrido en Estambul preferían ir preparados para todo, pues ya sabían que los vampiros y los demonios estaban al acecho.

—Ostras, qué fresco hace, ¿no? —comentó Aitor acercándose a la puerta y miró también a Kemal—. ¿Está nuestro vehículo?

Kemal comenzó a descender las escaleras del jet seguido del resto de compañeros de la división.

—Ahí está —señaló hacia delante, una furgoneta de color azul bastante destartalada. En ese momento, un hombre de mediana edad con una barba que cubría todo su rostro y una cabeza más bajo que él salió del asiento del copiloto—. Y ese debe de ser nuestro conductor. Es miembro de la Aurora Dorada de Chile. —Llegó al final de las escaleras y fue directo hacia él—. ¿Alberto Gómez? —preguntó extendiendo el brazo hacia él para estrecharle la mano.

—Sí, hola —respondió con una sonrisa—. Encantado de conocerte.

—Igualmente —dijo soltando ya su mano. Se giró para observar

al resto de la división a su espalda—. Él es Aitor, el jefe de la división de España, Lucas, Miguel, Víctor… —fue señalando al resto mientras Alberto estrechaba sus manos uno tras otro—, Marcos y Daniel.

—Un placer tenerlos aquí —continuó Alberto y señaló hacia la furgoneta—. Vamos, los llevaré al hotel que han reservado.

—Tenemos varias maletas y cajas que cargar —explicó Aitor.

—No hay problema —respondió Alberto dirigiéndose a la furgoneta para abrir el maletero—. ¿Cabrá todo?

—Esperemos que sí —bromeó Aitor.

Después de cargar todas las maletas y cajas con las armas en aquella furgoneta destartalada subieron a ella.

Víctor se sentó en la parte de atrás junto a Lucas y Miguel, delante iban sentados Alberto que conducía, Kemal y Aitor. Por último, atrás del todo iban Daniel y Marcos.

—Bien, ¿los llevo al hotel? —preguntó Alberto.

Aitor chasqueó la lengua y miró hacia atrás.

—¿Sabéis qué hotel es? Se encargó Anael. Voy a llamarla para que…

—¡Ya estoy aquí! —gritó Anael apareciendo entre Miguel y Víctor.

—Ay, joder… ¡concha de tu madre! —gritó Alberto al verla aparecer ahí de golpe.

Víctor y Miguel se echaron un poco a cada lado para hacerle espacio y que se pudiese sentar bien.

—Eh, eh… tranquilo —lo calmó Kemal—. Es Anael…

Alberto cerró los ojos y se llevó la mano al corazón intentando calmar los latidos y la respiración.

—Mierda… *hueón*. ¿Quieres matarme de un infarto?

Miguel se acercó hacia delante con una sonrisa pícara.

—Anael es un ángel… —Alberto lo miró asustado a través del retrovisor—, controla esa lengua.

—No pasa nada —respondió Anael con una sonrisa y llevó su mano hasta el hombro de Alberto, el cual se puso tieso como un palo al sentir su contacto—. Disculpa por aparecer así de repente. —Dio unas palmaditas mientras Alberto tragaba saliva—. Tenemos que ir al hotel Nataly —explicó y miró el reloj del salpicadero—. Son las siete. —Miró a Aitor—. Si os parece bien, dejamos todas las cosas en el hotel y vamos a ver a Katherine.

Alberto encendió el motor y metió primera para iniciar el trayecto.

Aitor se giró hacia ella mientras se ponía el cinturón.

—¿Has hablado con Katherine?

Anael negó y miró de reojo a Víctor, el cual permanecía a su lado. Víctor se dio cuenta de aquella mirada y enarcó una ceja hacia ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó confundido.

—Nada —contestó Anael colocando su espalda tiesa como un palo.

El carraspeo de Miguel llamó su atención y Víctor lo miró tras la espalda de Anael.

Miguel le guiñó un ojo con complicidad y emitió una gran sonrisa.

—Te lo dije —susurró para que solo él lo escuchase.

Víctor se removió nervioso. ¿A qué venía todo aquello? ¿Por qué Anael decía aquellas cosas? El comentario de Miguel en el jet volvió a su mente:

"—A mí me hizo lo mismo con Eleeenaaa —canturreó su compañero —. Anael es el ángel del amor."

Víctor resopló y se limitó a mirar por la ventana. Más le valía estar callado. Sabía perfectamente quién era Anael, le había quedado muy claro desde el principio, pero que se insinuara de aquella forma respecto a él y la viajera… Ahí había algo que se le escapaba.

—No he hablado aún con ella, he preferido que lo hagamos todos juntos. —De nuevo aquella mirada hacia Víctor sugiriéndole a saber qué, aunque esta vez él la ignoró.

En diez minutos llegaron al hotel Nataly, situado en medio de Puerto Natales.

El hotel era un edificio construido de ladrillo, con dos plantas donde se suponía que se distribuían la cafetería y las habitaciones.

Aitor bajó de la furgoneta primero y miró hacia las montañas nevadas. El sol se ponía tras ellas. Se acercó a Alberto que descendía por el otro lado.

—Alberto —lo llamó deteniendo su ida hacia la parte trasera de la furgoneta para ayudarlos con las maletas y las cajas—. Déjalo, ya nos ocupamos nosotros del equipaje. —Se situó a su lado y miró en todas direcciones—. ¿Habéis tenido algún ataque de vampiros últimamente?

Alberto lo miró sorprendido.

—No, aquí no. Más al norte sí, en Ushuaia y la Provincia de Tierra del Fuego, aunque eso es Argentina —explicó encogiéndose de hombros.

Aitor asintió y miró al resto de sus compañeros.

—De acuerdo. Carguemos las maletas y más tarde ya nos encargaremos de las cajas.

Todos cogieron su maleta y se dirigieron al interior del hotel.

Nada más entrar había un pequeño recibidor donde tras un mostrador una mujer de mediana edad esperaba a atender a los nuevos clientes.

Aitor se dirigió hacia allí junto a Anael mientras el resto de la

división miraban a su alrededor. El hotel era bastante sencillo, pero para el tiempo que iban a estar allí ya estaba bien. La intención era ir a buscar a la viajera, hablar con ella, explicarle lo sucedido y volver a España con ella.

—Tres habitaciones —comentó Aitor acercándose—. Escoged pareja, muchachos —bromeó.

Todos pusieron los ojos en blanco. Marcos situó su mano en el hombro de Víctor y alzó sus dos cejas repetidas veces.

—Vamos, pareja… —bromeó entregándole una de las tarjetas que hacía las veces de llave.

Las habitaciones se encontraban en la misma planta baja.

Después de cruzar el recibidor había un pasillo con todas las habitaciones.

—En principio hemos reservado para dos noches. —Se giró y miró a Kemal—. Tu habitación es individual, por las molestias… así podrás descansar a cuerpo de rey.

—Perfecto —respondió Kemal con una amplia sonrisa.

Víctor se detuvo ante una de las habitaciones.

—La ciento doce. La nuestra —comentó mientras abría la puerta.

Anael se quedó en el pasillo de brazos cruzados.

—No tardéis —les comentó.

—¿Nos da tiempo a ducharnos? —preguntó Miguel entrando en la habitación contigua junto a Aitor.

—No —respondió—. Duchaos luego, vamos por faena.

Víctor resopló y entró en la habitación seguido por Marcos, arrastrando ambos su respectiva maleta.

—¿Y a hacer un pipí? —bromeó este. Se giró con una sonrisa hacia Anael, la cual lo miraba enarcando una ceja.

—Daos prisa —se limitó a contestar ella mientras daba golpecitos con el pie en el suelo fruto de la impaciencia.

Víctor se fijó en la habitación. Había un armario empotrado al lado con un gran espejo como puertas. La habitación constaba de dos camas separadas por una mesita de noche sobre la que había una lamparita y, frente a las camas, un escritorio sobre el que había una televisión pequeña de pantalla plana.

El suelo estaba enmoquetado, suponía que el invierno allí debía de ser duro.

—¿Qué cama prefieres? —preguntó Víctor.

Marcos se encogió de hombros y depositó su maleta sobre la cama que estaba más cerca del aseo, dejándole a Víctor la que se encontraba situada al lado de la ventana.

—Vale —pronunció también dejando su maleta sobre la cama. La abrió y miró su equipaje. No había traído más que unas cuantas camisetas, unos jerséis, ropa interior y dos pantalones. Con suerte en

dos días volverían y podrían seguir con su misión. Dio un paso hacia atrás para que su voz llegase hasta el pasillo—. ¿Traemos las cajas ahora?

Anael que estaba al lado de Alberto suspiró.

—Vamos, chicos —los apremió de nuevo.

—¿A qué viene tanta prisa, Anael? —escucharon la voz de Miguel desde la habitación contigua—. Nos hemos pasado más de quince horas metidos en un jet, danos un respiro —bromeó.

Anael resopló.

Aitor intervino en la conversación.

—Alberto, ¿te quedas en el hotel?

—No —respondió este—, vivo aquí.

—¿En Puerto Natales? —preguntó Víctor mientras sacaba alguna de la ropa y la depositaba sobre la cama.

—Sí.

—Por favor… —suplicó de nuevo Anael y miró su reloj—, ¿podemos irnos ya?

Víctor la miró de reojo y sonrió. Anael se estaba poniendo de los nervios y no era nada fácil que ella perdiese la compostura. Cerró la maleta y la depositó en el suelo.

—Está bien, yo ya estoy —dijo dirigiéndose a la puerta—. Voy un momento al baño y ya está —giró haciendo un quiebro, lo que provocó que Anael pusiese los ojos en blanco.

Víctor entró al aseo y abrió el grifo. Formó un cuenco con las manos y se mojó la cara para despejarse, lo cierto era que después de casi veinticuatro horas sin pegar ojo comenzaba a notarse cansado.

Se mojó la cara repetidas veces y con la toalla se la secó. Cuando abrió los ojos se observó en el espejo, sus ojos grises destacaban entre sus pestañas negras al igual que su cabello.

—Venga, vamos… o Anael entrará en crisis —bromeó Daniel saliendo junto a Lucas de la habitación que tenían justo enfrente.

—Gracias, Daniel —contestó ella.

Víctor salió de la habitación y fue Marcos quien cerró la puerta.

—Vamos —comentó ella con una sonrisa mientras avanzaba por el pasillo.

—¿Vive lejos de aquí? —preguntó Aitor adelantándose.

—No, a cinco minutos caminando —contestó con una gran sonrisa. Se giró y los observó a todos con suma felicidad, aunque su mirada volvió a recaer en Víctor, el cual enarcó una ceja.

Miguel golpeó el costado de Víctor mientras sonreía.

—Esto promete…

—¿Qué promete? —preguntó Víctor.

Miguel chasqueó la lengua.

—¿Acaso no vas conociendo ya a Anael? —preguntó divertido y

elevó sus dos cejas.

Víctor resopló y se metió las manos en los bolsillos.

—Ya basta con la broma —pronunció acelerando el paso para alejarse de Miguel.

4

Katherine cogió la caja de cartón e introdujo unos cuantos libros.

¿Para qué retrasar lo inevitable? Lo mejor sería ir guardando ya todo para el traslado.

Había quedado con el propietario de la vivienda en que acudiría a las siete de la tarde allí para comunicarle lo que iba a hacer, pero eran las siete y diez y no aparecía.

Llenó la caja hasta arriba y la cerró. Fue a por otra caja e introdujo los pocos marcos de fotografías y las tres figuras de porcelana que tenía, bien envueltas para que no se rompiesen en el traslado.

Al día siguiente, después de trabajar, pasaría toda la tarde con la ropa. Así ya lo tendría todo hecho. Lo bueno de aquella casa era que no había tenido que comprar prácticamente nada, así que no le llevaría mucho tiempo empacar todo lo suyo.

Se puso en pie cuando el timbre sonó. Inspiró y, durante unos segundos, miró alrededor suyo. Aquella casa había sido su hogar aquellos últimos años, le daba pena dejarla, pero era lo que debía hacer o la situación acabaría siendo insostenible.

—Buenas noches, señor Soto —pronunció Katherine dando un paso atrás e invitándole a que entrase.

El propietario entró no muy seguro, aunque se sorprendió cuando vio las cajas. ¿Acaso esperaba que le pagase todo de golpe para poder quedarse? Era una cifra desorbitada si tenía en cuenta el salario que cobraba.

Se giró y la miró sin borrar su asombro de su rostro.

—¿Has decidido marcharte?

Ella lo miró de la cabeza a los pies.

—Usted me dijo que tenía diez días —respondió lentamente. El hombre asintió, aunque dudoso, como si se arrepintiese en cierto modo. Katherine suspiró y dio un paso hacia la mesa donde había juntado doscientos mil pesos chilenos para entregárselos—. Esto es lo único que puedo darle por el momento —dijo entregándoselo—. En tres días estaré fuera de la casa…

—Katherine… —la cortó.

—Le… le prometo que le pagaré el resto, pero por lo pronto no puedo. He conseguido una habitación cerca de aquí y mi nueva compañera de piso me ayudará el próximo fin de semana a llevar las pocas cajas que tengo. —El señor Soto asintió mientras guardaba el dinero en su bolsillo y miraba las cajas que permanecían en el suelo—.

La habitación es bastante más barata y me permitirá ahorrar, así que espero poder pagarle el resto de la deuda en los primeros meses del año que viene.

El propietario asintió sin decir nada. Katherine había sido buena inquilina, le había cuidado la casa y siempre lo había tratado con respeto, pero eran ya demasiados meses sin pagar el alquiler y él tampoco podía permitirse eso. Había tenido la esperanza de que ella pudiese pedir prestado algún dinero y pagarle para no irse, pero por lo visto no era así.

—Lamento esta situación… —se justificó el hombre—, pero debes comprender que…

—Lo comprendo —dijo ella con una leve sonrisa—. Teniendo en cuenta la situación en la que me encuentro me irá mucho mejor en el siguiente sitio, así podré pagarle lo que le debo.

—De acuerdo —comentó mirando a su alrededor—. Entonces… ¿cuándo puedes irte?

—Este sábado me ayudarán, así que el domingo la casa estará libre —explicó ella.

Estaba claro que al señor Soto le había cogido de improviso el que se marchase, pero era lo más justo para los dos.

—Está bien, Kata —susurró—. Lamento mucho que te veas en esta situación, pero estoy seguro de que saldrás adelante. Si en un futuro quieres volver a quedarte aquí tendrás prioridad respecto a otros inquilinos.

—Se lo agradezco —contestó ella con timidez.

El señor Soto suspiró y miró alrededor.

—Está bien, te dejo… tienes aún muchas cosas que hacer.

—De acuerdo, gracias —comentó con un hilo de voz. Lo cierto es que a medida que las horas pasaban y era más consciente de la situación en la que se encontraba más ganas tenia de llorar.

El señor Soto salió por la puerta con un movimiento de cabeza a modo de despedida y cerró tras él.

Sí, aquello era más duro de lo que había pensado. No solo se veía obligada a abandonar su hogar y comenzar en otro nuevo, sino que acarreaba una cuantiosa deuda y tenía una madre enferma lejos.

Cerró los ojos y se dejó caer sobre el suelo intentando controlar sus emociones. Su vida había dado un vuelco de ciento ochenta grados en cuestión de tres días, la situación era realmente desesperada, pero siempre había sido una chica fuerte, nunca se había rendido, y esta vez no sería menos. Saldría adelante.

El sonido del timbre hizo que elevase su mirada hacia la puerta de nuevo. Suspiró y se puso en pie mirando alrededor, ¿acaso se había dejado algo allí el señor Soto? ¿Querría ayudarla?

Abrió la puerta y se quedó totalmente consternada, pues no era

quien ella esperaba. Durante unos segundos miró de la cabeza a los pies a la muchacha que tenía frente a ella y desencajó la mandíbula.

—¿Anael? —pronunció Katherine con los ojos muy abiertos.

Anael le sonrió.

—Hola —respondió con su típico tono alegre, saludándola con la mano—. Cuánto tiempo, ¿eh?

Katherine se quedó unos segundos sin responder. De todas las personas que hubiese imaginado esa era la que menos esperaba encontrar al abrir la puerta, de hecho, ni se le había pasado por la cabeza.

Miró alrededor, sorprendida, y se topó con un grupo de hombres tras Anael que la observaban intrigados.

Katherine miró de nuevo a Anael.

—No he hecho nada… —susurró, lo que provocó una sonrisa condescendiente en los labios de Anael.

—Ya lo sé… —respondió intentando tranquilizarla—. ¿Podemos pasar? —preguntó dando un paso al frente—. Tenemos que hablar contigo.

Sin esperar respuesta Anael entró en la vivienda, como si ella le hubiese dado permiso.

Katherine tragó saliva y miró a aquel grupo de hombres que aún esperaba su invitación.

—Claro —dijo apartándose a un lado para que entrasen.

Víctor entró detrás de Aitor y Miguel, seguido por el resto de sus compañeros. No pudo evitar observar a Katherine de la cabeza a los pies y sentir cómo el vello de su cuerpo se erizaba. Maldita fuese Anael, aquella muchacha era preciosa. Tenía el cabello castaño oscuro, casi negro, liso, por la espalda, unos enormes ojos marrón claro y unas pestañas más oscuras que hacían que brillasen. Era delgada y bastante más baja que él, delicada. Apartó la mirada de ella y la echó hacia delante observando el interior de la casa, intentando apartar de su mente las claras insinuaciones que había dirigido Anael hacia él sobre Katherine. ¿Ella era la viajera? Tragó saliva mientras la observaba de reojo.

Anael miró a su alrededor mientras Katherine cerraba la puerta y avanzaba intimidada ante la presencia de tanta gente allí.

—¿Te marchas? —preguntó Anael sorprendida al ver las cajas.

Katherine miró a los hombres de reojo que parecían investigar también su hogar.

—Sí —respondió ella volviendo su atención hacia Anael—. Las cosas no me van muy bien últimamente —reconoció. Anael ladeó su cuello en su dirección, pero antes de que pudiese preguntar nada Katherine se adelantó—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Ocurre algo? —preguntó mirando de reojo a todos aquellos hombres.

—Disculpa —sonrió Anael—, te los presentaré. Son los miembros de la división DAE de España.

—¿DAE?

—Cazadores —resumió Anael. Katherine los miró uno a uno. Todos eran bastante altos y fuertes, se notaba que pasaban muchas horas en el gimnasio. De hecho, había escuchado hablar de los cazadores, aunque nunca había estado en presencia de ninguno de ellos—. Él es Aitor, el jefe de la división de España… —inició las presentaciones. Aitor le tendió la mano, Katherine se la estrechó sin comprender todavía de qué iba todo aquello—. Él es Miguel y ellos son Víctor, Daniel, Marcos y Lucas. —Los presentó a todos a medida que también le estrechaban sus manos.

Katherine tragó saliva nerviosa y miró a Anael.

—¿Ha ocurrido algo?

Anael chasqueó la lengua.

—Lo cierto es que… sí —acabó diciendo Anael.

Katherine puso su espalda recta y apretó los labios mientras miraba de reojo a la división.

—No he hecho nada, he cumplido mi promesa de…

—Lo sé, lo sé… —intentó calmarla Anael. Víctor la miró confundido, en los pocos minutos que llevaban allí era la segunda vez que hacía referencia a que no había hecho nada. Aquellas palabras lo intrigaban—. Tenemos un problema —susurró ella.

—Y bastante grave —se decidió Aitor a intervenir en la conversación.

Katherine los miró a todos, intrigada.

—¿Qué ocurre?

Anael dio unos pasos hacia delante.

—¿Has escuchado hablar de Astaroth? —preguntó directamente.

Katherine se removió nerviosa dando a entender que algo sabía.

—Sí, es un ángel caído, ¿verdad? —dudó—. Uno con mucho poder.

—Era un serafín del trono de Dios —corroboró Anael—, lo que implica que es uno de los ángeles de mayor jerarquía y poder, y sí, cayó… se trata de un ángel caído.

Katherine los miraba con atención.

Aitor fue hasta la mesa y se apoyó en ella cruzándose de brazos.

—Astaroth fue recluido en una botella gracias al rey Salomón…

—Conozco la leyenda —indicó ella.

—No es una leyenda —la cortó Anael.

Katherine puso su espalda recta al escuchar aquello.

—El rey Salomón logró recluirlo gracias a un encantamiento y un anillo creados ambos por el arcángel Miguel —continuó explicando Aitor—, hace unos meses una secta llamada Thelema dio con el

recipiente y lo liberó.

Katherine pestañeó varias veces.

—¿Lo… liberaron?

Anael asintió.

—Sí, volvió al infierno —explicó—. Y, ahora, Astaroth, junto a Belcebú y Lucifer están intentando abrir las puertas del infierno para escapar…

—Mmm… —balbuceó Katherine sin saber qué decir—, pues… menudo lío, ¿no? —terminó incrédula, sin saber cómo encajar la noticia.

—Ni te lo imaginas —comentó Anael dando vueltas por el comedor, enfrascada en sus pensamientos.

Katherine miró intrigada a todos y justamente coincidió con una mirada de ojos grises que la observaba atentamente. Apartó la mirada de Víctor y se quedó mirando a Anael que se removía nerviosa por el comedor. ¿Anael nerviosa? ¿Un ángel nervioso? Eso sí era más extraño. La conocía desde hacía mucho tiempo, concretamente desde que había excedido ciertos límites. Había recibido una reprimenda por parte de ella, sin embargo, allí estaba de nuevo, valorando las palabras que debía decir.

—Disculpa… —dijo Katherine—, pero… ¿qué tiene que ver eso conmigo?

Anael se giró y miró de reojo a la división. Miguel se acercó disimuladamente a Víctor.

—Pues es muy mona —le susurró.

—Cállate —le reprendió Víctor—. No es momento para tus tonterías.

Miguel sonrió mientras observaba a Katherine y luego se giró hacia Víctor sin ningún reparo, pestañeando excesivamente.

—Anael tiene buen gusto… —rio él—, por eso es el ángel del amor —susurró riendo.

—Que te calles —lo amenazó Víctor colocando la palma de su mano en el pecho de Miguel y alejándolo de él—. Mira que eres plasta.

Anael se situó frente a Katherine.

—Astaroth ha sido liberado y solo hay una forma de volver a encerrarlo, con un encantamiento que se encuentra en el grimorio del rey Salomón, el cual se encuentra en nuestro poder, y con el anillo del rey Salomón…

—Y, ¿lo tenéis? —preguntó ella extendiendo los brazos en su dirección.

Anael negó y se mordió el labio.

—Ese es… el problema… —comentó esta vez en un susurro.

Víctor observaba la escena con asombro.

—Entonces, no lo tenéis —corroboró Katherine.

—No… —continuó Anael cohibida—, el verdadero anillo… mmm… se encuentra en…

Katherine la miraba totalmente asombrada.

—Dilo ya —le susurró ella que comenzaba a ponerse nerviosa.

—En el infierno —intervino Víctor en medio de la conversación, captando la mirada de todos. Víctor miró a su alrededor y se encogió de hombros—. ¿Qué? —preguntó extendiendo los brazos—. Ahí es donde está, ¿no?

Anael resopló ante su intervención, sobre todo cuando Katherine comenzó a negar con su cabeza, pues acababa de comprender las palabras que había pronunciado Anael sobre que la necesitaban.

—Ah, no… —reaccionó Katherine señalando a Anael.

Anael chasqueó la lengua.

—Oh, vamos… Katherine, tú eres una viajera, eres la única que puede…

—No, no… —la cortó Katherine y se cruzó de brazos—, y más después del sermón que me echasteis… —le recordó—, ¿ahora sí queréis que me mueva entre planos?

—Eso fue diferente… —respondió Anael señalándola con el dedo.

Katherine se cruzó de brazos y dio unos golpecitos con el pie en el suelo.

—Me prohibisteis moverme entre planos —le recordó con un tono agudo, enfatizando con un movimiento de mano y señalando el suelo.

—Por Dios, Katherine, apareciste ahí en el cielo…

Víctor y el resto de la división enarcaron una ceja al escuchar aquellas palabras.

—Tenía trece años… —se excusó ella.

Anael extendió los brazos hacia los lados, interrumpiéndola.

—Ningún ser vivo puede ascender a los cielos antes de ser juzgado…

—Mi abuelo había muerto hacía tres días —comentó ella más ofuscada—, solo quería verlo por última vez. —Anael resopló—. ¡Era una niña! Y vosotros… —apretó los labios como si se frenase de decir algo—. Seréis ángeles, pero menudo genio os gastáis.

Toda la división se miró de reojo sin saber dónde meterse.

—Tampoco fue para tanto… —Anael intentó quitarle hierro al asunto.

—¿Qué no? —preguntó sorprendida—. El arcángel Miguel me amenazó con su espada, se puso bastante furioso.

Todos miraban asombrados de Anael a Katherine, sin pestañear.

—Es que… —Anael inspiró intentando calmarse—, tú no lo entiendes, pero transgrediste las normas celestiales.

—Se pasó un huevo —confirmó Katherine.

Anael se removió incómoda.

—Bueno, ya sabes cómo es Miguel…

—No, no lo sé.

—Tiene… mmm… demasiadas responsabilidades.

Katherine apretó los labios.

—Me dijo que si volvía a moverme entre planos que no fuesen de mi realidad me cerraría las puertas del cielo —recordó furiosa.

Anael sonrió con timidez y un ligero tic en el ojo comenzó a apoderarse de ella. Sí, quizá el arcángel Miguel se había excedido con una niña de solo trece años que deseaba ver por última vez a su abuelo.

—Miguel es muy exagerado —dijo con un movimiento de mano como si espantase una mosca—, ni caso.

—Sin embargo —continuó Katherine acalorada—, ahora quieres que descienda a los infiernos, ¿no? ¿Eso no transgrede las normas que tenéis?

Todos miraron expectantes a Anael.

—Es un caso de necesidad extrema. Nosotros, los ángeles, tenemos vetada la entrada —se señaló a sí misma—. Y tú eres la única que puede traer un objeto del inframundo.

—¿Y Miguel qué dice? ¿Está de acuerdo? Porque vamos… —La miró intrigada—. ¿Te envía él?

—No —susurró ella.

—Es que… después de la que me lio, si quiere algo al menos que tenga la decencia de venir él y pedirlo —continuó como si no hubiese escuchado la negación de Anael.

Anael se removió incómoda mientras toda la división escuchaba atenta la discusión entre ellas dos.

—Miguel no sabe nada de este plan. No quería decirle nada hasta saber si tú aceptabas o no…

Katherine resopló.

—Pues me da que a Miguel no le va a gustar nada la idea… —continuó ella.

—Lo comprenderá —confirmó Anael—. Eres nuestra única esperanza.

Katherine se puso tiesa como un palo.

—No he dicho que acepte —comentó—. Lo que me estás pidiendo es una locura.

Anael suspiró.

—Lo sé…

—Me estás pidiendo que baje a los infiernos —enfatizó ella—, para buscar… eso… mmm…

—El anillo del rey Salomón —intervino Aitor.

—Y traerlo hasta aquí —dijo rápidamente Anael.

—¡Nooo! —exclamó Katherine—. No, no pienso ir a los infiernos —respondió molesta.

Aitor miró de reojo a su división y suspiró mientras daba un paso al frente.

—Katherine, ¿no? —Ella lo miró y asintió—. Eres nuestra única opción… Hace unos meses comenzó a haber un gran número de posesiones, en todas ellas los demonios encarnados decían que las puertas del infierno se abrirían… —Katherine se removió inquieta—. Poco después la secta Thelema liberó a Astaroth…

—Ese serafín es el único con suficiente poder para matar ángeles y abrir las puertas del infierno —comentó Anael en un tono suave.

—Tenemos el grimorio del rey Salomón y en breve conseguiremos el encantamiento para volver a encerrarlo en una botella, pero sin el anillo no podremos hacerlo. Ese anillo nos dará la suficiente fuerza como para poder luchar contra él, sin él no somos nada.

Anael dio unos pasos hacia ella.

—¿Sabes lo que pasará si logran abrir las puertas del infierno y escapar? —preguntó Anael. Katherine apartó la mirada de ella—. No solo se liberarán cientos de ángeles que clamarán su venganza contra el cielo, sino que el mundo se convertirá en un campo de batalla contra demonios deseosos de invadir cuerpos humanos.

Katherine suspiró intentando centrarse.

—¿Eres consciente de lo que me estás pidiendo? —le preguntó Katherine—. Me estás pidiendo que descienda a los infiernos, a un lugar infestado de demonios que estarán deseando acabar conmigo y que busque el anillo. Nunca he estado allí… ni siquiera sé cómo es el infierno o dónde puede estar ese anillo escondido, pero estoy segura de que no será fácil de encontrar… es una misión suicida.

—No lo es… —intervino Víctor—, por eso estamos nosotros aquí, para ayudarte en todo lo que podamos.

Katherine se quedó observando a aquel muchacho de ojos grises y suspiró. Se quedó unos segundos en silencio, sopesando las opciones, hasta que finalmente negó.

—Lo siento, pero no puedo —susurró con un hilo de voz—. Ahora mismo no estoy en un buen momento… lo lamento —dijo dando un paso atrás.

Aitor iba a insistir, pero Anael se adelantó.

—Está bien, al menos, piénsalo, por favor. Nosotros estaremos por aquí un par de días. Estamos alojados en el hotel Nataly. —Katherine apartó la mirada de ella. Quizá en otro momento hubiese aceptado sin problema, solo por ayudar, pero ahora… ahora era diferente, había perdido su hogar, tenía una deuda cuantiosa y debía ayudar a su madre. No podía permitirse otra cosa que no fuese esa—. Mañana podemos tomar un café por la mañana y….

—Por la mañana trabajo —comentó cruzada de brazos.

—Pues por la tarde —insistió ella—. Te explicaremos nuestro plan para que lo sepas todo, pero, por favor, eres nuestra única esperanza.

—No… no lo soy —indicó ella—. Miguel no permitiría que esas puertas se abriesen —le recordó.

Anael la miró fijamente.

—No somos nosotros los que las abrimos, Katherine, sino los humanos con su libre albedrío. Dios os creó libres…

—Excepto para movernos entre planos —bromeó ella.

Anael chasqueó la lengua y decidió no atosigar más a la muchacha. Sabía que era una decisión difícil, que estaba pidiéndole que arriesgase su vida, su alma… pero era lo único que podía hacer para mantener el mundo a salvo.

—Vendremos mañana por la tarde y tomaremos algo —zanjó Anael acercándose a la puerta.

Katherine se quedó callada, sin decir nada, aunque sus gestos revelaban que se encontraba en tensión. Simplemente asintió.

Todos se despidieron de ella con un movimiento de cabeza, pero algo llamó su atención. El chico de ojos grises que había intervenido un par de veces se quedó observándola. Sintió su corazón dispararse y se obligó a apartar la mirada de él.

Víctor fue el último en abandonar la casa y cerrar la puerta tras él, lentamente.

Katherine avanzó hacia la ventana y apartó la cortina de color blanco. Afuera ya reinaba la oscuridad.

Se quedó observando cómo aquel grupo de seis hombres y Anael tomaban la calle que los conduciría al hotel Nataly, donde habían dicho que se alojaban.

Se quedó en silencio, repitiendo en su mente la petición de Anael.

¿Descender a los infiernos para buscar el mítico anillo del rey Salomón? Ni loca iría hasta allí. Solo con pensarlo la boca se le secaba y el terror la paralizaba, pero, por otro lado, ¿qué iba a hacer? Le estaban pidiendo ayuda y, por lo que había explicado Anael, la humanidad dependía de ella.

Suspiró y se giró para observar las cajas esparcidas por toda la vivienda.

Lo único de lo que estaba segura era de que, en esos momentos, acarreaba una deuda elevada y, además, debía conseguir dinero para pagar las medicinas de su madre. Eso era lo único que le importaba en ese preciso instante.

5

Astaroth caminó entre los pasillos constituidos por aquellas altas montañas picudas con paso presto. Aquella división le estaba poniendo las cosas difíciles, demasiado. ¿Cómo era posible que un puñado de humanos pudiese vencer a los vampiros, incluso a Farid?

Llegó hasta su alcoba rugiendo. Se habían hecho con el grimorio del rey Salomón y sabía lo que eso significaba. En ese grimorio se encontraba el conjuro con el que lo habían encerrado en una botella durante milenios. No, no iba a permitir que eso volviese a ocurrir.

Abrió su armario y observó aquella armadura plateada que había esperado milenios para volver a ponerse, así como su enorme arco con el que combatía. Sabía que su fuerza superaba a la de la mayoría de los ángeles, que si lograba escapar de allí no habría nadie que pudiese con él, por eso mismo debía escapar, abrir las puertas del infierno y conquistar el mundo. Y, después, obtendría su ansiada venganza contra su padre.

Dio un paso al frente y situó su mano sobre el arma plateada. Eones antes, había empuñado aquel arco y las largas flechas para defender a su padre, ahora, lo empuñaría para derrocarlo.

Por suerte, no solo era necesario el grimorio para encerrarlo, con el conjuro no era suficiente, por eso, el arcángel Miguel había creado un anillo que dotaba de una inmensa fuerza a aquel que se lo pusiese, tanta fuerza como para poder encerrarlo en una botella. El anillo estaba en sus manos, y eso le daba una enorme ventaja frente a aquella división y los ángeles. Saldría de allí y acabaría con la creación de su padre en un abrir y cerrar de ojos. Seguidamente, lo arrojaría a aquel lugar carente de luz, de alegría… condenándolo a toda la eternidad igual que había hecho con él.

Ansiaba desesperado el día en que pudiese ponerse la armadura y empuñar su arma, pues sabía que ese día resultaría vencedor, que conquistaría el mundo y derrocaría a su padre.

Se giró cuando notó una brisa que llegaba del espejo que usaba para contactar con Farid, el hechicero supremo de la orden secreta Thelema, el cual lo había ayudado a escapar de la botella donde se había mantenido preso durante milenios.

Se acercó con paso lento mientras el espejo formaba unas ondas, ladeó su cabeza provocando que su cabello largo y rubio, casi blanco, cayese a un lado.

La silueta de Farid apareció entre las ondas.

—Llegas tarde —pronunció Astaroth con voz grave, con la mirada

fija en aquella silueta.

Farid tragó saliva mientras miraba su recipiente con agua mediante el cual contactaba con el ángel caído. Llevaba su capucha por encima de la cabeza y la túnica negra le llegaba hasta los pies.

Miró alrededor asegurándose, una vez más, de que nadie permanecía en aquella habitación ubicada en el ático de El Burj Mohammed Bin Rashid, en la ciudad de Abu Dabi, un rascacielos con una impresionante altura de 381 metros y un total de 88 plantas donde tenían su sede todo tipo de empresas.

Las dos últimas plantas pertenecían a Farid. La penúltima planta, la 87, la usaba a modo de vivienda cuando se encontraba en la ciudad, mientras que la última, la 88, la tenía acomodada como centro de reuniones y era también donde llevaba a cabo sus conjuros y hechizos. La había dividido en varias zonas, una de ellas era donde se encontraba en aquel momento, una sala preparada para sus meditaciones y donde podía aislarse de todo y llevar a cabo sus hechizos. Otra de las zonas la tenía acomodada como una sala de juntas donde se reunían, como mínimo, una vez al año las altas esferas de la sociedad secreta Thelema. La otra parte era un espacio libre donde podían reunirse todos aquellos que perteneciesen a la sociedad.

—Disculpadme, mi señor —respondió Farid con voz trémula, pues solo con saber que estaba ante un ángel caído temblaba—. He estado concentrado tal y como me pedisteis para encontrar a la división.

—¿Y? —preguntó Astaroth como si se le agotase la paciencia.

Farid tragó saliva.

—Han tomado un avión y se encuentran en Puerto Natales, en Chile —carraspeó, pues notaba la boca seca—. Pero no han llevado el grimorio.

Astaroth rechinó los dientes.

—¿Dónde se encuentra el grimorio? —gritó a pleno pulmón.

Farid cerró los ojos ante el grito que llegó a través de la vibración del agua e intentó mantener la compostura.

—Le prometo que… que lo encontraré. Han debido de hacer algún conjuro para que no pueda…

—¿No eras uno de los mejores hechiceros del mundo? —le escupió sin controlarse.

—Lo soy —pronunció Farid—, pero la orden de la Aurora Dorada también cuenta con importantes hechiceros —susurró.

Astaroth se quedó observándolo fijamente. Sabía que la orden de la Aurora Dorada contaba con un alto nivel de experiencia en la magia, pero él no estaba para tonterías. Había iniciado su plan y no podía frenarlo.

Apretó los labios con furia.

—¿Qué hace la división en Chile?

Farid volvió a carraspear nervioso.

—No… no lo sé, pero… —dijo rápidamente al ver que el gesto de Astaroth se oscurecía de nuevo—, lo averiguaré.

—Si tienen el grimorio ahora necesitarán el anillo, pero el anillo está en mi poder… —indicó Astaroth—, averigua qué hacen allí —exigió.

—Así lo haré —contestó Farid.

Astaroth lo observó con una sonrisa diabólica. Se giró hacia atrás y luego volvió a observarlo.

—Janna te envía recuerdos… está… deseando marcharse de aquí —pronunció con voz grave. Farid sintió cómo todos sus músculos se ponían en tensión y se quedaba sin respiración. Janna era la persona por la que estaba haciendo todo aquello. Tras su suicidio se sentía responsable de su muerte. Sabía que un suicidio era un pecado mortal y que aquel hecho la condenaría al infierno. El trato era claro, él lo ayudaba a abrir las puertas del infierno y Astaroth liberaría a Janna y le permitiría salir del infierno.

—Ella… —susurró—, ¿está allí?

—Claro que está aquí —pronunció Astaroth lentamente, con la voz muy grave.

—¿Podría… hablar… con…?

—Averigua qué hace la división en Chile, dónde se encuentra el grimorio del rey Salomón y volveremos a hablar —ordenó.

Sin esperar respuesta por parte de Farid alzó su mano y la comunicación se cortó. El espejo dejó de formar ondas convirtiéndose en una superficie lisa.

Se quedó unos segundos observando su reflejo en el espejo y el colgante que Lilith le había entregado con su sangre para que así pudiese dar órdenes a los vampiros y estos le obedeciesen.

Miró al espejo de nuevo observando cómo en la puerta de entrada a su alcoba la hermosa Lilith lo observaba.

—¿Qué quieres ahora? Estoy ocupado.

Lilith se quedó en la entrada, sin dar un paso al frente. La última conversación que había mantenido con él no había sido de su gusto. Le había ayudado porque creía en su causa, en que todos merecían ser libres al fin, le había dado su bien más preciado, unas gotas de su sangre para que así pudiese obtener la ayuda de los vampiros en la Tierra, sin embargo, ahora se arrepentía. ¿Cómo había podido confiar en él? Por su ineptitud estaba sacrificando a sus hijos constantemente sin importarle lo más mínimo, ese no era el trato al que había llegado con él. Ambos habían convenido que se ayudarían, que ella le prestaría a sus hijos para que hiciesen el trabajo sucio en la Tierra, sin embargo, los vampiros no dejaban de morir… no, ella amaba a sus hijos, y por más que le pedía que cesase en su empeño Astaroth no

daba su brazo a torcer. No le importaba cuántos hijos suyos muriesen, a él solo le importaba abrir las puertas del infierno para obtener su venganza sin importarle todo el que cayese… ese no era el pacto al que habían llegado.

Ahora, se arrepentía de haberle dado unas gotas de su sangre para que los vampiros le obedeciesen, sobre todo cuando al escuchar sus quejas él la había golpeado y despreciado. No, aquello no continuaría así. Ella no perdería a más hijos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó a una distancia prudencial.

—Ya sabes lo que voy a hacer. Os voy a liberar a todos —pronunció sin mirarla.

Esta vez se atrevió a dar un paso al frente.

—No me refiero a eso… me refiero a mis hijos, ¿has acabado ya tu misión con ellos?

Astaroth se giró hacia ella con una sonrisa de autosuficiencia.

—Esto no ha hecho más que comenzar —pronunció lentamente.

—¿Qué planes tienes para ellos?

Astaroth resopló como si su simple presencia le molestase y fue hacia el armario para cerrarlo y proteger sus bienes más preciados.

—Eso no te incumbe —respondió con voz grave.

—Claro que me incumbe —se señaló a sí misma—. Te presté la ayuda que necesitabas… pero te estás sobrepasando. Quiero que dejes a mis hijos en paz —ordenó.

Astaroth parpadeó varias veces, sorprendido por su tono de voz, y se giró lentamente hacia ella, estudiándola de la cabeza a los pies.

—¿Me estás dando órdenes, Lilith? —preguntó lentamente.

Ella alzó su mentón.

—Ellos me pertenecen a mí, no a ti —pronunció con el mismo tono que él—. Envía a demonios, pero no más a mis hijos.

Astaroth se quedó pensativo con un gesto burlón y chasqueó la lengua.

—No, me parece que no. Ahora más que nunca los necesito.

—¿Para qué? —gritó ella asustada, pues sabía que perdería a muchos hijos más por el camino—. ¿Qué vas a ordenarles? —Astaroth apartó la mirada de ella como si no le interesase el tema—. Astaroth —lo llamó ella—, por favor… te lo suplico. No envíes a más hijos míos a la muerte —sollozó.

Lejos de sentir compasión, una sonrisa inundó su rostro, como si aquel comportamiento desesperado por parte de una madre que suplicaba clemencia por sus hijos le hiciese gracia.

—Eres tan ridícula, Lilith —se burló él, lo cual ensombreció la mirada de Lilith. Dio unos pasos hacia ella—. Dime, ¿vas a arrodillarte para suplicar? —Ella se puso firme y lo miró directamente a los ojos —. Hazlo, por favor —ironizó humillándola—. Eres blanda, sumisa…

siempre has sido así. No tienes coraje —dijo acercándose a su rostro, como si la retase—. Eres una cobarde que solo hace que lloriquear por sus hijos sin ver que hay algo más importante que esto… la libertad —le susurró contra sus labios. Astaroth miró sus ojos, su nariz, sus labios —. Te recomiendo que no obstaculices más mi camino —sugirió.

—¿O qué? —preguntó.

Ambos se miraron fijamente. Lilith observó sus ojos azules, aquella mirada cargada de odio, rabia y desprecio. De su cuello colgaba la pequeña joya que había rellenado con su sangre para otorgarle el control de los vampiros, los cuales obedecerían ciegamente a Astaroth.

Instintivamente llevó su mano hacia el colgante en un movimiento excesivamente rápido, intentando arrebatárselo. Entró en pánico cuando Astaroth le sujetó la mano sin problema, había olvidado que estaba tratando con un serafín del trono de Dios, con uno de los ángeles con más poder y fuerza del Universo.

Ambos se quedaron mirándose, Astaroth con furia por su gesto, Lilith intentando mantenerse firme, aunque su mirada la atemorizaba.

Astaroth llevó su mano hasta el estómago de ella y la empujó. Lilith ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar y apartarse. Salió disparada por el aire chocando fuertemente con la pared de piedra.

El golpe la dejó sin respiración. Seguramente, si hubiese sido humana se habría partido varios huesos. Cayó sobre el suelo y gritó de dolor. Durante unos segundos se obligó a recuperar la respiración y elevó su mirada hacia Astaroth que permanecía en el mismo lugar desde donde la había golpeado, sin despeinarse, colocándose correctamente la manga.

—Creo que no te conviene tenerme como enemigo…

—Y tampoco como amigo —susurró ella recuperándose del golpe.

Astaroth sonrió ante su respuesta.

—Intenta volver a hacer algo así… —comentó con voz tranquila, tan tranquila que asustaba—, y acabaré contigo. Dejarás de existir. —La miró fijamente, observando cómo Lilith tragaba saliva ante aquella amenaza. Lilith conocía a Astaroth y sabía que no dudaría en hacerlo. Finalmente, este se giró y fue directo hacia la puerta.

—Cuando puedas levantarte abandona mi alcoba —dijo antes de salir sin girarse ni preocuparse lo más mínimo por su estado.

Lilith lo observó alejarse apretando los dientes.

Ya había tenido suficiente paciencia. Sí, sabía que la amenaza de Astaroth era real, que acabaría con ella con una simple mirada, pero no podía permitir que más hijos suyos muriesen. Debía actuar, debía hacer algo.

Intentó ponerse en pie, pero el golpe había sido tan fuerte que necesitó apoyarse en la pared para ponerse erguida.

Se sobresaltó cuando sintió una mano en su brazo ayudándola a mantener el equilibrio. Se giró y miró directamente a aquel que la sujetaba, asustada, pues por un segundo pensó que Astaroth había vuelto para cumplir su amenaza.

—¿Estás bien? —preguntó Gadreel sosteniéndola por el brazo.

Lilith se calmó al comprobar que no era Astaroth, igualmente no le gustó que la viesen en esa posición de vulnerabilidad y apartó su brazo de la mano de él con un gesto nervioso.

—Sí —contestó poniéndose firme.

Gadreel se giró para comprobar que estaban solos y volvió su atención hacia ella.

—Siempre nos ha tratado con superioridad —susurró—. El problema es que el paso de los milenios nubla nuestros recuerdos.

Lilith lo miró fijamente ante lo que decía y tragó saliva. Dio un paso atrás intentando recomponerse. Ella era una mujer fuerte, la madre de prácticamente todos los seres sobrenaturales que habitaban el plano terrenal, no podía demostrar su fragilidad.

—No deberías estar aquí —pronunció con un tono de voz más grave, totalmente firme y recompuesta.

Gadreel la miró de la cabeza a los pies y, finalmente, asintió.

—Quizá tú tampoco —le sugirió.

Aquella respuesta hizo titubear a Lilith.

Había escuchado toda la conversación que habían mantenido entre los dos.

Desde que Astaroth le había encomendado la misión de recuperar el grimorio del rey Salomón se había mantenido cerca de él, como su ángel caído de confianza. Sin embargo, tras fracasar en el intento por culpa del exorcismo que le había practicado Anael y volver al infierno derrotado, Astaroth tampoco había mostrado ninguna clemencia con él. Sus palabras aún resonaban en su mente pese al paso de los días. Los recuerdos le asaltaron.

Tras ser arrojado al infierno por Anael con un exorcismo tan brutal se había sentido derrotado, sin fuerzas siquiera para moverse.

—Eres patético —le escupió Astaroth.

Gadreel alzó levemente su mirada hacia él. Por mucho respeto que le tuviese, incluso miedo, él tenía su orgullo. Se había jugado el cuello por él, había hecho todo lo que le había ordenado hasta el punto de haber arriesgado su propia vida… ¿y para qué?

—¿Te has dejado doblegar por una panda de humanos? —preguntó Astaroth con ironía.

—Volveré a por el grimorio en cuanto…

—¿En cuanto qué? —espetó Astaroth golpeándole con el pie en la pierna.

En ese momento había sido consciente de que Astaroth, aquel

serafín de Dios arrojado a los infiernos, no se había impuesto como misión liberarlos a todos. No, él solo ansiaba su venganza, sin importar a quién se llevase por delante. No le importaba las muertes que pudiese ocasionar, no le importaban nada todos aquellos demonios y ángeles caídos que se encontraban allí. No, no sentía remordimientos, solo ira hacia su padre y un deseo tan grande de venganza que si fuese necesario acabar con todos los demonios y ángeles caídos del infierno para conseguirlo lo haría sin dudarlo un segundo.

No había querido hacer acto de presencia en las reuniones que se formaban en el centro del infierno, planeando cuál sería la próxima incursión en la Tierra para llevar a cabo su plan. Había preferido pasar desapercibido aquellos últimos días.

Sabía que los vampiros lo estaban ayudando, pero lo que había escuchado le daba a entender que Lilith tampoco estaba de acuerdo con el uso que estaba haciendo de sus hijos.

Ambos se miraron unos segundos más.

—Si necesitas ayuda solo tienes que pedirla —pronunció Gadreel.

La mirada de Lilith se relajó durante unos segundos, como si aquellas palabras le diesen algo de paz, pero rápidamente el orgullo se apoderó también de ella.

—Lo tengo todo controlado —pronunció antes de comenzar a andar en dirección a la puerta, con el mentón bien alto.

Sabía que Lilith no se detendría ante nada con tal de proteger a sus hijos, pero también conocía el poder de Astaroth, y sabía que ella no tenía nada que hacer frente a él.

La observó alejarse y salió rápidamente de los aposentos de Astaroth, caminando por aquellos caminos estrechos y calurosos.

Se detuvo en una esquina y observó a cientos de demonios y ángeles caídos reunidos unos metros por delante, preparados para recibir las órdenes de la tríada maligna constituida por Astaroth, Belcebú y Lucifer.

Quizá lo único y lo mejor que podía hacer era mantenerse al margen de todo. Sí, si conseguían abrir las puertas del infierno sería libre para recorrer la Tierra siempre que quisiese, sin aquel desproporcionado castigo que se le había impuesto, pero, por otro lado… ¿deseaba una guerra contra el resto de los ángeles? ¿Iba a enfrentarse realmente a su padre? ¿Iba a permitir que la Tierra y toda la creación desapareciese?

—Gadreel —pronunciaron a su espalda. Incluso sin girarse supo a quién pertenecía aquella voz. No sintió temor, sino furia. Se giró lentamente para observar a Astaroth al otro lado del escarpado camino que conducía hacia el lugar donde se encontraban los demonios esperando su discurso—. ¿Ya te has recuperado? —Gadreel

no dijo nada, simplemente lo miró fijamente—. Si aún quieres participar en esto y ser libre, acompáñame —le sugirió antes de dar unos pasos en dirección a la plataforma donde lo esperaban Belcebú y Lucifer.

No supo bien cómo encajar aquellas palabras. El comportamiento que había demostrado con Lilith, así como con él, no le daba confianza, no obstante, si alguien podía liberarlos era él. No deseaba estar allí, quería luchar por su libertad, aunque los métodos de aquel serafín del trono de Dios no fuesen los más adecuados con sus iguales.

Inspiró con fuerza y avanzó en dirección a la reunión, siguiendo a bastante distancia a Astaroth.

6

Katherine cerró la línea de cajas y contó el dinero de la caja registradora. El horario de mañana le gustaba mucho más que el de tarde, ya que le permitía tener más tiempo libre.

—Hola, Pablo —saludó a su relevo que se dirigía a la caja para sustituirla.

Pablo llegó hasta ella con una sonrisa.

—¿Cómo ha ido la mañana?

Katherine se encogió de hombros.

—Como siempre.

Salió de la línea de cajas para darle paso a Pablo. A esa hora del mediodía no había mucho trabajo.

—¿Te has enterado de lo de Sara? —le preguntó Pablo mientras abría la caja registradora para observar el dinero.

—¿La embarazada? —preguntó ella con interés.

Pablo asintió.

—Por lo visto dicen que tiene un embarazo de riesgo y en un par de semanas solicitará la baja —explicó.

Katherine lo miró asombrada.

—¿En serio?

Pablo asintió.

—Como el otro día dijiste que querías buscar otro trabajo, quizá…

—Síííí —respondió ella feliz, casi a punto de abrazar a su compañero—. ¿Dónde se encuentra Gloria? —preguntó mirando de un lado a otro.

Pablo señaló con un movimiento de cabeza al final del pasillo.

Su supervisora, Gloria, siempre había sido amable con ella. Con suerte, le dejaría hacer algunas horas extras.

—Gracias por la información —le susurró Katherine antes de dirigirse a donde se encontraba su supervisora.

Gloria tenía el cabello corto y rizado. Un poco entrada en carnes y con un rostro muy dulce y amigable, y no era solo apariencia, realmente estaba contenta con ella y con el trato que les daba a todos.

Caminó con paso rápido hacia ella con una sonrisa en sus labios.

—Hola, Gloria —dijo situándose al lado.

Gloria se encontraba revisando los precios y la cantidad de producto para avisar a almacén si era necesario.

—Hola —respondió con una sonrisa mientras apuntaba en la libreta.

—Perdona que te moleste… —comenzó Katherine—, pero Pablo me ha dicho que Sara se va a pedir la baja por embarazo de riesgo dentro de poco… —Gloria no la miró, pero asintió, pues parecía bastante concentrada en los productos—. Verás, no estoy pasando por un buen momento, y me preguntaba si me podrías tener en cuenta para cubrir su baja.

Gloria la miró un segundo y volvió a sus cuentas.

—Sara hace tu contraturno, ¿verdad?

—Sí —respondió ella rápidamente—, no sería ningún problema cubrir sus horas.

Gloria dejó de apuntar y finalmente le prestó atención.

—No puedo ponerte todas las horas. Había pensado cubrir su turno con varios…

Katherine asintió.

—Me iría muy bien, de verdad que lo necesito —suplicó ella.

Aquel tono de voz llamó la atención de Gloria, la cual asintió.

—Claro, no hay problema, Kata —dijo con una tierna sonrisa—, pero… ¿va todo bien? —preguntó más preocupada.

Katherine suspiró y miró de un lado a otro mientras se encogía de hombros.

—Tengo a mi madre enferma y con la pensión a duras penas le llega para cubrir los medicamentos y el alquiler…

Gloria apretó los labios y asintió.

—Entiendo.

—Y mi casero me subió el alquiler a principios de año y…

—Ya —la cortó situando una mano en su hombro—, no te preocupes, cuenta con uno de los turnos —pronunció con una sonrisa, abrió su libreta y pasó unas páginas—. ¿Te va bien cubrir los lunes y miércoles por la tarde?

—Sería estupendo —respondió emocionada.

Gloria asintió.

—Pues ya está —dijo con una sonrisa tranquilizadora. Observó a la muchacha, Katherine siempre había sido muy buena trabajadora y había estado dispuesta a cubrir los turnos que le ofrecía. La muchacha parecía realmente desesperada por la situación que le había explicado —. Oye, cielo, sé que quizá no es lo tuyo, pero algunos fines de semana necesitamos más personal en el almacén, si lo necesitas puedo ir ofreciéndote algunos turnos allí.

Katherine abrió los ojos al máximo y estuvo a punto de emocionarse, de hecho, se obligó a pestañear varias veces para que sus ojos no se humedeciesen.

—Te lo agradecería muchísimo —susurró.

Gloria asintió y apuntó su nombre en una lista.

—Este fin de semana lo tengo cubierto, pero es posible que para

el próximo fin de semana necesite a alguien. —La miró y sonrió—. Y las horas de almacén los fines de semana se pagan como extra —explicó.

—Cuenta conmigo —se ofreció y no pudo evitar darle un abrazo por la emoción—. Gracias, gracias, gracias —repitió.

Gloria rio por su gesto.

—De nada. Venga… ahora a descansar —dijo señalando con un movimiento de cabeza hacia la puerta.

Katherine se alejó con una sonrisa en sus labios que no pudo ocultar cuando pasó al lado de la línea de cajas que Pablo abría en ese momento.

—¿Ha ido bien?

Ella asintió.

—Muy bien, gracias por decírmelo.

Pablo le guiñó el ojo y se despidió agitando su mano.

—Nos vemos mañana.

—Hasta mañana —canturreó ella mientras salía del supermercado.

En cuanto el sol rozó su piel se detuvo y respiró hondo. Sí, aquel estaba siendo un buen día en comparación con los anteriores. Sin duda, su suerte estaba cambiando. Aquellas horas extras mejorarían considerablemente su economía y podría hacer frente mucho mejor a su deuda. Con suerte, en unos meses habría salido de aquel bache económico.

Sonrió cuando comenzó a caminar. La brisa hizo que sus cabellos volasen hacia atrás. Dio unos pasos rumbo a su hogar cuando se detuvo de inmediato.

Apretó los labios y resopló. Anael y el grupo de cazadores la esperaban al otro lado de la calle por donde debía cruzar.

—Hola, Kata —dijo Anael con una sonrisa juvenil.

Katherine cerró los ojos unos segundos, armándose de paciencia. Durante aquella mañana había olvidado su conversación del día anterior, ahora mismo tenía otras cosas en la cabeza.

Suspiró y miró a ambos lados de la carretera, asegurándose de que no venía ningún coche antes de cruzar.

—Hola —respondió ella a disgusto antes de llegar hasta ellos, los saludó con un movimiento de cabeza y, directamente, pasó por su lado directa para su casa. Tenía que recoger toda su ropa y guardarla en maletas.

Víctor enarcó una ceja al igual que el resto de sus compañeros al verla pasar olímpicamente de ellos.

Miró confundido a Aitor que estaba a su lado.

—Sabe que Anael es un ángel, ¿no? Y que somos cazadores, ¿verdad? —Aitor se giró para observarla caminar sin girarse,

siguiendo su camino plácidamente.

—Claro que lo sabe —respondió—, ya la escuchaste ayer.

—Pues qué huevos tiene —comentó incrédulo por el comportamiento de la muchacha.

Anael se removió nerviosa y miró a sus amigos con cara de circunstancias.

—Menuda bronca le echaste, ¿no? —ironizó Miguel al recordar la conversación mantenida el día anterior entre Anael y Katherine.

—Qué va… tampoco fue para tanto —respondió Anael—. Voy… voy a hablar con ella. —Aceleró el paso mientras el resto de la división caminaba a cierta distancia por detrás de Anael—. Katherine… —la llamó—. Katherine…

Los chicos de la división observaban estupefactos la situación. ¿Una chica joven ignorando a un ángel?

Miguel se situó al lado de Víctor.

—Una muchachita con genio… —Víctor resopló al escuchar las palabras de su compañero, pues ya sabía que volvía a insinuarse por los comentarios de Anael. No tenía ganas de soportar las bromas de su compañero. Aceleró situándose a la cabeza del grupo junto a Aitor, aunque eso no disuadió a Miguel—. Eso lo hace más interesante, ¿no crees? —continuó con tono burlón.

Aitor se giró para observar a Miguel un segundo y luego observó a Víctor sin comprender.

—¿Qué dice? —le preguntó.

Víctor se encogió de hombros.

—Yo qué sé, ¿acaso no lo conoces? Está como una cabra.

Para sorpresa de Víctor, a Aitor pareció convencerle aquella explicación y asintió.

Katherine se giró finalmente.

—Anael, disculpa… —dijo lentamente—, pero ahora no tengo tiempo. Ya te lo dije, no estoy pasando por un buen momento y necesito…

—Katherine, es importante —dijo acercándose—. Si no nos ayudas estamos perdidos —susurró mirando hacia los lados, asegurándose de que no había nadie cerca.

Katherine se removió nerviosa y luego observó a la división que se acercaba a la espalda de Anael. Tragó saliva y apretó los labios, intimidada.

—¿Y quién me ayuda a mí? —pronunció con dolor—. Siempre he estado pendiente de todo el mundo. ¿Quién cuida de mí?

Aitor dio unos pasos hacia delante.

—¿Qué necesitas? —preguntó directamente y señaló a sus compañeros—. Podemos ayudarte en lo que necesites.

Katherine parpadeó confundida y se cruzó de brazos.

—Un trabajo que me garantice pagar mis deudas.

Aitor se quedó pensativo.

—¿A cuánto asciende tu deuda?

Katherine abrió los ojos al máximo y miró desconfiada a aquel grupo.

—¿Estás de broma? —rio.

Aitor permaneció serio.

—No lo estoy. Necesitamos tu ayuda, y si tú también la necesitas nosotros te ayudaremos —se ofreció.

La mirada de desconfianza de Katherine se incrementó. ¿Qué estaba diciendo ese joven? Rio incrédula y negó.

—No es solo la deuda —reconoció—. Tengo que ganar dinero para ayudar a mi madre enferma, así que… a no ser que seas médico… —acabó diciendo.

Los miró a todos y, finalmente, se giró como si diese por acabada aquella conversación.

Ahora no podía perder el tiempo con esas cosas, esa no era su guerra. Su día a día consistía en trabajar y reunir el dinero suficiente para poder pagar sus gastos y ayudar a su madre, eso era lo único que le interesaba y a lo que iba a dedicarse. Esa era su responsabilidad.

—Quieres mucho a tu madre, ¿verdad? —preguntó Víctor sorprendiendo a todos.

Katherine se giró y ladeó su cuello.

—¿Qué pregunta es esa? —rio.

Víctor dio unos pasos hacia delante.

—Pues si no nos ayudas, el mundo que conoces dejará de existir. Todas las personas a las que amas desaparecerán —pronunció lentamente.

Katherine puso su espalda firme y miró seriamente a aquel muchacho. Anael se los había presentado el día anterior, pero ni siquiera recordaba su nombre, de lo que estaba segura era de que jamás había visto una mirada tan sincera como esa.

Aquellas palabras le hicieron tragar saliva y observarlos a todos, incluso Anael la miraba con gesto desesperado. ¿Todas las personas a las que amaba desaparecerían?

Víctor dio unos pasos más al frente y se situó ante ella.

—Por favor, danos unos minutos para que te lo expliquemos todo. Quizá podamos ayudarnos mutuamente —le ofreció.

Se fijó en los ojos de aquel joven, de un color bastante peculiar, de un gris claro. Tenía una mirada capaz de atravesar su alma. Puede que fuese su mirada, aquellas palabras o el tono que había empleado… pero la hizo dudar.

Se quedó unos segundos pensativa y finalmente suspiró.

—Está bien —pronunció, los miró cohibida y asintió en dirección

a Anael—. Vayamos a mi casa.

Víctor entró por la puerta tras Anael y algunos de sus compañeros de la división.

Miró a su alrededor. Estaba claro que Katherine se mudaba, pues había más cajas por el suelo, la mayor parte llenas.

Daniel, que fue el último en entrar, cerró la puerta tras de sí.

Katherine fue hacia la barra que separaba la pequeña cocina del comedor y depositó su bolso junto a las llaves.

—Tenéis diez minutos —pronunció mientras cogía un taburete y se sentaba—. Tengo cosas que hacer. Podéis… —miró al resto de la división—, podéis sentaros. Poneos cómodos. —Aitor dio un paso al frente sin buscar asiento mientras el resto de la división buscaba algún lugar donde acomodarse. Tampoco es que hubiese muchos asientos—. Siento no poder ofreceros nada… la nevera está casi vacía.

—No te preocupes —contestó Aitor acercándose, y miró a Anael para pedirle permiso para hablar. Anael asintió—. Verás, como te explicó Anael somos cazadores, formamos la división de España, una división llamada DAE, División de Agentes Externos. Normalmente nos encargamos de brujas, lobos, vampiros… pero esta vez está siendo… mmm…

—Diferente —intervino Víctor que se encontraba cerca de su jefe, ayudándolo con aquella palabra. De reojo pudo ver cómo Miguel lo animaba haciéndole el gesto de OK con el dedo pulgar arriba.

—Qué don de palabra… —escuchó que le murmuraba su compañero.

Víctor apartó la mirada de él y lo ignoró. Era eso o tumbarlo de un puñetazo. Era muy buen amigo de Miguel, pero a veces lo desquiciaba.

—Sí —continuó Aitor dándole la razón a Víctor—. Normalmente no entramos a valorar ni trabajamos en casos espirituales, más que nada porque la competencia sobre esto la tiene la iglesia, pero… —miró a Anael—, en Lugo comenzó una oleada de posesiones…

—¿Posesiones demoníacas? —preguntó Katherine interesada.

—Sí —continuó Aitor—. Era un no parar y comenzamos a ayudar a Santiago, es un sacerdote exorcista.

Anael sonrió a Katherine con ternura.

—Yo estaba ayudando al padre Santiago con lo de las posesiones, ahí fue cuando nos vimos por primera vez —señaló a la división.

—Sin embargo, el mayor problema no eran las posesiones, sino lo que esos demonios encarnados decían: “Las puertas del infierno se abrirán”. Comenzamos a investigar y nos infiltramos en una secta satánica, concretamente la secta satánica de Lugo. Ahí nos enteramos que lo que planeaban era liberar a Astaroth. Esa secta satánica estaba

ayudando a la orden secreta Thelema.

—¿Conoces la leyenda del rey Salomón? —preguntó Víctor.

Katherine lo miró.

—Un poco —musitó ella.

Víctor asintió para seguir con la explicación, pues Aitor dio un paso atrás para darle paso.

—El rey Salomón era conocedor de la magia ancestral, de hecho, fue instruido por un arcángel, concretamente el arcángel Miguel. —Katherine lo escuchaba con atención—. Le enseñó cómo defenderse de los demonios, cómo luchar contra ellos y a capturar a los demonios en botellas y encerrarlos allí. Sus enseñanzas, hechizos y conjuros que empleó están recogidos en su grimorio. Astaroth, un serafín, y por lo tanto uno de los ángeles con más poder, cayó… y el rey Salomón se encargó de encerrarlo en una de sus botellas.

—Astaroth es el único con suficiente poder para matar ángeles y abrir las puertas del infierno —intervino Anael ante la mirada asombrada de Katherine.

—Y la orden secreta Thelema lo liberó —concluyó Aitor.

—Necesitamos volver a capturarlo y encerrarlo en una de las botellas. Para eso necesitamos el hechizo que empleó el rey Salomón, el cual se encuentra en el grimorio que ya tenemos en nuestro poder y, además, hace falta también el anillo del rey Salomón. Ese anillo —enfatizó Víctor—, fue exclusivamente creado para combatir a Astaroth, dado que era demasiado poderoso.

—De acuerdo —susurró ella intentando ordenar todo lo que explicaban.

—El problema es que el anillo se encuentra en el infierno…

—¿Y qué hace ahí? —preguntó desesperada.

Víctor chasqueó la lengua.

—El rey Salomón lograba que los demonios le obedeciesen mediante unos símbolos y runas, así que ordenó a uno de los demonios que se dirigiese al infierno y esclavizase al resto de demonios para que le obedeciesen… —Chasqueó la lengua—. No funcionó, pues el demonio en cuanto llegó al infierno no se vio en la obligación de cumplir la orden.

—Pues menuda metedura de pata —comentó ella asombrada.

Víctor asintió.

—Por eso necesitamos ir al infierno y conseguir el anillo —intervino Víctor—. Es de vital importancia, y tú eres la única que puede conseguirlo —comentó con voz más pausada.

Víctor suspiró cuando escuchó a Miguel aplaudir.

—Bravo… qué desparpajo —exclamaba Miguel con entusiasmo—, menudo discurso. ¡Bravo! Qué oratoria… qué elocuencia… —continuaba.

Víctor puso los ojos en blanco y estuvo a punto de dirigirse hacia allí, solo se refrenó porque Katherine estaba a pocos pasos de él mirando asombrada a Miguel.

—Qué don de palabra, macho —continuaba elogiándolo Miguel, el cual le guiñó un ojo con una clara insinuación que implicaba a Katherine.

—Mmm… sí —interrumpió Katherine confundida—, muy… muy bien explicado.

Víctor se inclinó un poco hacia ella.

—No le hagas mucho caso, nosotros no se lo hacemos. —Ella lo miró intrigada—. Es buen luchador, pero… —Se llevó la mano a la cabeza—. Cucú… está en tratamiento psiquiátrico.

Katherine abrió los ojos hacia Víctor.

—¿De verdad?

Víctor miró de reojo a Miguel que seguía aplaudiendo y luego observó a Katherine con una sonrisa tirante.

—Sí.

—¿Y no es peligroso?

—Oh, no, no… es inofensivo, solo que… a veces… pierde… el norte —acabó diciendo.

—Vaya… —susurró ella mirando a Miguel de reojo, el cual aún seguía aplaudiendo con una gran sonrisa en sus labios—, supongo que habéis visto muchas cosas que…

—Sí, él no ha sabido encajarlo —apuntó—, pero lo queremos igual —se encogió de hombros.

Por primera vez Katherine le sonrió, lo que provocó que toda su piel se erizase. ¿Había visto jamás alguna sonrisa más tierna que aquella?

Katherine asintió comprendiendo lo que Víctor le explicaba y se giró hacia Miguel.

—Sí, lo ha explicado muy bien… mmm… —dijo dando unos pasos hacia él—, puedo… ofrecerte agua si quieres, ¿te apetece?

—No, no, gracias —respondió Miguel encogiéndose de hombros —, estoy bien.

Ella asintió con una gran sonrisa que denotaba ternura hacia él.

—Me alegro mucho de que estés bien —dijo ladeando su cuello.

Miguel borró la sonrisa al ver aquel gesto por parte de ella, tratándolo de aquella forma tan… ¿condescendiente? Luego miró a Víctor confundido. ¿A qué venía ese trato? Víctor se encontraba a la espalda de Katherine y cuando recibió la mirada confundida de su compañero se encogió de hombros como si no supiese el porqué de aquel comportamiento por parte de ella.

Miguel era su amigo, pero un incordio, así que sí, iba a probar de su propia medicina.

Aitor dio unos pasos al frente.

—Si no conseguimos ese anillo es posible que Astaroth logre abrir las puertas del infierno —continuó llamando la atención de todos—. Como ves, estamos en una situación desesperada y dependemos totalmente de ti. El mundo depende de ti —enfatizó.

Katherine se removió nerviosa ante aquellas palabras y resopló. Sí, desde luego sabían qué palabras usar para causar efecto.

—No es tan fácil como sugerís que es… —comentó ella en un susurro—. No me estáis pidiendo que me mueva por este plano, por esta realidad, sino que descienda a otro. —Inspiró—. Y luego está el tema de que, aunque lograse descender, ¿cómo iba a encontrar el anillo allí? Me estáis pidiendo que encuentre una aguja en un centenar de pajares. —Suspiró y se quedó pensativa—. Para descender a los infiernos es necesario algo maldito.

—¿Algo maldito? —preguntó Daniel.

Ella se giró y miró en su dirección.

—Sí, es… no sé bien cómo explicarlo, pero, por ejemplo, si quiero encontrar a una persona necesito una prenda de ropa de ella o algún objeto suyo. Esto es lo mismo, necesitaría algo maldito.

—¿Te serviría un demonio? —ironizó Miguel—. Podemos invocarlos.

Ella lo miró sorprendida y miró de reojo a Víctor. Ya le había explicado el problema que tenía su compañero, sentía lástima por él.

—No, sería… un poco peligroso encadenarme a él para descender. Dudo que pudiese encontrar nada en el infierno si supiesen que estoy allí, se me echarían todos encima. —Suspiró y miró a Aitor. Si todo lo que explicaban era cierto, como así creía, ya que Anael se encontraba allí, estaban en un grave problema. Los demonios amenazaban con abrir las puertas del infierno y escapar de él, sin duda, aquello podía ser el final del mundo que conocían. Se quedó unos segundos en silencio mientras la división se miraba de reojo esperando una respuesta—. Está bien, os ayudaré…

—Bien —dijo Aitor con una sonrisa—, muchas gracias.

—¿Muchas gracias? —ironizó ella—. No he dicho que vaya a ser gratis —bromeó.

Aitor rio divertido mientras se cruzaba de brazos.

—Dinos qué quieres —dijo señalándola con la mano—. La deuda considérala saldada, pagaremos tu deuda sin problema.

Katherine se quedó totalmente estática. Vaya, ¿aquello iba en serio? Desde luego, si la ayudaban solventando la deuda mejoraría mucho su nivel de vida, sería todo un alivio.

—¿De cuánto es la deuda? —preguntó Marcos encogiéndose de hombros, sin darle mucha importancia.

Katherine tragó saliva y se removió inquieta.

—Debía unos 900 000 pesos, pero conseguí adelantar 200 000 —susurró.

Aitor se giró hacia sus compañeros.

—¿Eso cuánto es?

Daniel extrajo su móvil y calculó el cambio.

—Unos setecientos cuarenta euros, según cómo esté el factor de conversión —respondió.

Aitor se encogió de hombros.

—Hoy mismo te los damos —indicó. Ella permanecía totalmente estática, sin moverse. Pestañeó varias veces y los miró a todos.

—Gra… gracias —susurró sin saber qué otra cosa decir.

—¿Crees que podrías tener la maleta lista en una hora? —continuó Aitor.

Aquella pregunta le hizo ladear la cabeza.

—¿La maleta? —preguntó sin comprender.

—Sí, claro, para que nos acompañes a España, a Lugo —explicó.

Ella dio un paso hacia atrás.

—Espera, espera… ¿a España? —preguntó sin comprender—. Creía que podríamos hacerlo aquí.

Víctor chasqueó la lengua.

—Es mejor que nos acompañes a España. Si nos ayudas es posible que los vampiros vengan a por ti… —explicó Víctor—. Nuestra casa está protegida por hechizos y otros elementos que hacen que los vampiros no puedan entrar. Además —miró a Anael—, podríamos ampliar el hechizo de invisibilidad a toda la vivienda.

—Claro —contestó Anael.

—No, no… espera —interrumpió ella—, eso no lo hemos hablado —dijo un poco alterada—. No me habíais dicho que tenía que ir a España. Yo… —dijo colocando una mano en su pecho—, tengo mi trabajo aquí, no puedo ausentarme o lo perderé. Además, necesito ganar dinero para ayudar a mi madre —les recordó—. Me estáis pidiendo que renuncie a mi trabajo, a mi única fuente de ingresos. Aunque paguéis mi deuda, lo cual os agradezco mucho, yo tengo que seguir viviendo.

Aitor se cruzó de brazos y se quedó pensativo. Miró al resto de la división analizando lo que tenía en mente.

—Está bien y… ¿si te dijese que puedo conseguirte un trabajo en España?

Ella lo miró fijamente.

—¿Qué trabajo? —preguntó directamente.

Aitor se encogió de hombros.

—Mi novia tiene un almacén de plantas, siempre necesitan a gente. Podría hablar con ella y te contrataría sin problema —comentó como si nada.

Katherine tragó saliva. ¿Irse a España? Desde luego sería un cambio muy grande.

—¿Cuánto es el sueldo?

—Mmm… no lo sé —respondió con una sonrisa forzada—, mmm… si quieres puedo… ¿preguntárselo?

—Te lo agradecería —admitió—, y… también si sería un contrato para mucho tiempo —pronunció rápidamente.

Aitor sonrió y asintió. Se llevó la mano al bolsillo y extrajo su móvil.

—Mmm… de acuerdo —comentó dirigiéndose a la puerta para salir y hablar con tranquilidad con Nerea—, voy a llamarla. ¿Qué hora es allí?

—Son cuatro horas más que aquí —respondió Marcos.

—A esa hora suele estar el almacén a reventar de gente… —pronunció saliendo al exterior—, va a matarme —susurró antes de cerrar la puerta tras él.

Katherine se pasó la mano por el brazo, intimidada. ¿De verdad podían conseguirle un trabajo en España? Sabía que los sueldos eran mucho más elevados en España, por lo que le permitiría cubrir sin problema las medicinas de su madre cada mes, pero… ya le costaba estar lejos de ella, ¿iba a poner más tierra de por medio? Miró a los hombres que la rodeaban y a Anael, todos le sonreían. Parecían agradables, y podía estar tranquila, sabía que eran de fiar, pues iban acompañados de Anael, pero… era un cambio muy grande, demasiado, incluso para ella. ¿Debía arriesgarse? Sin duda mejoraría mucho su nivel de vida y el de su madre, pero en cierto modo le asustaba iniciar todo de nuevo.

Inspiró, apretó los labios y miró a Anael.

—Moverse en un mismo plano es fácil, pero… entre planos, es más difícil —comentó intimidada.

Anael dio un paso hacia delante.

—Pudiste acceder al cielo, ¿por qué no podrías ir al infierno? —preguntó con curiosidad.

Katherine chasqueó la lengua.

—Me costó lo mío, ¿sabes? —bromeó ella—. A parte de necesitar algo maldito, algo realmente grande… necesitaría encontrar un lugar donde abrir un portal fuese fácil.

Anael asintió.

—No te preocupes, si es así lo encontraremos —dijo ella.

—Trabajamos con la Aurora Dorada —intervino Víctor.

Katherine lo miró sin comprender.

—¿Quiénes son?

—Mi novia pertenece a la Aurora Dorada —intervino Daniel.

Katherine lo miró sorprendida.

—Ah, muy bien —dijo sin comprender a qué venía aquel dato. Víctor carraspeó y se pasó la mano por el cabello al escucharle decir aquello—. ¿A qué se dedican?

—Dominan la magia —intervino Víctor de nuevo—. Supongo que podrán ayudarte en lo que necesites.

Katherine asintió justo en el momento en que Aitor entraba de nuevo por la puerta metiendo el móvil en su bolsillo. Cerró tras él y se situó frente a ella.

—Tienes trabajo —comentó con una sonrisa.

Ella lo miró fascinada.

—¿En serio? ¿Cuál es el sueldo?

Aitor se encogió de hombros.

—Para comenzar serían unos 1200 euros limpios al mes, luego te lo subiría, y contrato indefinido desde un principio.

Katherine se movió desesperada.

—¿Eso cuánto es en pesos chilenos? —preguntó entusiasmada.

Daniel volvió a marcar en su móvil y le mostró la cifra. A Katherine estuvieron a punto de salírsele los ojos de las cuentas.

—¿Un millón ciento ochenta mil pesos chilenos? —gritó entusiasmada. Aitor iba a hablar, pero se giró hacia él de un salto—. ¡Acepto! ¡Acepto!

Aitor y el resto sonrieron.

—Bien, estupendo… en cuanto al lugar para vivir, podemos conseguirte un alquiler barato en Monforte —continuó explicando.

—¡Estupendo!

—Bien, entonces… ¿hay trato?

Ella sonrió, pero luego miró intrigada a Anael.

—¿Podría pedir una cosa más? —dijo con timidez y se acercó directamente a ella—. Mi… mi madre está enferma, no sé si… podrías ayudarla…

—¿Ayudarla? —preguntó Anael.

—Sí, ella vive lejos, pero por lo menos sé que si se pone muy mal en un día puedo estar allí, o en unas horas con el avión, sin embargo, si me voy a España estaré mucho más lejos. Podrías… ¿podrías hacer un milagrito? —suplicó—. Para que se pusiese bien de salud. Estaría mucho más tranquila.

Anael suspiró y cogió su mano.

—Lo siento, pero los milagros, por muy pequeños que sean, deben ser autorizados —dijo con pena.

—Bueno —intervino Víctor—, cuando estés establecida en Lugo quizá podrías decirle que se viniese a vivir contigo.

Katherine miró a Aitor fascinada.

—¿Podría hacer eso? —preguntó señalando a Víctor.

La actitud de la joven les parecía de lo más gracioso, estaba

realmente entusiasmada.

—Claro —reaccionó este encogiéndose de hombros mientras sonreía.

—¡Sería estupendo! —dijo dando un saltito.

—De acuerdo, pues… ¿cuándo puedes tener la maleta hecha?

Katherine miró a su alrededor.

—Lo tengo casi todo —dijo extendiendo sus brazos a los lados—. ¿me puedo llevar las cajas? Son fotografías y alguna figurita que compré.

—Sí, claro —respondió Aitor.

—Vale —dijo centrándose—, pero tengo que avisar en mi trabajo, y también a Gaby —dijo sacando el móvil de su bolsillo—. Es la chica que me ha alquilado una habitación en su piso. Por eso estaba haciendo la mudanza.

—Bien, entonces… —continuó Aitor con un movimiento de mano.

—Iré a avisar ahora al trabajo y… —Marcó el teléfono de Gaby y lo llevó a su oído—, solo me queda por empacar la ropa. —Se quedó en silencio y se apartó el móvil del oído—. Debe de estar trabajando… —dijo pensativa—, me dijo que trabajaba en el hotel Nataly.

—Nosotros nos alojamos ahí —comentó Víctor como si nada.

—Oh, pues… creo que iré a verla. Fue muy agradable y buena conmigo, prefiero hablarlo en persona. ¿Vais al hotel ahora?

Todos se miraron de reojo.

—Mmm… lo cierto es que no teníamos nada planeado, pero sí, podemos acompañarte.

—Vale —dijo dirigiéndose a la barra de la cocina para coger el bolso—. Pues os acompaño al hotel, hablo con Gaby, luego voy al trabajo y necesito un par de horas para acabar de hacer las maletas. Creo que para esta noche puedo estar lista —dijo con una sonrisa.

Aitor asintió.

—De acuerdo, pues… podríamos salir a primera hora de la mañana —comentó mirando a sus compañeros, los cuales asintieron —. Así puedes ir tranquila.

—Estupendo —respondió ella pasando por su lado.

—En cuanto a ayudarte con la deuda, si te parece bien… —dijo Aitor entregándole una tarjeta—, cuando acabes de hablar con Gaby y con tu trabajo nos avisas y te acercamos el dinero, así puedes solventarla.

—¡Ah, sí! Con la emoción se me había olvidado —respondió divertida. Cogió la tarjeta que le ofrecía Aitor con sus datos y la miró. La metió en su bolso y les señaló con un movimiento de cabeza hacia la puerta—. ¿Vamos? Tengo muchas cosas que hacer —canturreó.

Anael fue también hacia la puerta, pero se detuvo al lado de Aitor.

—Vengo en un rato —comentó.

Aitor la miró intrigado.

—¿Adónde vas?

—A hablar con el arcángel Miguel —respondió con sinceridad—. Necesito su aprobación para una incursión en el infierno, esto puede traer problemas y prefiero contarle todo —explicó.

Aitor miró en dirección a Katherine y asintió.

—De acuerdo —susurró—. Luego me cuentas.

Anael asintió antes de desaparecer.

Aitor se giró y observó a la muchacha esperando a que todos saliesen de casa para echar la llave. Aquella, sin duda, era la misión más difícil que iban a afrontar en sus vidas. Sinceramente, aún no comprendía cómo Katherine había aceptado aquella misión, suponía que debía de estar desesperada por la situación económica y la de su madre.

Salió de casa y ella echó la llave. Todos la siguieron en dirección al hotel

7

Hacía mucho que no volvía a su hogar.

Anael cerró los ojos durante unos segundos e inspiró con fuerza, sintiendo la paz que transmitía la Ciudad Celeste.

Aquel siempre era el lugar de entrada, una habitación del blanco más puro que parecía infinita, pero sabía que no lo era. Aquella solo era la entrada donde se recibía a los recién llegados y desde la cual se podía acceder a la ciudad.

—Anael —pronunciaron a su espalda con asombro.

Anael se giró y sonrió con ternura.

—Uriel —dijo con una gran sonrisa, acercándose a él.

—¡Qué alegría verte! —dijo este también acercándose. Ambos se estrecharon en un cálido abrazo—. Hacía mucho tiempo que no te veíamos por aquí.

Uriel tenía el cabello negro largo, formando unas ondas que iban hasta por debajo de sus hombros, sus ojos eran de un color ámbar que resaltaban entre sus pestañas más oscuras. Vestía con la armadura plateada de cualquier arcángel, una armadura realmente hermosa que resaltaba la negrura de su piel a la par que denotaba que aquellos seres eran mucho más poderosos que el resto de los ángeles como ella.

Anael se encogió de hombros.

—La misión que me encomendó nuestro padre me está llevando más tiempo del que pensaba —respondió.

Uriel asintió y en un acto de confianza colocó su brazo sobre el hombro de Anael y la acercó a él mientras comenzaban a caminar por aquella habitación en dirección al final de esta, aunque no fuese visible.

—Sí, las cosas se están complicando en la Tierra, ¿verdad?

—¿Lo sabéis? —preguntó interesada.

—Más o menos… —dijo no muy seguro—. Hay varios frentes abiertos ahora mismo.

Anael asintió mientras caminaban, aunque se detuvo y miró a Uriel con seriedad.

—Astaroth ha sido liberado —comenzó diciendo. Uriel no dijo nada, pero pudo detectar cómo su mandíbula se contraía—. Quiere abrir las puertas del infierno para escapar.

Uriel movió su mirada nerviosa por aquella estancia. Estaba claro que todos conocían la fuerza y el poder de aquel serafín del trono de Dios. Aunque los milenios hubiesen pasado desde que este cayó, era imposible no recordar la fuerza y el poder con que su padre lo había

dotado.

Siguieron caminando.

—Necesito hablar con Miguel… como ves, es muy urgente.

Uriel asintió de inmediato.

—Por supuesto —dijo colocando una mano en su hombro.

Al momento, aparecieron en otra habitación mucho más suntuosa y radiante.

Las altas columnas de mármol blanco delineaban un largo pasillo. Caminaban sobre una moqueta azul. Aquel lugar siempre le había parecido hermoso. El techo con forma de bóveda dibujaba nubes, estrellas y galaxias en constante movimiento. Todo el Universo en aquella preciosa bóveda. Aunque había estado en su creación y habían pasado eones desde ello, le parecía la creación más hermosa que jamás se pudiese llevar a cabo.

El arcángel Miguel se encontraba sentado en un butacón blanco frente a una mesa de mármol con unas betas de color gris, revisando unos escritos.

—Miguel —lo llamó Uriel captando su atención, pues Miguel parecía totalmente concentrado. Este elevó su mirada hacia Anael e instintivamente sonrió al verla—. Perdón por la interrupción, pero Anael ha venido para hablar contigo.

Miguel se puso en pie y rodeó la mesa para fundirse en un abrazo con ella. Anael sonrió ante aquella muestra de cariño.

—¿Cómo va todo? —preguntó él entusiasmado.

Anael borró la sonrisa de su rostro y miró de reojo a Uriel.

—Me temo que no traigo buenas noticias —susurró seriamente.

Sin duda, el tono de voz empleado por Anael provocó que la expresión facial de Miguel se tensase. Miró a Uriel.

—Gracias, Uriel, puedes irte.

Uriel asintió y se alejó de ellos por el pasillo hasta que se perdió en la lejanía.

El arcángel miró a Anael. Normalmente Anael era un ángel lleno de vitalidad y alegría, era el ángel del amor, sin embargo, ahora su rostro estaba contorsionado por el nerviosismo y la inquietud, algo que desde la creación jamás había visto.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupado.

Anael apretó los labios y tragó saliva.

—La misión no va bien, Miguel —pronunció con sinceridad—. No… no quise decir nada antes porque esperaba ponerle solución yo misma, es mi misión… y no quiero decepcionar a nuestro padre ni a ti, pero…

—Eh, eh… —intentó calmarla situando sus manos sobre sus hombros—, tranquila, cálmate… —susurró—. A veces las cosas no salen como deseamos, los humanos son imprevisibles —le sonrió

intentando infundir algo de paz en ella—, y en eso justamente radica su belleza.

Ella asintió intentando calmarse.

—Astaroth ha sido liberado…

—Lo sé —indicó—, pero está atrapado en el infierno, ¿verdad?

—Sí —respondió ella.

—Igual que cuando cayó… hasta que Salomón logró capturarlo en el recipiente, ¿cierto? —Anael asintió—. Es decir, igual que hace milenios.

Anael suspiró.

—No, Miguel, no es lo mismo. Astaroth quiere abrir las puertas del infierno para escapar…

Miguel ladeó su cuello y sonrió a su amiga.

—Eso no es nada nuevo…

Anael se quedó callada unos segundos.

—Intentó hacerse con el grimorio del rey Salomón —le informó. Aquel dato llamó la atención de Miguel—. Solo conseguimos detenerlo porque un grupo de humanos está colaborando conmigo. —El arcángel la miró con duda esta vez—. La división de España de cazadores y los miembros de la Aurora Dorada —continuó.

Miguel se giró ofreciéndole la espalda y caminó alrededor de la mesa, pensativo.

—El grimorio —susurró.

Sin duda aquel dato lo había confundido.

—Además tienen el anillo de poder que le ofreciste al rey Salomón para capturarlo. —Miguel asintió, pues aquel dato ya lo sabía, pero hasta ese momento no había tenido importancia, dado que Astaroth se encontraba atrapado en la botella—. Astaroth se ha hecho con el poder de las bestias, concretamente de los vampiros. Lilith debe de estar ayudándolo. —Miguel permanecía en silencio, pensativo. Se giró hacia ella con la mano en su cinturón, sujetando aquella espada brillante que irradiaba tanta luz—. Tenemos que hacer algo, Miguel, o puede desatarse una tempestad —suplicó.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó, pues ya sabía que Anael no acudiría a él sin un plan.

Anael asintió rápidamente.

—Hemos contactado con Katherine, la viajera…

—La recuerdo —comentó haciendo memoria.

—Está dispuesta a ayudarnos y a viajar a los infiernos para buscar el anillo —explicó—. Debemos conseguirlo para tener ventaja sobre ellos.

Miguel la miró fijamente.

—¿Descender a los infiernos? —preguntó sorprendido—. Anael, eso es muy peligroso…

—Lo sé —respondió ella—, pero es la única forma de lograrlo. Nuestro padre nos prohibió la entrada a los infiernos, sin embargo, ella sí puede.

—Es solo una humana —le recordó.

—Es una viajera que no solo puede moverse en su plano, sino ascender o descender, ya nos lo demostró en su día…

—Sí —comentó con una ligera sonrisa—, aunque recuerdo que no acabó su viaje muy feliz.

—Está dispuesta a ayudarnos, Miguel. Necesitamos recuperar el anillo para evitar que Astaroth pueda abrir las puertas del infierno. Además, con el grimorio en nuestro poder, si conseguimos el anillo, la división española y la Aurora Dorada intentarán encerrarlo de nuevo en un recipiente —informó.

Miguel asintió.

—¿Ella sabe realmente el peligro que corre?

—Es consciente de ello, pero igualmente la pondré al tanto otra vez.

Miguel asintió y miró a su alrededor.

—Presentía que algo no iba bien… —dijo para sí mismo—, pero no esperaba esto.

Anael tragó saliva y bajó la mirada.

—Lo siento, te he fallado.

—No, nada de eso, Anael, dudo que alguien hubiese podido prevenir lo que estaba por llegar —susurró. Suspiró y adoptó una voz más firme—. Está bien, que descienda e intente conseguir el anillo. Hablaré con nuestro padre por si hay que hacer una intervención en el infierno por nuestra parte.

Aquel dato sorprendió a Anael. ¿Intervenir en el infierno? ¿Ellos?

Su padre había negado cualquier entrada de luz a las tinieblas y, como consecuencia, ellos no podían descender, estaba totalmente prohibido. Sin embargo, el arcángel Miguel, uno de los contactos directos con su padre, iba a proponer una incursión en el infierno si algo salía más. Eso era más de lo que había esperado.

—Te lo agradezco, supongo que eso la tranquilizará mucho.

—Aunque tengan libre albedrío nunca va mal una ayudita —pronunció con una sonrisa tierna.

—No, supongo que no —respondió ella con otra sonrisa.

Miguel rodeó la mesa y se situó ante ella.

—Como sabes, no podemos intervenir más de la cuenta en las decisiones humanas, pero tenme al corriente de todo. Lo que Astaroth está haciendo puede interferir en el curso del Universo y de nuestra jerarquía.

Ella asintió. Sí, Miguel tenía razón, si Astaroth conseguía escapar sería prácticamente imparable y se iniciaría una guerra entre el cielo y

el infierno que afectaría a toda la humanidad.

—Así lo haré —dijo agachando su cabeza en señal de despedida.

Anael se giró y caminó sobre la moqueta azul dirigiéndose al final del pasillo.

Miguel se quedó observando su espalda mientras se alejaba.

La misión encomendada a Anael era de vital importancia, de ella y de ese grupo de humanos dependía que no se desatase la mayor guerra jamás conocida.

Su padre había creado a los humanos libres para tomar sus propias decisiones y recibir sus consecuencias. Ellos solo intervendrían en un caso de extrema urgencia, no antes. Solo esperaba que el bien triunfase sobre el mal y no tener que llegar a intervenir, pues aquello significaría que las cosas se encontraban al borde del abismo.

Aitor entregó la maleta a Alberto para que la llevase hasta la furgoneta. Lo mejor sería ir preparando el terreno para salir a primera hora de la mañana, no tenían tiempo que perder.

Alberto y Kemal se encargarían de transportar las cajas y las maletas al jet, y así solo les quedaría transportar el equipaje de Katherine.

Se sentía aliviado de que la muchacha hubiese aceptado trabajar con ellos.

—¿Ya está? —preguntó Alberto.

Aitor asintió.

—¿Las cajas ya están en la furgoneta? —preguntó Aitor.

—No, aún no. Daniel me ha dicho que me las iba a traer, pero aún no…

Aitor resopló y se giró en dirección a la habitación de Daniel.

—¡Daniel! —lo llamó abriendo la puerta. Enarcó una ceja cuando lo vio tumbado en la cama, con las piernas cruzadas, apoyado en el respaldo y sonriendo como un bobalicón mientras hablaba con el móvil—. ¿Se puede saber que…?

Daniel lo detuvo con la mano.

—Pues qué alivio —cortó a su jefe, lo miró y sonrió—. Estoy hablando con Valeria, creen que ya han encontrado el encantamiento en el grimorio para atrapar a Astaroth.

Aquel dato le hizo tensar todos los músculos.

—¿En serio? —preguntó boquiabierto. Daniel asintió—. ¿Se lo han dicho a Anael?

—Me estaba diciendo que se lo comentase. Creen que es el hechizo por unos dibujos y unas runas, pero hasta que Anael no lo traduzca no pueden estar seguros, por cierto… ¿dónde está?

Aitor negó y chasqueó la lengua.

—Aún no ha vuelto… —Indicó con la mano hacia el techo.

Daniel comprendió lo que quería decirle.

—De acuerdo, pues… —dijo hacia el móvil—, en cuanto la vea le digo que vaya hacia allí. —Se quedó unos segundos en silencio—. Si, tranquila, vamos con cuidado. —De nuevo silencio, aunque una mirada de soslayo en dirección a Aitor llamó la atención de este—. Yo también. Nos vemos pronto —susurró antes de colgar.

Dicho esto, de un salto se incorporó sobre el suelo. Aitor tenía su cuello ladeado y lo miraba con un gesto gracioso.

—¿Te quiere mucho? —ironizó haciendo referencia a sus últimas palabras.

Daniel pasó por su lado haciéndole un gesto gracioso con su cara.

—Tanto como Nerea a ti —canturreó dirigiéndose a la esquina donde amontonaba varias cajas—. Tengo que entregarlas a Albert.

—Eso venía a decirte. Cargamos las cajas y los acompañamos al jet para subirlas —ordenó Aitor mientras iba hacia una de las cajas.

—No sé por qué hemos traído tantas armas —susurró Daniel—, ha sido un viaje bastante tranquilo, ¿verdad?

—No cantes victoria, aún no nos hemos ido —ironizó este.

Ambos se giraron cuando percibieron una corriente de aire a sus espaldas. Brincaron cuando Anael apareció de golpe ahí.

—¡Tengo la aprobación de Miguel! —exclamó emocionada mientras alzaba sus puños hacia el cielo.

Ambos resoplaron y se llevaron la mano al corazón.

—Por Dios… —susurró Aitor—, ¿quieres que seamos nosotros los que cambiemos de plano?, ¿o qué?

—Perdonad, perdonad… es que, bueno, tenemos permiso para intervenir —continuaba emocionada.

Víctor entró por la puerta alertado por los gritos de Anael.

—¿Qué ocurre?

Anael se giró hacia Víctor.

—¡Tenemos permiso para intervenir! —contestó de nuevo emocionada.

—Ah, mmm… vale —respondió como si ya se imaginase que la respuesta iba a ser afirmativa. Miró a Aitor—. ¿Ya está todo listo?

—Queremos llevar todo el material al jet —explicó Aitor—, luego tengo que ir a entregarle el dinero a Katherine para que solvente su deuda. Por cierto, Daniel ha hablado con Valeria…

Daniel cogió otra caja.

—Te requieren con urgencia en casa. Creen que han encontrado el encantamiento para encerrar de nuevo a Astaroth. Necesitan que se lo traduzcas —le informó.

—Oh —dijo Anael—. Voy. —Dicho esto, desapareció de inmediato.

Víctor chasqueó la lengua y miró divertido a sus amigos.

—Alguien tiene que decirle a ese angelito que no es bueno que aparezca así ante los mortales —Dio unos pasos hacia delante—. Por cierto, ¿vais al aeropuerto?

—Sí —respondió Aitor.

—Si quieres dame el dinero y se lo llevo yo a Katherine, son las ocho pasadas, que vaya adelantando trabajo —comentó.

Aitor asintió de inmediato y sacó de su bolsillo un sobre bastante abultado, obviamente repleto de billetes.

—Quédate allí con ella —le pidió mientras avanzaba hacia la puerta de la habitación—. En breve anochecerá y no me fio de que recibamos visitas. Pasaremos la noche allí con ella…

—¿En la casita? —preguntó Víctor siguiéndolos por el pasillo.

—Mejor que en el hotel —respondió su jefe—. Si nuestros amigos… —ironizó—, hiciesen acto de presencia prefiero que sea en un lugar alejado de tanta gente.

—Vaaaleee —respondió Víctor guardando el sobre con el dinero en su bolsillo.

—No tardaremos mucho. ¿Te acuerdas de cómo ir hasta su casa?

—No tiene pérdida —comentó Víctor abriéndoles la puerta para salir a la calle donde les esperaba la furgoneta.

—De acuerdo, nos vemos luego —dijo Aitor mientras depositaba en el maletero de la furgoneta un par de cajas.

Víctor se despidió con un movimiento de mano e inició la marcha hacia la vivienda de Katherine. No estaba lejos, un poco más de cinco minutos a pie.

Metió las manos en el bolsillo sujetando el sobre con el dinero que Aitor le había entregado y caminó con paso apresurado. Aún quedaba un poco para que anocheciese, pero Aitor tenía razón, en el momento en que Katherine había decidido colaborar con ellos se exponía al peligro de ser atacada por los vampiros. No podían permitir que eso ocurriese, ella representaba su única esperanza.

—Katherine —susurró con la vista clavada en la carretera por donde caminaba. A esa hora había poca gente por la calle en esa zona.

No sabía si era por la insinuación de Anael, pero lo cierto era que la muchacha le llamaba la atención. Tenía unos rasgos delicados y finos. Unos enormes ojos marrón claro que destacaban sobre su piel con un tono dorado. Su cabello negro hacía que aquellos ojos llamasen más aún su atención. No era muy alta, pero estaba bien proporcionada. Cuando la había visto por primera vez había sentido cómo su corazón se disparaba, aunque… seguramente, el que Anael insinuase todo aquello sobre ambos lo había incitado a sentir algo así.

Llegó hasta la casita y se situó frente a la puerta.

Llamó al timbre y esperó en la puerta mirando hacia atrás. El paisaje era realmente hermoso. La playa se encontraba a pocos metros

de allí y, al otro lado, las enormes montañas, algunas nevadas y que provocaban aquel viento frío a esas horas.

Se giró cuando escuchó la puerta abrirse.

—Hola —comentó Katherine reconociéndolo.

—Hola —respondió él—. Soy Víctor.

Ella sonrió divertida.

—Sí, sé quién eres —respondió sonriente.

—Como somos bastantes… no sabía si te habrías quedado con todos los nombres.

—Soy bastante buena con los nombres —contestó y abrió más la puerta—. ¿Quieres pasar? —le ofreció.

Víctor asintió y entró lentamente.

Katherine cerró tras él. Ahora ya no solo había tres cajas con sus objetos más preciados, sino dos enormes maletas con ropa y otra pequeña sobre la mesa que estaba acabando de llenar.

—Ya casi he acabado —le informó dirigiéndose a la mesa donde tenía varias camisas dobladas y pantalones—. Menuda tarde de locos… —susurró mientras cogía una de las camisas y se giraba hacia él—. He hablado con Gaby, la que me alquilaba la habitación a donde iba a mudarme… —comenzó a explicarle—, y ya lo he solucionado. Me sabe muy mal porque se había portado muy bien conmigo, pero lo ha comprendido. —Metió la camisa en la maleta y la alisó—. Luego he ido al trabajo y… bueno, no han sido tan comprensivos. —Chasqueó la lengua.

Víctor permanecía de pie sin moverse, cerca de la puerta.

—¿Se han enfadado?

—Bueno, en principio debía avisarles con quince días de antelación. Además, esta misma mañana le estaba solicitando a mi responsable cubrir una baja por embarazo y maternidad y me la había concedido. —Hizo un gesto de desagrado—. Así que espero que realmente tu jefe y su novia me puedan dar un trabajo porque aquí, desde luego, no puedo volver —acabó diciendo. Se giró y metió la otra camisa en la maleta—. Me han hecho firmar la renuncia —explicó.

Víctor dio unos pasos hacia delante.

—Puedes estar tranquila, somos de fiar —respondió con una sonrisa. Se llevó la mano al bolsillo y extrajo el sobre con los billetes —. Toma, este es el dinero que te prometimos para ayudarte con la deuda. Está todo. Así podrás solventarla.

Katherine tragó saliva y apretó los labios. Se sintió cohibida al coger el sobre que le ofrecía, pero lo hizo, era la única opción que tenía para poder marcharse de allí con todo en orden, sin deudas pendientes.

—Gracias —contestó con timidez. Miró el reloj de su muñeca y luego hacia la calle—. ¿Cuándo nos vamos? —preguntó.

—Mañana a primera hora, supongo que sobre las seis o las siete de la mañana.

Ella asintió.

—Voy a… —dijo dirigiéndose hacia la puerta—, voy a pagarle a mi casero. Vive aquí al lado —comentó señalando al frente—. ¿Nos tenemos que ver en algún lugar o me pasaréis a recoger?

—No, no… —respondió Víctor—, me quedo aquí contigo hasta que venga el resto de la división. —Ella lo miró sin comprender—. Si no te importa, pasaremos la noche aquí contigo.

Katherine miró de un lado a otro. ¿Todos allí?

—¿Aquí?

—Sí, ve a pagar a tu casero y ahora cuando vengas te lo explico, no te preocupes.

Ella apretó los labios y asintió.

—De acuerdo, no tardaré mucho —respondió abriendo la puerta —. Mmm… siéntate o… no sé… estás en tu casa —le ofreció cohibida antes de salir por la puerta.

Víctor se acercó a la ventana y observó cómo Katherine cruzaba la carretera rápidamente y se dirigía a unos edificios. Supuso que el casero debía de vivir ahí.

Se giró y se sentó en el mullido sofá esperando a que regresase.

8

Era un alivio quitarse la deuda.

Se despidió del señor Soto y volvió hacia su hogar. Había cogido desprevenido a su casero, pues no esperaba que fuese a entregarle todo el dinero de golpe, pero lo prefería así. En ese momento se sentía en paz. No le gustaba vivir de aquella manera.

Debía llamar a su madre para informarla de los cambios que iba a realizar en su vida y de cómo iba a mejorar todo a partir de ahora.

La idea de irse a España cada vez le atraía más, sería un nuevo comienzo, en todos los sentidos… y pensar que, con el tiempo, podría traerse a su madre con ella la llenaba de alegría. Ella cuidaría de su madre como había hecho su madre con ella desde pequeña.

Cuando entró en la casita se detuvo bajo el marco de la puerta unos segundos. Víctor permanecía de pie, al lado de la ventana, como si la hubiese estado observando todo el rato.

—¿Ha ido bien? —preguntó él directamente—. Has tardado un poco.

Ella asintió y cerró la puerta tras de sí.

—Sí, le he dicho que mañana mismo tendría la casa libre, que me marcho a España —comentó sonriente.

Víctor asintió.

—Hay que tener cuidado cuando anochece —susurró cruzándose de brazos, mirando cómo el sol comenzaba a esconderse tras las lejanas montañas.

Ella fue hacia la mesa y miró su maleta, ya estaba prácticamente hecha.

—¿Por qué? —preguntó sin darle mucha importancia.

Víctor se apoyó en la pared y miró su espalda.

—Vampiros —comentó.

Ella puso su espalda totalmente erguida y se giró hacia él.

—¿Vampiros? —bromeó ella.

Él asintió y dio unos pasos acercándose.

—Sí. —Se metió las manos en los bolsillos—. Están en el bando de los malos —bromeó.

—¿No me digas? —ironizó ella.

Víctor sonrió.

—Ahora que vas a ayudarnos es posible que vengan a por ti.

—Eso no me ayuda mucho —comentó más seria.

—No te preocupes —comentó encogiéndose de hombros—. Por eso preferimos quedarnos aquí contigo esta noche. —Ella asintió—.

Nos dedicamos a cargárnoslos, y nunca hemos fallado.

—Todo un alivio —pronunció exagerando. Suspiró y se giró hacia la maleta de nuevo. Cogió el neceser y lo metió en la maleta. Luego miró de un lado a otro como si buscase algo—. ¿Dónde lo he puesto? —Giró sobre sí misma hasta que se topó con la mirada divertida de Víctor—. No hay camas para todos —pronunció mientras se dirigía al cajón de uno de los muebles—. Solo hay tres camas, y una es la mía —contestó con timidez.

—No te preocupes por eso, nos dormimos con facilidad en cualquier sitio —continuó gracioso—. Los sofás parecen cómodos y nos podemos tumbar en el suelo. Igualmente, después tenemos un largo viaje en avión, podemos dormir allí, no te preocupes.

Ella asintió extrayendo una bolsa de tela de uno de los cajones. Fue hasta la mesa y la abrió para observar que estaba todo dentro.

—¿Vamos en avión?

—Tenemos un jet privado —explicó—. Nos lo presta la Aurora Dorada, una de las organizaciones secretas con las que trabajamos.

—Vaya, qué lujo —comentó ella con una sonrisa.

Extrajo de la bolsa de tela una cuerda bastante gruesa y una túnica blanca. A Víctor le llamaron la atención esos objetos y se acercó para observarlos.

—¿Qué es? —preguntó con interés, situándose a su lado.

Katherine se lo mostró. La cuerda debía de tener un metro de largo y era bastante gruesa. Se trataba de dos lianas enroscada entre sí. Por otro lado, la túnica era de una tela totalmente blanca, de manga larga y prácticamente sin costuras, solo con un bolsillo delantero bastante ancho.

—Los uso para moverme por los diferentes planos de la realidad… —explicó. Víctor la miró intrigado—. Es… como un amarre a mi cuerpo —apuntó mostrándole la cuerda—. Cuando era pequeña y comencé a experimentar todo esto me salía de mi cuerpo sin dominarlo y luego me costaba volver. Con esto —le mostró la cuerda —, puedo encontrar el camino a mi cuerpo sin problema. Verás —dijo enroscándola de nuevo—, cuando le expliqué a mi madre lo que me ocurría me llevó a un machi…

—¿Machi?

—Sí, es… un chamán de un pueblo indígena de aquí, de Chile —explicó—. A mi madre no le ocurre esto, pero a su padre, mi abuelo, sí le ocurría, así que mi abuelo se lo recomendó. Este machi fue quien me explicó cómo dominar esta cualidad y, sobre todo, cómo tener un regreso tranquilo y seguro. Es como ir dejando miguitas de pan en el bosque para encontrar el camino de vuelta —comentó con una sonrisa —. Además, esta cuerda está hecha con ayahuasca… ¿la conoces?

Víctor asintió.

—Sí, una planta alucinógena. La usan justamente los chamanes para los viajes astrales, ¿verdad?

Ella asintió.

—En indígena la palabra ayahuasca significa: soga de los espíritus —explicó—. Cuando quiero viajar por este plano debo concentrarme y mantener sujeto el amarre. —Le indicó la cuerda—. Cuando me traslado siempre la mantengo sujeta por el otro extremo, por lo que luego con solo tirar de ella vuelvo. —Se encogió de hombros—. Así es muy sencillo. Además, cuando un espíritu está amarrado a ella dicen que resplandece, que tiene un brillo especial, aunque yo nunca lo he visto —dijo divertida—, yo soy siempre ese espíritu al otro lado.

Víctor asintió con una sonrisa. La muchacha además de tener una sonrisa preciosa era muy agradable.

—¿Y la túnica?

—Ah, bueno… me cuesta concentrarme un poco y cualquier cosa me molesta. Cuando tengo que viajar debo… aislarme de todo, incluso de mi cuerpo, así que cualquier costura, picor de tela, molestia de la ropa… me puede hacer volver antes de tiempo. Esta túnica es muy cómoda y ligera… —Se encogió de hombros—, me la dio también el machi —Víctor la observó mientras ella la doblaba y la guardaba en la bolsa—. Mi material de trabajo —bromeó ella mostrándole la bolsa de tela y cómo la guardaba en la maleta.

—Es muy interesante lo que haces… —dijo apoyándose contra la mesa, mirándola intrigado—. ¿Puedes ir a donde quieras?

Ella sonrió por la curiosidad que despertaba en él.

—Sí, aunque solo en esta realidad, como bien sabes por Anael se me prohibió moverme entre los diferentes planos…

Víctor la miró fijamente, con intensidad, y se acercó a ella.

—¿Estuviste en el cielo? —preguntó intrigado.

Ella lo miró graciosa y asintió.

—Sí, bueno… en la antesala, no llegué a entrar del todo. —Se quedó pensativa—. Era una sala enorme de color blanco… bueno, no estoy segura de que fuese una sala o habitación… era… eterna —susurró—, y… —sonrió—, estaba en paz, jamás había experimentado una paz y amor tan grandes —susurró pensativa.

—¿Cómo lo lograste?

Ella apretó los labios y se encogió de hombros mientras se giraba para cerrar la maleta.

—La verdad es que ni lo sé… —contestó con franqueza—. Mi… —tragó saliva—, mi padre nos abandonó cuando yo solo tenía tres años, así que me he criado con mi madre y mi abuelo. Él era como mi padre —sonrió—. Tenía trece años cuando mi abuelo murió y… —suspiró—, ha sido lo más doloroso que he experimentado. Hasta ese momento solo me había movido por este plano, sin embargo, un día

que fui a visitarlo al cementerio tras su muerte, yo… —tragó saliva y se emocionó al recordar aquello—, estaba llorando frente a su tumba y coloqué una mano en su lápida, recuerdo que pensé que daría cualquier cosa por volver a verlo, por saber cómo estaba, por abrazarlo… y, de repente, aparecí en aquella sala blanca.

—Debiste asustarte…

—No, nada de eso. Ya te digo, jamás había experimentado una paz y un amor tan grandes como cuando estuve allí… —sonrió—. Supe dónde estaba de inmediato: en el cielo —sonrió—, sobre todo cuando dos ángeles vinieron a buscarme con sorpresa en su rostro —rio—. Anael y Miguel vinieron en mi búsqueda.

—Ya… la famosa bronca…

—Bueno, no fue una bronca como tal… fue una… reprimenda —comentó—. El problema era que quienes me reprendían eran dos ángeles del cielo, uno de ellos el arcángel Miguel, imagínate mi cara. —Hizo un gesto de timidez—. Me dijeron que ese lugar solo era para las almas que hubiesen superado el juicio, que no debía estar allí… que jamás volviese a moverme entre planos. Se… se enfadó un poco —susurró avergonzada.

Víctor chasqueó la lengua con gracia.

—Y ahora… fíjate… el mundo depende de ti —acabó canturreando.

Ella lo miró con timidez.

—Eso me pone nerviosa —susurró.

—Perdón, perdón… —comentó—, pero me reconocerás que es bastante irónico.

Katherine le sonrió y asintió.

—Sí, un poco, la verdad… —suspiró y cogió la maleta dejándola sobre el suelo.

—Y… ¿al infierno nunca has intentado ir?

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Estás loco? Ni siquiera pretendía ir al cielo… —confesó. Tragó saliva y lo miró preocupada—. En esa época aún no dominaba mi don.

—¿Ahora ya sí?

Ella se removió nerviosa.

—Por este plano, el terrenal, sí. Cuando me apetece evadirme sujeto mi amarre y visito alguna parte del mundo, aunque… es un poco aburrido.

—¿Aburrido?

—Sí, viajar sola —pronunció—. He estado en prácticamente todos los lugares del mundo, pero claro, no puedo sentarme a tomar algo, ni sacar fotografías, ni siquiera mantener una conversación con alguien… es muy solitario. Hubo un tiempo que lo hacía mucho, ahora llevo años sin… sin apenas viajar. Tengo otras cosas en las que pensar —

susurró.

—Entiendo —pronunció lentamente, pues recordaba la conversación sobre las deudas y la enfermedad de su madre.

—Viajar entre planos es totalmente diferente. Requiere una mayor fuerza y concentración, un vínculo importante con el lugar al que quiero ir, por eso necesito algo maldito —explicó—. Ni siquiera sé si podré —admitió avergonzada.

Víctor asintió.

—No te preocupes. Valeria y la Aurora Dorada conocen muy bien la magia, seguro que pueden ayudarte.

—¿Valeria? —preguntó intrigada.

—Es la novia de Daniel, mi compañero.

—Ahhh —respondió con una sonrisa, y luego hizo un gesto gracioso—. ¿Todos tenéis pareja?

—Oh, no… —rio él—. Solo Aitor, Miguel y Daniel, el resto estamos bien solteros —comentó con ademán gracioso—. Este trabajo es muy exigente.

Ella apartó la mirada con timidez por su respuesta y asintió mientras miraba a su alrededor, vigilando no dejarse nada. Fue hacia la estantería y abrió unos cajones para asegurarse de que no había nada en el interior.

—Durante un tiempo pensé en trabajar para la policía… —susurró dándole conversación—, se me da bien encontrar a gente.

Aquella información llamó su atención.

—Y, ¿por qué no lo hiciste?

Se removió nerviosa y se encogió de hombros.

—Me hubiesen tomado por una loca —rio—. Ese es el problema de este don. Jamás se lo he dicho a nadie, solo… a una amiga de la infancia: Silvia. —Fue hacia otro cajón y lo abrió—. Ella pensaba que le estaba vendiendo la pescada, así que se lo demostré…

—¿Qué le vendías qué?

Ella pestañeó y sonrió.

—Que pensaba que le mentía —dijo como si fuese obvio—. Me puso a prueba, escondió unos guantes por toda la casa mientras yo esperaba encerrada en su habitación. Nada más volver le dije dónde estaban los guantes y el color de los mismos… —Se quedó callada—. Se asustó bastante, la verdad —susurró pensativa, aunque luego se indignó—. Su madre pensó que hacía brujería… —Miró al frente con gesto enfadado, recordando el momento—. Me echó de su casa. La chorita se comió un limón —apuntó ella—, todito el limonero.

Víctor enarcó una ceja al escucharla decir aquella frase, aunque comprendió qué significaba y le hizo bastante gracia.

Katherine lo miró sorprendida por su sonrisa.

—No tiene gracia —comentó como si le molestase.

Víctor se puso serio de inmediato.

—No, no… no me rio de lo ocurrido, Katherine —comentó colocando las manos ante él—. Es… por… la forma que tienes de explicarlo y las expresiones. Son diferentes a las que usamos nosotros.

Katherine lo miró de la cabeza a los pies no muy segura de lo que decía, pero al final asintió y sonrió ella también.

—Hazme un favor, no le llames Katherine. Mis amigos me llaman Kata, me gusta más —comentó esta vez con una sonrisa.

—De acuerdo, pues Kata.

—Y tú… —lo señaló—, ¿te llaman Vic?

—No —sentenció él como si la idea le horrorizase—. Víctor.

—Ok, ok… amigo —bromeó ella al ver su cara de enojo—. No te piques. —Él enarcó una ceja, eso sí lo entendía perfectamente. Ella le sonrió—. Solo andaba con la wea —bromeó.

Víctor la miró fijamente sin saber cómo reaccionar ante aquellas palabras. Hablaba castellano y, sin embargo, no sabía si muchas de sus expresiones eran en broma o se estaba metiendo con él. Por suerte, Kata lucía una gran sonrisa en su rostro, por lo que le daba a entender que estaba bromeando con él.

Katherine puso sus manos en su cintura y miró de un lado a otro.

—Pues creo que todo está listo —lo miró sonriente. Víctor asintió. Ambos se quedaron mirándose unos segundos, ¿por qué ese chico la miraba de una forma tan intensa? Katherine comenzó a dar golpecitos con su pie ante el nerviosismo creciente de aquella mirada—. Supongo que querréis cenar, ¿verdad?

Él se apoyó contra la barra de la cocina despertando de sus pensamientos.

—¿Qué hay por aquí cerca para cenar? ¿Traen a casa?

—Pizza —respondió ella encogiéndose de hombros.

—Nos encanta. —Miró el reloj que marcaba las ocho y media—. ¿Tienes el teléfono de la pizzería? —Katherine buscó en la agenda de su móvil—. ¿Puedes llamar? Pide lo que quieras, nos gusta todo.

Ella aceptó.

—¿Cuántas personas somos?

—Anael no suele comer… así que… ¿ocho pizzas?

Ella abrió los ojos al máximo.

—¿Ocho?

—Kemal, tú y nosotros seis… bueno, mmm… no sé si Alberto vendrá, pide nueve.

—¡Son enormes!

—Comemos mucho —dijo con una sonrisa—. Tenemos que estar fuertes —continuó en tono bravucón.

—Ya —rio ella—, para luchar contra los vampiros —ironizó.

—Para protegerte, por supuesto —bromeó y le guiñó un ojo.

Ella apartó la mirada y tragó saliva.

—Nueve pizzas entonces —sentenció ella mientras se llevaba el teléfono al oído. Se alejó un poco de él para hablar por el móvil—. Buenas noches, llamaba para pedir un encargo y que lo envíen a casa.

Víctor se distanció de ella y se acercó a la ventana. Había escuchado bien, sus compañeros ya se acercaban a la vivienda.

Abrió la puerta y los esperó bajo el marco de la puerta.

—Ya está todo en el jet —le informó Aitor acercándose—. ¿Katherine está?

—¿Tú que crees? —ironizó Víctor.

Miguel se acercó.

—¿Ya te has instalado aquí? Un poquito rápido, ¿no? —bromeó este.

Víctor lo ignoró y abrió la puerta de la vivienda de par en par para que entrasen.

—Está pidiendo unas pizzas… ¿Alberto no viene? —preguntó. Luego miró a Kemal que se había unido a ellos—. Buenas, Kemal, ¿has dormido mucho?

—Bastante —dijo llegando hasta él—. Ya estoy descansado.

—Y listo para llevarnos de vuelta mañana —reaccionó Marcos situando una mano en su hombro.

Víctor entró después de Aitor, justo cuando Katherine colgaba el teléfono.

—En unos cuarenta minutos las tenemos aquí —comentó girándose hacia ellos, aunque al ver a todos allí dentro se sintió un poco nerviosa.

—Bien, pues… —comentó Aitor sonriente—, ¿necesitas ayuda con algo?

—No, ya lo tengo todo hecho y recogido —dijo con una sonrisa —. Tampoco tenía mucho que empacar. Me ha dicho Víctor que pasaréis la noche aquí, ¿no?

—Sí, preferimos estar cerca…

—Por los vampiros —confirmó ella.

Miguel situó una mano sobre el hombro de Víctor.

—Veo que la has puesto al día… —Víctor lo miró de reojo—, ¿habéis hablado mucho?

—Bastante —sonrió Katherine y dio un paso hacia él. Víctor tuvo que echar un paso hacia atrás al ver la mirada de ella hacia Miguel para no troncharse de la risa allí mismo—. Por cierto, las camas…

—No te preocupes, nos quedaremos aquí vigilando —dijo Marcos.

—Tengo una habitación con dos camitas individuales, el sofá y… creo que hay almohadas en los armarios —continuó ella.

—Nos las apañaremos, tranquila —comentó Aitor—. ¿Tienes café? —preguntó. Ella negó—. ¿Refrescos?

—Hay un par de latas de refresco en la nevera y agua.

—Vamos a comprar…

—Yo… mmm… —reaccionó Katherine con timidez—, prefiero no ir a comprar al supermercado, he firmado la renuncia hace pocas horas y no les ha sentado muy bien que no les diese el preaviso.

—Claro, claro… —comentó Aitor dirigiéndose a la puerta—. ¿Te quedas aquí, Víctor?

Víctor miró de reojo a Katherine.

—Claro, me quedo con ella.

—Yo también —comentó Miguel con una gran sonrisa.

—De acuerdo, no tardamos —dijo Aitor mientras el resto de la división y Kemal lo seguían.

Víctor se giró hacia Miguel y lo escudriñó con la mirada. Su compañero observaba a Katherine con una gran sonrisa.

—¿Anael no ha vuelto aún? —preguntó Víctor dando unos pasos hacia Miguel, intentando llamar su atención.

—No, aún no —respondió sin mirarlo—. Así que, Katherine… —comentó Miguel como si solo quisiese dar conversación—, ¿no tienes a nadie aquí a quien quieras avisar? ¿Hermanos? ¿Pareja? Mmm… ¿marido? —preguntó más intrigado.

—No, solo a mi madre —respondió ella encogiéndose de hombros, fue hacia un cajón y extrajo un mantel—. Iré preparando la mesa —comentó mientras se dirigía a esta para poner el mantel.

—Espera, te ayudo —intervino Víctor.

Habían cenado pizza y, cerca de las once y media de la noche, se habían acostado. Katherine se había quedado en su habitación mientras los demás se habían acostado en la habitación de al lado y en la planta baja.

Miró por la ventana y sonrió mientras hablaba por el móvil.

—Sí, es una gran oportunidad, mamá —susurró—. Estoy muy contenta. Trabajo con contrato fijo y me buscarán un lugar para vivir. Además, el sueldo es buenísimo.

—Cuánto me alegro, hija —dijo con felicidad.

—Además, tengo pensado que, en cuanto esté instalada, te vengas conmigo.

Su madre se quedó unos segundos callada.

—¿Contigo? ¿A España? —preguntó asombrada.

—Sí, claro. Allí estaremos mucho mejor, ya verás —aseguró ella —. Y estaremos juntas.

Pudo sentir la sonrisa de su madre a través de la línea telefónica.

—Nada me haría más feliz.

—Pues hecho —comentó entusiasmada.

—Y… ¿cómo has encontrado ese trabajo?

Ella apretó los labios y tragó saliva. Quería explicárselo a su madre, siempre había tenido plena confianza en ella, pero sabía que si en ese momento le decía la verdad y le explicaba que para conseguir todo eso debía descender a los infiernos se negaría.

—Es bastante largo de explicar —pronunció lentamente—. Si te parece bien te llamo en los próximos días cuando esté instalada y te lo explico todo. Ahora tengo que acabar de hacer las maletas y ordenarlo todo. En unas horas salgo hacia España.

—Claro, claro —respondió su madre—. Eso sí, dime la dirección donde vas a alojarte, ¿de acuerdo? Quiero saberla. Ah… —dijo como si lo recordase en ese momento—, y en cuanto llegues a España envíame un mensaje o llámame.

—Por supuesto. Tu… ¿estás bien?

—Con las pastillas estoy mucho mejor —respondió.

—Me alegro. —Miró hacia la puerta cerrada, por la rendija entraba la luz de la planta baja—. Cuando vaya a despegar te envío un mensaje. Te envío mis apapachos, mamá. Te quiero.

—Y yo a ti, hija —respondió su madre antes de colgar.

Colgó el móvil y se volvió hacia la ventana, observando el cielo estrellado. Aquel iba a ser el mayor cambio realizado en su vida hasta el momento.

Puso su móvil a cargar y se giró hacia la puerta. Con los nervios le iba a ser imposible conciliar el sueño, al menos, de momento.

Fue hacia la puerta y abrió lentamente. La puerta contigua estaba entornada y, desde allí, podía escuchar la respiración acompasada de varios de los cazadores.

Descendió las escaleras y se quedó observando al resto de aquel equipo.

Aitor, el jefe de la división, y Marcos se encontraban tirados cada uno en un sofá. En el suelo, Daniel se había colocado un cojín a modo de almohada y se encontraba profundamente dormido, con la boca medio abierta y las piernas y brazos extendidos a cada lado.

Se sorprendió cuando se topó con la mirada gris de Víctor que la observaba sorprendido. Se encontraba al lado de la ventana del comedor. Fue hacia ella rápidamente.

—Hola —susurró—, ¿ocurre algo? ¿Estás bien?

Ella asintió y miró de reojo a sus compañeros.

—Sí, ¿tú no duermes?

Él negó.

—Hemos hecho turnos —explicó en un susurro—. Hasta la una no me toca. —Se encogió de hombros.

Katherine miró su reloj de muñeca que marcaba las doce menos cuarto.

—Te queda un ratito aún —respondió ella.

—¿Y tú? ¿No descansas? —preguntó él girándose levemente para asegurarse de que sus compañeros no se despertaban.

—No puedo dormir —dijo con sinceridad.

—¿Los nervios? —preguntó. Ella asintió. Víctor le indicó con un movimiento de cabeza que lo siguiese hacia la ventana más alejada, al lado de la cocina. Ese era el punto más lejano de sus compañeros en el interior de aquel comedor, pues era mejor no salir al exterior y extremar precauciones.

Fueron hasta la ventana y Víctor se apoyó en la pared mientras Katherine abría la nevera. No había nada en el interior más que lo que poco que había sobrado de las pizzas y una botella de agua fría. Cogió un vaso y lo llenó.

—¿Quieres? —le preguntó ofreciéndole otro vaso.

Víctor negó mientras observaba a sus compañeros dormir.

—¿Estás preocupada por lo del infierno? —le preguntó en un susurro.

Ella dio un sorbo al vaso e hizo un gesto de no estar muy segura.

—Si fuese solo eso… —bromeó. Suspiró y se apoyó también en la pared mientras mantenía su vaso de agua en la mano—. Son muchas cosas. Comenzar una vida nueva en un país nuevo. Dejar a mi madre aquí, aunque sea solo por un tiempo. —Se quedó pensativa y luego asintió—. El infierno, sí.

Víctor la miró fijamente.

—Seguro que Valeria y la Aurora Dorada pueden ayudarte y hacer algún hechizo o conjuro para facilitarlo todo —la tranquilizó.

Katherine se quedó pensativa.

—Puede que me ayuden a llegar a ese plano, pero ahí estaré sola —susurró.

Él la miró sorprendido.

—¿No puedes llevarnos?

Katherine lo miró como si estuviese de broma.

—¿Llevaros hasta allí? Es… es el infierno —le recordó—. Ahí solo se puede acceder de dos formas, siendo una viajera como yo o, en vuestro caso, muriendo. —Se encogió de hombros—. No es una opción —indicó. Víctor la miró fijamente, pensativo, y asintió—. Más que ayudarme a descender a los infiernos… —continuó ella—, necesitaría que adivinaseis dónde se encuentra el anillo. El infierno es… enorme, supongo que igual que el cielo. No es un trabajo sencillo.

— No, no lo es —le dio la razón Víctor—, pero te ayudaremos en todo lo que podamos.

Ella asintió y dio otro sorbo a su vaso. Se quedó observándolo. Víctor la miraba de una forma diferente a como la observaba el resto de la división. Todos la miraban como a una compañera más, sin embargo, Víctor tenía algo especial en su mirada que le atraía en

extremo, una fuerza y un poder que eran capaces de cortarle la respiración.

Se obligó a apartar la mirada de él, pues ni pensar correctamente podía.

—Lo sé —pronunció ella con una sonrisa triste—, pero, lamentablemente, ahí estaré sola y, eso… asusta bastante —susurró.

Víctor no supo qué decir. En ese momento fue consciente de la valentía y la fuerza de aquella muchacha. No sabía por qué, pero todos creían que podrían acompañarla en su descenso, sin embargo, lo que le había explicado tenía sentido. Estaría sola, en un mundo desconocido donde el dolor y la oscuridad reinaban.

—Salimos a las seis y media, ¿verdad? —cambió de tema.

—Sí, a esa hora pasará Alberto a buscarnos con la furgoneta. Todo lo nuestro ya se encuentra en el jet, así que solo tenemos que llevar tus cosas. —Ella asintió—. Además, el aeropuerto está a diez minutos…

—Sí, lo sé —le interrumpió ella con una sonrisa.

Víctor se quedó observándola. Puede que Anael tuviese razón con sus comentarios. Aquella muchacha era realmente preciosa, jamás había sentido algo así cuando había mirado a una mujer. Apenas la conocía, solo desde hacía un par de horas, pero sentía una extraña conexión con ella.

—Ahora que estás con nosotros no estarás sola nunca más, Kata —pronunció intentando calmarla.

Ella lo miró sorprendida por sus palabras y le sonrió con ternura. No supo qué decir, así que se limitó a asentir agradecida y a apartar la mirada de aquellos ojos que la observaban como si pudiesen explorar su alma, incluso sintió un escalofrío cuando pronunció su nombre.

Dio un trago final a su vaso de agua y lo dejó en el fregadero.

—Será mejor que vaya a descansar un poco, aunque sea solo a tumbarme —comentó con timidez. Víctor asintió—. Nos vemos en un rato —susurró mirando hacia sus compañeros dormidos. Le sonrió y se giró mientras contenía la respiración y subía las escaleras a la segunda planta.

Víctor la vio alejarse lentamente. Pudo observar sus músculos en tensión y cómo incluso se había ruborizado ante sus últimas palabras, pero quería que supiese que aquella división, aquel equipo, no era solo un equipo de trabajo, se consideraban una familia, todos cuidaban de todos, y ella, en el momento en que había aceptado colaborar con ellos y ayudarles, se había convertido en otro miembro más de aquella numerosa familia.

Brincó cuando sintió la mano de Anael en su hombro sin previo aviso.

—Joder —susurró tratando de no alzar la voz. Resopló y miró a

Anael mosqueado—. Por favor, no hagas más eso.

Anael lo miró divertida y observó cómo Katherine acababa de subir los escalones hasta la segunda planta.

—Es buena chica —comentó el ángel con una sonrisa y ladeó su cuello observando entusiasmada la reacción por parte de Víctor.

Víctor carraspeó y tragó saliva.

—Sí, lo es —admitió con timidez.

—Te lo dije —dijo ella mostrándole los dientes con una gran sonrisa.

Él volvió a carraspear.

—Ya… bueno, mmm… ¿habéis logrado traducir el hechizo para encerrar a Astaroth en un recipiente? —cambió de tema.

—Oh, ya está casi —comentó encogiéndose de hombros—. Solo venía a ver cómo estabais. —Miró a su alrededor—. Veo que todo bien. —Él asintió—. Bueno, pues… entonces me vuelvo a marchar, los chicos se estaban tomando un descanso de la traducción y he aprovechado para venir.

—Ya, claro —respondió él—. Puedes marchar tranquila, estamos todos estupendamente bien —corroboró.

—De acuerdo, pues… si necesitáis ayuda en algún momento avisadme.

—Claro —respondió Víctor—. Hasta luego —se despidió con un movimiento de mano.

Anael le devolvió el saludo y apareció en el subterráneo de la casa de los cazadores, en Barxa, Lugo.

Miró a ambos lados y suspiró. Allí eran las cuatro de la madrugada, así que aún les quedaba noche por delante. Preferían trabajar de noche y descansar de día, cuando era menos probable que sufriesen un ataque.

Subió las escaleras y llegó a la primera planta donde se encontraba el comedor. Todos estaban alrededor de la barra tomando un café tranquilamente.

Valeria observó sorprendida a Anael.

—¿Ya estás aquí? Qué rápido —dijo antes de dar un sorbo a su café.

Anael asintió.

—Están descansando, allí son las doce de la noche y en poco más de seis horas vuelan hacia aquí —explicó dirigiéndose a la barra que separaba la cocina del comedor. Los miró a todos—. ¿Habéis descansado ya? ¿Volvemos a la traducción?

—Danos cinco minutos más, por favor —suplicó Jake.

—Sí, al menos que nos dé tiempo a bebernos el café —continuó en el mismo tono Efrem—. Llevamos toda la noche sin parar. Nos va a explotar la cabeza.

Anael se removió cohibida, sí, lo cierto era que se lo estaban tomando muy en serio y no habían parado desde el atardecer, quizá debería darles un tiempo para que descansasen.

—Está bien, pues… ¿queréis que comencemos en una hora? —preguntó.

Todos negaron con la cabeza.

—No —dijo Valeria antes de dar otro sorbo de café—. Nos acabamos el café y bajamos —confirmó mientras todos asentían.

Anael asintió y les sonrió.

—Está bien, os espero abajo —dijo antes de desaparecer.

9

Farid respiró hondo. La oscuridad reinaba en toda la planta, era plena noche en Abu Dabi, igualmente había corrido las cortinas de todo el ático para que nadie pudiese observarlo. Siempre era mejor extremar todas las precauciones.

Lo veía con claridad, ese era uno de sus mejores dones. Las imágenes aparecían en su cabeza como si se proyectase en una sala de cine. No sabía sus nombres, tampoco le importaban. Lo único que deseaba era averiguar qué se traía entre manos la división para advertir a su señor.

—¿Estás preocupada por lo del infierno? —preguntó uno de los miembros de la división.

¿Qué hacía allí la división? ¿Por qué se encontraban en Puerto Natales?

Aquella pregunta hizo que todos los sentidos de Farid se pusiesen alerta, que se concentrase más aún para no perder el rumbo.

—Si fuese solo eso… —bromeó aquella chica a la que no había visto nunca—. Son muchas cosas. Comenzar una vida nueva en un país nuevo. Dejar a mi madre aquí, aunque sea solo por un tiempo. —Se quedó pensativa y luego asintió—. El infierno, sí.

—Seguro que Valeria y la Aurora Dorada pueden ayudarte y hacer algún hechizo o conjuro para facilitarlo todo —indicó el muchacho.

Farid puso su espalda recta al escuchar aquel nombre, intentando que los sentimientos de ira no lo inundasen y no perder así la concentración. Valeria, aquella muchacha había truncado sus planes desde un principio, pero era mucho más. Aquella chica, a su corta edad, poseía un dominio de la magia impresionante y un poder del que ni ella misma era consciente. Si llegaba a dominarlo sería incluso más fuerte que él. Sintió cómo sus latidos aumentaban al recordar cómo en Estambul, en aquel viaje para buscar el grimorio del rey Salomón, en uno de sus encuentros había conseguido vencerlo con gran maestría. Aquella muchacha, por lo que a él respectaba, era un peligro.

Intentó dejar la mente en blanco de nuevo y seguir la conversación, si dejaba volar sus recuerdos acabaría perdiendo la proyección.

—Puede que me ayuden a llegar a ese plano, pero ahí estaré sola —susurró la muchacha.

—¿No puedes llevarnos? —preguntó él.

—¿Llevaros hasta allí? Es… es el infierno —le recordó—. Ahí solo se puede acceder de dos formas, siendo una viajera como yo o, en vuestro caso, muriendo —Se encogió de hombros—. No es una opción —indicó—. Más que ayudarme a descender a los infiernos… —continuó ella—, necesitaría que adivinaseis dónde se encuentra el anillo. El infierno es… enorme, supongo que igual que el cielo. No es un trabajo sencillo.

Farid sintió cómo el vello de todo su cuerpo se erizaba. ¿Por eso se encontraban allí? ¿En la otra punta del mundo? Había escuchado hablar de los viajeros, pero no conocía a ninguno.

Él tenía la facilidad de la visión remota, pero si aquella muchacha era una viajera podían tener un verdadero problema.

Un viajero entre planos podía moverse fácilmente entre diferentes realidades, dimensiones, y no era solo su mente, sino su cuerpo, podía interactuar con todo… Ni siquiera sabía que existiese hoy en día un viajero, mas su mera existencia podía complicarlo todo.

Ahora lo sabía, sabía el porqué de aquel viaje.

No necesitaba escuchar más. El plan de la división era claro, necesitaban un viajero para poder descender al infierno y conseguir el anillo, de esa forma, con el grimorio en su poder y el anillo del rey Salomón podrían volver a encerrar a Astaroth en una botella.

Abrió los ojos lentamente mientras sentía cómo volvía a su ser. Observó la puerta cerrada de aquella sala que siempre usaba para sus hechizos y meditaciones. La sala solo estaba iluminada por unos candelabros negros situados sobre una mesa en un lateral de la estancia.

Ahora lo tenía todo claro. Se levantó lentamente, en medio de aquel pentáculo dibujado con pintura roja sobre el suelo negro, y salió de este.

Inspiró con fuerza mientras se apoyaba contra la mesa donde había un recipiente. No tenía tiempo que perder, debía avisar a Astaroth sobre lo que la división planeaba.

Arrojó las gotas sobre el agua de aquel plato y comenzó su ritual de comunicación con el inframundo mientras veía cómo las aguas del plato se movían formando un remolino.

Sintió cómo el vello de todo su cuerpo se erizaba cuando la silueta de aquel ángel caído y aquellos ojos aparecieron en el recipiente. No decía nada, simplemente lo observaba.

Tragó saliva, nervioso, pues, aunque había averiguado un dato muy importante, sentía temor ante su presencia.

—Sé por qué la división se encuentra en Chile… —susurró con temor. Volvió a tragar saliva, pues notaba cómo se le secaba la garganta. Astaroth no respondió, simplemente esperó a que Farid siguiese hablando—. Han ido a buscar a un viajero…

No tuvo que seguir hablando, puedo ver cómo Astaroth se removía enfurecido y hasta él llegó el sonido de un gruñido de furia. Comprendía perfectamente lo que significaba aquello y cuál era su plan.

—¿Se encuentran aún en Chile? —preguntó.

—En Puerto Natales —corroboró—. Pero no sé hasta cuándo.

—¿Qué hora es allí? —preguntó Astaroth directamente.

Farid miró su reloj de muñeca e hizo los cálculos pertinentes.

—Cerca de la una de la madrugada.

Astaroth respiró hondo y asintió con la vista clavada en el espejo donde podía ver la silueta de Farid.

—Bien hecho —comentó con voz grave—. Averigua todo lo que puedas sobre el viajero.

—Es… viajera —corrigió Farid—. Una mujer joven de origen chileno. La división se encuentra en su casa pasando la noche. —Apretó los labios—. La casa se encuentra frente a una carretera, al cruzarla hay un edificio y este se encuentra frente a la playa. La casita tiene el techo de color azul.

Astaroth asintió ante los datos que le daba. Sabía perfectamente cuáles eran las intenciones de la división al contactar con un viajero. No conseguirían el anillo bajo ningún pretexto. Se giró e, instintivamente, miró el armario donde lo mantenía oculto.

—Buen trabajo. Sigue así, Farid, y estarás a mi lado cuando las puertas del infierno se abran. —Farid tragó saliva y situó sus manos a la espalda para que no viese cómo temblaban—. Y Janna… será liberada —acabó diciendo lentamente Astaroth.

Aquellas palabras hicieron que volviese a elevar sus ojos hacia él.

—Gra… gracias —tartamudeó.

—Infórmame de cualquier nueva noticia —ordenó Astaroth.

—Así lo haré, mi señor —pronunció Farid antes de que las aguas de la vasija se calmasen y aquellos tenebrosos ojos desapareciesen de ella cortando la comunicación.

Astaroth apretó sus manos convirtiéndolas en puños y elevó su cabeza hacia aquella neblina que cubría la parte superior y que no permitía que la luz penetrase en aquel lugar olvidado de la mano de Dios.

Gritó de rabia provocando que las montañas cercanas y puntiagudas vibrasen, incluso los demonios y ángeles caídos que allá moraban se detuvieron asustados. No era la primera vez que escuchaban aquel grito de ira, aunque hacía tanto tiempo que permanecía oculto en la memoria de todos ellos que muchos al recordarlo se estremecieron.

Inspiró con fuerza, con su cabeza hacia arriba escuchando cómo su grito de ira retumbaba por el eco. Todos sus músculos estaban

tensionados. Aquello no iba bien, no pensaba permitir que lo encerrasen de nuevo durante milenios en un recipiente. No, no lo consentiría, aunque tuviese que batirse en duelo con todos los ángeles del cielo y con su propio padre.

Rechinó los dientes y se giró rápidamente hacia su armario. Fue hacia él y lo abrió desesperado.

Se habían hecho con el grimorio del rey Salomón, si conseguían el anillo podían intentar capturarlo de nuevo. No iba a permitirlo.

Extrajo el pequeño cofre de piedra y lo abrió. Incluso en aquella oscuridad el oro puro de aquel anillo relució creando un destello. Aquel anillo era la causa, junto al hechizo que se encontraba en el grimorio, de que hubiese estado atrapado durante milenios. El anillo de oro puro rodeaba el dedo y acababa en un sello compuesto por dos triángulos superpuestos, uno con un vértice hacia arriba y otro con el vértice hacia abajo, formando una estrella de seis puntas, símbolo conocido como la estrella de David. En la argolla contenía el nombre de Dios. Sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo. El poder de aquel anillo radicaba en que poseía el nombre de su padre y había sido consagrado por un arcángel.

A Farid le era imposible encontrar el grimorio, estaba claro que usaban la magia para esconderlo, una magia muy potente y ancestral, pero mientras el anillo estuviese en su poder podía estar tranquilo. El único que podía competir en fuerza y poder contra él era el arcángel Miguel y, aun así, jamás lo había derrotado.

Mientras tuviese el anillo en su poder no correría el riesgo de volver a ser atrapado. Ahora bien, si aquella mujer, la viajera, lograba llegar hasta allí y hacerse con el anillo… estaría perdido. No, no iba a lograrlo. Los destruiría a todos y conseguiría escapar de allí como fuese.

Observó su armadura plateada y su valiosa arma consistente en un arco con unas flechas, aquella arma era indestructible.

Cerró el armario con un golpe y se giró hacia la puerta. Nadie lo molestaba en aquel momento.

Inspiró con fuerza y cogió entre sus dedos el colgante que Lilith le había entregado con su sangre para poder ejercer poder sobre los vampiros. Acabaría con la división costase lo que costase.

Se giró y se vio reflejado en el espejo. Su rostro anguloso y blanquecino contrastaba con su cabello rubio casi blanco y sus ojos de un azul tan claro que parecían transparentes, un espejismo de lo que había sido anteriormente cuando la luz del sol había acariciado su piel. No permitiría que su padre siguiese torturándolo.

Llevó el colgante hacia sus labios y observó cómo la sangre de Lilith que había en su interior parecía cobrar vida girando en su interior.

—Dirigíos a Chile, Puerto Natales… —susurró hacia el colgante con la mirada clavada en los ojos que se reflejaban en el espejo, una mirada cargada de ira—. La división, junto a una mujer, la viajera, se encuentran allí, en una casa cerca de la playa con el tejado azul. Acabad con todos, pero en especial con ella.

Supo que la orden les había llegado cuando la sangre tomó un tono más rojizo antes de volver a su tono oscuro.

Sí, no permitiría bajo ningún concepto que aquella mujer pisase sus dominios. Dejó caer el colgante sobre su pecho y se quedó observándose en el espejo mientras intentaba normalizar su respiración.

A su espalda, tras una esquina, a varios metros de la estancia, Gadreel apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos con fuerza. Había escuchado toda la conversación, incluso la orden que había dado a los vampiros. Sabía que los cazadores se defenderían de ellos sin problema, que Anael los ayudaba…

Lilith había discutido con Astaroth justamente por eso, porque enviaba a sus hijos a morir sin importarle lo más mínimo, igual que había hecho con él. Sí, era un ángel caído, pero seguía teniendo conciencia de lo que realmente ocurría y del trato que Astaroth daba incluso a quienes le ayudaban.

Apretó los labios y caminó directamente por el pasillo sin saber qué rumbo tomar. Giró otra esquina alejándose de la alcoba de Astaroth y volvió a apoyarse contra la pared, indeciso. Giró lentamente su cabeza hacia la derecha y llevó su mirada hasta el final, donde pudo ver a Lilith en su alcoba, peinando su largo cabello sentada frente a un espejo.

Caminó hacia allí y se situó en la entrada de su alcoba sin decir nada.

Su mirada coincidió con la mirada de ella a través del espejo. Lilith dejó de peinarse y lo miró fijamente. Por mucho que los ángeles caídos no le gustasen, pues distaba mucho de lo que ellos eran, demonios, él era el único que le había brindado su ayuda y le había ofrecido una mano tras su conversación y la furia de Astaroth.

Dejó el cepillo sobre la mesa y puso su espalda erguida sin perder el contacto visual con él. Gadreel la observaba fijamente. No había intercambiado muchas palabras con él a lo largo de tantos y tantos eones, pero sabía cuándo una duda asaltaba el rostro de un ángel caído, era como ver un libro abierto.

—Sé que tus hijos te importan… —susurró Gadreel provocando que ella se girase.

—Soy su madre —comentó con voz gélida.

Gadreel asintió y miró hacia atrás un segundo, asegurándose de que nadie se encontraba allí. Aquel gesto llamó la atención de ella que

se puso en pie y dio unos pasos lentos en su dirección.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupada.

Gadreel inspiró y la miró fijamente.

—Deberías hablar con ellos sobre la misión que Astaroth les acaba de encomendar —susurró.

Ella alzó su mentón al comprender lo que quería decir. Estaba segura de que Astaroth los acababa de enviar a otra misión suicida. Lo miró fijamente y se dio la vuelta para dirigirse a una copa llena de su sangre desde donde podía conversar con todos ellos.

Lilith introdujo su dedo en la copa y cerró los ojos unos segundos. Gadreel supo el preciso momento en que ella recibía las explicaciones de sus hijos con referencia a las órdenes que habían recibido de Astaroth.

—No —susurró con los ojos cerrados—. No obedeceréis —sentenció.

Abrió los ojos y miró en dirección a Gadreel. Sabía que aquello le podía costar otro arrebato de furia por parte de Astaroth, pero ella era realmente la madre de todos ellos, las bestias solo le debían obediencia a ella, aunque le hubiese concedido un poco de ese poder a Astaroth. Él no podía estar por encima de ella sobre sus propios hijos.

Miró a Gadreel, el cual esperaba bajo el marco de la puerta.

—Gracias —pronunció en un susurro hacia Gadreel.

Gadreel asintió y, sin decir nada más, se giró y se alejó de aquella estancia. Lo que acababa de hacer podía costarle su propia vida. No quería problemas y menos con Astaroth, pues sabía que se exponía a la desaparición total, era demasiado poderoso para enfrentarse directamente a él. Acababa de frustrar uno de sus planes y no quería estar cerca cuando se diese cuenta.

Aún era plena noche, aunque en el horizonte comenzaba a intuirse una fina línea anaranjada. En pocos minutos amanecería y el peligro desaparecería, al menos, respecto a los vampiros.

Víctor observó a Katherine revisar los cajones por última vez, creía no dejarse nada, pero nunca iba mal echar un último vistazo.

—Alberto ya viene hacia aquí —dijo Aitor mirando su móvil. Miró a sus compañeros. Daniel permanecía apoyado contra la pared junto a Víctor. El resto esperaban sentados a la mesa mientras Katherine seguía revisándolo todo—. ¿Dónde está Kemal? —preguntó mirando de un lado a otro.

Kemal descendió por las escaleras mientras bostezaba.

—Aquí —dijo llegando a la primera planta. Obviamente, la falta de sueño no le afectaba de igual forma que a ellos—. Necesito un café urgente —susurró sentándose en el primer escalón de las escaleras.

Víctor se acercó a Aitor y miró por la ventana también. Se sintió

aliviado cuando la franja anaranjada se ensanchó. Ya no había peligro. Se había mantenido prácticamente toda la noche alerta por si los vampiros hacían acto de presencia, pero no había sido así.

—Es extraño —susurró mirando de reojo a su jefe. Aitor asintió dándole a entender que comprendía a lo que se refería—. Ni un solo vampiro. ¿Es posible que los hayamos despistado?

—Lo dudo —respondió pensativo, observando también cómo el día comenzaba a ganar terreno a la oscuridad—. Quizá no saben quién es Katherine —comentó.

—Kata —aclaró ella acercándose por la espalda. Tanto Aitor como Víctor se giraron—. Mis amigos me llaman Kata —comentó ella con una sonrisa—. Me gusta más que Katherine, parezco revieja si me llamáis así —bromeó.

Aitor y Víctor sonrieron por su expresión y su acento.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Aitor con curiosidad.

Kata miró a los dos fijamente.

—Ah, no… eso no se pregunta a una dama —comentó como si le riñese.

—Apuesto a que eres más joven que nosotros —continuó Víctor.

—Eso seguro —exageró ella.

Todos se giraron cuando escucharon la furgoneta de Alberto aparcar ante la puerta de la vivienda.

Kata suspiró mientras la división salía de su casita cargando sus cajas y maletas.

Giró sobre sí misma observando su vivienda, su hogar durante los últimos años, y sintió cómo unas lágrimas humedecían sus ojos.

Hasta ese momento no había sido consciente de que no solo abandonaba su hogar, sino su país. Tragó saliva y sintió que el corazón se le aceleraba.

Apretó los labios mientras miraba las escaleras, la cocina, el sofá donde había pasado tantas tardes viendo la televisión…

—¿Estás bien? —preguntó Víctor que sujetaba la puerta esperando a que ella saliese.

Supo que ella estaba emocionada y prefirió no insistir.

Katherine tragó saliva y salió. Cerró la puerta tras de sí y echó la llave. Tal y como le había pedido el propietario, dejó la llave en el buzón para que él, en cuanto se levantase, pudiese acceder a la vivienda.

Suspiró mientras dejaba caer las llaves en el interior del buzón y se giró para observar que ya cargaban todas sus pertenencias en la parte trasera de la furgoneta.

Entró en ella y se sentó al lado de la ventana, junto a Marcos. Tras ella se encontraba Víctor.

Apretó los labios cuando la furgoneta arrancó y tuvo que

controlarse para no echarse a llorar. No había pensado en ese momento hasta ahora. Ahora era consciente de la envergadura de la decisión que había tomado.

No apartó la mirada de su casita mientras se alejaba, controlando los sentimientos a flor de piel. Se giró para seguir viéndola hasta que giraron una esquina y la perdió de vista.

Se puso firme hacia delante y cerró los ojos unos segundos intentando calmarse.

Víctor observó su perfil y percibió cómo sus ojos se encontraban vidriosos por la emoción. Suponía que debía de ser una decisión difícil para ella, aunque sospechaba que ni ella misma era consciente de lo importante que era su rol en ese momento.

En realidad, el mundo tal y como lo conocemos dependía solo de ella.

10

Los primeros minutos, al despegar, había observado con lágrimas en los ojos cómo se elevaban hasta que el jet se había internado entre las nubes y solo podía observar la espesura blanca similar al algodón de las nubes bajo ellos.

Pocos minutos después había caído en un profundo sueño. Aquella noche, con los nervios, no había podido conciliar el sueño. Ahora, en el cómodo sofá de aquel jet, se había relajado.

Parte de la división también permanecía dormida, por lo que el ambiente en el interior del jet era silencioso, pues los que estaban despiertos se limitaban a hablar en susurros para no molestar a sus compañeros ni a ella.

No supo cuánto tiempo pasó, pero tuvieron que ser horas porque aun estando medio adormilada escuchó cómo hablaban entre ellos diciendo que pararían a repostar y a comer.

Abrió los ojos y lo primero que se encontró fue aquellos enormes y preciosos ojos grises de Víctor observándola con una leve sonrisa.

Se incorporó en el asiento y se masajeó el cuello. Había apoyado su cuello en la ventanilla y, en ese momento, le dolía bastante. Instintivamente, se pasó la mano por el cabello intentando ordenarlo y se frotó los ojos.

—Menudo sueñecito, ¿eh? —se rio Víctor que permanecía hablando con Marcos, el cual también la observaba con una sonrisa.

Katherine se incorporó más en el asiento y asintió mientras ocultaba su boca con la mano para bostezar.

Miró por la ventana y vio que bajo sus pies había una gran selva tropical. ¿Estaban descendiendo?

—¿Cuánto rato he dormido? —preguntó volviendo su atención hacia Víctor.

—Poco más de cuatro horas —comentó aún con aquella mágica sonrisa en su rostro. Se giró hacia Marcos y asintió—. Vale, pues dile que a comer y si le hace falta echarse una siesta también, total, vamos a llegar a Lugo de noche de todos modos, al menos que vaya descansado. —Marcos fue hacia la puerta de la cabina y abrió mientras Víctor volvía a girarse hacia ella y daba unos pasos en su dirección—. Aterrizaremos en media hora en el Aeropuerto Internacional de São Paulo. Hay que repostar. Aprovecharemos para comer algo —Katherine asintió conforme—, así Kemal puede descansar un poco y estirar las piernas. Luego son más de diez horas de vuelo hasta Lugo.

Ella resopló.

—Son muchas horas —comentó.

Víctor se situó a su lado y miró el asiento que tenía enfrente.

—Sí, es un recorrido largo. —Miró a sus compañeros. Aitor estaba en la cabina con Kemal, Miguel y Daniel permanecían dormidos en los últimos asientos del jet y Lucas se encontraba en la barra tomando una copa y esperando a que Marcos volviese. Miró a Katherine y sonrió mientras se sentaba frente a ella. Katherine se echó hacia atrás para permitirle que se sentase y que sus piernas no chocasen—. ¿Estás bien? —preguntó.

Ella miró por la ventana y asintió.

—¿Aparte de la tortícolis que tengo en el cuello? —ironizó tocándoselo—. Sí —respondió sin mirarle.

—Parecías triste cuando hemos despegado.

Ella le sonrió con timidez y se quedó pensativa.

—Es una decisión importante para mí —susurró volviendo a mirar por la ventana—. Ni siquiera sé si volveré a pisar Puerto Natales de nuevo.

—¿Y por qué no vas a volver? —preguntó como si no comprendiese la pregunta.

Ella lo miró del mismo modo.

—Mmm… tu jefe me ha prometido un contrato indefinido en España —le recordó.

Víctor se encogió de hombros.

—Sí, ya, pero eso no implica que no puedas volver. Hay aviones, y nosotros disponemos de este jet —acabó como si esa fuese la solución.

Le sonrió con ternura y negó.

—No es lo mismo vivir que volver de vacaciones, además, ya no hay nada que me una a Puerto Natales —continuó pensativa—. Mi madre vive en Puerto Cisnes, está bastante lejos. Son unas dieciocho horas por carretera. No volvería a Puerto Natales —explicó.

—Entiendo. —La miró intrigado—. ¿Te criaste en Puerto Cisnes?

Ella asintió.

—Sí. —Apretó los labios y durante unos segundos se quedó en silencio—. Mi padre nos abandonó cuando yo apenas tenía tres años, casi ni… ni lo recuerdo…

—Vaya, lo siento. ¿Murió?

Ella abrió los ojos de par en par.

—No, no ese tipo de abandono. ¡Mi padre se fue con una jovencita! —exclamó indignada, lo que sorprendió a Víctor—. Sedujo a una flaquita de quince años menos y se marchó con ella. Nos abandonó a mi madre y a mí —sentenció.

—Ah —continuó Víctor sin saber qué decir.

—Me crie con mi madre y mis abuelos maternos, como te expliqué —continuó—. Pero Puerto Cisnes es más pequeño que Puerto Natales, el trabajo es escaso y con el sueldo de mi madre casi no alcanzábamos, así que vi esta oferta en Puerto Natales, pagaban bien, y me lancé sin pensarlo. De eso hace ya varios años. —Le sonrió—. Suelo ir un par de veces al año a ver a mi madre, en avión —comentó sonriente—. Mi madre tiene… una hernia discal que le produce mucho dolor, estaban… valorando operarla. Hace pocos días tuvo su última revisión y decidieron que era mejor que no entrase a quirófano, al menos de momento, pero la medicación no está sufragada y es cara, al menos para una jubilada.

—Entiendo…

—Parte de mi sueldo se lo entrego a mi madre para que pueda comprar los medicamentos que necesita y pueda pagar la calefacción en los meses de invierno. La pensión de jubilación que cobra no le llega para pagar la casa. —Se encogió de hombros—. Además, a mí me subieron el alquiler de la casita donde vivía, así que imagínate… comenzaba a estar en una situación desesperada.

—Ahora todo mejorará, ya verás —comentó con ternura, pues comprendía la situación tan desesperada en la que se encontraba cuando habían llegado—. Y podrás traerte a tu madre sin problema. Nerea, la novia de Aitor, la que te ha ofrecido el trabajo, es muy maja, te llevarás muy bien con ella. Somos una gran familia.

Ella le sonrió al escuchar esas últimas palabras.

—No hay nada que más desee que tener a mi madre conmigo. Es la única familia que me queda —pronunció emocionada.

—Bueno… —pronunció lentamente—, ahora nos tienes a nosotros también.

Ella le sonrió y suspiró. Sí, parecía que ellos iban a preocuparse de que se encontrase cómoda allí y de que no le faltase de nada. Después de todo aquel tiempo sufriendo por llegar a fin de mes y poder cuidar de su madre, aunque fuese en la distancia, parecía que todo iba a mejorar.

Se quedó observando a Víctor, el cual también la miraba.

—El chamán que me enseño cómo hacer mis viajes sin peligro… —comentó lentamente—, me habló de vosotros: los cazadores.

—Ah, ¿sí? —Ella asintió—. ¿Qué te dijo?

—Me habló sobre varios dones. Personas con habilidades de telequinesis, videntes, oráculos… viajeros como yo y… cazadores. —Él asintió—. Pero no me dijo de qué dones disponéis. Supongo que por la palabra cazadores debéis de ser buenos luchando —apuntó.

Víctor sonrió y se acercó a ella.

—Muy buenos —comentó gracioso, lo que provocó que ella sonriese más aún—. Los seres sobrenaturales contra los que luchamos,

principalmente vampiros, lobos y brujas, disponen de ciertas habilidades. Suelen estar caracterizados por una gran velocidad, fuerza y regeneración. Nosotros contamos con esos mismos dones, por eso somos idóneos para luchar contra ellos.

—Velocidad te refieres a… ¿moverte muy rápido?

Víctor asintió.

—Tanto que ni lo verías. —Alzó sus dos cejas varias veces—. Tenemos mucha más fuerza que una persona normal y corriente, y nos regeneramos más rápido. Un corte que a una persona tarda en curarle veinte días entre que cierra la herida, cicatriza y cae la costra… nosotros en menos de un minuto lo tenemos curado.

—Vaya —susurró asombrada—. Es… increíble.

—Sí, es bastante útil —comentó divertido y se apoyó en el respaldo del asiento—. Nos reclutan desde pequeños. Con trece o catorce años —rememoró—. A mí me reclutaron con trece —explicó—. En el CNI hay un departamento llamado DAE, son departamentos de alto secreto. De hecho, todos los gobiernos lo tienen y mantienen comunicaciones entre ellos para controlar el auge de los casos paranormales. Muchas veces colaboramos entre nosotros.

—¿De dónde eres?

—De País Vasco —contestó—, aunque con trece años me trasladé a Madrid.

—Y… ¿tus padres saben a qué te dedicas?

Víctor negó divertido.

—No, seguramente si mi madre lo supiese le daría un ataque al corazón. No, normalmente el CNI se pone en contacto con estas familias alegando que su hijo tiene un alto potencial para las matemáticas, las ingenierías… y los becan. —Se encogió de hombros—. Otros gobiernos tienen otra forma de hacer y son cien por cien claros con las familias desde un principio, pero en España no, en España nos dan la posibilidad a los implicados de ser nosotros los que expliquemos todo, o gran parte, a nuestras familias. Existen contratos de confidencialidad.

—Y… ¿tu familia de qué piensa que trabajas?

—De informático —comentó divertido—. De hecho, durante la formación del CNI te ofrecen sacarte un grado, un máster, etc.… yo hice informática, es algo que me había apasionado desde siempre.

—Así que también eres informático —musitó ella.

Víctor asintió.

—Nunca he ejercido como tal. —Se encogió de hombros—. Aunque eso no parece importar a mis compañeros, ya que para solventar cualquier problema tecnológico de la casa siempre acuden a mí, como si yo pudiese solucionarlo todo —bromeó y se acercó más a ella—. Y la verdad es que no me acuerdo de prácticamente nada de lo

que estudié —susurró.

Ella sonrió ante aquel comentario.

—A mí me hubiese gustado estudiar —dijo pensativa—, pero no contábamos con ingresos suficientes.

—¿Qué te hubiese gustado estudiar? —preguntó con interés.

Ella se mordió el labio y lo miró graciosa.

—Me hubiese gustado estudiar medicina o algo relacionado con la salud —explicó con timidez.

Víctor la miró fijamente.

—Y, ¿nunca has pensado en trabajar para un departamento DAE?

Ella lo miró extrañada.

—Ni siquiera sabía que existían —rio—. Acabo de enterarme por ti.

—Supongo que una viajera estaría bien cotizada por cualquier gobierno —explicó.

—¿A qué te refieres? —preguntó con interés.

—Por lo que explicas, puedes moverte por esta realidad sin problema, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Por lo que podrías averiguar la ubicación de ciertos seres, supongo, o si las brujas o vampiros están haciendo de las suyas saber por dónde se mueven, ¿no? —Ella asintió mientras él se quedaba pensativo—. Podrías ser de mucha utilidad —susurró sin dejar de mirarla—. Después lo hablaré con Aitor —susurró para sí mismo.

—¿Hablar el qué?

—Pues que iría muy bien que colaborases con nosotros con asiduidad —resumió, ella lo miró sorprendida—. Nosotros fuimos enviados a Lugo básicamente por el tema de la brujería, aunque luego nos encontramos con esto… supongo que iría muy bien que nos ayudases con la ubicación de ciertas entidades. Si quieres, claro.

—Pero… ¿con contrato?, ¿en nómina? —preguntó interesada.

Víctor sonrió al escuchar aquello. La muchacha debía de haberlo pasado mal porque estaba desesperada con tener un contrato de trabajo y una buena nómina.

—Sí, claro —respondió como si fuese obvio.

—Sí, habla con Aitor —dijo rápidamente, muy interesada—. Si me dais una prenda de ropa o me lleváis a una ubicación donde haya estado una persona puedo localizarla en cualquier parte del mundo. Soy buena en eso —dijo divertida—. Además… —Se encogió de hombros—, el problema es moverme entre diferentes realidades, ya sabes, por los ángeles mosqueados… —bromeó—, pero si es en este plano, el plano terrenal, te la puedo localizar en menos de un minuto… o un poco más —dijo al final.

—¿Incluso seres sobrenaturales?

Ella lo miró confundida.

—Pues, eso no lo sé… nunca he intentado localizar a un ser sobrenatural —dijo lentamente—, pero podríamos probar.

—Claro —dijo sonriente—. En nuestro almacén tenemos un muestrario con objetos de brujas. Tenemos bastante controlada la zona. Con los objetos de las brujas podemos invocarlas en cualquier momento —explicó—, si se portan mal, claro. Podrías intentar rastrear a alguna de ellas cuando estemos en Lugo, aunque la mayoría son de nivel bajo. No tienen mucho poder. Supongo que las de más poder pueden pasar desapercibidas.

—Podríamos probar —repitió feliz—. Sería una experiencia, nunca me… me he dedicado a esto totalmente. Es la primera vez.

—No es un trabajo muy común —bromeó Víctor—, pero te aseguro que estarías muy bien valorada por los gobiernos.

Marcos volvió sobre sus pasos y se dirigió hacia ellos.

—Los cinturones, comenzamos el descenso —anunció. Víctor y Katherine se lo pusieron—. Me comentó Kemal que irá con Aitor a buscar unos bocadillos al aeropuerto central y así estira las piernas. El resto podemos esperar en el hangar. Estaremos dos horas.

—De acuerdo —contestó Víctor.

Marcos avanzó un poco más y miró divertido a Miguel que permanecía con la cabeza caída hacia delante, profundamente dormido. Víctor miró divertido a su amigo Marcos. A esas alturas sobraban las palabras entre ellos.

—Por favor —suplicó Víctor al comprender lo que Marcos quería hacer.

Marcos se agachó hacia él y directamente golpeó con la palma de su mano la mejilla de Miguel. Víctor tuvo que girar su cabeza para contener la risa al ver la cara de sorpresa de Miguel al despertar con aquel golpe y coger el brazo de su compañero con gesto enfadado.

—Idiota —le susurró Miguel.

Katherine los miró confundida y luego desvió la mirada preocupada hacia Víctor.

—¿No me dijiste que estaba en tratamiento? —le susurró. Víctor la miró sorprendido y pestañeó varias veces. Mierda, a veces no recordaba lo que decía—. No me parece correcto que…

—Oh, no pasa nada… —le quitó importancia Víctor—. Nos hacemos continuamente eso, ya te acostumbrarás. Si no se lo hiciésemos se sentiría desplazado del grupo.

Katherine lo miraba no muy segura de lo que le explicaba. Se giró hacia Miguel y lo miró preocupada.

—¿Estás bien?

Miguel la miró y directamente sonrió.

—Sí, claro. —Se encogió de hombros—. No es nada. —Se giró

hacia Marcos que iba hacia su asiento para sentarse—. Pero tú… Marcos —lo señaló—, espero que te duermas pronto en las próximas horas. —Marcos lo miró seriamente ante aquella insinuación—. Te van a llover hostias como panes y no vas a saber por dónde te vienen.

—Ya, seguro —pronunció su compañero como si no le diese importancia—. Solo te he avisado de que vamos a aterrizar. Ponte el cinturón, anda —ordenó sin sentirse nada intimidado por la amenaza de su compañero.

Miguel resopló y miró de reojo a Katherine que seguía observándolo como si lo estudiase. Se giró y la miró con una sonrisa, luego miró a Víctor que estaba sentado frente a ella.

—¿Ya estamos en Brasil?

—Sí —respondió Víctor.

Miguel asintió.

—¿Anael se ha pasado por aquí en algún momento? —preguntó estirándose.

—No, supongo que Aitor querrá llamarla ahora —dijo mientras miraba por la ventanilla y observaba cómo se internaban entre las nubes rumbo al aeropuerto.

—Perfecto —comentó Miguel estirando las piernas hacia delante —. A ver qué nuevas noticias tiene. —Se puso el cinturón—. Despiértame cuando aterricemos —dijo cerrando los ojos, aunque abrió solo uno y miró a Katherine—. Mejor despiértame tú —le pidió.

Katherine asintió graciosa antes de que Miguel volviese a cerrar los ojos.

Farid dudó al situarse frente a la vasija donde el agua se removía formando círculos. Sin duda, Astaroth quería mantener una conversación con él en ese preciso instante. Astaroth lo llamaba para saber novedades, sin embargo, las noticias que debía darle no eran buenas. Eso le asustaba.

Cerró los ojos y se situó frente a la vasija mientras se aseguraba de que la luz del día no entrase por ninguna de las ventanas. Había corrido todas las cortinas para asegurarse de estar en plena oscuridad, tal y como requería aquella comunicación.

Se echó la capucha de su túnica negra por encima e intentó controlar la respiración. Situó una mano sobre la corriente de agua y observó cómo aquellos tenebrosos ojos azules aparecían ante él, unos ojos inquisidores.

—Mi señor —susurró bajando la cabeza a modo de reverencia.

Astaroth permanecía ante el espejo, con la mirada fija y los músculos tirantes.

—La división, la viajera… —pronunció con voz grave para que le diese la información que deseaba.

Aquella noche había enviado a los vampiros para que acabasen con ellos, sobre todo con la viajera. Si acababa con aquella muchacha sus problemas no serían tantos ni tan serios.

Farid tragó saliva y tartamudeó.

—Yo… mmm… —tragó saliva de nuevo—, me temo que no soy portador de buenas noticias.

Astaroth se puso firme ante el espejo.

—Habla —ordenó.

Farid inspiró con fuerza, armándose de valor.

—No… no ha habido ningún ataque. —Astaroth dio un paso más hacia el espejo, por lo que sus ojos se hicieron más grandes en la vasija, lo cual impresionó bastante a Farid que dio un paso atrás—. Esta mañana han despegado desde Puerto Natales rumbo a España.

La respiración de Astaroth se hizo más rápida y elevó el mentón.

—Envié a los vampiros a por ellos —explicó—. ¿Seguro que no…?

—Mi señor… —susurró temeroso—, no hablaban de ningún ataque, al contrario, hablaban sobre que habían tenido una noche muy tranquila.

Astaroth rugió frente al espejo, lo que provocó que las aguas de la vasija de Farid vibrasen, incluso la vasija tembló. Había dado claramente una orden… ¿por qué no se había producido el ataque?

Sintió su cuerpo entrar en tensión, la ira más absoluta que jamás había sentido se apoderaba de él.

Extendió su cuello hacia atrás y luego los brazos hacia los lados mientras un grito de furia emanaba de su garganta. Rugió y directamente cortó la comunicación con Farid sin decir nada más.

¿Los vampiros no habían obedecido su orden? Ese comportamiento solo podía tener una explicación lógica.

Salió de su estancia con paso firme y la respiración acelerada, rugiendo para sus adentros, moviéndose rápidamente por los estrechos pasillos del infierno rumbo a la habitación de Lilith.

Gadreel se paralizó cuando vio avanzar a Astaroth a gran velocidad por el pasadizo contiguo. Inspiró con fuerza y dio unos pasos lentamente en aquella dirección para observar. Sabía lo que estaba ocurriendo, seguramente Astaroth habría recibido la noticia de que no se había producido ningún ataque a la división ni a la viajera por parte de los vampiros. Aquello iba a enfurecerlo hasta límites insospechados.

Avanzó lentamente hasta la esquina y observó desde allí.

Lilith se encontraba sentada en el taburete, peinando su largo cabello, con la espalda tiesa como un palo y observando sin inmutarse cómo Astaroth llegaba hasta su estancia, incluso con su barbilla echada hacia arriba en posición de superioridad.

Astaroth entró directamente en la estancia sin pedir permiso y fue

hacia ella.

El movimiento del ángel caído la cogió de improviso, agarrándola del cuello, poniéndola en pie y estrellándola contra la pared de piedra.

Por la mirada de superioridad de Lilith estaba claro que sabía lo que ocurría.

—¿Qué has hecho? —preguntó Astaroth acercando a ella su rostro con una clara amenaza, pero aquel gesto no pareció acobardar a la fémina diabólica.

—Son mis hijos, me pertenecen —pronunció cogiéndose al brazo que la sujetaba en alto, evitando que sus pies tocasen a duras penas el suelo.

Gadreel dio unos pasos al frente para ir en su ayuda, pero se detuvo cuando Astaroth volvió a rugir con tanta fuerza que hizo temblar las altas montañas de piedra negra.

—Todos los que estáis aquí… y tú, me pertenecéis —bramó contra su rostro.

Lilith sonrió altiva.

—Nosotros no te pertenecemos, ni tenemos que obedecerte —contestó con furia—. Ellos son mis hijos… y no voy a permitir que tú sigas tratándolos como basura, como si lo único que importase aquí fuese tu absurda venganza —rugió contra él.

Astaroth apretó con más fuerza su cuello.

—¡Tú harás lo que yo te ordene! —exigió.

Ella lo miró mientras apretaba con fuerza el brazo con el que él la alzaba. Apretó los labios y gimió, pues casi no podía respirar.

—No —sentenció ella con la voz más firme que pudo, pues casi no podía hablar.

—No es una petición…

—Ni una orden para mí —continuó ella con el mismo tono de voz —. Tú no me das órdenes a mí —sentenció Lilith.

Se acercó más a su rostro.

—Pues si no es por las buenas… —escupió contra ella. En ese momento, llevó su mano hasta su túnica y extrajo un puñal—, será por las malas —rugió antes de clavarlo en el estómago de Lilith que gritó con el cuello estirado hacia arriba.

Gadreel se quedó petrificado, su respiración y su corazón se paralizaron.

—No… —susurró Gadreel sin siquiera poder moverse, a varios metros de la estancia, observando la escena, totalmente consternado.

Escuchó el gemido de dolor de Lilith mientras Astaroth clavaba su puñal hasta el final. Lilith ni siquiera podía respirar por el dolor.

—Si no obedeces… —susurró Astaroth contra sus labios—, no me sirves.

Lilith tragó saliva mientras gemía.

—Ar… arderás en el infierno… por siempre —rugió ella con todo el odio que pudo antes de perder el conocimiento.

Astaroth la observó unos segundos mientras el pecho de Lilith dejaba de moverse y su peso caía muerto.

Arrebató el puñal de su estómago y dejó que el cuerpo sin vida de Lilith cayese sobre el suelo con un golpe seco.

Gadreel apoyó su espalda contra la piedra y cerró los ojos con fuerza, conteniéndose de gritar por la impotencia.

Astaroth había perdido totalmente el norte, solo lo movía su sed de venganza, sin importarle nada ni nadie, solo aquella ansia enfermiza por salir de allí y derrotar a los ángeles y a su propio padre, el creador de todo y de todos.

Era culpa suya, si no hubiese avisado a Lilith de lo que Astaroth iba a hacer ella no estaría muerta en aquel momento.

Deseaba salir de allí a toda costa, pero…

Tragó saliva y se giró asomándose a la esquina, observando cómo Astaroth parecía regodearse observando el cuerpo sin vida de Lilith.

Astaroth elevó la mirada y alzó el mentón mientras limpiaba la sangre de Lilith de la manga de su túnica, sin remordimiento alguno.

Nadie impediría que escapase de allí y que todos aquellos que eran culpables de su encierro fuesen castigados, pensaba llevar a cabo su venganza sin fisuras y eliminaría a todo aquel que se interpusiese en su camino, sin contemplación alguna.

Guardó el puñal en su cinturón y miró la copa de donde Lilith había extraído la sangre que, posteriormente, había añadido a su colgante para que él obtuviese control sobre los vampiros.

Gadreel vio horrorizado cómo iba hacia ella y la observaba. Tragó saliva, nervioso, pues intuía lo que iba a hacer.

Hasta ese momento Astaroth había controlado en cierto modo a los vampiros, pues Lilith estaba presente, sin embargo, ahora, los usaría para sus fines sin piedad. Aquellas bestias no merecían su misericordia, pero tampoco debían ser usadas para un fin que era únicamente voluntad de él, para sus egocéntricos propósitos.

Astaroth cogió la copa y, sin pensarlo, bebió la sangre de Lilith mientras un fino hilo de aquella sangre resbalaba por su mejilla y caía al suelo.

Dejó caer la copa que se hizo añicos al tocar el suelo.

Astaroth extendió los brazos hacia los lados mientras sentía cómo la sangre de Lilith recorría su cuerpo, cómo el poder que ejercía sobre las bestias de la Tierra iba apareciendo en su ser.

—Ahora me obedeceréis solo a mí —gritó Astaroth alzando el cuello. Sonrió con malicia mientras bajaba su cabeza y miraba el cuerpo sin vida de Lilith—. Nadie impedirá mi propósito —rugió hacia aquel cuerpo—. ¡Nadie!

Gadreel intentó controlar su respiración y se apartó de la esquina en cuanto vio que Astaroth giraba hacia la puerta para abandonar el lugar. Se escondió tras un saliente mientras veía pasar a Astaroth por el pasillo en horizontal, con la mirada fija hacia delante, deleitándose en el placer que había sentido al ingerir la sangre de Lilith y adquirir el poder sobre las bestias.

Gadreel salió de su escondite y avanzó hasta la esquina para verlo girar en dirección a su alcoba.

Se giró y observó la estancia de Lilith. Caminó lentamente hacia allí y clavó la mirada en ella. Se giró asegurándose de que ni Astaroth ni ningún aliado suyo se acercasen y entró en los aposentos de ella.

Se agachó a su lado y palpó su cuello buscando algún rastro de pulso mientras observaba la profunda herida que tenía en el estómago de donde aún brotaba una gran cantidad de sangre.

Tragó saliva y llevó su mano hasta sus ojos para cerrarlos.

—Lo siento —susurró intentando controlar su ira antes de ponerse en pie y alejarse de allí.

11

Tocaban suelo en el aeródromo de Rozas a las cinco y cuarto de la madrugada, hora española. Había sido un viaje agotador de más de quince horas desde su partida de Chile. Por suerte, con el cambio horario habían llegado al día siguiente y, en breve, amanecería. Aunque el cielo aún estaba estrellado, en menos de media hora una fina línea en el horizonte aparecería, por lo que las posibilidades de recibir un ataque vampírico a esas horas eran escasas. Igualmente, no podían fiarse, y hasta que el sol no apareciese tras el horizonte preferían extremar las precauciones.

Desde el aeródromo de Rozas hasta su vivienda en Barxa tenían menos de una hora en coche.

Por esa misma razón, cuando Kemal había anunciado que en breve comenzarían el aterrizaje se habían puesto sus uniformes y cargado sus cinturones con todas las armas necesarias para combatir a los vampiros si hacían acto de presencia.

Las instrucciones que Aitor había dado a la Aurora Dorada era que no abandonasen la vivienda bajo ningún concepto, pues debían proteger ante todo el grimorio, eso era lo más importante.

Uno de los todoterrenos se encontraba en el aeropuerto esperándolos y otro de ellos lo había llevado el padre Santiago hasta allí. No se imaginaba al sacerdote conduciendo uno de aquellos todoterrenos tan sofisticados, pero lo había hecho porque cuando Kemal había detenido el jet en el hangar, Santiago los esperaba allí con las luces solares encendidas, tal y como le había pedido Aitor. Al menos, el sacerdote parecía tener más soltura de la que pensaban con la tecnología.

—Buenas noches, padre —pronunció Aitor abriendo la puerta del conductor—. Miguel, conduce tú —ordenó mientras el sacerdote se movía al asiento del copiloto—. Lucas, conduce el otro —ordenó mientras señalaba el otro todoterreno. Nosotros iremos delante —indicó mientras iba al asiento del copiloto—. Padre, por favor… —le pidió. Santiago suspiró y finalmente descendió del todoterreno, aunque se dio cuenta de que observaba a Katherine intrigado—. Después haremos las presentaciones, padre —dijo acelerado—. Kemal, ven con nosotros y descansa. El resto iréis detrás nuestro en todo momento. —Miró a Lucas—. Vamos a meterle caña —recalcó.

Lucas asintió mientras se sentaba en el asiento del conductor y el resto entraban.

Marcos se sentó de copiloto mientras Víctor y Katherine iban en el

asiento del medio y Daniel en el del maletero.

Katherine no dijo nada, pero desde que los había visto cambiarse en el avión se había quedado consternada. Aquellos hombres vestían todos igual, con un uniforme negro que los protegía desde el cuello hasta los pies, unas gruesas botas y un cinturón que rodeaba sus caderas con varias armas. Era la primera vez que los veía así vestidos, y lo cierto era que, en ese momento, era cuando se había dado cuenta de verdad de que se encontraba rodeada de cazadores, pues su sola presencia imponía bastante.

Lucas arrancó siguiendo al todoterreno que conducía Miguel a todo gas por las oscuras carreteras en dirección a Monforte de Lemos.

Katherine abrió su bolso y extrajo su móvil. Lo encendió y esperó a que cogiese cobertura. Miró a Víctor y le mostró el móvil.

—¿Puedo enviar un mensaje a mi madre para informarla de que he llegado?

—Sí, claro —respondió sin darle mucha importancia.

Katherine buscó en su agenda el móvil de su madre y comenzó a teclear. En ese momento era la una y poco de la madrugada en Chile y, seguramente, su madre estaría dormida. Le enviaría un mensaje y cuando fuese una hora prudente la llamaría para informarla de que el viaje había ido muy bien.

La voz que llegó a través del manos libres del todoterreno le hizo elevar la vista de la pantalla unos segundos.

—He hablado con Valeria… —escuchó una voz.

Miró hacia delante identificando la voz de Aitor que iba en el todoterreno a la cabeza.

—¿Qué dice? —preguntó Marcos en el asiento del copiloto.

—Lo tienen, tienen el hechizo para atrapar a Astaroth —pronunció emocionado.

Marcos se giró hacia el resto que lo miraban sorprendidos.

—Guauuu… —dijo Marcos—, vamos a tener que dejar más a la Aurora Dorada que investigue —bromeó.

Katherine iba elevando la mirada de la pantalla para observarlos, intrigada.

—Eso parece —continuó Aitor con la broma—. Anael ha ido a hablar con el arcángel Miguel…

—¿Para qué? —preguntó Víctor—. ¿No teníamos ya permiso para intervenir en el infierno?

—No es por eso —respondió Aitor a través del manos libres—. Es por el hechizo para capturar a Astaroth. Por lo que dice Anael, para realizar correctamente el hechizo es necesario el grimorio, dado que está impregnado de magia y potencia más el hechizo, pero hay unas runas específicas que se usaron para protegerse mientras se realizaba y que no están en el grimorio. Intentará informarse sobre ello.

—Estupendo —respondió Lucas—. Espero que esta vez nos puedan ayudar más.

Katherine miró hacia delante.

—Los ángeles respetan mucho el libre albedrío de las personas… excepto si te mueves entre planos, claro —ironizó. Víctor sonrió divertido ante su ocurrencia mientras observaba cómo Katherine acababa de teclear y volvía a guardar el móvil en el bolso—. ¿Adónde nos dirigimos?

—A nuestra casa —contestó Lucas que conducía—. Estamos en Lugo, pertenece a Galicia, una comunidad autónoma de España. Se trata de una aldea con muy pocos habitantes. Se llama Barxa. Vivimos ahí.

Ella asintió.

—¿Cuántos habitantes viven?

Esta vez respondió Víctor.

—En la aldea vive Elena, la novia de Miguel, es nuestra vecina, dos hombres mayores más, aunque al otro lado, y nosotros. —Se encogió de hombros—. Aunque con esos hombres no hemos intercambiado muchas palabras.

—A duras penas unos saludos —intervino Daniel desde atrás—. Es mejor así, cuanto más desapercibidos pasemos, mejor. Mi novia, Valeria, vive con nosotros.

—Y Nerea, la novia de Aitor —siguió explicando Víctor—, tiene un piso en Monforte, pero prácticamente vive con nosotros también.

Ella asintió.

—¿Y yo? ¿Dónde voy a vivir? —preguntó intrigada.

—Supongo que hasta que se solucione el tema del anillo y el infierno lo mejor es que estés con nosotros —continuó Daniel desde atrás—, por tu protección. Luego supongo que podrás buscarte un piso, podemos ayudarte.

—Claro —respondió ella no muy segura, nadie le había dicho que debería vivir con ellos en un principio.

Víctor se dio cuenta de que no parecía de acuerdo con lo que le decían, la muchacha valoraba bastante su intimidad.

—No te preocupes, somos todos bastante recelosos con nuestra intimidad —indicó Víctor.

—¿Tenéis una habitación para mí? —preguntó interesada.

Víctor miró de reojo a Daniel.

—Ya apañaremos algo, no te preocupes —respondió Daniel desde atrás.

—Podemos montar una habitación en la oficina, o en el gimnasio… —continuó Marcos desde delante.

—Puedes usar mi habitación si lo necesitas —intervino Víctor.

Ella los miraba a todos confundida.

—O podemos enviar a Miguel a la casita de Elena —rio Lucas mientras giraba una curva a bastante velocidad, lo que hizo que todos se inclinasen hacia un lado—. Seguro que estará encantado.

Katherine miró a Víctor.

—¿Cuándo comenzaré en mi nuevo trabajo? —preguntó interesada.

Víctor negó con la cabeza.

—No lo sé. Supongo que primero deberíamos solucionar todo este lío del anillo y del infierno —remarcó aquella última palabra—. Pero no te preocupes, el trabajo lo tienes asegurado —dijo intentando calmarla. Ella apretó los labios y asintió—. De todas formas, si necesitas dinero para enviarle a tu madre nosotros podemos dártelo sin problema. También es un trabajo lo que vas a hacer con nosotros… tendremos que pagártelo, ¿no? —sugirió.

Katherine suspiró y asintió mientras se giraba para observar a través de la ventana. En el horizonte comenzaba a aparecer una fina línea anaranjada indicando que comenzaba un nuevo día.

Víctor se acercó a ella.

—Ya no hay peligro —explicó en un susurro, como si quisiese mantener una conversación privada con ella, aunque sabía que eso era imposible—. Los vampiros solo atacan por la noche. La luz del sol los convierte en cenizas.

Ella lo miró confundida ante aquel dato y enarcó una ceja en su dirección.

—Entonces, ¿lo que explican las leyendas sobre ellos es cierto?

—Algunas cosas sí, otras no… —continuó explicando Víctor—. No puede tocarles la luz del sol o se convierten en cenizas, si no es así, la única forma de matarlos es cortarles la cabeza o atravesar su corazón con una…

—¿Estaca? —preguntó intrigada.

Víctor hizo un gesto de no estar muy seguro.

—Si atraviesas su corazón ya está, pero es mejor hacerlo con una daga de plata —explicó—. Nosotros siempre luchamos contra ellos con unas dagas recubiertas de plata, los debilita.

—¿Y el ajo? —preguntó—. ¿Es cierto?

—Les causa una alergia, un sarpullido, pero no los mata. Respecto a las cruces… nada —Se encogió de hombros—. No tienen problema alguno con ellas.

—Interesante —comentó pensativa—. Y… trabajan para Lilith, ¿no? —preguntó interesada.

Víctor asintió.

—Para Lilith y para Astaroth —respondió Víctor.

Tras cuarenta minutos más de viaje tomaron el desvío que se metía en la pequeña aldea de Barxa. Katherine miraba todo muy

interesada.

La puerta del garaje subterráneo se abrió con el mando a distancia y siguieron al primer todoterreno hasta introducirse en un gran subterráneo, aun así, atisbó a ver la vivienda antes de descender.

El subterráneo era enorme. Lucas aparcó el vehículo al lado del primero mientras la puerta del garaje se cerraba.

—Hogar, dulce hogar —susurró Daniel mientras descendía del todoterreno por la puerta trasera.

Katherine bajó del vehículo cuando varias personas más entraron en el garaje. Una de ellas era una muchacha que corrió hacia Daniel y se fundió en un apasionado beso con él, sin importarle estar rodeados de más gente.

Víctor se situó a su lado y resopló.

—Por Dios… —susurró—, ¿no podéis esperar a estar a solas? —ironizó mientras se giraba para abrir la puerta del todoterreno.

Daniel le sonrió divertido y miró a Katherine. Cogió a Valeria de su mano y la acercó.

—Valeria, te presento a Katherine, la viajera.

Valeria estrechó la mano de Katherine con una sonrisa.

—Soy Katherine, pero puedes llamarme Kata, por favor.

—Encantada de conocerte, Kata.

Daniel pasó un brazo por encima del hombro de Valeria, atrayéndola hacia él, y miró a Katherine.

—Pertenece a la Aurora Dorada, domina el arte de la magia ancestral…

—Bueno, más o menos —contestó Valeria con timidez.

—Hay varios miembros de la Aurora Dorada que nos ayudan —explicó Víctor sacando un par de maletas—. Supongo que también te ayudarán a ti con el tema del viaje al infierno —aventuró.

Valeria sonrió a Katherine.

—¿Te apetece un café? —preguntó—. Así podemos comenzar a trabajar en lo que necesites. No hay tiempo que perder.

Katherine miró de reojo a Víctor que bajaba una de sus maletas. Víctor la miró y sonrió.

—No te preocupes, nosotros nos encargamos del equipaje y de tus cajas —se ofreció.

Aitor se acercó y miró a Valeria.

—Nos ayudará, pero para el descenso a los infiernos necesita algo maldito… —explicó a Valeria—. ¿Tenéis algo de esas características guardado por ahí? —acabó bromeando.

Katherine los miró a todos. Desde luego, no perdían el tiempo.

Valeria cogió la mano de Katherine y le sonrió.

—Veremos qué podemos conseguir. Acompáñame, te presentaré a los miembros de la Aurora Dorada —dijo tirando de ella.

Katherine se giró para observar a Víctor sacar un par de cajas y coincidió la mirada con él antes de cruzar una puerta y comenzar a subir unas escaleras.

Víctor suspiró y se giró hacia delante para sacar otras maletas, aunque puso su espalda recta cuando se encontró la ceja enarcada de Miguel.

—¿Suspiras? —preguntó con ironía.

Víctor puso los ojos en blanco y lo ignoró. Últimamente había tomado aquella costumbre con su compañero. Era mejor eso a seguirle la corriente, pues sabía que Miguel no se cortaría un pelo en sus respuestas.

Se giró hacia Aitor.

—Kata está preocupada por el trabajo y por poder ayudar a su madre económicamente —comentó a su jefe.

Aitor comprendió y se cruzó de brazos.

—Llamaré a Nerea para que se pase por aquí antes de ir al trabajo, así la conoce.

Víctor asintió.

—Así se quedará tranquila —dijo mientras sacaba la cuarta caja y la depositaba en el suelo—. Bueno, ¿dónde se va a instalar? Supongo que querrás que se quede aquí hasta que se solucione el problema de los vampiros.

Aitor asintió.

—Supones bien. Podemos hacerle una habitación en el comedor o bien en la oficina…

—Hemos pensado —interrumpió Víctor—, que quizá podría ocupar la habitación de Miguel y que él se vaya con Elena hasta que se solucione esto. Total, es nuestra vecina y…

—Me gusta la idea —apuntó Miguel elevando su mano, secundando la propuesta, pero Aitor negó con su cabeza—. ¿Por qué no? Déjame ser feliz, jefe.

Aitor enarcó una ceja en su dirección.

—Las cosas se pueden complicar mucho con ella aquí. Ya sabéis lo que puede pasar si las noticias llegan hasta Astaroth, irán a por ella…

—Está aquí al lado —se quejó Miguel.

—Prefiero que estemos todos aquí, además, Miguel… si Elena está siempre aquí —extendió los brazos hacia él.

—Prefiero estar en su casa, hay más intimidad —respondió sin problema.

Marcos pasó por su lado con gesto divertido.

—Las habitaciones son insonorizadas —le recordó a su compañero.

—¿Y qué? —respondió Miguel—. Es la solución perfecta.

Aitor sonrió gracioso.

—Miguel, tú sabes que eso no puede ser… —Miguel suspiró. Aitor miró a Víctor—. Que decida Kata dónde quiere instalarse y nosotros nos encargamos de todo.

Víctor asintió mientras cerraba la puerta del todoterreno.

—Dejaré sus cajas aquí abajo.

Aitor asintió y cogió su maleta.

—Bien, dejamos las maletas, una ducha rápida y nos reunimos para elaborar un plan —ordenó mientras arrastraba su maleta hacia las escaleras—. En una hora en la oficina de la planta alta.

Víctor depositó las cajas de Katherine en un lateral y subió las escaleras rumbo a la primera planta con la maleta en su mano.

Katherine se había reunido junto a Valeria en la barra que separaba el comedor de la cocina, donde estaban sirviendo un café y presentándole al resto de los miembros de la Aurora Dorada que se encontraban allí, es decir, Efrem, Jake y Liú, pues a Kemal ya lo conocía del viaje en jet y Valeria ya se había presentado en el subterráneo.

Víctor se quedó paralizado en el pasillo, observándola. Realmente era una chica preciosa, con solo mirarla los latidos de su corazón se disparaban. Anael tenía razón, aquella muchacha iba a llamar su atención.

Resopló ante aquel pensamiento llamando la atención de Valeria que lo miró sorprendida.

—Víctor —dijo ella provocando que todos se girasen hacia él—, ¿necesitas algo? ¿Venís con nosotros?

Menuda pillada.

Víctor sonrió molesto porque le hubiesen descubierto.

—Vamos a darnos una ducha y hemos quedado en una hora en la planta de arriba, en la oficina —explicó. Miró a Katherine—. Voy a darme una ducha, ¿te apetece ducharte? —preguntó hacia ella. Todos arquearon una ceja al escuchar la pregunta, incluso Katherine lo miró confundida—. No digo conmigo… mmm… —continuó un poco más nervioso al darse cuenta de que aquello iba de mal en peor—, es por si te apetecía una ducha… que supieses que yo voy a ducharme… —Suspiró, sí cada vez iba subiendo más el pan—, que puedo esperar yo si te apetece a ti darte una ducha antes —acabó como pudo, cerrando los ojos.

Katherine le sonrió y asintió.

—Me apetece una ducha. Si eso, cuando acabes, avísame —le pidió.

Él asintió desesperado.

—Claro —dijo abriendo la puerta de su dormitorio—. Te aviso, te… aviso, ¿vale? —acabó diciendo antes de cerrar la puerta tras él.

Cerró los ojos, soltó su maleta y resopló. Maldita boca la suya. Qué forma más tonta de hacer el ridículo. Y sin ayuda de nadie, él solo se había metido en aquel jardín.

12

Víctor acabó de tomarse el café junto a Miguel, Lucas y Daniel y se dirigió a su habitación a coger el móvil que había dejado cargando. Por suerte, todos habían dormido algunas horas durante el trayecto y estaban descansados para afrontar el nuevo día.

Abrió la puerta de su habitación y fue hacia la mesita al lado de su cama para coger el móvil.

—Cargado —susurró al ver el porcentaje de carga de batería en el móvil.

Se puso totalmente firme y miró totalmente asombrado hacia la puerta que comunicaba con el aseo de su habitación.

Katherine salía de esta con su albornoz color azul marino puesto y una toalla secándose la cara, sin ver que ante ella se encontraba Víctor. Iba entonando una canción.

Víctor dio un paso atrás y carraspeó sin saber qué otra cosa hacer.

Katherine se quitó la toalla de la cara y miró asombrada a Víctor, al que no esperaba encontrar allí. Dio un brinco y directamente se aseguró de que llevaba el albornoz bien atado.

—Perdona —dijo Víctor directamente dando un paso hacia la puerta—. No sabía que estabas aquí.

Ella tragó saliva, avergonzada.

—Me dijiste que podía usar tu ducha cuando…

—Sí, sí… es que no sabía que estabas… perdona —comentó de nuevo dirigiéndose a la puerta—. Te esperamos arriba.

Cerró tras él y resopló.

—Joder —susurró con el corazón acelerado. Elevó la mirada para encontrarse con la mirada intrigada de Miguel esperándolo al inicio de las escaleras. Volvió a resoplar y se dirigió hacia su compañero—. ¿Qué? —preguntó amenazante. Como se le ocurriese insinuar algo en ese momento le golpearía.

—Nada —respondió colocando sus manos ante él como si se defendiese.

—Mejor —respondió Víctor pasando por su lado, subiendo los primeros escalones.

Todos se encontraban en la planta superior, en la oficina, reunidos y preparados para intercambiar la información necesaria. Valeria, junto a la Aurora Dorada, habían pasado aquella última hora hablando con diferentes personas de alto grado de la organización secreta, intentando averiguar qué emplear para garantizar el viaje de Katherine a los infiernos y el mejor lugar para realizarlo.

—Hola —comentó de mala gana Víctor entrando en la oficina, dirigiéndose a su mesa.

Aitor lo miró extrañado, pero no dijo nada al respecto.

Lo cierto era que aquellos sentimientos que comenzaba a experimentar en tan poco tiempo le molestaban. Siempre se había mantenido al margen de las relaciones amorosas, sin embargo, desde que había conocido a Katherine hacía tres días no dejaba de pensar en ella. Sí, la chica le había entrado por los ojos desde un primer momento. Sus enormes ojos, aquellos labios carnosos, su cuerpo… era una belleza, y aquello podía interferir en su misión, si es que no lo estaba haciendo ya.

Se sentó y se pasó la mano por los ojos, angustiado.

—¿Dónde está Kata? —preguntó Aitor mirando hacia la puerta, como si esperase a que entrase en cualquier momento.

Víctor chasqueó la lengua.

—Ahora viene, se estaba duchando —respondió mientras seguía frotándose los ojos.

Aitor asintió y se apoyó de pie contra la mesa.

—Preferiría esperarla para que…

—Perdón, ya estoy aquí —pronunció Katherine entrando por la puerta.

Llevaba el cabello mojado, algunos mechones se habían enganchado a su rostro. Se había puesto unos tejanos azul claro y una camiseta de manga larga azul oscuro.

Víctor apartó la mirada de ella. ¿Por qué le atraía tanto?

—Toma asiento dónde quieras —prosiguió Aitor.

Ella miró alrededor y encontró a Valeria instándola a que se sentase en la silla que había a su lado. Fue hacia allí y se sentó junto a ella. Parecía que las dos muchachas habían congeniado bien.

—De acuerdo, pues ya estamos todos… —dijo Aitor cruzándose de brazos, luego miró a Valeria—. ¿Habéis averiguado algo?

Valeria asintió.

—Sí, tal y como hemos hablado antes —señaló a Katherine—, para que le sea sencillo descender a los infiernos es mejor tener un objeto maldito y que el lugar sea propicio para eso. He estado hablando con otros compañeros —comenzó a explicar—. Los únicos objetos malditos que tenemos en nuestro poder son una muñeca de vudú de África y símbolos paganos como el pentáculo, algo que vosotros también tenéis… no sé si con eso sería suficiente —acabó mirando a Katherine.

Ella chasqueó la lengua.

—Podría descender sin objeto, pero me sería más difícil sin un nexo de unión… —Se encogió de hombros—, es posible que sí me sirvan.

—Si no, lo que hemos pensado… —continuó Liú interrumpiéndola—, es que podríamos coger tierra maldita.

Katherine se giró hacia atrás donde Liú se encontraba sentado al lado de Kemal que no dejaba de bostezar una vez tras otra.

—¿Tierra maldita? ¿Te refieres a tierra del infierno?

Liú negó.

—No, no es tierra del infierno, pero existe un pueblo singular que se encuentra maldito, excomulgado de la iglesia y de Dios. —Todos lo miraron confundidos, sin saber a qué se refería—. Quizá podríamos coger esa tierra que ha sido maldecida por la iglesia, la representación de Dios en la Tierra, y hacer un pequeño manto sobre el que tumbarte. Tendrías todo el cuerpo en contacto con algo que está maldito, al menos, en lo que respecta a la iglesia y a Dios en la Tierra.

Katherine asintió.

—Parece buena idea —reconoció ella.

—¿Dónde está ese lugar? —preguntó Aitor interesado.

—En Zaragoza, el pueblo se llama Trasmoz. Se trata del único pueblo en el mundo excomulgado y catalogado como maldito por la Iglesia católica —continuó Valeria—. Sería tierra maldita, ¿no? —preguntó mirando a sus compañeros.

Marcos miró sorprendido a Valeria.

—¿Y cómo es que la iglesia lo excomulgó? ¿Qué hizo?

Valeria se encogió de hombros.

—Por lo que se dice, según los escritos del siglo trece, en el 1255, el abad del Monasterio Veruela, Andrés de Tudela, castigó a los habitantes de esa población por un enfrentamiento entre ellos por la leña… por lo visto la situación se volvió insostenible y el clérigo optó por tomar la decisión.

—Menuda tuvieron que liar, ¿no? —ironizó Miguel.

—Pues la decisión de excomulgarlo se agravó cuando tres siglos después el señor de Trasmoz, Don Pedro Manuel Ximénez de Urrea, mantuvo un enfrentamiento con el abad del Monasterio, esta vez por culpa del agua. Por lo visto, el curso del agua atravesaba zonas del convento, por lo que los clérigos de Veruela decidieron desviar el curso natural del agua y evitar que llegase a las familias del pueblo.

—Qué majo el abad, ¿no? —ironizó Víctor sentado al lado de Liú.

Valeria se giró hacia él.

—El conflicto llegó incluso a las Cortes de Aragón que dictaron una sentencia a favor de los vecinos de Trasmoz, algo que no fue aceptado por el abad ni por los clérigos que acabaron por maldecir al pueblo para siempre. Total —siguió Valeria encogiéndose de hombros—, que solo el Papa de Roma podría revocar esa decisión y eliminar la condición de maldita a esa pequeña localidad, algo que todavía no ha hecho.

—¿Es un pueblo importante? —preguntó Víctor interesado por la historia.

—No es muy grande, apenas viven noventa personas, pero es muy visitado por turistas, dada su historia, además, está también ligado a la historia de la brujería, aquelarres… —le explicó Valeria, se giró hacia Katherine—. ¿Crees que servirá? Es un pueblo maldecido por la representación de Dios en la Tierra.

Katherine asintió.

—Sí, creo que sí —respondió pensativa—. Podríamos extender una capa sobre la tierra y tumbarme sobre ella.

Aitor asintió.

—Estupendo. En cuanto al lugar donde realizar la incursión… —señaló a Valeria—. ¿tenéis en mente algún lugar?

Liú intervino esta vez.

—Eso es lo más importante: el lugar donde se realice. Lo que hace Katherine no deja de ser abrir un portal hacia otro mundo… —explicó este—, el problema es que se requiere de mucha fuerza y energía para abrirlo.

—Entiendo —intervino Aitor.

—Hay un lugar en Escocia en el que se dice que ya se abrió un portal al infierno —explicó Liú.

—Ah, ¿sí? —preguntó Lucas intrigado—. ¿Dónde?

Valeria intervino de nuevo.

—La casa Boleskine.

Víctor se giró hacia ella.

—No me suena.

—Esa casa la compró en 1899 Aleister Crowley porque justamente decían que era un lugar encantado donde hubo un enfrentamiento durante el siglo diecisiete entre un mago, un sacerdote y una multitud de muertos vivientes. Supongo que el nombre de Aleister Crowley os suena…

—Claro, el fundador de la secta Thelema, los culpables de liberar a Astaroth —recordó—. El lugar promete —bromeó Miguel.

Valeria continuó explicando.

—Está al lado del Lago Ness y se encuentra en ruinas. —Miró a Liú para reafirmar la información que iba dando—. Por lo que se dice, y esto está corroborado por nuestros documentos secretos… —Aquellas palabras se llevaron las miradas intrigadas de todos—, Aleister Crowley podía abrir fisuras en la realidad con el dominio de su magia negra y crear portales para traer cosas o seres. De hecho, trajo a varios seres como Aiwass o Lam…

—¿Era también un viajero? —preguntó Aitor interesado.

—No, no… —lo cortó Valeria—, pero dominaba a la perfección la magia negra. Se llamaba a sí mismo *La bestia 666*. De hecho, se dice

que el primer portal lo abrió en Nueva York, en un hotel cerca de Central Park, otros portales se abrieron en Egipto y en Escocia, e incluso en su propia casa. De hecho, estos rituales se hicieron durante mucho tiempo intentando invocar y traer a través de diversos portales a entidades de otros mundos o realidades, incluso al anticristo.

—Menudo loco —susurró Víctor desde atrás.

—De enero a marzo de 1918, Aleister Crowley, junto a sus seguidores, realizaron los llamados *Trabajos de Amalantrah*…

—¿Trabajos? —preguntó Marcos.

—Hacían rituales de orgías, sacrificios humanos y apertura de portales. Incluso está registrado otro trabajo por parte de ellos llamado *Babalón* para traer a través de un portal al anticristo —explicó.

Aitor la señaló.

—¿Sugieres entonces hacer la incursión en el infierno desde uno de estos lugares?

—Sí —respondió ella—. Aún debe quedar energía residual de esos portales, por lo que sería mucho más fácil para ella —explicó girando su cuello hacia Katherine.

Katherine asintió.

—Es posible —reconoció pensativa—, moverse por nuestra realidad es sencillo, pero cuando debo moverme en otro plano me es más difícil. Aunque vosotros no lo veáis, no deja de ser abrir un portal a otra realidad —corroboró ella.

—Además, ¿por qué creéis que existen las casas encantadas? —ironizó Liú—. Cuando se abre un portal tarda en cerrarse, y no hablamos de un día o dos. Puede tardar años en volver a reconstruirse la tela que separa los dos mundos, de ahí que muchas veces existan poltergeist, psicofonías, etc… si teníais pensado hacer la incursión al infierno desde aquí, no os lo recomiendo —acabó bromeando.

Aitor se quedó unos segundos en silencio, pensativo.

—Está bien… ¿qué lugar sugerís?

Valeria, Liú, Kemal, Efrem y Jake se miraron entre sí como si barajasen las opciones.

—Yo optaría por Escocia, en su hogar, Boleskine. Según lo que dicen abrieron varios portales allí —explicó Efrem.

—Está bien —comentó Aitor cruzándose de brazos.

—Y otra cosa muy importante —intervino Liú de nuevo—. El lugar es importante, pero también el momento. —Miró de reojo a Valeria—. En breve será el día de todos los Santos, el uno de noviembre, creo que sería la fecha apropiada para hacerlo. Facilitaría mucho la entrada y salida de Kata, pues el velo que separa las realidades, en esas fechas, es mucho más fino. Si no podríamos intentarlo cualquier día de luna llena.

Aitor miró el calendario que tenía sobre la mesa.

—Para el Día de Todos los Santos quedan tres días —puntualizó.

—Sí, pero creo que merece la pena intentarlo en esa fecha —remarcó Valeria—. Puesto que vamos a tener que hacerlo al aire libre, ya que de la casa solo quedan unos pocos muros, y por la noche, nos iría bien contar con unos días para hacer un hechizo de invisibilidad en la zona y que no nos molesten los vampiros, así que deberíais salir mañana mismo para allí.

—Eso estaría bien —remarcó Marcos señalándola.

—Haríamos lo mismo que hemos hecho con esta casa y así evitaríamos que los vampiros pudiesen encontrarnos. Pasaríamos desapercibidos —explicó Liú.

Valeria continuó.

—El hechizo de invisibilidad debe aplicarse a algún objeto o lugar, por lo que podríamos realizarlo en el lugar donde fuésemos a realizar la incursión al infierno.

—Está bien —remarcó Aitor—, así que debemos conseguir la tierra maldita y luego desplazarnos a Escocia para realizar la incursión el día uno de noviembre…

—A media noche —interrumpió Valeria.

—El descenso al infierno —acabó Aitor. Miró a todos sus compañeros—. Bien, ¿alguna pregunta?

Víctor miró la espalda tensa de Valeria, aunque intentaba aparentar normalidad se notaba que estaba nerviosa.

—Yo… —dijo alzando su mano como si pidiese permiso. Aitor lo señaló—. Estamos hablando de cómo conseguir una incursión más fácil de Kata en el infierno, pero… una vez ella esté allí, ¿cómo encontrará el anillo? Supongo que el infierno debe de ser enorme. —Se encogió de hombros—. Nada de esto servirá si no sabe dónde encontrarlo —Katherine apretó los labios y se giró hacia él—. ¿Y si los demonios se dan cuenta de que ella está allí? —Situó una mano en su hombro—. Sé que es una pregunta absurda, pero… ¿pueden hacerte daño?

Katherine inspiró con fuerza.

Ella asintió.

—Nunca he descendido a los infiernos, pero supongo que el lugar será enorme… —Tragó saliva—, puede que Anael o alguien nos pueda indicar dónde debo buscar. Respecto a hacerme daño… —Chasqueó la lengua y se encogió de hombros, cohibida—, nunca lo he experimentado, pero supongo que sí, pues la sensación es como si estuviese en cuerpo allí. Sé que… puedo quedarme atrapada si me pierdo, por eso necesito la ayahuasca para volver, ella me indica el camino.

Víctor miró a Aitor.

—Es peligroso… y la mandamos sola —dijo preocupado—, a un lugar plagado de demonios y donde será considerada un enemigo.

Aitor inspiró lentamente y miró a Katherine nervioso.

—Sí, tienes razón —dijo a Víctor—, pero nosotros no podemos descender —le recordó.

—Ya, pero quizá podríamos encontrar algún hechizo o…

Víctor se quedó callado cuando escucharon sonar el timbre de la puerta.

—Debe de ser Nerea… —comentó Aitor dirigiéndose a la puerta para bajar a la planta baja—, ahora vengo.

Katherine se giró hacia Valeria.

—¿Nerea es la novia de Aitor? —Se giró más y miró a Víctor—. ¿La que me va a contratar?

Víctor asintió. Automáticamente, pudo ver cómo Katherine se llevaba la mano al cabello asegurándose de que estaba bien y se colocaba la camiseta correctamente.

—No te preocupes, estás contratada —bromeó él, luego adoptó una postura más seria—. Respecto a lo que estoy diciendo, Kata… —susurró él acercándose—, creo que es demasiado arriesgado.

Ella lo miró seriamente y le sonrió con ternura.

—Lo sé —dijo ella en el mismo tono—, pero si no lo hago…

Todos se quedaron en silencio al escuchar una voz masculina en la planta baja. Esa voz no era de Nerea.

—¿Se puede saber qué hacéis? —preguntó un hombre entrando directamente en la vivienda, sin esperar invitación por parte de Aitor —. ¡No he recibido ni un solo informe desde hace meses!

La división se miró entre sí, incluso Víctor abrió los ojos al máximo y miró a Marcos que estaba cerca de él.

—¿Paco? —preguntó sorprendido.

—Hemos estado… muy ocupados —escucharon la voz de Aitor.

—¿Con qué? —preguntó Paco con un tono de voz grave.

Aitor resopló y se pasó la mano por el cabello, agobiado mientras buscaba la forma más simple de explicarle lo que habían hecho.

—¿Quién es Paco? —preguntó Katherine preocupada.

—Nuestro superior —explicó Víctor y chasqueó la lengua—. Los cazadores no tenemos competencia en materia espiritual ni cosas así. Nos prohibió interferir.

Aitor había hablado en diversas ocasiones con Paco solicitando que le autorizase y le diese competencias para interferir en el tema de las posesiones y ayudar así al padre Santiago, pero Paco no había accedido. Por lo que a ellos respectaba, las posesiones y temas espirituales eran competencia de la Iglesia, no del CNI, y menos aún de los cazadores. Ellos se encargaban exclusivamente de lo que llamaban agentes biológicos, es decir: vampiros, hombres lobo, brujas,

cambiaformas, etc.

Aitor le había solicitado autorización por activa y por pasiva, incluso le había explicado que los vampiros estaban de por medio, pero eso no era suficiente para concederles aquella competencia. La decisión de la división había sido firme desde un primer momento, actuarían sin la autorización del CNI y ayudarían a Santiago y a la Aurora Dorada a luchar contra las posesiones y los ángeles caídos que intentaban abrir las puertas del infierno. No podían quedarse de brazos cruzados y permitir que aquello ocurriese, aunque para eso tuviesen que actuar en las sombras.

—¿Dónde está el resto de la división? —preguntó Paco mirando de un lado a otro.

—Estamos reunidos —señaló hacia arriba.

Todos escucharon cómo subían los escalones. Efrem, Kemal, Valeria, Liú y Jake se pusieron en pie.

—¿Nos escondemos? —preguntó Jake mirando de un lado a otro, pues sabía lo que ocurría.

Víctor suspiró y cerró los ojos justo cuando Paco entró directamente en la oficina, aunque este se quedó paralizado bajo el marco de la puerta, pues no esperaba a tanta gente allí. Aquello podía complicarse… y mucho.

Paco entró en la oficina lentamente, observando a los nuevos que no reconocía.

Hacía más de un año de la última vez que lo habían visto en persona y el tiempo no jugaba a su favor, dado que había engordado bastante y llevaba una barba de tres días que no favorecía su aspecto.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó mirando a todos.

Aitor miró a sus compañeros.

—Ellos… —señaló a los nuevos—, nos están ayudando.

Paco miró a los nuevos y luego observó a Aitor de la cabeza a los pies. El resto de la división permanecía en silencio, sabían que en ese momento se estaban jugando que les abriesen un expediente disciplinario por desobedecer y aquello podía conllevar que los expulsasen de la división.

—¿A qué? —preguntó de los nervios. Se cruzó de brazos y miró fijamente a Aitor—. Llevo más de un mes sin ningún reporte por vuestra parte. Os llamo y no cogéis el teléfono… ¿se puede saber qué estáis haciendo? —preguntó elevando más su tono.

Desde luego, debía de estar muy enfurecido y preocupado para que el jefe de la división se presentase allí en persona.

—Las cosas se han complicado más de la cuenta —comentó Aitor.

—¿Qué cosas?

Aitor miró a sus compañeros unos segundos y finalmente suspiró.

—Con el tema de las posesiones que te comenté.

Paco dio un paso hacia atrás.

—¿Aún seguís con eso? —preguntó elevando su tono—. Eso compete a la Iglesia, ¡no al CNI! Por Dios… ¿os habéis vuelto locos? ¡Estáis invadiendo competencias que no son nuestras!

Aitor llevó una mano hacia delante.

—Te dije que los vampiros están de por medio… —le recordó—, y un hechicero supremo, lo que es más o menos como una bruja.

Paco situó sus manos por delante e intentó calmarse, aunque no pudo controlar su voz.

—Sí, recuerdo que me lo comentaste, pero lo consulté con el consejo y se negaron. Tiene una raíz espiritual… no podemos meternos en eso… y menos aún invadir competencias para las que no hemos sido autorizados. ¿Os imagináis qué pasaría si la Iglesia se entera de que estamos interfiriendo?

—Oh, vamos… Paco… —se quejó Miguel—, fue un sacerdote quien nos pidió ayuda.

Paco lo miró fijamente, enfadado por su respuesta, lo que provocó que Miguel cerrase la boca ante la mirada inquisidora de Aitor.

—Está bien, déjanos que te lo expliquemos todo…

—¡Por supuesto que me lo vais a explicar todo! ¡Ya estáis tardando!

Aitor apretó los labios, cuando Paco se ponía de esa forma le daban ganas de golpearle para que entrase en razón, pues parecía cerrado en banda desde un principio.

—Ellos —señaló al grupo de nuevos—, son parte de la Aurora Dorada, ¿te suenan?

—Claro que me suenan, trabajan para la Iglesia —confirmó.

—Ahora trabajamos juntos —explicó Aitor—. Una secta demoníaca llamada Thelema se hizo con uno de los recipientes en el que el rey Salomón había encerrado a Astaroth, un serafín del trono de Dios…

—El único ángel capaz de matar a otros ángeles y abrir las puertas del infierno —intervino Víctor para matizar la información.

Aitor asintió ante lo que decía su compañero y continuó.

—Astaroth fue liberado y, ahora, amenaza con abrir las puertas del infierno para escapar de él e iniciar una guerra contra todos los ángeles y contra Dios, ¿y sabes quién estará en medio de esta guerra si no la evitamos? Los humanos —explicó mientras Paco daba golpecitos de impaciencia con su pie en el suelo—. Si las puertas del infierno se abren todos estaremos en grave peligro, la Tierra tal y como la conocemos desaparecerá.

—Tonterías… —susurró Paco con un movimiento de mano—. Eso son meras conjeturas bíblicas sin ninguna base cierta.

—Es cierto —corroboró Lucas—. Nosotros lo hemos visto.

—Nuestra intención es volver a encerrar a Astaroth en un recipiente antes de que pueda abrir las puertas del infierno, para eso necesitamos dos objetos sagrados: el grimorio del rey Salomón y el anillo de este —explicó.

—¿Jugáis a Indiana Jones? —se quejó Paco totalmente asombrado.

—No es un juego, Paco —sentenció Aitor esta vez con un tono de voz más rudo—. Tenemos el grimorio del rey Salomón —dijo lentamente—, y ahora vamos a conseguir el anillo. Encerraremos a Astaroth de nuevo, tanto con tu permiso como sin él —pronunció mirándolo fijamente—. Aquí hay algo más importante que tus órdenes… —continuó seriamente—, y es que el mundo siga como hasta ahora.

—Trabajáis para el CNI —le recordó—. Tú trabajas para la división DAE —lo señaló.

—Sí —confirmó Aitor—, y nuestra misión es proteger al mundo —respondió—. Si Astaroth logra abrir las puertas del infierno entraremos en una batalla que repercutirá en todo el mundo entre seres muy superiores a nosotros, ¿lo entiendes, Paco? —Inspiró con fuerza—. De hecho, Lilith, la madre de las bestias, y Astaroth se han aliado y envían a los vampiros para acabar con nosotros. Dime, ¿debemos permanecer impasibles simplemente porque tú no tengas los suficientes cojones para hacer entender a la comisión del CNI que este es un tema realmente importante, aunque no sea de nuestra competencia? —acabó gritando.

Paco puso su espalda erguida al escuchar aquellas palabras mientras el resto de la división cerraban los ojos angustiados. Sin duda, esa conversación no iba a acabar bien.

—Esto no puede seguir así —declaró Paco.

—El problema es que si no actuamos todos juntos y nos unimos —señaló a la Aurora Dorada—, todo desaparecerá. —Dio unos pasos hacia él—. Sé que durante veinte años fuiste el jefe de una división, que lidiaste con vampiros, hombres lobos y brujas… ahora, imagínate el poder que tiene un ángel caído, un serafín del trono de Dios, cabreado y con ganas de venganza… y piensa en cómo puede afectar al mundo.

Paco puso su espalda erguida y miró a todos lentamente, luego miró a Aitor, sin duda no le había gustado nada el tono que había empleado con él, pero menos aún que hubiesen desobedecido sus órdenes.

—Quedáis relegados de vuestro puesto —sentenció Paco.

—Joder, Paco —se quejó Víctor que no pudo contenerse.

—¡No quiero escuchar ni una palabra más! —gritó Paco de los nervios—. Habéis desobedecido las órdenes directas del CNI —dijo

con los dientes apretados mientras Aitor se removía el cabello y resoplaba—, ¡habéis invadido competencias que no son vuestras! ¡Habéis ocultado información y…!

—Pues venga, ¡el mundo a la mierda! —gritó Marcos poniéndose en pie, alterado también por cómo transcurría la conversación.

Paco lo señaló.

—¡Siéntate!

—Si nos has relegado de nuestro puesto tú ya no nos das órdenes —comentó también Víctor poniéndose en pie.

—A este paso os ganaréis un consejo de guerra —los advirtió Paco —, lo que habéis hecho es gravísimo, así que no lo empeoréis más.

—Oh, empeorarlo —ironizó Víctor—, cuando nosotros somos los únicos que estamos frenando esto —rugió.

En ese instante, Anael apareció al lado de Víctor, aunque tan enfrascados estaban todos discutiendo que ni siquiera se dieron cuenta.

—¿No te das cuenta de lo que tenemos entre manos? —insistió Aitor—. Te lo he explicado varias veces y siempre haces oídos sordos… ¡Este es el caso más importante que tendrás entre manos jamás! El mundo depende de lo que hagamos aquí y ahora.

—Eso siempre ha sido así, la Iglesia tiene esa fea costumbre… —interrumpió Paco—, siempre es el apocalipsis, siempre se acerca el fin de los tiempos… por eso mismo mantenemos las distancias con esa institución.

Anael miró a ese hombre y luego al resto de la división que se mantenía en pie discutiendo con él. Menudo campo de batalla se había vuelto la oficina.

—¡Pero esto es real! —le gritó Lucas.

—¿Sí? ¿Has visto a ese tal Astaroth? —ironizó Paco—. Habéis perdido el tiempo y habéis gastado recursos de…

—No, no… —lo cortó Aitor—, no hemos gastado nada. Todo está sufragado por la Aurora Dorada —señaló hacia sus miembros.

Anael miraba en silencio a todos hasta que se giró hacia Víctor.

—Ese es vuestro jefe directo, ¿verdad? —preguntó—. Paco —se respondió ella misma.

Víctor miró asustado al lado y dio un pequeño brinco mientras se llevaba la mano al pecho, tan metido estaba en la conversación que ni siquiera se había dado cuenta de que Anael se encontraba allí. En ese momento abrió los ojos al máximo y cogió a Anael del brazo con confianza, sin pensarlo un minuto.

—Ven aquí —le susurró a Anael de los nervios y se giró hacia Paco—. Eh, eh… Paco —le gritó para captar su atención, aunque este seguía discutiendo con el resto de la división y no lo escuchaba—. Joder, además de inútil, sordo… —susurró mientras avanzaba hacia

delante con Anael cogida del brazo, tirando de ella—. ¡Paaaco! —gritó situándose frente a él.

El grito de Víctor hizo que todos se callasen. Paco se giró hacia él, aunque directamente desvió su mirada hacia la muchacha que estaba a su lado, una muchacha joven, de extremada belleza, con las ondas rubias de su cabello bajando hasta su pecho y unos enormes ojos azules. Vestía una túnica del blanco más puro que jamás hubiese visto. Aquella muchacha tenía algo especial, una luz que emanaba de ella. Paco se quedó paralizado ante ella, sin poder pronunciar palabra alguna ante su imagen.

—¿Sabes quién es, Paco? —preguntó Víctor hecho un manojo de nervios—. ¿Lo sabes? —le gritó. Paco miró a la muchacha de la cabeza a los pies y negó, aunque estaba claro que la presencia de Anael lo había sobrecogido—. ¡Es un ángel de Dios! ¿Entiendes? ¡Un ángel! —le gritó. Paco apretó los labios y miró a la muchacha de arriba abajo mientras una tierna sonrisa inundaba los labios de ella que comprendía perfectamente lo que Víctor estaba haciendo—. Ahora ten cojones y dile a un ángel de Dios, el cual nos ha pedido ayuda, que no vamos a hacerlo. ¡Un ángel del mismísimo Dios! —repitió para que le quedase bien claro—. Venga, vaaa… díselooo.

Paco balbuceaba sin saber qué decir, pues, aunque antes jamás había visto a esa muchacha, estaba claro que Anael debía estar haciendo algo porque Paco parecía bastante nervioso.

Anael se soltó de la mano de Víctor y lo miró con gesto gracioso.

—Perdón, perdón… —susurró Víctor al soltarla—, la emoción.

Anael le sonrió quitándole importancia y miró a Paco.

—Hola, Paco —comentó lentamente, con una voz tan aterciopelada que el vello de Paco se erizó—. Soy Anael, como Víctor ha dicho, soy un ángel —explicó con toda la calma del mundo, como quien da el parte meteorológico. En ese momento, Paco miró a su espalda buscando sus alas—. Las alas las reservo para otros momentos —comentó graciosa. De nuevo adoptó una postura más seria—. Tus chicos son muy buenos en lo que hacen. Los ángeles no tenemos permiso para interferir en determinadas facetas de los humanos, por eso mismo fui enviada aquí… para guiarlos en esta misión.

—¿Enviada… aquí? —preguntó Paco con voz temblorosa.

Aitor miró divertido a Víctor por lo que este había hecho, desde luego, el comportamiento de Paco había cambiado de forma radical.

—Sí, por mi padre —explicó ella con delicadeza—. Os dio a todos el libre albedrío… —rio—, pero a veces hace falta echar una manita —acabó graciosa—. Todos me están ayudando a proteger a la humanidad del mayor peligro al que nos hemos enfrentado. —Anael los miró a todos—. Y estamos muy agradecidos por ello.

—¿Qué? —continuó Víctor aún mosqueado por las palabras de su

jefe directo—. ¿Obedecemos a Dios, nuestro creador, o qué?

Todos miraron a Paco, aunque se sorprendieron cuando vieron que su rostro cada vez estaba más pálido y un tic aparecía bajo su ojo derecho.

—Mmm… —dijo al final, pues pareció reaccionar—, un… un ángel.

—De Dios, un ángel de Dios —susurró de nuevo Víctor.

Paco se removió nervioso y dio un paso atrás, inseguro. Miró a todos los allí presentes. Los miembros de la Aurora Dorada junto a Katherine permanecían atentos a sus palabras, la división prácticamente lo rodeaba y Anael permanecía con una tierna sonrisa en sus labios, incluso divertida, como si le hiciese gracia lo que estaba ocurriendo en ese momento.

Paco carraspeó y miró a Víctor.

—Mmm… creo que… me falta información —pronunció en un tono más relajado, sin duda conmocionado por lo que la división le había revelado.

—Pues, si te sientas… —comentó Aitor señalándole una butaca—, te pondremos encantados al día de todos nuestros planes y de lo que pensamos hacer.

Paco asintió lentamente y fue hacia la butaca tembloroso mientras la división se miraba de reojo.

En ese momento, Víctor miró a Anael con una sonrisa divertida.

—Perdona —se disculpó Víctor en un susurro—, es que nos quería echar de la misión y…

Anael elevó su mano para que guardase silencio y negó con la cabeza.

—Está todo bien, Víctor —susurró, y luego hizo un gesto gracioso guiñándole el ojo, lo que provocó que varios de la división que lo vieron sonriesen divertidos—. Si no te importa, Aitor… —Se giró hacia él—, yo misma le explicaré lo ocurrido y el plan que tenemos. —Paco llegó al asiento y se desmoronó sobre él, su mirada volaba de uno a otro, totalmente nervioso—. Y también os informaré de la conversación que he mantenido… —Miró a Paco—, con el arcángel Miguel. Las nuevas instrucciones que me ha dado.

Paco tragó saliva, nervioso al escuchar aquello, y luego cerró los ojos unos segundos.

Aitor miró asombrado el gesto de Paco, permanecía totalmente sumiso y dispuesto a escuchar. ¿Cómo no iba a hacerlo después de lo que le habían dicho? Aquel gesto le divirtió en cierto modo, y no fue al único, porque el resto de la división mantenía una sonrisa contenida en su rostro.

—Todo tuyo —le ofreció Aitor a Anael para que hablase y pusiese al día a su jefe directo.

13

Astaroth caminó por el pasillo entre las altas montañas y observó a los demonios reunidos entre las rocas cuchichear entre ellos. Los tres demonios se giraron hacia él y dieron unos pasos atrás, atemorizados ante la presencia del ángel caído allí.

—¡Llamad a Gadreel! —ordenó—. ¡Ya!

Los demonios, temblorosos, asintieron y partieron en su búsqueda sin atreverse a cuestionar la orden.

Se giró y volvió hacia su estancia con paso presto.

Debía acabar con la división y con la viajera cuanto antes mejor. Sabía de lo que eran capaces esos humanos. Ya le habían arrebatado el grimorio y no pensaba tolerar que le quitasen el anillo. Instintivamente, abrió su armario de piedra y observó en el estante superior aquel pequeño recipiente que en su interior contenía el anillo, el mismo con el que lo habían encerrado durante milenios.

Lo abrió y lo observó. Nada ni nadie se interpondría en su camino y quien lo hiciese acabaría igual que Lilith. Aún sentía cómo su sangre recorría sus venas, integrándose aquel poder al suyo propio. Los vampiros ahora estaban huérfanos y lo obedecerían solo a él.

El anillo volvió a brillar con una chispa dorada. Sí, ahora con los vampiros de su lado todo mejoraría. Antes se encontraban supeditados a lo que les dictase Lilith, ahora ya nada se interponía entre ambos.

Cerró el armario cuando escuchó los pasos tras él. Se giró y observó a Gadreel bajo el marco de la puerta.

Gadreel se encontraba totalmente firme, mirándolo con suspicacia.

Astaroth lo miró de la cabeza a los pies y dio unos pasos en su dirección.

—Tengo otra misión para ti.

Gadreel no se movió en un principio, observó la estancia de Astaroth evitando entrar en su interior.

—¿Por qué? —preguntó secamente.

Astaroth ladeó su cuello y sonrió maliciosamente.

—Quieres escapar de aquí, ¿verdad? ¿Quieres ser libre?

Gadreel se removió incómodo ante aquellas preguntas.

—Claro que sí —respondió con sinceridad—. Más que nada.

Astaroth asintió y comenzó a dar unos pasos por la habitación, pensativo.

—La división de humanos que te derrotó… —ironizó—, está urdiendo otro plan. Por tu culpa se hicieron con el grimorio del rey

Salomón —lo miró, lo que provocó que Gadreel pusiese su espalda recta—, pero te daré otra oportunidad de que enmiendes tu error. —Gadreel apretó los labios. Aquello no era cierto del todo, pues era Anael quien, mediante un exorcismo, había provocado su descenso a los infiernos sin contemplación alguna, claro que aún le quedaba la suficiente cordura como para no explicar aquello ante Astaroth—. La división planea descender al infierno —comentó extendiendo los brazos hacia los lados.

Gadreel arqueó una ceja ante aquellas palabras.

—¿Cómo?

—Una viajera —explicó Astaroth—. Una joven muchacha que puede viajar entre diferentes realidades y…

—Sé lo que es una viajera —informó con voz cortante.

Astaroth elevó su mentón y dio unos pasos hacia él.

—Si descienden y se hacen con el anillo estaremos perdidos, jamás podremos escapar de aquí —explicó. Gadreel puso sus manos a la espalda mientras lo escuchaba—. Acaba con la viajera y se acabarán nuestros problemas. Jamás podrán hacerse con el anillo. ¿Crees que podrás? —ironizó como si así lo desprestigiase. Gadreel no dijo nada, simplemente se quedó observándolo mientras la imagen del cuerpo de Lilith yaciendo sobre la tierra, desangrándose, asaltaba su mente. Observó a Astaroth con fiereza y apretó los labios—. Eres uno de los ángeles caídos con más poder —le recordó Astaroth—, uno de sus líderes. Acaba con ella y tú comandarás mis legiones cuando ascendamos a la Tierra.

Gadreel elevó su mentón y respiró hondo ante sus palabras. Se quedó observando a Astaroth unos segundos hasta que finalmente asintió.

—Tendrás noticias mías muy pronto —comentó Gadreel dándole la espalda, alejándose de la estancia de Astaroth.

Sabía a lo que se exponía, y sabía perfectamente lo que debía hacer.

Avanzó entre los altos muros sin mirar atrás, observando de reojo a los demonios que caminaban sin rumbo por aquella zona y sintiendo la mirada de Astaroth clavada en su espalda.

Kemal asintió y dio unas vueltas por el pasillo mientras observaba al resto de la división y de sus compañeros sentados a la mesa organizando los viajes.

—Sí, lo tienen todo listo —aseveró a su interlocutor—. Mañana mismo salimos a las siete de la mañana. Despegamos del aeródromo de Rozas. —Se mantuvo unos segundos en silencio esperando respuesta al otro lado—. Sí, esperamos llegar a Inverness ese mismo día. Valeria ha conseguido una casita cerca. —Saludó con la mano a

Víctor que salía de su habitación. Hubiese preferido entrar en alguno de aquellos dormitorios para hablar con tranquilidad, pero aquellos muchachos se movían por toda la casa sin importarles la intimidad de cada uno—. No, de la Aurora Dorada solo acudimos Liú, Jake y yo que piloto el jet. El resto se quedan aquí protegiendo el grimorio. —Caminó de un lado a otro del pasillo—. Sí, lo haremos la noche de todos los santos. —Guardó silencio unos segundos y asintió—. De acuerdo. Le informo de cualquier asunto más —indicó y sonrió a Valeria que se acercaba, colgó el teléfono y lo guardó en su bolsillo.

—¿Con quién hablas? —preguntó Valeria abriendo la puerta del dormitorio de Daniel.

Kemal se acercó.

—Estaba informando de nuestros próximos pasos.

—Ah —respondió ella. Fue hacia el armario y extrajo su bolso, lo abrió y comenzó a rebuscar en su interior—. ¿A quién has informado?

—A Edgard —dijo encogiéndose de hombros—. Me pregunta bastante.

Ella asintió con una sonrisa. Recordaba a Edgard, el jefe de la sección de la Aurora Dorada del palacio Ishak Pachá, en Turquía, y que habían protegido el grimorio durante mucho tiempo.

—Muy bien —respondió sacando el cargador de su móvil del bolso. Guardó el bolso en el armario de nuevo y fue hacia él—. ¿Cómo te ves para volar mañana? ¿Cansado?

Kemal negó con una sonrisa.

—No, tranquila, son trayectos cortos. Descansaré bien esta noche.

Valeria asintió y colocó una mano en su hombro dando una palmadita.

—Creo que deberías darnos alguna clase de vuelo para poder ayudarte —bromeó mientras se dirigía al comedor.

—Pues no iría mal —contestó este mientras la seguía rumbo al comedor.

Anael, Aitor y Paco aún se encontraban en la oficina manteniendo una conversación desde hacía más de una hora.

Los demás se encontraban en el comedor puliendo los últimos detalles de los viajes. El primero a Zaragoza, al pueblo de Trasmoz para conseguir tierra maldita y, directamente, desde allí tomarían rumbo a Escocia.

Saldrían al día siguiente de madrugada. Kemal ya tenía en plan de vuelo. A primera hora de la mañana, nada más amanecer, partirían al aeródromo de Rozas para volar rumbo al aeropuerto de Zaragoza, el cual se encontraba a cincuenta y nueve kilómetros de Trasmoz. Cogerían la tierra que necesitaban y volverían a Zaragoza. Desde allí partirían a Escocia, al aeropuerto de Inverness, situado a treinta y cinco kilómetros de la casita que habían alquilado. No eran grandes

distancias, así que esperaban poder hacerlo todo en el mismo día.

El vuelo desde allí a Zaragoza solo les llevaría una hora y desde Zaragoza al aeropuerto de Inverness directamente no llegaba a cuatro horas. Su intención era salir muy temprano y pasar la siguiente noche ya en Inverness.

Valeria había conseguido el alquiler de una casita cerca del lago Ness, a escaso un kilómetro y medio de Boleskine, la vivienda en ruinas del que había sido uno de los mayores hechiceros de magia negra de la historia de la humanidad, Aleister Crowley.

Tanto con el consentimiento de Paco como sin él iban a hacerlo, aunque después de lo que Paco había descubierto dudaban que se negase a ayudarles. La pregunta de Víctor había sido clara y no daba opción a oponerse. ¿Iban a negarse a cumplir las órdenes de Dios? La respuesta era un rotundo no, por lo que estaban seguros de que, de una forma u otra, finalmente Paco se involucraría y conseguirían las competencias necesarias para poder actuar con el beneplácito del CNI. Lo cierto era que se sentían mucho más tranquilos si no debían actuar en las sombras y contaban con el apoyo de un organismo estatal.

Víctor dio un sorbo a su café mientras observaba al resto de la división unidos con la Aurora Dorada con algunos mapas sobre la mesa y hechizos. Por lo visto, Liú y Jake serían los encargados de hacer el hechizo de invisibilidad. Miró de reojo a Katherine, la cual se encontraba a su lado.

—No sé —continuó Víctor—, no lo tengo muy claro. Me parece una misión suicida —comentó en un susurro.

Katherine lo miró seriamente. Si, ella estaba muy asustada, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Soy la única que puede hacerlo —le recordó—. Y, sinceramente, sé moverme muy bien.

—No lo dudo —respondió él con una leve sonrisa—, pero ¿cómo vas a encontrar el anillo? —Katherine apretó los labios sin saber la respuesta a eso—. ¡Eh! —gritó Víctor hacia sus compañeros—, ¿y si invocamos a un demonio y lo obligamos a que nos diga dónde está el anillo?

Miguel lo señaló y asintió.

—Es una buena idea —secundó Miguel—. Cuando baje Aitor de la reunión con Paco y Anael se lo comentamos.

Lucas hizo un gesto de no estar muy conforme con la respuesta de su compañero.

—Ya, pero… ¿quieres decir que ese demonio se callará y no dirá nada cuando vuelva al infierno? —ironizó.

—Podríamos encerrarlo en una botella —insistió Víctor—, así no se iría de la lengua.

Valeria lo miró no muy segura.

—Para hacer un hechizo de encierro hay que preparar las botellas, los sellos… no tenemos tiempo material, ya lo sabéis —comentó apuntando unos datos en una libreta.

—Pues algo tendremos que hacer, ¿no? —continuó Víctor desesperado ante la mirada de reojo de Katherine.

—No te preocupes… —comentó Lucas—, luego lo hablamos con Anael, seguro que puede ayudarla —enfatizó aquellas palabras señalando a Katherine.

Víctor suspiró y se pasó la mano por los ojos, agobiado. Katherine se quedó observándolo. Aquel muchacho se había preocupado por ella desde que se habían conocido. Víctor tenía algo que le atraía, no solo físicamente, sino su forma de ser, de tratarla y de preocuparse por ella. Instintivamente, Víctor llevó su mano hasta la de ella y se la tomó.

—Gracias por preocuparte tanto por mí —comentó Katherine con una sonrisa tímida.

Katherine sintió cómo sus músculos se tensaban al recibir la caricia de Víctor en su mano. Sintió cómo se sonrojaba y apartó la mano de él con timidez. Aquel gesto dejó a Víctor consternado, pues deseaba más que nada ayudarla y demostrarle su implicación.

Desviaron la vista al frente cuando Aitor, Paco y Anael descendieron las escaleras. Todos permanecían en silencio, observándolos.

Paco se giró hacia ellos y se despidió con un ligero movimiento de cabeza.

Aitor abrió la puerta.

—Os informaré en cuanto tenga una respuesta —comentó Paco mirando a Aitor. Aitor asintió y le tendió la mano para despedirse. Luego Paco miró a Anael y agachó su cabeza como si hiciese una reverencia—. Encantado de conocerla.

Anael enarcó una ceja al verle hacer aquel gesto, pero asintió con una sonrisa.

Aitor cerró la puerta y se giró hacia el resto de sus compañeros que esperaban ansiosos una respuesta.

—¿Y bien? —preguntó Marcos.

—Tenemos su visto bueno…

—¡Bien! —exclamaron varios de ellos.

—Como para no tenerlo —rio Lucas acercándose a Anael.

—Sí, se ha quedado bastante… —continuó Aitor.

—Flipado —lo señaló Miguel.

—Sí —rio Anael.

Aitor dio unos pasos al frente y miró su reloj de muñeca que marcaba las dos de la tarde. —¿Qué os parece si pedimos algo para comer? —preguntó—. Así comentamos todo después de comer y

dispondremos de toda la tarde para prepararlo. ¿Tendremos tiempo?

Valeria asintió.

—La mayoría de cosas que necesitáis para los hechizos de invisibilidad las tenéis en el subterráneo, solo hay que hacerse con cuatro cosas más.

—Y no hemos abierto las cajas con las armas —recordó Daniel—. Lo tenemos casi todo hecho.

Víctor se giró hacia Katherine.

—¿Te gustaría ver un poco el pueblo? —le preguntó.

A Katherine se le iluminó la mirada. ¿Ir a dar una vuelta?

—Me encantaría —respondió con una sonrisa.

Víctor dio unos pasos al frente para observar lo que Valeria había apuntado en la lista.

—Nosotros dos vamos a buscar la comida —apuntó Víctor señalando a Katherine—. Así le enseño un poco la zona.

Aitor los miró y observó a Katherine emocionada.

—Está bien —aceptó—. Comemos y luego acabamos de ultimar los detalles del viaje.

Valeria asintió y le mostró un documento.

—Esta tarde tenemos que ir a comprar unos objetos para que os los llevéis a Escocia… —Miró a todos los de la división—. ¿Tenéis tienda de campaña o carpa? —preguntó observando la lista.

Daniel se acercó a ella.

—Creo que hay algo en el almacén —dudó.

Valeria insistió.

—Haremos el hechizo de invisibilidad a la tienda de campaña para que podáis hacer la incursión al infierno desde ahí —sugirió ella y sonrió a Aitor—. ¿Os parece bien? Así no será al aire libre y estaréis más resguardados.

—Claro —respondió Aitor. Miró a Víctor y le lanzó las llaves del todoterreno por el aire—. Id a Monforte y traed algo de comer para todos.

—¿Algo en especial? —preguntó Víctor mientras le indicaba a Katherine que lo siguiese.

—Sorprendednos —bromeó hacia ellos.

—¿Qué tal pulpo? —preguntó Miguel—. Está bien bueno.

—Ya veremos —dijo Víctor bajando los escalones seguido por Katherine.

—¡Que os divirtáis mucho! —volvió a gritar Miguel, aunque esta vez sí notó cierto retintín en su voz.

Miró de reojo a Katherine que descendía los escalones a su lado con una sonrisa. Dispondría de un rato a solas con ella, algo que estaba deseando.

Fueron hasta el todoterreno y Katherine se subió en el asiento del

copiloto.

—¿Sabes conducir? —preguntó Víctor mientras tomaba también asiento.

Ella negó.

—No, no tengo carné de conducir —respondió mientras se ponía el cinturón. Víctor se puso también el cinturón y abrió la puerta del garaje con el mando a distancia—. ¿Monforte está lejos?

Víctor negó mientras ponía primera y salían del garaje.

—No, a diez minutos de aquí —aclaró él—. Iremos a un restaurante donde hacen una empanada gallega buenísima. Ya verás, te gustará. —Ella lo miró sonriente y asintió, estaba realmente emocionada por ver algo del pueblo—. Mientras lo preparan podemos dar un paseo o tomar algo en una terraza.

—De acuerdo —dijo feliz.

Víctor tomó el desvío en dirección a la carretera que los llevaría hasta Monforte de Lemos.

—Tendremos un rato hasta que nos preparen todo, aprovecharemos —comentó antes de meter segunda y acelerar por la carretera.

14

El camarero le tomó nota.

—Entonces, serán ocho empanadas de carne, ocho de atún, seis de pulpo *á feira*, seis de lacón y tres de grelos, ¿es así?

Víctor asintió.

—Y añada tres tartas de Santiago…

—¿Enteras?

—Sí —respondió este mientras buscaba la cartera para sacar la tarjeta de crédito.

Katherine miraba de un lado a otro observándolo todo. El restaurante, ubicado en medio de Monforte de Lemos, era famoso porque también hacía encargos.

—Estará en una hora —dijo el camarero entregándole el tique—. ¿Lo deja pagado ya?

Víctor le mostró la tarjeta de crédito como respuesta afirmativa y la pasó por el datáfono.

—¿No es mucha comida? —preguntó Katherine situándose a su lado.

—Somos catorce personas y, además, Aitor me ha confirmado que ahora irá el padre Santiago —le informó mostrándole el móvil.

—¿Ese es el sacerdote que os pidió ayuda? —preguntó con curiosidad.

Víctor asintió y se guardó la cartera y el tique en el bolsillo. Abrió un privado en el WhatsApp con Aitor y le envió un mensaje.

“La comida estará lista en una hora. En cuanto nos la den vamos para allí”.

Guardó el móvil en su bolsillo y saludó al camarero.

—En una hora venimos —se despidió mientras abría la puerta del restaurante para que Katherine pasase primero.

Para ser finales de octubre la temperatura no era mala. A esa hora el sol aún calentaba bastante.

—¿Te apetece tomar algo?

—Claro —respondió ella entusiasmada.

Víctor inició el camino hacia uno de los bares con terraza que había cerca. Le apetecía sentarse con ella para hablar y conocerse mejor.

—Santiago es el sacerdote que trabaja con Anael —siguió la explicación que había iniciado mientras pedía la comida—. Está especializado en exorcismos.

Ella hizo un gesto de desagrado mientras caminaba a su lado.

—¿Has estado en alguno?

Víctor resopló.

—En bastantes. Así comenzó todo —comentó mientras le señalaba una terraza de un bar situada a la sombra—. Al principio pensábamos que era fingido, pero lo cierto es que cuando te encuentras con una posesión real… —Tomó asiento mientras ella se sentaba a su lado—. Casi prefiero enfrentarme a un vampiro, la verdad —reconoció.

—Vaaaya… —susurró ella—, en realidad yo no he visto ninguna de las dos cosas, pero a buen seguro que no son agradables.

Víctor negó con la cabeza y miró al camarero que se acercaba.

—Buenos días, pediremos algo para beber —informó mientras el camarero les limpiaba la mesa—. ¿Qué quieres? —Katherine se encogió de hombros—. ¿Una cerveza?

Ella negó.

—No me gusta —admitió—. ¿Tienen zumo de mango?

—Sí, claro.

—Pues un zumo de mango —confirmó ella.

—Y una cerveza bien fría —dijo Víctor.

—Marchando —canturreó agradable el camarero.

En cuanto el camarero se alejó a por el pedido, Katherine volvió a la carga. Ya que estaba a solas con él quería aprovechar y solventar todas sus dudas.

—Antes he hablado con Nerea… —comentó con una sonrisa.

—Es muy buena chica —comentó él.

—Sí, me ha dicho que puedo empezar en cuanto volvamos del viaje a Escocia —dijo emocionada—. Y el salario está genial. Lo único… ¿podéis ayudarme a buscar un piso de alquiler cerca de mi trabajo?

—Claro, cuando volvamos de Escocia te ayudaré yo mismo… bueno, cuando sepamos que no corres peligro —matizó—. Durante el día todo es más tranquilo, pero en cuanto anochece…

—Ya —comentó ella—, sinceramente, después de lo que me habéis explicado estoy más tranquila con vosotros por el momento. —Luego miró intrigada a Víctor—. A quien no he conocido aún es a la novia de Miguel —comentó graciosa—. He conocido a la novia de Daniel, Valeria, y a Nerea, la de Aitor, pero Elena…

—Elena vive justo al lado, supongo que cuando acabe la jornada laboral vendrá. Te llevarás muy bien con ella —auguró.

Ella asintió con una sonrisa e iba a hablar, pero el camarero se acercó con el pedido.

—Un zumo de mango —dijo situándolo frente a ella—, y una cerveza fresquita. Servidos.

—Gracias —respondió ella antes de que el camarero se alejase.

Se notaba que era un día laboral, puesto que tampoco había

mucha gente paseando a esa hora por la calle.

Katherine dio un sorbo y soltó su zumo sobre la mesa.

—Esa es una de las cosas que más agradezco —comentó, aunque Víctor la miró extrañado, pues no sabía a qué venían aquellas palabras —. Comenzar en un sitio nuevo asusta un poco, pero si conoces a gente es más llevadero que estar sola.

Víctor asintió y dio un sorbo a su cerveza.

—Te aseguro que sola no estarás, por eso puedes estar muy tranquila —comentó lentamente.

Ella apretó los labios y sonrió con ternura.

Tenía la sonrisa más bonita que jamás había visto. Le transmitía una dulzura que no podía encontrar en ninguna otra persona, y pensar a lo que debería enfrentarse le ponía nervioso.

Miró hacia los lados, asegurándose de que no había nadie, y se acercó un poco a ella por encima de la mesa.

—Cuando realizas los… viajes… —susurró mirándola con intensidad. Ella lo observó mientras se tomaba el zumo—, ¿cómo… cómo lo haces?

Katherine cogió una servilleta de papel y se limpió la boca.

—Realmente no lo sé. Activo algo dentro de mí… y es como si saliese de mi cuerpo —explicó—. Si tengo un objeto sujeto que ha pertenecido a alguien pido dirigirme al lugar donde se encuentra esa persona y aparezco ahí directamente. O… si deseo ir a dar un paseo por las Maldivas, pues me va bien tener una imagen en la cabeza… y aparezco ahí.

—¿Has visitado muchos lugares?

—En este plano sí —confirmó—. Moverme por este plano me es muy sencillo. Es diferente a intentar moverme por otros planos.

—Pero, sin embargo, fuiste al cielo —dijo antes de dar un sorbo a su botellín.

—Sí, y ni siquiera sé cómo lo hice. Ha sido la única vez… —comentó pensativa.

—Bueno, sea como sea puedes moverte entre diferentes planos.

—Sí —respondió ella con una sonrisa—, pero lo del infierno…

Víctor apretó los labios.

—¿Seguro que no hay ninguna forma de acompañarte? —preguntó preocupado.

Ella chasqueó la lengua.

—A no ser que sepas hacer viajes astrales… —bromeó.

—No, no sé hacer —rio levemente—. Luego tenemos que hablar con Valeria y Liú. Ellos dominan la magia. Quizá podrían hacer un hechizo para poder acompañarte.

Ella se removió nerviosa.

—Lo agradecería, la verdad —comentó—. Me asusta un poco todo

esto.

Víctor se quedó observándola.

—Cuando viajas por este plano la gente no puede verte, ¿verdad?

—No, no pueden verme —confirmó ella.

—Y… ¿en el infierno?

Se removió nerviosa.

—Supongo que sí, en el cielo pudieron verme. Es un plano más espiritual, por lo que entiendo que sí. —Se encogió de hombros—. Eso es un problema.

Víctor inspiró pensativo y dio otro sorbo a su cerveza.

—Tenemos varios días antes de que desciendas, disponemos de tiempo para pensar.

Depositó el botellín sobre la mesa y se apoyó contra el respaldo. Agradecía aquellos momentos de paz sin estar rodeado de todos sus compañeros.

—Me dijiste que no tenías hermanos, ¿verdad? —Ella asintió después de dar un sorbo a su zumo—. ¿Y primos?

—Sí, tengo un par. Por parte de mi padre no tengo relación con su familia, pero mi madre tenía un hermano más pequeño. Tengo dos primos: Mateo y Emilia. Mateo tiene mi edad, solo unos meses menos, y Emilia un par de años menos que yo. No los veo mucho, de hecho… —sonrió—, hace años que no los veo, aunque he hablado varias veces por teléfono. —Dio un sorbo a su zumo—. Mateo está trabajando en Argentina y Emilia creo que sigue en Puerto Cisnes, estudiando. —Miró con curiosidad a Víctor—. ¿Y tú?

—¿Yo? —sonrió divertido—. Tengo una hermana pequeña.

—¿Y la ves?

Él asintió.

—En Navidades y en verano la suelo ver. Estudió filología hispánica. Es profesora en un instituto de Bilbao. —Ella lo miró extrañada—. Soy de País Vasco. Está a unas cinco horas en coche de aquí.

—Ah —respondió ella—, ¿cómo se llama? —preguntó con curiosidad.

—Edurne —respondió—, significa nieve en euskera.

—Es muy bonito.

Víctor la observó. ¿Cómo podía ser que sintiese todo aquello con solo mirarla?

—Y… ¿pareja? —preguntó él.

Ella abrió mucho los ojos.

—No —dijo divertida—, tuve un pololo cuando estaba en el colegio —bromeó—. Estuvimos dos meses juntos, esa ha sido toda mi incursión en el mundo del amor —rio.

—¿Un pololo? —Víctor se extrañó al escuchar aquella palabra.

—Sí, en Chile un novio son palabras serias, es cuando ya te has comprometido y esas cosas… Mientras tanto, nosotros hablamos de pololos y pololas.

—Ah, ya entiendo… Así, ¿solo un pololo en la época del colegio?

Ella resopló.

—Te estoy hablando de hace más de diez años, debía de tener unos doce o trece años. —Hizo un gesto gracioso—. Luego se enamoró de otra chica y lo dejó conmigo.

—Supongo que lo pasarías mal…

—No, no, qué va. —Se encogió de hombros y cogió su zumo—. En esa época todas tenían pololo, así que él me lo pidió y acepté… nada más. —Víctor rio—. Cosas de adolescentes, supongo —bromeó.

—¿Y no has tenido nada más? —preguntó sorprendido.

Ella negó.

—Después del colegio comencé a trabajar y me trasladé a Puerto Natales. Mi vida se resume en dormir, comer y trabajar. No hay nada más emocionante. —Levantó la mano—. Excepto los viajes cuando me aburro —rio y se encogió de hombros mientras se acercaba a él por encima de la mesa, como si fuese a desvelarle un secreto. Víctor la miró intrigado—. Tuve una proposición… —susurró—, de un chico del trabajo, pero…

Katherine hizo un gesto de desagrado.

—¿No era de tu agrado?

Katherine negó.

—No, además… —acabó pensativa—, vino a mí después de que otra compañera le diese también calabazas. No soy el segundo plato de nadie.

Víctor sonrió gracioso ante lo que le explicaba. Situó sus brazos sobre el reposabrazos de la silla y ladeó su cuello.

—Me parece raro que no tengas pareja —pronunció pensativo.

Ella sintió cómo sus mejillas tomaban un tono más rojizo ante aquella insinuación, aun así, hizo como si no se hubiese dado cuenta.

—Mucho trabajo. Me he dedicado por entero a trabajar, pagar el alquiler de la casa y poder ayudar a mi madre. Eso es lo único que me importa en estos momentos —susurró lentamente.

—Entiendo…

—No… no tengo tiempo para el amor —comentó un poco avergonzada.

Víctor asintió.

—A mí me pasa lo mismo…

Ella sonrió.

—¿También tuviste una relación en el colegio? —bromeó.

Víctor le mostró los dientes a modo de sonrisa.

—Más o menos —rio—. Conocí a una chica en el CNI, durante mi

formación. Ella estaba en el departamento de videncia —explicó.

—¿Videncia? —preguntó asombrada.

—Sí, no lo controlaba mucho, pero apuntaba maneras. Tuvimos una relación de un par de años, pero luego ella se marchó, la contrataron en Italia, tenía… familia allí —continuó—. Así que no pudimos mantener la relación a distancia.

—Vaya —dijo impresionada—. ¿Solo tuviste esa relación?

—Mmm…

Aquella reacción le hizo gracia.

—Venga, confiesa —rio ella.

—Relación seria sí —comentó encogiéndose de hombros—. Luego he tenido… amigas.

—Amigas —repitió ella—. Entiendo —acabó riendo.

—Nada serio —aclaró él—. Cuando llegamos aquí, a Lugo, el primer mes tuve una amiga que conocí en un bar, pero… nos vimos un par de veces solo. Luego… —dijo haciendo memoria—, hace un par de años, cuando estaba en Madrid, tuve otra que…

—Eh, eh… vale, Don Juan… —bromeó—. Ya veo que no te has aburrido —acabó riendo.

Víctor se encogió de hombros.

—El problema es que la vida que llevamos es complicada —acabó pensativo—. A veces es difícil que te acepten tal y como eres…

—¿A qué te refieres?

Víctor dio un sorbo a su cerveza.

—Para comenzar, luchamos contra vampiros, hombres lobos, brujas… y, últimamente, contra demonios y sectas satánicas. —Chasqueó la lengua—. La persona que esté con uno de nosotros puede correr más peligro de la cuenta…

—Pero Aitor, Miguel y Daniel… ellos tienen pareja —comentó directamente.

—Ya —dijo abriendo los ojos—. ¿Sabes cómo conoció Aitor a Nerea? —resopló—. Iniciaron una relación y en cuanto los demonios fueron conscientes de ello… la poseyeron. No fue agradable.

—¿En serio? —preguntó asombrada.

Víctor asintió.

—Fue… complicado —acabó diciendo—. Con Elena fue más o menos lo mismo, aunque claro estaba que Anael metió mano porque nos la puso a vivir justo al lado, pero… bueno, también tuvieron problemas. Valeria, la que está con Daniel, pertenece a la Aurora Dorada…

—Ya veo… —respondió pensativa—, pero ahora son felices, ¿no?

—Sí, sí… o eso parece —comentó risueño—. La verdad es que tienen suerte. La vida de un cazador suele ser solitaria. —Katherine lo miró con ternura—. Además, se supone que cuando estás con una

persona a la que quieres tienes que ser franco con ella y, para ser sinceros, no es un trabajo muy conocido ni que tenga muy buena fama —bromeó.

—Ya —acabó riendo.

—Creo que las mujeres se asustarían si lo supiesen. —Se encogió de hombros.

Ella ladeó su cuello.

—No todas —apuntó con una sonrisa. Víctor la miró con intensidad, algo que la puso bastante nerviosa—. Bueno, mira tus compañeros… están en una relación —continuó como si nada.

—Sí, supongo. —Carraspeó y miró al frente, observando a varias personas que caminaban de un lado a otro, unas con bolsas de la compra en su mano, otras paseando alguna mascota. A medida que pasaban los minutos, la afluencia de gente en la calle era más importante, pues se acercaba la hora de comer y la gente se tomaba un descanso en el trabajo—. Bueno, y… —dijo cambiando de tema—, ¿Nerea te ha dicho en qué departamento vas a estar?

Katherine dio un trago a su zumo.

—No he trabajado nunca con plantas ni flores —reconoció—, así que me ha dicho que para comenzar me pondrá en caja para cobrar y me enviará posiblemente a algunos cursos o me irá enseñando para que pueda asesorar también a la gente. Parece muy agradable.

—Lo es, es buena jefa. —La miró fijamente—. Has pensado que, quizá, ¿podrías colaborar con nosotros?

—Sí, lo que me comentaste —dijo ella recordando sus palabras.

—Mucha gente con dones colabora o pertenece a alguna división del CNI. En España no hay ninguna viajera. Podrías ser de mucha utilidad.

—Oh, bueno… yo estoy abierta a todo.

Víctor asintió.

—Lo digo porque seguramente ganarías más que de cajera —acabó ladeando su cuello—, y podrías ayudar a mucha gente.

—Me gustaría.

—Se lo comentaré a Aitor. Ahora que Paco sabe lo que estamos haciendo supongo que le alegrará saber que contamos con una viajera…

—¿No lo sabe?

Víctor se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, no sé lo que han hablado entre ellos, pero le preguntaré. —La miró intrigado—. Lo único es que deberías ir a Madrid durante un tiempo para hacer unos cursos. Supongo que te enseñarán a desarrollar bien tu don.

—Lo tengo bien desarrollado, créeme, solo que por esta realidad —explicó—. Desde que Anael y el arcángel Miguel me prohibieron

moverme por otras realidades ni lo he intentado. ¡Cualquiera los desobedece! —apuntó abriendo mucho los ojos.

—Ya —rio Víctor—. Supongo que el CNI estará muy interesado en ti.

Katherine cogió el vaso de zumo y rio antes de darle un sorbo.

—A este paso podré elegir dónde trabajar —bromeó—. He pasado de tener que buscar nuevos trabajos y pedir horas extras para llegar a final de mes a que me sobren ofertas de trabajo —rio.

—Ya ves —comentó Víctor encogiéndose de hombros—. Si decides quedarte con nosotros y formar parte del CNI podrías pedir traslado aquí, con nosotros. No te faltaría de nada.

Ella le sonrió agradecida por el ofrecimiento. Aunque apenas los conocía se sentía muy cómoda con ellos. Había visto la complicidad que había entre todos y era envidiable. No le importaría quedarse allí, además, el sitio era bonito.

—Y cuando no estáis trabajando, ¿qué hacéis?

—Depende, solemos entrenar bastante. Al lado de la oficina donde hemos estado tenemos un gimnasio…

—Sí, lo he visto.

—Pues o entrenamos o vemos una película, a veces salimos a tomar algo, aunque no es habitual que vengamos por el pueblo, cuanto más desapercibidos pasemos, mucho mejor —explicó—. Venimos solo a comprar para llenar la despensa o cuando hacemos guardias de vigilancia, poco más.

—Ya —dijo con una sonrisa—. Pues estáis bien entretenidos, ¿no?

—Sí —respondió dando otro sorbo—. Y mucho más desde que comenzó todo el rollo este de las posesiones. Ha sido un no parar desde entonces.

—Ya me imagino —dijo acabando su zumo finalmente—. Vuestra vida es mucho más emocionante que la mía, aunque bueno, ahora debo admitir que ha dado un giro de ciento ochenta grados.

Víctor dio un sorbo a su botellín acabándoselo también y miró el reloj.

—¿Te apetece dar un paseo? Quedan cuarenta y cinco minutos para que nos tengan la comida preparada. —Ella asintió efusivamente. Víctor se puso en pie y ella lo imitó—. Pago y vamos a dar un paseo. Así te enseño un poco el pueblo. También hay alguna inmobiliaria por aquí, podemos echar un vistazo si quieres.

—Estupendo —respondió Katherine con una gran sonrisa.

15

Valeria explicó mientras introducía los botes con especias en una caja.

—Las semillas de amapola y la mejorana —acabó—. Con todo esto y el conjuro podréis hacer el hechizo de invisibilidad —explicó—. Todo está en la caja.

Aitor se acercó para observar la multitud de botes con especias que Valeria había introducido en la caja.

—¿Esto se lo aplicamos a la tienda de campaña? —preguntó.

Valeria asintió.

—Liú, Jake y Kemal saben cómo hacerlo. Iría bien que despleguéis la tienda de campaña nada más llegar en el lugar donde queráis hacer la incursión al infierno y lo preparéis todo para esa noche, así permanecerá oculta desde un principio —dijo.

—De acuerdo —respondió Aitor que miró a los miembros de la Aurora Dorada que los acompañarían—. Os encargaréis vosotros, ¿de acuerdo?

—Recordad proteger la tienda con las runas y sellos que os he dibujado en el documento —continuó diciendo—. Y no iría mal que también sellaseis la vivienda donde estaréis esos días. —Miró a Aitor —. Nosotros, en cuanto os marchéis mañana por la mañana, ampliaremos el hechizo de invisibilidad de esta casa. Lo extenderemos del subterráneo a toda la vivienda.

—Estupendo —confirmó Aitor. Miró de reojo en dirección a Katherine que seguía hablando con Víctor mientras recogían la mesa con la comida que había sobrado—. Respecto a lo que hemos comentado antes —bajó un poco más el tono de voz para que no lo escuchasen—. El infierno es enorme, ¿hay algún hechizo que permita localizar el anillo del rey Salomón a Katherine?

Valeria se quedó pensativa y miró en dirección a la muchacha.

—Hemos estado pensando en ello —le susurró—. Es complicado. —Suspiró—. Vosotros tenéis réplicas del anillo del rey Salomón. —Señaló su mano con el anillo dorado que Anael les había hecho hacía unos meses para luchar contra los demonios y vencerlos con más facilidad—. Quizá podríamos hacer un hechizo con uno de vuestros anillos para que indicase el camino hasta otro similar a ese, pero… —hizo un gesto de desagrado—, no sé si funcionará. No deja de ser una réplica.

—Ya, pero una hecha por otro ángel —recordó Aitor.

—Ya, pero no por el arcángel Miguel, la fuerza no es la misma. Los hechizos se mueven por energía, podríamos programar uno de

vuestros anillos para que encontrase otro anillo de igual poder, el problema es que el poder de los anillos es muy diferente. —Apretó los labios—. Es lo único que se nos ha ocurrido —dijo señalando a Liú y Jake.

Aitor se removió nervioso.

—Supongo que algo es algo. —Se cruzó de brazos—. Un mapa del infierno no tendréis, ¿verdad?

—Ojalá —ironizó Valeria—. Sería mucho más fácil, podríamos encontrarlo con un péndulo, pero no… lo siento, no disponemos de ningún mapa. El único que podríamos emplear es el del cuadro del *Infierno de Dante*, pintado por Botticelli, pero dudo que se parezca realmente. Lo comentamos con Anael y no supo decirnos, ella nunca ha estado allí, así que es un poco locura, aún se perdería más.

—Entiendo —susurró pensativo.

Víctor acabó de meter los platos en el lavavajillas y apretó el botón. Habían comido demasiado bien y aún les sobraba comida para aquella noche.

—Me quedo con la de pulpo, está buenísima —dijo Katherine mientras se acercaba a él con un trapo húmedo en la mano de haber limpiado la mesa.

—El pulpo está buenísimo, ¿no lo habías probado?

—Qué va —dijo ella sacudiendo el trapo en el fregadero—. Pero me declaro fan total del pulpo desde ya.

Víctor rio y asintió.

—Ya ves, Galicia tiene cosas muy buenas. —Miró en dirección a Aitor que en ese momento se alejaba de Valeria tras haber hablado con ella. Quería hablar con él desde que habían traído la comida, pero siempre estaba ocupado con uno o con otro—. Ahora vengo —comentó Víctor a Katherine mientras se alejaba para hablar con su jefe. Katherine asintió mientras se acercaba a Elena y Nerea que se encontraban allí. Había congeniado con ellas desde un principio y se encontraba muy a gusto—. Aitor —lo llamó Víctor acercándose. Aitor lo miró—. ¿Podemos hablar un momento, por favor?

—Claro —respondió Aitor deteniéndose.

Víctor siguió caminando y le señaló con la cabeza para que lo siguiese.

—En privado —lo instó.

Lo siguió sin decir nada y ambos entraron en el pasillo donde gozarían de un poco más de intimidad.

—Dime —comentó Aitor metiendo las manos en los bolsillos.

Víctor miró en dirección a Katherine que hablaba animada con las chicas.

—¿Qué vamos a hacer con Kata y el anillo? —preguntó señalándola con un movimiento de su cabeza—. ¿Tenéis alguna idea?

Aitor se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared.

—Sinceramente —dijo pensativo—, Valeria tiene un plan, pero no sabe si funcionará.

—¿Cuál? —preguntó interesado.

—Quiere lanzar un hechizo sobre uno de nuestros anillos réplica —le mostró su anillo en la mano derecha—, para que este la guíe hasta el verdadero.

—Oh… eso está bien, ¿no? —preguntó pensativo.

Aitor chasqueó la lengua.

—No está muy segura de que vaya a funcionar. Por lo que dice, el hechizo funciona con el poder y la energía que emana del objeto. Si lanzamos un hechizo sobre uno de nuestros anillos, este buscaría otro anillo con la misma energía y poder, y todos sabemos que el que creó el arcángel Miguel para el rey Salomón tiene más poder que los nuestros —explicó—. No es muy seguro que funcione.

Víctor resopló y se apoyó en la pared frente a él.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó—. No podemos pedirle que vaya a los infiernos sin un plan, sin algo seguro.

Aitor inspiró con fuerza.

—Lo sé —respondió pensativo—. El problema es que ni siquiera sabemos cómo es el infierno.

—Vuelvo a sugerir el invocar a uno de los demonios para que nos lo explique.

—Es muy arriesgado. Se podría ir de la boca, eso ya lo valoramos y no era buena idea. —Se removió nervioso—. Seguimos dándole vueltas. Aún tenemos un par de días por delante, algo se nos ocurrirá.

Víctor se removió nervioso ante aquellas palabras.

—Otra cosa que quería comentarte…

—Claro, dime —comentó Aitor sin moverse de su sitio, pues seguía apoyado contra la pared.

Víctor miró de reojo a Katherine y sintió cómo su corazón se disparaba. ¿Cómo podía sentir todo aquello en tan poco tiempo?

—¿Has pensado en que quizá Kata podría trabajar para el CNI en vez de en la tienda de flores de Nerea? —ironizó.

Aitor enarcó una ceja.

—Claro que lo he pensado —contestó como si fuese obvio. Se puso firme y dio unos pasos hacia él, situándose a su lado—. Kata tiene un poder impresionante, fuera de serie. Se lo comenté a Paco y quedó impresionado, pero no le saqué el tema de que trabajase para el CNI.

—¿No?

—No —respondió directamente—. Bastante tenía con todo lo que le explicábamos y con la presencia de Anael —bromeó—, pero tengo pensado proponérselo en un futuro, cuando acabemos la misión, si

todo va bien. Sería un buen fichaje. —Miró de reojo a Víctor—. ¿Por?

Víctor negó con la cabeza.

—Por nada, como has dicho, Kata tiene un don especial. Muy poca gente lo tiene. Sería una locura desperdiciarlo.

—Ya —comentó Aitor mirándolo de reojo y sonriendo de soslayo. Se giró hacia él y se encogió de hombros—. Supongo que podría pedir traslado aquí, a Lugo. —Víctor no dijo nada al respecto—. Estaría bien contar con una viajera en el equipo. Sería como tener un topo infiltrado en todas partes —bromeó.

—Sí, estaría bien —susurró Víctor más para sí que para su jefe.

Ambos miraron al frente cuando el padre Santiago llamó la atención de Aitor, acercándose hacia ellos.

—Aitor… —comentó y, en ese momento, pareció darse cuenta de que estaba acompañado de Víctor—. Hola —lo saludó.

Víctor lo saludó con un movimiento de cabeza, pues durante aquel mediodía no había intercambiado palabra con él.

—Dime.

El sacerdote, con su sotana negra, se posicionó ante él.

—¿Qué hago yo? —preguntó directamente.

Aitor y Víctor se miraron de reojo.

—Creo que ya hace suficiente, padre —comentó Aitor con una sonrisilla graciosa.

—Oh, tonterías… quiero ir a Escocia con vosotros —pronunció Santiago directamente.

De nuevo, ambos se miraron de reojo.

—No creo que sea conveniente que nos acompañe, padre. Va a ser peligroso y… —comentó Aitor.

—Por eso mismo —lo interrumpió el sacerdote—. No hay nada más peligroso que abrir un portal con el mismísimo infierno, yo podría bendecir la zona y ayudar a que el portal se cerrase posteriormente.

—¿Eso no lo haría mejor una pitonisa? —preguntó Víctor a Aitor, el cual se encogió de hombros.

—No, no… ni hablar —dijo Santiago rápidamente—, una pitonisa no. Yo puedo consagrar el lugar y bendecirlo, hacer una especie de exorcismo posteriormente para cerrar…

—Padre —lo interrumpió Aitor colocando una mano ante él—, se lo agradezco mucho. Sé que sus intenciones son buenas, pero es realmente peligroso. Estaría más tranquilo si usted se quedase aquí acompañando a la Aurora Dorada y protegiendo el grimorio. —Santiago resopló como si aquello no fuese de su agrado y se giró para observar a los miembros de la Aurora Dorada—. Aquí solo se quedarán Valeria y Efrem para protegerlo, nos sería de mucha utilidad si se quedase usted también con ellos.

Santiago los miró fijamente.

—Prefiero ir a Escocia —comentó—. ¿Y si algo sale mal y necesitáis que…?

—Padre, padre… —interrumpió Víctor.

—Si hace falta hacer un exorcismo yo podría… —seguía Santiago.

—Santiago —lo interrumpió Víctor de nuevo, lo cual provocó que el sacerdote dejase de hablar—. Sabemos hacer exorcismos, usted mismo nos enseñó.

—Tuvimos un buen maestro —pronunció Aitor con una sonrisa.

—No me hagas la pelota, muchacho —reaccionó el sacerdote provocando que Aitor enarcase una ceja—. ¿Os dais cuenta de que vais a abrir un portal, aunque sea pequeño, con el lugar más horrible del Universo?

—Somos conscientes, sí —reaccionó Víctor—. Pero… contamos con Katherine, con la Aurora Dorada, con Anael, un ángel y… con nosotros mismos.

—Y con usted aquí para proteger el grimorio —sentenció Aitor. El sacerdote volvió a resoplar, lo que provocó que Aitor se acercase y situase una mano en su hombro—. Santiago, ya no te lo pido como cazador, te lo pido como amigo. —Santiago suspiró—. Necesitamos que te quedes aquí. Aunque Valeria y nuestros compañeros de la Aurora Dorada hagan un hechizo de invisibilidad en toda la casa, el grimorio quedará bastante desprotegido sin nosotros aquí. Estaríamos mucho más tranquilos si te quedases para reforzar la vigilancia —acabó con confianza, tuteándolo.

Santiago puso los ojos en blanco y resopló de nuevo. Estaba claro que no serviría de nada insistir.

—De acuerdo…

—Eso sí —intervino Víctor—, agradeceríamos que nos preparase unas cantimploras con agua bendita para…

—Sí, sí… eso ya lo he preparado —contestó de mala gana alejándose de ellos, visiblemente no satisfecho con la conversación que habían mantenido—. Están ya en esa caja —zanjó señalando hacia la mesa mientras se alejaba.

Víctor observó cómo resoplaba mientras se dirigía al grupo.

—Me parece que al sacerdote le va la acción —bromeó provocando que Aitor sonriese. Borró la sonrisa de su rostro y se giró hacia él—. Volviendo al tema… —Aitor se giró hacia él—, ¿has hablado con Anael o con Valeria sobre la posibilidad de hacer un hechizo para poder acompañar a Kata?

—Ya escuchaste lo que nos dijo, nadie puede acompañarla a no ser que esté muerto —acabó ironizando.

Víctor asintió y miró en dirección a Anael.

—Si no te importa, hablaré yo mismo con Anael… —sugirió Víctor.

—Claro, no hay problema —respondió Aitor encogiéndose de hombros—. Pero ahora no —continuó—, debemos preparar todo para el viaje de mañana. Ya habrá tiempo y, como he dicho, disponemos aún de días. Tenemos la ayuda de un ángel y de la Aurora Dorada, paso a paso. —Aitor le sonrió y se alejó de él en dirección a la mesa para seguir poniendo orden entre todos los objetos que debían llevarse.

Víctor asintió. Sabía que su jefe tenía razón. Lo prioritario era preparar todo el dispositivo que deberían llevar al día siguiente a primera hora al jet para el viaje, tanto a Zaragoza como a Escocia. Después, dispondrían de varios días para poder elaborar un plan allí. Sabía que todos se volcarían en ayudar a Katherine llegado el momento, cuando hubiesen solucionado el resto de cosas por hacer, pero aquella espera se le estaba haciendo eterna.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar? —preguntó Anael a su lado.

Víctor la miró y suspiró.

—¿Por qué últimamente eres tan sigilosa? —preguntó desesperado ante la aparición de Anael a su lado.

—Siempre lo he sido —comentó con una sonrisa.

—No, ahora lo eres más —confirmó lo que había dicho antes. Víctor miró hacia delante y se topó con la mirada de Katherine que le sonrió. Sintió cómo su corazón se disparaba y se obligó a tragar saliva. Miró de reojo a Anael y negó—. No —comentó con la voz trémula—. Todo está bien —pronunció iniciando el paso hacia la mesa para ayudar a sus compañeros.

—Víctor… —interrumpió Anael sus pasos. Víctor apretó los labios y se giró. Sabía que Anael era el ángel del amor y, por lo tanto, sabía de aquellos sentimientos que florecían por Katherine incluso antes de que la conociese. Se giró y la miró—. Ella te necesita —susurró. Víctor enarcó una ceja y dio un paso hacia ella.—. Y no me refiero a solo como un cazador.

Víctor se detuvo y tragó saliva frente a ella.

—¿A qué te refieres? —le susurró intrigado.

Ella le sonrió con ternura y cogió su mano.

—Cuando llegue el momento, lo sabrás —comentó antes de distanciarse, sin darle oportunidad a preguntarle más sobre el tema.

—No, espera… Anael… —comentó siguiéndola, aunque la mirada de Miguel le hizo detenerse.

Su compañero iba en su dirección con una mirada intrigada.

—¿De qué hablabas con Anael? —preguntó con una sonrisa pilla, estaba claro que había escuchado algo.

Víctor situó una mano en el pecho de Miguel y lo apartó a un lado sin responderle.

—Qué cansino eres, no sé cómo Elena te aguanta. —Se fijó en que Elena lo miraba extrañada por aquellas palabras—. Hola —le dijo—. De verdad, tienes ganado el cielo aguantando a este —comentó sin esconderse ni un ápice.

Elena rio ante aquel comentario y se encogió de hombros.

—Eh… que va en serio… —insistió Miguel situándose a su lado, lo detuvo con la mano y esta vez se puso serio—. Oye, escucha… —Miró hacia atrás—, yo también estoy preocupado por ella, todos lo estamos… —Aquellas palabras hicieron que Víctor lo mirase fijamente —, ¿Anael tiene algún plan?

Víctor suspiró y finalmente lo miró más serio.

—No lo sé… simplemente me ha dicho que…

—¿Qué? —preguntó más serio, Víctor apretó los labios—. Oye, vale… sé que puedo ser un coñazo, pero no soy tonto y te conozco. Se te nota a leguas cuando una chica te interesa… —Víctor se removió nervioso—, así que cualquier cosa que pueda hacer para ayudarte, lo haré. ¿Qué te ha dicho?

Víctor miró y asintió. Por primera vez Miguel se ponía serio con el tema.

—Me ha dicho que… —tragó saliva—, ella me necesita y no solo como cazador.

Miguel lo miró asombrado y dio un paso atrás.

—Booommm —dijo como si estallase una bomba. Víctor enarcó una ceja dejando claro que no le hacía gracia aquella expresión—. Perdón, perdón… —dijo intentando dejar la broma a un lado—. Antes lo he estado hablando con Marcos y Lucas, todos estamos un poco preocupados por ella… —Víctor suspiró—, así que cualquier cosa que podamos hacer… la haremos sin dudarlo.

En parte se sintió bien sabiendo que no era el único que se preocupaba por ella, que todos tenían en mente la difícil misión que le habían encomendado. Aquello le hizo sentirse menos nervioso.

Se fijó en que Katherine iba con una manta bastante pesada hacia las escaleras.

—Gracias —le comentó a Miguel antes de alejarse, dando por zanjada la conversación. Fue hasta ella y se situó a su lado—. ¿A dónde vas con esto?

Víctor se la quitó de los brazos.

—Iba a subir para instalarme en la planta de arriba —explicó—. Me han dejado unas mantas y la almohada que ves sobre esa silla.

—De acuerdo —dijo Víctor mientras ella cogía la almohada—. Te acompaño.

Víctor la dejó pasar primero para subir los escalones hasta la planta superior, aunque antes de subir se fijó en que Anael los miraba muy atenta.

Estaba seguro de que Anael sabía algo que no quería explicar, aunque, tal y como le había dicho, todo a su debido tiempo.

Tragó saliva y apartó la mirada de ella antes de subir los escalones junto a Katherine con una de sus frases en su mente: *"Ella te necesita, y no solo como cazador"*. Sí, estaba claro que sabía algo que no quería desvelar aún.

—Si lo prefieres puedo prestarte mi habitación —sugirió él—. Estarías más cómoda.

—No, no, tranquilo… —comentó ella con una sonrisa—. Elena me ha ofrecido ir a su casa, pero Aitor no parece estar muy de acuerdo con ello. —Se encogió de hombros—. Me ha ofrecido su habitación también. Prefiero no invadir vuestro espacio.

—No lo invades —comentó él divertido.

Ella lo miró con una sonrisa.

—Tranquilo, Aitor me ha dicho que hay un colchón arriba, en el arsenal de armas de la oficina. Ahora venía a ayudarme.

—Ya te ayudo yo —dijo subiendo los últimos escalones—. Pero de verdad, insisto, no me importa dormir aquí…

Ella se detuvo y se giró hacia él quedando a la altura de sus ojos, pues él estaba aún a un escalón de subir del todo.

—Víctor… —comentó ella sonriente.

Víctor la miró directamente a los ojos y ladeó su cuello.

—Kata —pronunció él, aunque su proximidad le alteró el ritmo del corazón y miró sus labios unos segundos.

—De verdad, no te preocupes —respondió ella que no parecía consciente de lo embobado que él se había quedado—. Dormiré estupendamente aquí —comentó risueña mientras se dirigía a la oficina.

Víctor tardó unos segundos en subir el escalón, intentando controlar sus emociones.

—Te aseguro que dormirías mucho mejor en mi habitación —susurró para él mismo—, y yo también —acabó diciendo antes de seguirla al interior de la oficina.

16

Víctor se echó hacia delante para observar a través de la luna delantera.

Habían salido de su vivienda a las seis de la madrugada y a las siete despegaban del aeródromo de Rozas.

El vuelo había ido bien, habían aprovechado para hablar y una hora y poco después de aterrizar en el aeropuerto de Zaragoza Aitor había llamado a Valeria. La Aurora Dorada se había puesto manos a la obra protegiendo con un hechizo de invisibilidad toda la vivienda, de esa forma el grimorio y el anillo, cuando consiguiesen este último, estarían totalmente a salvo.

Valeria se había encargado de alquilar dos todoterrenos que esperaban en el hangar del aeropuerto, listos para dirigirse a Trasmoz.

En una hora habían llegado al poblado.

Trasmoz era un pueblo muy pequeño, más de lo que habían esperado, y no parecían ni mucho menos avergonzados de ser el único pueblo en el mundo maldito y excomulgado de la Iglesia, pues desde allí podían ver un mirador donde había una bruja presumiendo de ello.

Desde allí, el pueblo se veía sobre una pequeña colina y, en la parte más alta, había un castillo en ruinas. El pequeño poblado se encontraba rodeado de campos de cultivo.

Ante ellos aparecía el cartel que anunciaba que ahí comenzaba el pueblo de Trasmoz.

Miguel, que conducía, había detenido el todoterreno forzando a que el segundo que les seguía con los miembros de la Aurora Dorada, Lucas y Marcos, también frenase. Por suerte, no había vehículos a esa hora por esa zona.

—¿Cogemos ya tierra de aquí? —preguntó Aitor que viajaba de copiloto, cogiendo el *walkie-talkie* para comunicarse con el resto.

—Mejor más para adentro, ¿no? —reconocieron la voz de Liú.

—Adelántate más —le pidió Aitor a Miguel—. Por aquí hay muchos campos de cultivo —comentó—. Tendremos sacos de tierra.

Aitor volvió a coger el *walkie-talkie* y señaló unos metros más adelante, indicando un camino de tierra a mano derecha que permitía la entrada a los campos de cultivo. Ahí podrían hacerse con toda la tierra que quisiesen.

—Tomaremos el desvío de la derecha ahora —pronunció por el *walkie-talkie*.

—Recibido —contestó Liú.

Víctor se giró y miró a Katherine que observaba los campos intrigada. Se acercó a ella deslizándose por el asiento, ella lo miró de reojo.

—¿Sientes algo? —le preguntó en un susurro.

Katherine se giró y negó.

—Nada. —Miró el paisaje y sonrió—. Es una zona bonita.

Miguel llevó el todoterreno por el desvío y lo detuvo en una explanada. El otro todoterreno se detuvo a su lado.

Todos bajaron del todoterreno y miraron alrededor. Sí, la tierra estaba revuelta de haber sembrado.

—Más vale que nos demos prisa o puede que venga el propietario de la finca —comentó Liú descendiendo de su todoterreno.

Daniel rodeó el todoterreno y abrió el maletero.

—Si, ladrones de tierra. No creo que hiciesen mucho —bromeó.

—¿Tienes las palas? —preguntó Marcos situándose a su lado.

Katherine caminó unos pasos hacia delante adentrándose en el campo de cultivo, mirando a su alrededor. El paisaje era bastante austero, no es que fuese muy verde, pero le gustaba. Estaba acostumbrada a la naturaleza salvaje de su zona, sin embargo, aquella región era de una naturaleza más escarpada.

Se agachó sobre la tierra y situó una mano sobre esta.

Cerró los ojos e inspiró intentando sentir algo.

Víctor caminó hacia ella situándose a su espalda, aunque no dijo nada al ver que se estaba concentrando. Situó sus manos en su cintura y observó a sus compañeros cargando palas a sus hombros.

—¿Cuántas bolsas necesitamos? —preguntó Lucas a Aitor, el cual llevaba varios sacos vacíos.

—No sé… —Miró en dirección a Katherine para preguntarle, pero Víctor negó para que no le hablasen en ese momento. Miró a los miembros de la Aurora Dorada que también los acompañaban—. ¿Cuántos kilos?

Liú se encogió de hombros.

—Ni idea… en principio es para hacerle un colchón, ¿no? —señaló a Katherine—. Pues varios sacos, diría yo.

Daniel cogió uno de los sacos de la mano de Aitor y se lo entregó a Miguel para que lo mantuviese abierto. Cogió una pala y la hundió en la oscura tierra comenzando a llenarlo.

—Mejor que sobre que no que falte —comentó mientras hundía de nuevo la pala en la tierra.

Lucas hizo lo mismo hundiendo su pala en la tierra.

—¿Cuántos sacos tenemos? —preguntó a Aitor que entregaba unos cuantos sacos más a sus compañeros.

—He cogido cinco, pero hay más en el maletero. Tenemos veinte.

—Creo que veinte es un poco exagerado —opinó Lucas echando

otra pala de tierra en el saco. Miró a Kemal que mantenía el saco abierto para que echasen tierra en su interior—. ¿Cuánto peso aguanta el jet? Tenemos que transportar todo esto a Escocia.

—No os preocupéis. El jet es para catorce pasajeros y somos diez. Entre las maletas y el material podemos añadir unos ochenta kilos más sin problema —dijo encogiéndose de hombros.

Aitor hizo un gesto gracioso.

—Yo creo que con estos cinco sacos ya tendremos, ¿no? Cada saco es de diez kilos —explicó—. Consiste solo en un poco de tierra para que ella esté en contacto con su cuerpo.

—¿No tiene que cubrirse con ella? —preguntó Lucas mientras echaba otra pala llena de tierra en el saco.

Aitor puso los ojos en blanco y resopló.

—Voy a llamar a Valeria.

—¿La llamo yo? —preguntó Daniel.

—¿Quieres hablar con tu novia? —bromeó Aitor—, Pues llámala tú… —acabó riendo.

Daniel lo escudriñó con la mirada.

—Era solo una sugerencia, jefe… pero vale, ya la llamo yo —dijo mientras sacaba el móvil de su bolsillo.

Víctor se giró de nuevo hacia Katherine cuando esta se puso en pie y abrió los ojos poco a poco.

Cuando los abrió se quedó durante unos segundos en silencio. Víctor estaba a su lado y el sol le daba de lleno en los ojos. Su color era impresionante, de un gris claro que destacaba entre sus pestañas más oscuras.

—¿Has sentido algo?

La pregunta la hizo reaccionar.

—Funcionará —dijo sacudiéndose las manos de tierra.

Víctor la miró confundido y se acercó situándose frente a ella.

—¿Qué has sentido? —le susurró.

Ella tragó saliva y miró de reojo hacia la división.

—No he llegado a sentir nada, no he llegado a viajar —explicó—, pero he comenzado a ver…

—¿El qué?

—Niebla —indicó—, un lugar oscuro.

—¿Te suele ocurrir eso?

—Siempre suelo visualizar el lugar al cual quiero ir cuando tengo un objeto en la mano y, entonces, yo decido si voy o no. El lugar que he visto cuando he pedido si esta tierra me llevaría al infierno…

—Era… ¿el infierno?

Ella tragó saliva y Víctor pudo detectar sus manos temblorosas.

—Creo… creo que sí, aunque no he visto mucho.

—Eh, eh… —dijo cogiéndoselas, en ese momento sintió cómo sus

manos estaban heladas—, tranquila —susurró acariciándoselas para que entrasen en calor. Katherine tragó saliva y lo miró, la delicadeza con la que la acariciaba la cogió de improviso—. Tienes las manos frías —susurró.

Ella tuvo que concentrarse para encontrar las palabras, pues el simple roce de su piel hacía que no pudiese pensar con claridad.

—Suele ocurrirme cuando me concentro.

Ambos se soltaron de la mano y se giraron cuando les sorprendió la voz de Anael allí. ¿No estaba en Lugo?

—Pues comenzáis pronto con los problemas… —comentó Anael que había hecho su aparición en medio del círculo—. Es un simple colchón, no hace falta que sea mullido, simplemente con un centímetro o dos de espesor de tierra para que se tumbe encima ya tendrá suficiente —aclaró como si fuese obvio—, ¿no, Kata? —preguntó girándose hacia ella.

Las miradas de todos se centraron en Katherine y Víctor que se encontraban apartados en medio del descampado.

Katherine dudó un poco antes de responder.

—Sí, claro, con eso bastará —respondió todavía intentando centrarse.

Anael extendió los brazos hacia ellos.

—Pues solucionado.

—Eh, oye… —comentó Miguel sorprendido—, estás en tierra maldita… ¿ya puedes estar tú aquí?

Anael ladeó su cuello y enarcó una ceja en su dirección.

—¿Maldita? Si supieseis las tierras que he llegado a pisar… —ironizó—. El que esté maldita no implica que no pueda pisarla. Es diferente con el infierno, pero por la Tierra puedo ir por donde yo quiera —dijo con una gran sonrisa.

—Ah… vaaaleee —contestó Miguel lentamente antes de abrir el saco para que lo llenasen de más arena.

—Coged esos cinco sacos y os va a sobrar —continuó Anael—. Y, ahora, por favor… Daniel… necesitamos concentrarnos, estamos haciendo el hechizo de invisibilidad. No llaméis hasta que estéis en Escocia, a no ser que tengáis un problema, claro. —Miró a Daniel—, pero para estas tonterías no, por favor.

Daniel miró de reojo a su jefe.

—Pero si… si ha sido él quién… —resopló y movió la mano como si espantase una mosca—, bah, da igual.

—Buen viaje, chicos. Nos vemos en Escocia —comentó Anael antes de desaparecer.

Miguel puso los ojos en blanco y negó.

—Este angelito debería ir con más cuidado antes de aparecer y desaparecer con tanta frescura, al final la pillarán —bromeó mientras

movía el saco para que la arena se aposentase.

—Bueno, pues ya habéis oído, con estos cinco sacos ya nos vale. Venga, llenadlos —ordenó Aitor.

Miguel resopló al escucharle dar esa orden y siguió sujetando el saco.

Diez minutos después cargaban los cinco sacos de arena en el maletero del todoterreno que conducía uno de los integrantes de la Aurora Dorada.

—Bien, rumbo al aeropuerto —dijo Aitor sentándose en el asiento del copiloto. Miró su reloj de muñeca que marcaba las nueve y media de la mañana—. Vamos muy bien de tiempo —pronunció cerrando la puerta con un portazo.

Miguel que conducía, Víctor, Katherine y Daniel entraron también en el todoterreno, acomodándose.

—¿Queréis aprovechar para tomar algo en el pueblo maldito? —preguntó Miguel con una sonrisa hacia su jefe.

—Mejor que no, cuanto antes lleguemos a Escocia, mejor, tenemos mucho que preparar esta noche —comentó mientras cogía el *walkie-talkie*—. Directos al aeropuerto de Zaragoza.

—Qué aguafiestas, jefe —se quejó Miguel mientras encendía el todoterreno y lo hacía girar para tomar el camino de vuelta.

Víctor miró el perfil de Katherine que observaba pensativa por la ventana. Instintivamente, llevó su mano hasta la de ella y se la tomó. Ella se giró y lo miró sorprendida por su gesto.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurro.

—Sí —respondió ella y le sonrió.

Víctor soltó su mano con una caricia y miró al frente, perdiéndose en las llanuras que tenían por delante.

En poco más de una hora despegaban del aeropuerto de Zaragoza rumbo a Escocia, Inverness, y ahora que disponían de casi cuatro horas aprovecharían para descansar, pues la tarde y la noche prometían ser movidas.

Víctor observó los sacos de tierra amarrados al final del jet y se giró hacia el resto del equipo. Daniel y Aitor buscaban los uniformes entre tanta caja.

La voz de Kemal sonó por los altavoces.

—En diez minutos iniciaremos el descenso hacia el aeropuerto de Inverness.

Aitor chasqueó la lengua y miró a Daniel.

—¿Dónde cojones está la caja con los uniformes? —dijo desplazando otra con el pie.

Víctor puso los ojos en blanco, desde luego, esto de planificar un viaje tan rápido era un jaleo. Entre el material para los hechizos, el

material de lucha, sus uniformes, armas y sus maletas con ropa no había quien se aclarase.

—La próxima vez hay que etiquetarlas —propuso Víctor.

—No estaría mal —comentó Daniel arrojando otra de las cajas a un lado, sacándola de encima de otra. Se arrodilló y suspiró—. Creo que es esta. —La abrió y observó los uniformes—. ¡Aleluya! —gritó elevando los brazos.

El grito hizo que Katherine se girase para observarlos. Se encontraba unos asientos por delante. Ella, sin duda, era la más inteligente de todos, pues se había traído un libro para pasar el rato en el trayecto en avión.

—Faltan las botas —indicó Aitor—. Y los cinturones.

—Ya voy, ya voy —contestó Daniel estresado.

Aitor lo miró con una sonrisa de soslayo y se puso erguido para observar por la ventanilla del jet.

Habían tardado un poco en despegar, pues habían tenido que esperar más de media hora a que les diesen pista. Finalmente, a las once y media despegaban del aeropuerto de Zaragoza rumbo a Inverness, Escocia.

El trayecto duraba unas cuatro horas aproximadamente, por lo que llegarían sobre las tres y media de la tarde. A esa hora aún había luz solar, pero en esas fechas a las cuatro y media de la tarde ya comenzaba a anochecer. Teniendo en cuenta que desde el aeropuerto de Inverness a la casita que había conseguido Valeria cerca de Boleskine se tardaba unos cincuenta minutos, lo más lógico era pensar que llegarían allí cuando estuviese anocheciendo. Era mejor extremar las precauciones y estar preparados para cualquier sorpresa… como un ataque vampírico.

La casa que Valeria les había alquilado se encontraba cinco minutos en vehículo antes que Boleskine, caminando serían diez minutos o quince a lo sumo. Estaba perfectamente ubicada para su misión.

—Aquí están —dijo Daniel—. Ea, pues a vestirse.

Víctor se giró para observar a Katherine que parecía inmiscuida en la historia de la novela.

—Kata —la llamó—, vamos a ponernos los uniformes —la informó para que no se asustase si en algún momento se giraba y se encontraba a seis tipos desnudos.

Liú y Jake que permanecían medio dormidos unos asientos por delante elevaron simplemente sus pulgares dándoles el visto bueno.

Katherine se giró y los observó intrigada mientras cerraba su libro.

—¿Los uniformes? ¿Por qué? —preguntó preocupada.

—Es solo para prevenir —comentó Víctor sin alarmarla.

—Seguramente nos anochecerá en el camino a la vivienda —comentó Miguel—, no sabemos si los vampiros…

Se calló cuando Víctor le golpeó en el pecho y negó con la cabeza. Bastante nerviosa estaba con la incursión al infierno como para añadir a los vampiros. Lo que había visto cuando había tocado aquella tierra la había dejado consternada parte del trayecto en avión.

—¿Creéis que nos atacarán? —preguntó en un tono asustado.

Víctor chasqueó la lengua y miró a su amigo enfadado, el cual le respondió con un gesto de timidez.

—No creo… —la calmó Víctor—, es solo por si acaso. Seguramente no sabrán ni que estamos aquí —apuntó gracioso mientras veía cómo el resto de sus compañeros se comenzaban a desvestir sin importarles que ella estuviese mirando.

—El problema que tenemos… —continuó Aitor quitándose la camiseta—, es que los vehículos de los que disponemos aquí en Escocia no tienen sensores ni luz solar.

Víctor resopló. Desde luego que sus compañeros no tenían ni idea de cómo calmar a alguien.

—¿Sensores? —preguntó ella pensativa.

Víctor se giró levemente para observar a todos sus compañeros despelotados poniéndose aquel estrecho traje que se adaptaba perfectamente al cuerpo de cada uno y permitía una total movilidad. Víctor se giró hacia delante para mirar a Katherine, la cual seguía girada hacia ellos, mirándolos, aunque no parecía prestarles atención, sino que más bien parecía mantenerse inmersa en sus pensamientos.

—Para captar agentes biológicos —explicó Víctor. Ella lo miró intrigada—. Vampiros, hombres lobo…

—¿Crees que habrá hombres lobo?

—No, no… bueno, no lo sé, no creo —comentó Víctor.

¿Por qué no se giraba? Bueno, pues… ya puestos, se exhibiría un poco. Cogió la camiseta y se la quitó pasándola por la cabeza y los brazos.

—¿No lo crees? ¿O no hay? —preguntó ella sin apartar la mirada de los ojos de Víctor, tan enfrascada en la conversación que ni siquiera se daba cuenta de lo que Víctor estaba haciendo.

—No sé si hay… —explicó.

—Escocia está plagadita de agentes biológicos —comentó Marcos—. Sobre todo, brujas —explicó a Katherine mientras se subía el uniforme a la altura de la cintura—. Aunque creo que también abundan los vampiros y los licántropos.

Katherine resopló.

—Pues qué acogedor, ¿no? —ironizó ella que volvió a mirar a Víctor, el cual se estaba quitando los pantalones.

Se puso firme, solo vestido con unos *boxer* azul marino y colocó

las manos en su cintura.

—Ya ves, súper acogedor —bromeó él también con una sonrisa provocativa.

En ese momento, Katherine se dio cuenta de su desnudez. Víctor fue consciente desde allí de cómo sus mejillas se coloreaban de color carmín y se giraba lentamente dándoles intimidad.

—No te preocupes, Kata —comentó Aitor colocándose una de las botas—. En cuanto lleguemos a la nueva casa la blindaremos con runas.

Víctor se giró hacia él mientras se ponía el uniforme y lo subía.

—Las runas no protegen de los vampiros —susurró.

Aitor enarcó una ceja.

—Ya lo sé, ¿pero quieres ponerla más nerviosa? —le preguntó su jefe.

Víctor lo escudriñó.

—¿En serio? —ironizó—. Desde luego que hoy estás sembrado, jefe —bromeó.

Víctor acabó de subirse el uniforme, se puso las botas y rodeó su cintura con el cinturón, aunque sin cargarlo de armas aún.

Caminó hacia donde Katherine permanecía sentada mirando esta vez por la ventana y se cruzó de brazos.

—¿Bonitas vistas? —bromeó él.

Ella se giró y lo miró.

—No se ve nada con las nubes —contestó un poco molesta, pues sabía captar perfectamente la indirecta. Se había quedado observándolo mientras se desnudaba, aunque en su favor debía decir que no había sido consciente del todo hasta el momento en que él se había exhibido sin ningún pudor.

—Una lástima —dijo sentándose en el asiento frente a ella.

Katherine chasqueó la lengua.

La voz de Kemal volvió a sonar por los altavoces.

—Iniciamos el descenso —informó.

Aitor fue hasta la parte delantera del jet.

—Escuchad —pidió atención—. En el hangar encontraremos dos todoterrenos. Nos dividiremos en dos grupos. Del grupo dos se encargará Miguel. —Se señaló a sí mismo—. Conmigo vienen Kata, Víctor, Marcos y Kemal. El resto con Miguel en el todoterreno dos. —Todos asintieron—. Las cajas, las maletas, la tierra… las transportaremos rápidamente a los maleteros. Aseguraos de poner las cajas con armas en la parte superior por si hacen falta y, sobre todo, antes de bajar del jet cada uno de vosotros deberéis llevar una linterna de luz solar —se las mostró—. Se usan como cualquier linterna, emite una luz muy potente similar a la solar, por lo que cuando un vampiro se acerca se desintegra. Si hay algún problema, encendedlas. —Se fue

hacia un lado cuando el jet sufrió una turbulencia. Se sujetó a un asiento y miró por la ventana. Sí, estaban atravesando una oscura nube, sin duda, el día de por sí ya era oscuro—. El resto, como siempre, iremos provistos de dagas y pistolas. —Otra turbulencia hizo que Aitor resoplase—. Nos dirigiremos directamente a la casa y vosotros… —señaló a los miembros de la Aurora Dorada—, necesito que protejáis la vivienda en cuanto pongamos un pie en ella. —Miró de nuevo por la ventana—. Viendo cómo está el día y lo pronto que está anocheciendo, será mejor que vayamos mañana a primera hora a investigar la casa Boleskine, no quiero arriesgarme ahora sin conocer el terreno.

—Me parece bien —opinó Víctor—. Así podemos hablar de otros asuntos.

—Y… tendremos que ir a comprar comida, ¿no? —preguntó Daniel que se llevó la mirada de todos—. ¿Qué? Tendremos que comer, ¿no?

Aitor asintió.

—De camino a la casita paramos un momento y cogemos cuatro cosas, ¿de acuerdo? —miró a Daniel y enarcó una ceja—. Tragón.

—Me parece bien, jefe —contestó este.

Otra turbulencia hizo que el jet se moviese de un lado a otro. Aitor volvió a resoplar y se sentó en el asiento rápidamente.

Víctor miró por la ventana justo cuando el jet atravesaba las nubes. Un frondoso bosque rodeaba el enorme lago Ness. Las vistas eran espectaculares, aunque las ventanillas se llenaron rápidamente de gotas de lluvia.

—Odio este tiempo —susurró Víctor—. Siempre está lloviendo.

Katherine lo miró de reojo y sonrió.

—Es un lugar hermoso y, sí, supongo que con sol debe de ser más bonito.

Ambos se miraron con una sonrisa en sus labios hasta que otra turbulencia hizo que Katherine se sujetase al asiento.

—Bueno, a ver si conseguimos aterrizar en vez de estrellar el avión —comentó Marcos desde atrás bastante nervioso con la situación, pues el jet se movía de un lado a otro.

—Estamos atravesando una zona de turbulencias —informó Kemal a través de los altavoces.

—¿No me digas? —ironizó Víctor.

Todos respiraron tranquilos cuando finalmente el jet tocó tierra y frenó un tanto brusco.

—Bueno, seguimos vivos —ironizó Miguel—. Genial.

17

La casa se encontraba cerca del lago Ness, de hecho, desde uno de los balcones traseros podía verse.

Era enorme, de madera y de tres plantas. Valeria había conseguido localizar una mansión que les permitiría hacer todos los preparativos necesarios. Por espacio no sería.

La planta baja contaba con un enorme comedor, cocina, varias habitaciones y un par de baños.

El comedor era bastante amplio, con una chimenea en un lateral, acristalada, con una suave moqueta enfrente.

En una de las paredes habían colgado la televisión rodeada de varios sofás que, aunque no conjuntaban, pues cada uno era de un color, parecían bastante cómodos. Una enorme mesa en el otro lateral del comedor precedía a la cocina. No era muy grande, pero les permitiría alimentarse los días que estuviesen allí.

Nada más atravesar el comedor había un pasillo que conducía a cuatro habitaciones y dos aseos, uno con ducha, el otro era muy sencillo.

Las habitaciones eran todas dobles, ya que o bien disponían de una cama de matrimonio o de dos camas. Las habitaciones eran austeras pero cómodas. Cada una disponía de un armario y dos de ellas, las más amplias, tenían un escritorio.

En la planta superior había seis habitaciones más, cuatro de ellas iguales que las de la planta inferior y, además, una de ellas con aseo incluido.

El resto eran dos grandes salas de juegos, una de ellas con billar, otra con un futbolín. Las dos poseían altas estanterías repletas de juegos de mesa con los que pasar el tiempo.

Aquello parecía una casa rural donde iban grupos de jóvenes a pasar un fin de semana.

Víctor se acercó a la ventana mientras observaba cómo el sol se escondía tras las montañas.

—Hay que organizarse —comentó Aitor acelerado mientras depositaba una de las cajas en el suelo—. Por favor… —miró a Liú, Jake y Kemal—, necesito que protejáis la casa con las runas necesarias para que ningún espíritu demoníaco pueda entrar. El resto —dijo girándose hacia la división—, cerrad y bloquead todas las ventanas, colocad linternas de luz solar allá donde creáis que puede convertirse en una entrada para un vampiro…

—¿Y la chimenea? —preguntó Marcos dando unos pasos hacia

ella.

—Iluminadla también. Lucas —dijo Aitor acelerado— ¿Habéis traído las bandas de luz?

—Claro, pero se tarda un rato en instalarlas —comentó Marcos.

Aitor asintió y miró hacia la ventana antes de que Víctor la cerrase. Ya era demasiado tarde como para ponerse a instalar cosas fuera de casa, pues sabía que los vampiros se regían sobre todo por el olor, así que cuanto menos saliesen afuera, mucho mejor. Lo bueno era que ya habían comprado comida suficiente como para pasar al menos aquella noche y el día siguiente, así que no tenían por qué salir más.

—Las instalaremos mañana a primera hora, ahora prefiero que no salgamos más. Poned velas aromáticas por toda la casa —siguió ordenando mientras avanzaba por el salón e iba hacia otra de las ventanas para cerrarla con el pórtico de madera.

Katherine se había situado a un lado para no molestar y los veía a todos moverse, incluso desplazar mesas y estanterías para cerrar ventanas.

—Miguel, Lucas y Daniel, id a la planta de arriba y acondicionadla. Poned las linternas —ordenó mientras veía cómo los integrantes de la Aurora Dorada cogían la caja que Valeria había preparado y comenzaban a trazar las runas en la pared con *spray*. Se quedó sorprendido—. Eh… —dijo al ver que pintaban encima—, esa pintura… ¿se marcha? No creo que al propietario de la vivienda le haga mucha gracia ver sus paredes pintadas.

Kemal le mostró el bote.

—Según esto… sí —comentó—. Es pintura lavable. Valeria nos dijo que con aguarrás se iría. Llevamos tres botes en la caja.

—De acuerdo. —Suspiró y se pasó la mano por la cara, agobiado—. Va a ser una larga noche —susurró para él, pero Katherine lo escuchó y lo miró preocupada.

—Hay… ¿hay algo que yo pueda hacer? —preguntó mirando de un lado a otro.

Aitor se dio cuenta en ese momento y suavizó los rasgos de su rostro.

—No, tranquila.

—¡Las cinco de la tarde y ya es casi noche cerrada! ¡Menuda mierda! —escucharon que gritaba Lucas desde la planta alta.

Víctor movió una estantería pesada colocándola frente a la puerta de acceso y se sacudió las manos, pues tenía un poco de polvo. Se giró y miró a Katherine que permanecía allí de pie, observándolos en parte asustada, pues en ese momento reinaba la histeria colectiva entre todos.

—Eh —dijo acercándose. Situó una mano en su hombro y le

sonrió intentando calmarla—. No te preocupes…

—Parecéis nerviosos.

—Hay muchas cosas que hacer y el tiempo se nos echa encima, es solo eso —pronunció con voz tranquila—. Los vampiros no suelen atacar hasta medianoche…

—Ya, bueno… —comentó Marcos—, en España anochece más tarde. Vete a saber el puñetero horario que tienen los vampiros aquí —dijo pasando por su lado, dirigiéndose a la chimenea para poner una linterna frente a ella y poder activarla en caso de que fuese necesario.

Víctor chasqueó la lengua y miró de reojo a Katherine. Cogió una de las linternas que había sobre la mesa.

—Toma, con esto no podrán acercarse… si es que vienen —comentó con voz tranquila, intentando apaciguar a la joven. Se la tendió y sintió cómo una mágica corriente de electricidad recorría su espalda cuando su piel sintió la de ella. Ella tuvo que notar también aquella suavidad porque tragó saliva y lo observó a los ojos. Katherine parecía realmente asustada—. No te preocupes, hemos estado en peores situaciones.

Ella ladeó su cuello, incrédula.

—¿Como cuáles?

Él se encogió de hombros.

—Hace poco estuvimos en Estambul protegiendo el grimorio del rey Salomón, en el palacio de Ishak Pachá. —Rio al recordarlo—. Esa sí que fue una larga noche. —Volvió a colocar una mano en el hombro de Katherine—. No te preocupes, estás en buenas manos —comentó antes de distanciarse para seguir acorazando la vivienda.

Astaroth cerró la comunicación con Farid alzando una mano.

En cuanto el hechicero supremo de Thelema desapareció del espejo sus dientes rechinaron y todo su cuerpo se puso en tensión. Por lo que le había explicado Farid, la división junto a la viajera se encontraban en Escocia, concretamente en Inverness. Sabía perfectamente a lo que iban allí.

En esa zona se encontraba Boleskine, la casa que había pertenecido a Aleister Crowley desde el año 1899. Con más de 300 años de antigüedad y situada a la orilla sur del lago Ness, tenía 14 hectáreas de extensión. Durante el tiempo que aquel hombre al que apodaban “el hombre más malvado del mundo” o “La bestia 666” residió allí, convocó a más de 115 espíritus, entre ellos, a Lucifer. En aquel momento se había abierto un portal con el infierno del que aún permanecían sus reminiscencias, de ahí que aquella casa siguiese siendo considerada como uno de los lugares más embrujados del mundo. Aquel lugar, gracias a la energía con la que se había nutrido Aleister para abrir el portal con el infierno, hacían de él un lugar

propicio para que la viajera descendiese a los infiernos.

Desde luego, la división sabía bien lo que se traía entre manos, pero no iba a permitir que nadie arruinase sus planes. Llevaba demasiados milenios esperando su ansiada venganza, milenios que había pasado encerrado en una botella con la única esperanza de ser liberado en algún momento y poder escapar de aquel lugar, poder tener su ansiada libertad.

Aquel puñado de humanos no evitaría lo que estaba por venir.

Fue al centro de su alcoba y respiró hondo mientras sujetaba entre sus dedos el colgante que Lilith le había dado y que aún portaba parte de su sangre. Ya no le era necesario, pues la madre de todas las bestias había sido derrotada y ahora él controlaba a aquellas criaturas. Podía controlarlas a su merced, pero había algo que le faltaba. Lilith podía comunicarse con ellos sin problema, él necesitaba aquel colgante para hacerlo.

Aquello no era ninguna molestia, lo importante era tenerlos a su disposición para llevar a buen puerto sus planes.

Llevó el medallón hasta sus labios mientras recordaba las palabras que Farid le acababa de pronunciar.

—Acudid a Inverness, a la orilla sur del lago Ness. Ahí hay una casita de madera de madera de tres plantas rodeada de bosque y con una terraza donde hay varias tumbonas —explicó dándoles las órdenes—. En su interior se encuentra la división junto a la viajera. —Inspiró profundamente—. No me importa la división. Acabad con la viajera cueste lo que cueste —ordenó—. Que no comience un nuevo día con la viajera con vida. ¡Acabad con ella! —gritó con tanta rabia que hasta las paredes de piedra que lo rodeaban temblaron—. Y, cuando acabéis con ella, entonces, y solo entonces, id a por la división —zanjó con los dientes apretados.

Dejó de nuevo que el colgante reposase sobre su pecho y se observó en el espejo. Aquellos milenios en el interior del recipiente habían provocado que perdiese su color de piel, sus rasgos estaban más marcados y su piel blanquecina.

Jamás volvería a permitir que lo atrapasen. Ni siquiera había pedido un número concreto de vampiros para que fuesen a por ellos. No, toda bestia que estuviese cerca acudiría, y sabía que Escocia no escaseaba de ellas. Cuando estuviesen todos reunidos organizaría el mayor ataque que pudiesen imaginar. Él, por su condición, había sido un serafín del trono de Dios y, como tal, tenía una extensa formación militar, era uno de los encargados de defender a Dios frente a sublevaciones. Qué ironía del destino que, eones más tarde de su creación, ahora él fuese la verdadera amenaza.

Sí, lo conseguiría.

Abrió el armario y observó de nuevo su hermosa armadura

plateada, así como aquella arma tan poderosa que solo él podía usar, creada específicamente para él. Pasó sus dedos delicadamente por el arco de plata y por las largas flechas de casi un metro de largo.

Sabía que el día de escapar del infierno se acercaba, podía presentirlo. Ese día iniciaría la guerra más despiadada contra todos aquellos que lo habían mantenido preso.

Suplicarían clemencia.

Se giró cuando sintió unas presencias tras él.

Astaroth se puso firme al observar las imponentes figuras de Lucifer y Belcebú a la entrada de su alcoba, bajo el marco de la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Belcebú, pues estaba claro que habían escuchado su grito de angustia.

Astaroth se pasó la mano por su túnica negra, alisándola, intentando aparentar serenidad.

—En breve derrotaremos a aquellos que quieren mantenernos en este lugar —contestó con voz lúgubre.

Lucifer alzó el mentón y dio unos pasos hacia él, con gesto serio.

—¿Has recuperado ya el grimorio?

—Aún no, pero falta poco —contestó Astaroth—. Todo va según lo planeado —contestó. Belcebú también dio unos pasos adelante, situándose al lado de Lucifer, esperando a que Astaroth continuase con su explicación—. La división de humanos se ha hecho con una viajera… —acabó explicando.

Fue Lucifer quien ladeó su cabeza y enarcó una ceja.

—¿Planean hacerse con el anillo? —ironizó—. Pobres mortales. Si uno de ellos se atreve a poner un solo pie en el infierno no durará ni un segundo.

—Lo sé, pero no lo harán —sentenció—. Esta noche enviaré una horda de vampiros tan grande que acabarán con todo ser vivo y, en especial, con la viajera. Sin la viajera no tienen nada que hacer —continuó con los dientes apretados. Belcebú y Lucifer lo miraban fijamente hasta que asintieron ante su explicación—. Además, Gadreel nos…

—¿Gadreel? —ironizó Belcebú—. ¿El mismo ángel caído que perdió el grimorio a manos de esos humanos? —Estuvo a punto de escupir al acabar aquella frase—. Puede que sea uno de los ángeles caídos con más poder, pero fracasó en su anterior cometido.

Astaroth elevó su mano hacia él solicitando que se tranquilizase.

—Calma, Belcebú, aunque no lo creas todo está controlado —pronunció con una maléfica sonrisa—. Todo va según lo que había dispuesto. Esta noche atacaré con todo mi ejército de vampiros y, en breve, el grimorio también será nuestro.

Lucifer y Belcebú lo miraron fijamente, pensativos, hasta que

volvieron a asentir.

—Está bien, confiamos en ti, Astaroth. Arriesgamos mucho para traerte de vuelta y que lograses sacarnos de aquí. No nos decepciones —comentó Lucifer antes de darse media vuelta.

Belcebú lo siguió afuera de aquella estancia dejando a Astaroth solo de nuevo.

Sí, sabía que habían arriesgado mucho liberándolo, pero también sabía que él era la única esperanza que tenían para abrir las puertas del infierno y librar una guerra contra los cielos. Él era el único capaz de empuñar aquella arma tan potente.

Fue de nuevo hacia el centro de su estancia y cerró los ojos mientras cogía el colgante para transmitirle sus órdenes a los vampiros. Organizaría tal embestida que ningún mortal la soportaría ni sobreviviría a ella.

Liú depositó una gran bandeja de arroz en medio de la mesa.

Arroz, patatas y unos trozos de carne para reponer energías después del largo viaje y del trabajo realizado durante aquella tarde.

Creían tener la casa más o menos protegida o, al menos, eso creían. Sabían que contra los vampiros no podían emplear ningún símbolo, pero los miembros de la Aurora Dorada habían recorrido toda la casa dibujando sellos y runas que permitirían que la vivienda estuviese protegida contra los demonios.

Después de comer se habían sentado en el salón para organizarse. Todos debían descansar, así que harían turnos de dos personas: uno vigilando en la planta superior y otro en la inferior. Cada turno sería de dos horas, mientras tanto, el resto podría descansar.

Habían comido y recogido todo y, cerca de las diez de la noche, se habían sentado en el comedor, todos reunidos para configurar el plan para el día siguiente.

—Nos levantaremos al alba —explicó Aitor—, según internet a las siete y veinte amanece, así que a esa hora todos estaremos ya preparados para salir de casa. —Miró el mapa que había extendido sobre la mesa y señaló un punto—. Esta es la zona donde se encuentra Boleskine, a unos diez minutos a pie de aquí. —Miró a Liú—. La parcela es enorme, al igual que la casa, ¿en qué zona se supone que es mejor hacer la incursión?

Liú se removió nervioso y al final se cruzó de brazos.

—En el interior de la casa —comentó pensativo—. La mansión es una única planta con un cuerpo central y dos alas bien diferenciadas con una decena de cuartos y amplios salones. —Inspiró hondo—. Aleister Crowley necesitaba un lugar amplio, discreto y alejado para sus rituales, con la entrada orientada hacia el norte. En realidad, Boleskine no cumple ese requisito, pero a él le gustaba tanto la

propiedad que se la compró y construyó él mismo una puerta adicional con orientación al norte. —Apretó los labios y miró con intensidad a Aitor—. Creemos que allí era donde realizaba la mayor parte de sus rituales. —Miró el mapa y señaló un punto—. Debemos buscar una puerta en un recinto pequeño, como si se tratase de un recibidor, con una puerta orientada al norte.

—Estupendo. —Miró a los miembros de la Aurora Dorada que se encontraban en el salón—. Respecto a la tienda de campaña que vamos a usar…

—Sí —continuó esta vez Jake—. Hemos dibujado las runas necesarias para realizar el hechizo de invisibilidad, pero este debe hacerse en el lugar donde vaya a estar clavada la tienda de campaña, así que mañana cuando encontremos la zona podemos hacerlo ahí mismo. Necesitaremos un par de horas.

—Claro, mañana disponemos de todo el día, no hay problema —comentó Aitor.

Aitor miró de reojo a Víctor, el cual se mantenía de pie apoyado contra la pared y luego observó a Katherine que permanecía sentada en el asiento.

—Respecto a la incursión en el infierno —comentó más serio—. Debemos encontrar alguna forma de ayudar a Kata para encontrar el anillo. —Miró a los miembros de la Aurora Dorada—. ¿Se os ocurre algún ritual, hechizo… algo que pueda ayudarle a encontrar el anillo?

Liú chasqueó la lengua mientras veía cómo Katherine se incorporaba en el sofá, interesada por lo que iban a discutir.

—Estuvimos comentando esto mismo con Valeria. Creo que os explicó un hechizo por el que podríamos encontrar un anillo con una fuerza similar a las réplicas que tenéis…

—Ya —intervino Víctor—, pero Valeria dijo que seguramente no funcionaría porque el verdadero anillo del rey Salomón tiene mucho más poder.

—Exacto —asintió Liú—. Está claro que el anillo debe estar en poder de Astaroth o de alguno de los grandes príncipes del infierno.

—Eso no ayuda mucho —comentó Aitor.

—¿Y un hechizo que le permita a ella saber dónde se encuentra? —insistió Víctor.

—No conocemos el terreno del infierno, ni siquiera tenemos un mapa…

—¿Y cómo se supone que va a encontrarlo? —insistió Víctor bastante nervioso, lo que llamó la atención de todos los miembros de la división—. Algo tendremos que hacer. Kata no puede aventurarse en un lugar como ese sin conocimiento. La verán. —Se removió nervioso—. ¿Se podría hacer un hechizo de invisibilidad a su yo espiritual? Quizá, si no la viesen, podría moverse entre todos esos

putos demonios y ángeles caídos.

Liú apretó los labios sin saber cómo responder a eso.

—Los hechizos de invisibilidad pueden realizarse sobre cosas tangibles, no sobre…

—¿Y entonces? —preguntó elevando los brazos hacia ellos—. ¿Qué hacemos? Tampoco queréis conjurar a ningún demonio para preguntarle, así que… decidme, ¿cuál es la idea?

Katherine alzó la mano con bastante timidez.

—Quizá… y solo digo quizá… —propuso temblorosa—, pueda materializarme directamente donde se encuentre en anillo —indicó.

—¿Podrías hacer eso? —preguntó Víctor.

—Sí tuviese una prenda del rey Salomón o algún objeto de él… —propuso ella.

—Tenemos el grimorio —recordó Marcos.

—Algo sin energía que pueda contaminarme —matizó ella—. No sé, si tuviese algo de ropa, una copa, algo de él… quizá…

Víctor miró a la Aurora Dorada.

—¿Tenéis algún objeto del rey Salomón?

—Que yo sepa no, pero lo podemos preguntar —respondió Liú.

Kemal intervino en la conversación.

—Podemos llamar al vaticano, quizá ellos tengan algo que…

Se calló de inmediato cuando todos escucharon un alarido en la lejanía que les heló la sangre.

Hubo un silencio generalizado.

Katherine se removió nerviosa en el sofá, encogiéndose como si se tratase de un ovillo.

Otro aullido llegó desde la lejanía, esta vez con más intensidad, y provocó que todos volteasen su cuello y mirasen hacia las ventanas tapiadas.

—¿Qué… qué es eso? —sollozó Katherine.

Víctor tragó saliva y miró directamente hacia su jefe, el cual lo miró con la misma intensidad.

—Ya vienen —susurró Aitor confirmando lo que Víctor también pensaba.

18

Una vez Aitor hubo pronunciado aquellas palabras todos se movieron rápidamente.

Katherine se quedó paralizada. ¿Realmente iban a sufrir un ataque por parte de los vampiros? ¿Aquello estaba ocurriendo en realidad?

Víctor fue directamente hacia ella y la cogió de la mano poniéndola de pie. Katherine no decía nada, simplemente miraba de un lado a otro asustada.

Sin soltar su mano, de una patada, Víctor movió el sofá al otro lado del salón. El sofá se desplazó hasta la pared de madera y chocó contra esta.

Soltó su mano y cogió las dagas que Miguel le tendía, colocando varias en su cinturón, y, posteriormente, cogiendo un arma. Katherine tragó saliva cuando vio que sujetaba un arma. Este la abrió y observó su cargador, volvió a introducirlo y la colocó también en su cinturón.

Todos se detuvieron cuando escucharon unos golpes que provenían de la planta superior, sobre el tejado. Los golpes eran fuertes y secos.

Katherine elevó su mirada hacia la planta superior, temblorosa, y dio un paso atrás. Instintivamente, Víctor cogió su mano y la atrajo hacia él.

—Haz todo lo que te digamos —le susurró.

Katherine no pudo ni hablar, el corazón se le iba a salir por la boca.

Víctor miró a Aitor y señaló hacia arriba.

—Están en el tejado —susurró muy bajo.

Aitor asintió y se giró hacia Miguel y Daniel. Señaló hacia arriba.

—Encended las linternas de la planta superior —ordenó.

Ambos asintieron y, por primera vez, Katherine pudo ver la velocidad a la que se movían.

Dio otro paso hacia atrás, totalmente asombrada.

—Tranquila —susurró Víctor sin soltar su mano.

Ella tragó saliva y miró de reojo a Víctor.

—Tú… ¿tú también puedes…?

—Shhh —dijo con ternura.

En ese momento se escuchó cómo más vampiros caían sobre el tejado. Todos miraron hacia arriba, nerviosos por el gran número de pisadas y golpes que se escuchaban. ¿Cuántos había?

Katherine dio un respingo cuando estos comenzaros a gritar de

una forma aguda. Apretó más fuerte la mano de Víctor y cerró los ojos intentando calmarse. Estaba en compañía de cazadores, además, cazadores experimentados, nada podía ir mal. Había escuchado cómo repasaban el plan una y otra vez por si eran atacados, cómo debían actuar y los movimientos que debían hacer… pero no esperaba que si llegaba el momento fuese tan aterrador, ni siquiera podía llegar a comprender cómo la mano de Víctor no temblaba, se mantenía totalmente firme. Observó cómo extraía una de las dagas de su cinturón con pulso firme.

En ese momento, supo que las linternas de la planta superior se habían encendido, pues una intensa luz se filtró a través de la escalera.

Los gritos de los vampiros se hicieron más agudos.

Aitor miró a Marcos y le señaló con la cabeza que se dirigiese a una de las ventanas para observar por un resquicio. Sabían que eso no detendría a los vampiros, pero sí ganarían algo de tiempo.

Marcos se movió en dirección a la ventana a gran velocidad. Entre las maderas con las que la habían tapiado observó el exterior.

Había total oscuridad, a duras penas podía ver el bosque que los rodeaba, todo estaba negro, incluso el cielo cubierto por una gran masa de nubes que no dejaban filtrar la luz de la luna y las estrellas. Aun así, pudo ver cómo decenas de vampiros se dirigían hacia allí corriendo entre los árboles. Tragó saliva y permaneció quieto, observando. Los vampiros no dejaban de salir del bosque, corriendo hacia la vivienda a gran velocidad.

Dio un paso atrás mientras extraía la daga de su cinturón.

—¿Cuántos hay? —le susurró Aitor.

—Demasiados —respondió Marcos con la vista clavada en la ventana mientras retrocedía poco a poco.

Katherine se situó más cerca de Víctor cuando escucharon cómo, a través de las paredes, los vampiros corrían rodeando la vivienda.

Víctor miró a Katherine, estaba pálida por el miedo.

Tiró de ella hacia el centro del comedor e indicó al resto de la Aurora Dorada que se acercasen lentamente hacia allí.

En el centro habían montado un círculo con linternas de luz solar que deberían encender en el momento en que los vampiros hiciesen acto de presencia en la vivienda.

Sabía que los miembros de la Aurora Dorada no tenían la capacidad de lucha ni la agilidad de ellos, pero dominaban la magia.

Si los vampiros querían llegar hasta Katherine primero deberían acabar con la primera línea, ellos, los cazadores que no se iban a dejar ganar tan fácilmente y, luego, enfrentarse a la magia de la Aurora Dorada.

Kemal, Liú y Jake entraron en el círculo junto a Katherine que

aún se mantenía sujeta de la mano de Víctor, pero cuando este hizo ademán de soltarla para tomar posición ella se la apretó más fuerte.

—No —sollozó incapaz de soltarla. No sabía por qué, pero con él se sentía a salvo.

—Tranquila —le susurró acariciando su mano con el pulgar—, no me moveré de aquí.

Ella tragó saliva y se mordió asustada el labio mientras Víctor soltaba su mano delicadamente, una mano que temblaba en exceso.

El grito de todos los vampiros en el exterior provocó que Katherine se agachase en el suelo muerta de miedo y se tapase los oídos mientras apretaba los dientes.

—¿Han venido todos los putos vampiros de Escocia o qué? —ironizó Lucas mirando de un lado a otro, con una daga en cada mano.

Víctor extrajo otra daga con la otra mano que ahora tenía libre y miró en dirección a la ventana justo cuando el estallido de los cristales en la planta superior los alertó a todos.

En la planta superior, Miguel y Daniel se agacharon para esquivar las garras de un vampiro y fue el propio Daniel quien atravesó el pecho de este. Ambos se quedaron totalmente asombrados por lo que habían visto. Jamás habían observado un comportamiento como aquel en los vampiros.

Miguel situó de nuevo la linterna enfocando a la ventana para que no se acercasen.

Habían sido tres vampiros en fila india: el primer vampiro se había convertido en cenizas por la luz solar de la linterna en cuanto había atravesado el cristal, el segundo, nada más aterrizar en el suelo y el tercero, que había permanecido escondido tras la espalda del segundo, había podido lanzar un ataque contra ellos, aunque por suerte lo habían podido repeler sin problemas.

—¿Están locos? —preguntó Miguel asombrado. Un comportamiento así no era habitual en los vampiros, no solían cubrirse de aquella forma para lograr un fin y suicidarse para que otro pudiese conseguir el objetivo de llegar hasta ellos y, concretamente, hasta Katherine.

Se giraron cuando la voz de Aitor les llegó desde abajo, al pie de la escalera.

—¿Todo bien?

Daniel dio unos pasos hacia atrás para no tener que gritar.

—Estos vampiros son unos putos kamikazes —dijo mientras enfocaba con su propia linterna de un lado a otro para cubrir la zona —. Se cubren entre ellos aun sabiendo que van a morir para intentar entrar.

Aitor apretó los labios al escuchar aquello.

—Reciben órdenes del mismo Astaroth —recordó Liú—, uno de

los ángeles guerreros con más poder, un comandante de Dios.

Daniel y Miguel avanzaron hacia los vampiros que entraban en fila por otra de las ventanas, provocando que cientos de cristales saliesen volando por los aires.

Miguel se agachó esquivando las uñas del primero de los vampiros y elevó su pierna para golpear al segundo que entraba. Daniel fue directo a por el siguiente, rematándolo con una daga en el pecho, aunque no esperaba la incursión de un cuarto vampiro que lo arrojó al suelo con un fuerte golpe. Rodó y se incorporó justo cuando Miguel lo atravesaba con una daga por la espalda.

El vampiro se hizo cenizas y Miguel miró a su compañero con una sonrisa mientras este se ponía en pie.

—De nada —comentó haciendo girar su daga entre sus dedos.

Daniel puso los ojos en blanco, pero su mirada fue hacia la ventana que ahora se mantenía sin cristal ni maderas de protección.

—Joder —susurró—. Mierda.

Miguel se giró de inmediato para ver cómo una horda de vampiros de al menos sesenta individuos se dirigía directa hacia esa ventana.

—¡La linterna! —dijo señalando a su compañero. Daniel la cogió y apuntó directo a la ventana con ella—. ¡Se acercan! —gritó Miguel cogiendo otra de las linternas y apuntando a la ventana.

—Son demasiados —susurró Daniel dando unos pasos hacia atrás —. ¡Joder! ¡Están todos los putos vampiros de Escocia aquí! —gritó.

Víctor dio un paso hacia Katherine, sabía cuál era la causa de que se dirigiesen a aquella casa: acabar con ella y, por lo tanto, con la amenaza de conseguir el anillo.

—¡Dejad las linternas encendidas en posición y bajad aquí! —les gritó Aitor ya sin controlarse.

Miguel y Daniel encendieron todas las linternas provocando que toda la segunda planta se iluminase con una intensidad que prácticamente no les permitía abrir los ojos.

Corrieron hacia la escalera y descendieron a toda prisa mientras controlaban cómo los vampiros ya se acercaban formando un grupo.

Miguel y Daniel, una vez abajo, se situaron al lado de sus compañeros.

—Encended las linternas —ordenó Aitor a los miembros de la Aurora Dorada.

Doce linternas los rodeaban enfocadas hacia arriba, creando unos rayos de luz semejantes a los barrotes de una prisión y en el interior estaban ellos. De aquella forma se aseguraban de que estuviesen más protegidos.

Miguel miró al grupo de la Aurora Dorada y a Katherine y negó hacia Aitor.

—No les importa sacrificarse —pronunció—. Putos vampiros —dijo asiendo fuerte la daga en su mano—. Conseguirán entrar.

—Ceñíos al plan —recordó Aitor mientras escuchaban ya los alaridos de la segunda planta.

Los gritos de los vampiros se fueron ampliando al intentar entrar en la segunda planta, seguramente sacrificándose muchos de ellos para poder avanzar poco a poco. Aquello era una locura.

Los gritos se iban intensificando a cada segundo.

—Mierda —susurró Víctor cuando se dieron cuenta de que cada vez había menos luz solar en la planta superior—. Deben de estar rompiendo las linternas.

Unos gritos les hicieron estremecerse y Katherine se apretó más los oídos mientras cerraba los ojos con fuerza. El miedo era tan intenso que creía que podría desmayarse en cualquier momento. El corazón le iba a una velocidad que no había conocido hasta ese momento y ni siquiera podía controlar la respiración. Si no se controlaba acabaría hiperventilando y mareada. No era el momento. Abrió los ojos y buscó entre las piernas de sus compañeros de la Aurora Dorada, los cuales se encontraban de pie protegiéndola, formando un triángulo, preparados para lanzar un hechizo cuando fuese necesario y neutralizar al adversario.

Entre Kemal y Liú y aquellos barrotes de luz pudo observar a Víctor que se encontraba ante ellos, con una daga en cada mano.

En ese momento lo comprendió. No sufría solo por ella y por sus compañeros, sino, sobre todo, por él. Él representaba ahora mismo su único pilar, aquella persona que se encontraba a su lado desde un principio apoyándola y dándole muestras de cariño. ¿Estaba enamorada de él? Sí, la respuesta, sin duda, era afirmativa. No importaba si lo conocía de hacía pocos días, había algo en él que la atraía, que le hacía desear estar cerca de él a cada segundo, sentir su mirada, recibir sus sonrisas.

Lucas dio un paso a un lateral, acercándose a la pared, pero Aitor lo detuvo.

—Aún no —ordenó señalando a Lucas. Miró hacia la puerta de la planta superior—. Dejad que se acerquen. Cuantos más nos carguemos, mejor —comentó Aitor con los dientes apretados.

Víctor se giró lo suficiente para observar a Katherine arrodillada con las manos en los oídos, totalmente atemorizada.

Todos escucharon la proximidad de los gritos, sin duda, a base del sacrificio de muchos de aquellos vampiros los demás se estaban aproximando a las escaleras.

—¡La luz de las escaleras, ahora! —ordenó Aitor—. ¡Preparad las armas!

Marcos se movió rápido hacia la escalera que habían iluminado

con varias linternas.

El resto guardó las dagas en su cinturón y extrajo las pistolas con las balas de plata en su interior. Aunque no lograsen atravesar su corazón y acabar con ellos al menos la plata los debilitaría.

Katherine no pudo evitar gritar cuando observó cómo uno de aquellos seres que suponía que debían de ser vampiros atravesaba la puerta y se sujetaba con fuerza al techo, clavando sus uñas en la madera y apoyando los pies, como un felino que trepa.

Se quedó sin respiración cuando el vampiro miró en su dirección y gritó con tanta fuerza que tuvo que taparse de nuevo los oídos. Había sido un solo segundo, pero la imagen la había dejado totalmente conmocionada. Aquella piel blanquecina, los enormes colmillos sobresaliendo de su boca abierta para emitir aquel agudo grito, aquellos ojos…

Víctor fue el primero en disparar en dirección a ese vampiro, el cual se movió rápidamente esquivando la bala. Avanzó arrodillado por el techo, pues al menos ahí no daba la luz de las linternas, pero Marcos se situó bajo él y disparó en el centro de su pecho. Se apartó para que las cenizas no cayesen sobre su pelo justo cuando, esta vez, un grupo de vampiros que avanzaban desesperados se engancharon también al techo, imitando al anterior, moviéndose con gran agilidad y evitando las balas que comenzaban a dispararles.

Liú estiró sus brazos hacia delante.

—¡Adhuc! —gritó hacia uno de los vampiros que avanzaba por el techo en su dirección.

Aquel hechizo provocaba que el vampiro se quedase quieto unos segundos e impedía la huida. Víctor se situó bajo él y atravesó con una bala su pecho.

Víctor se giró hacia Liú agradeciéndole lo que había hecho con un movimiento afirmativo de su cabeza.

Los vampiros comenzaron a inundar el techo del comedor a gran velocidad. Algunos de ellos se convertían en cenizas directamente, otros avanzaban hasta el centro del techo, pero eran rápidamente neutralizados por los miembros de la división.

—Son muchos —comentó Lucas mientras disparaba al techo atravesando a un par de ellos.

Jamás se las habían visto con tantos vampiros, pues no dejaban de entrar a pares por la puerta y se lanzaban directamente al techo esquivando la luz de las linternas a gran velocidad. El techo de la vivienda se estaba transformando en una masa de vampiros que se movía rodeándolo, cubriéndolo por completo.

—¿Ahora? —le preguntó Lucas a Aitor.

Aitor miró hacia la puerta y negó, aún había mucho vampiro entrando. Si iban a hacerlo acabarían con la vida de todos los que

pudiesen.

—Esperad —gritó Aitor mientras disparaba al techo de forma continua, eliminando a unos cuantos, aunque el espacio vacío era rápidamente rellenado por otros de ellos.

Víctor se aproximó al grupo de la Aurora Dorada y a Katherine que permanecía totalmente paralizada, agachada y hecha prácticamente un ovillo, cubriéndose la cabeza con los brazos y los ojos cerrados con fuerza.

Uno de los vampiros se arrojó desde el techo hacia Víctor tirándolo al suelo, pero este lo hizo rodar hacia un lado sentándose a horcajadas sobre él y disparando directamente a su pecho. Se puso rápidamente en pie y comenzó a disparar al techo, observando cómo estos rodeaban la luz, como si se preparasen para sacrificarse y poder abalanzarse algunos de ellos con la clara intención de alcanzar a Katherine.

—Rursus damonium —gritó Liú extendiendo los brazos hacia el techo, pues un par de ellos comenzaban a montarse los unos sobre los otros, preparados para atravesar la luz solar sin importarles acabar con su vida.

Aquel hechizo provocó que los vampiros perdiesen el equilibrio y cayesen sobre el suelo. Kemal los iluminó con la linterna convirtiéndolos en cenizas al momento.

—¡Adhuc! —gritó Jake provocando que varios de los vampiros se detuviesen el suficiente tiempo como para que Víctor pudiese acabar con ellos sin ningún problema.

Víctor se movió rápidamente de un lado a otro, igual que sus compañeros, disparando a los vampiros del techo y en dirección a la puerta por donde no dejaban de entrar. Aquello parecía una marabunta.

De repente, aquella enorme masa de vampiros que se había formado en el techo cayó sobre ellos provocando que varios vampiros chocasen con las linternas antes de desintegrarse y, como consecuencia de ello, hubiese menos luz solar con la que combatirlos.

Víctor elevó una pierna golpeando a uno de los vampiros mientras lanzaba una daga hacia delante evitando que otro se aproximase. Elevó su otro brazo y comenzó a disparar sin parar hacia los vampiros.

¿Cómo podía ser que hubiese tantos? De hecho, comenzaba a costar moverse en el interior del comedor de la cantidad de vampiros que había. Aquello se les estaba yendo de las manos.

Víctor golpeó a otro y se lanzó hacia delante clavando la daga en el pecho de otro más. Marcos cayó a su lado y se movió rápidamente esquivando las uñas de otro de los vampiros, aunque al retroceder chocó con otro vampiro que elevó las uñas hacia él para clavárselas,

pero se movió rápidamente a un lado y Víctor lanzó una daga hacia él, atravesándolo. Se giró justo para esquivar aquellas largas uñas capaces de cortar la carne, aunque recibió un golpe desde la espalda por parte de otro vampiro.

Si no fuese por los trajes que llevaban, preparados para esas circunstancias, acabarían llenos de moratones y algún corte.

Se giró para observar que Katherine miraba asustada de un lado a otro, con los ojos llorosos. Aquello se estaba desmadrando, no habían contado con que lanzasen un ataque tan brutal.

—¡Aitor! —gritó Víctor instándole a que diese ya la orden.

Todos se agacharon cuando las ventanas del comedor salieron volando hacia delante, provocando que Liú y Kemal saliesen despedidos con un fuerte impacto contra la pared.

Víctor se giró para observar la gran cantidad de vampiros que también entraba por la ventana, con sus gritos agudos y desesperados por hacerse con la valiosa presa.

Katherine se puso en pie lentamente mientras Jake no dejaba de lanzar hechizos a su alrededor evitando que se acercasen.

—¡Clypeus! —gritó Jake creando un pequeño escudo protector para Katherine y él.

Una burbuja de electricidad se creó alrededor de sus cuerpos, protegiéndolos, aunque Jake tampoco parecía dominar mucho aquella disciplina, ya que se le veía emplearse a fondo para mantener el hechizo y proteger a Katherine, rugiendo por el esfuerzo.

Víctor observó hacia las dos ventanas que habían derribado, por donde entraban los vampiros sin tregua, igual que por la puerta encima de las escaleras. Aquello se estaba convirtiendo en una emboscada en toda regla.

Katherine miraba de un lado a otro paralizada. Giró su cabeza y observó cómo Víctor sujetaba en cada mano una daga y se movía a gran velocidad luchando contra un sinfín de vampiros a la vez. La imagen la dejó totalmente paralizada, sin poder respirar.

Ahora comprendía por qué necesitaban aquellos dones, los vampiros tenían una extrema fuerza y velocidad, por suerte, los cazadores contaban con las mismas habilidades y eran perfectos para luchar contra ellos.

Desvió su mirada al final de la sala donde Miguel y Marcos luchaban contra un grupo de vampiros que ansiaba llegar hasta Liú y Kemal que permanecían tumbados en el suelo. Pudo observar a Liú tirado sobre el suelo, inconsciente por el fuerte golpe, mientras Kemal intentaba ponerse en pie sin lograrlo. Miguel y Marcos estaban ante ellos intentando protegerlos.

Se levantó lentamente acercándose a la espalda de Jake que gruñía intentando mantener el escudo protector mientras el resto de la

división los rodeaban para evitar que los vampiros llegasen hasta ellos, algo difícil cuando eran tal cantidad de vampiros, de hecho, era misión imposible luchar contra todos, por muchas habilidades que tuviesen los cazadores.

Vio que Víctor caía al suelo, pero se movía a gran velocidad hacia el vampiro que lo había arrojado clavándole el puñal en el centro de su pecho. Empujó con el hombro a más vampiros, pero estos empujaron en la dirección contraria provocando que Víctor fuese impulsado, alejándolo de donde se encontraban ella y Jake. Se movió justo para evitar que los vampiros lo atravesasen con sus largas uñas y cogió su pistola disparando hacia delante sin parar, acabando con la vida de muchos de ellos, pero siempre aparecían varios más al acecho, por lo que cada vez estaban más cerca y se estrechaba más el cerco.

—¡No puedo más! —gritó Jake con los brazos extendidos hacia los lados y los dientes apretados, intentando controlar su respiración y haciendo un gran esfuerzo para mantener el escudo protector alrededor de Katherine y él.

Katherine gimió. Era imposible salir de allí con vida.

Jake cayó de rodillas agotado y el escudo desapareció. En ese mismo momento sintió cómo unos dedos fríos y delgados atrapaban su tobillo.

—Ahhh —gritó Katherine antes de caer con un fuerte golpe y ser arrastrada a gran velocidad sobre el suelo por uno de los vampiros.

La reacción de todos fue inmediata.

El primero en llegar fue Aitor que atravesó al vampiro que la sujetaba del tobillo con la daga. Otro vampiro iba a cogerla, pero le propinó una buena patada, alejándolo.

Katherine comenzó a arrastrarse por el suelo cuando sintió que la cogían por la cintura y la ponían en pie. Iba a gritar, pero los ojos grises de Víctor la calmaron. Durante unos segundos se quedó paralizada observándolo.

Víctor la miraba seriamente, preocupado.

La hizo agacharse para evitar las dagas que clavó en un vampiro y la volvió a colocar contra su pecho.

—¡Aitor! —gritó Víctor fuera de sí.

Necesitaba desesperadamente que su jefe diese la orden para que todo acabase, pues estaban en un punto de no retorno, les era imposible velar por la seguridad de todos ellos ante semejante ataque.

Aitor se giró hacia Víctor y Katherine. Él la mantenía a su lado, contra su pecho, con los dos brazos extendidos hacia delante y disparando sin cesar.

Miguel y Daniel se habían movido hasta la zona donde Kemal y Liú permanecían sobre el suelo.

Lucas estaba unos metros por delante de él esperando la orden y

luchando sin piedad contra todos los vampiros que amenazaban con acabar con sus vidas.

Si no tuviesen gente a la que proteger sería diferente, pues cada uno se valía perfectamente por sí solo, pero debían proteger a los tres miembros de la Aurora Dorada y, sobre todo, a Katherine.

Los vampiros no dejaban de entrar por la ventana y por la puerta, atestando totalmente el comedor, casi sin darles la posibilidad de moverse con la agilidad suficiente como para defenderse. Por suerte, Lucas estaba en posición para cumplir su cometido.

Sabían que aquello podía ocurrir, aunque no esperaban un ataque tan brutal, igualmente, no eran tontos. Se habían defendido perfectamente durante años de vampiros, lobos y brujas, sin fallar nunca, y esta vez no sería diferente.

—¡Ahora! —gritó Aitor dando la orden.

Habían dejado que se acercasen, que pensasen que podían ganar, pero no… no iba a darse el caso.

Lucas dio un paso hacia atrás chocando con la pared, acercándose al interruptor con el que pondría a fin a todo aquel tormento, pero un vampiro se arrojó sobre él. Lucas clavó la daga en su pecho y lo empujó hacia atrás provocando que en su retroceso se llevase a varios vampiros más por el camino.

—¡Lucas! —volvió a gritar Aitor—. ¡Hazlo! ¡Ya!

Lucas dio un paso al lado evitando a otro vampiro y pulsó rápidamente el interruptor con el pie.

Puede que llevase su tiempo instalar las bandas de luz solar por fuera, pues debían sujetarse a las paredes y protegerlas de las inclemencias del tiempo para que nada obstaculizase aquella luz, sin embargo, en el interior era tan fácil como dejarlas sobre el suelo.

Un destello de luz muy potente se produjo en el salón de la casa. Una luz tan intensa que obligó a Víctor a llevar a Katherine hacia el suelo y tumbarse sobre ella para protegerla. Sabía lo que ocurriría a continuación.

Los gritos de los vampiros fueron instantáneos, desintegrándose ante la potente luz que no habían querido usar hasta el último momento. Cuantos más vampiros acabasen fulminados, menos peligro correrían en los siguientes días.

Katherine sintió el peso de Víctor sobre su espalda, protegiéndola y cubriéndola con su propio cuerpo. Los gritos agonizantes de los vampiros no duraron más que unos segundos y, entonces, una gruesa capa de cenizas cayó sobre todos ellos.

Katherine permaneció con los ojos cerraros unos segundos, ya no solo por la cegadora luz, sino por todo el miedo que había pasado.

Víctor se incorporó y miró de un lado a otro. Ni rastro de los vampiros, aunque…

—Joder —susurró sacudiéndose el pelo de ceniza.

El suelo y todos sus compañeros estaban cubiertos por las cenizas de todos los vampiros que se encontraban en el interior de la vivienda hasta hacía pocos segundos.

Se echó hacia un lado y colocó una mano en la espalda de Katherine, la cual no se atrevía ni a moverse.

—Kata —susurró Víctor—, ya está.

Katherine abrió los ojos lentamente y miró al frente. Sí, el comedor, los muebles e incluso los miembros de la división estaban repletos de ceniza. La ceniza aún caía del techo como si fuese nieve. Tragó saliva y giró su cuello hacia Víctor que se encontraba arrodillado a su lado.

Tenía todo el cabello cubierto de cenizas, así como los hombros. Su uniforme ya no era de color negro, sino un blanco grisáceo.

Víctor se giró hacia Aitor, el cual se sacudía el pelo al igual que sus compañeros, aunque rápidamente fueron hacia Kemal y Liú que permanecían en el suelo.

Aitor se acercó a la ventana que habían derribado los vampiros y miró fijamente al exterior. Aún se escuchaban los agudos gritos de muchos de los vampiros que querían acercarse, aunque ahora, con aquella potente luz que emanaba del interior de la vivienda, les era imposible.

No era muy agradable estar con aquella luz, pero era la única forma de estar a salvo.

—Vamos, tranquila, levanta —comentó Víctor mientras cogía a Katherine del brazo para ayudarla a levantarse.

Katherine miró con los ojos entornados a Víctor, pues con aquella luz ni siquiera podía abrirlos bien.

—¿Ya está? —preguntó con la respiración acelerada.

Víctor asintió.

—Ya está. Ya no pueden acercarse.

Ella asintió mientras apretaba los labios intentando contener un puchero. Sin duda, aquella era la peor experiencia de su vida.

—Vamos, Liú, Liú… —dijo Miguel golpeando levemente la cara del miembro de la Aurora Dorada para que volviese en sí.

Katherine fue rápidamente hacia ellos. Todos se habían arriesgado demasiado para garantizar su protección.

Liú permanecía inconsciente en el suelo con una brecha en la frente y Kemal estaba sentado, apoyado contra la pared, quejándose de uno de sus tobillos. Seguramente se habría hecho un esguince.

Jake llegó hasta ellos, su rostro estaba blanquecino por el esfuerzo de mantener el escudo protector.

—En una de nuestras cajas llevamos un maletín de primeros auxilios y todo lo necesario en cuanto a instrumental médico —explicó

señalando una de las esquinas del comedor y se dirigió directamente hacia allí para acercar la caja.

En ese momento, Liú recobró la conciencia y los miró a todos, aturdido. Los recuerdos afloraron en su mente y lo primero que hizo fue buscar a Katherine. Un suspiro de alivio salió de lo más profundo de su ser al verla.

Víctor fue hasta Katherine, la cual permanecía consternada, y situó una mano en su hombro. Katherine inspiró fuerte, pero no se controló más y se acercó a él apoyando su frente en el pecho de él. Víctor la rodeó con un brazo intentando calmarla.

Sabía que era una experiencia dura para la que ningún civil estaba preparado, y menos ella, pero todo había salido más o menos bien si no tenían en cuenta los dos heridos leves.

—Dejaremos la luz solar encendida el resto de la noche —comentó Aitor dirigiéndose a la ventana y la señaló—. Hay que arreglarlas. —Lucas y Marcos asintieron y fueron a recoger la madera que los vampiros habían arrojado—. Mañana a primera hora instalaremos las bandas de luz solar en el exterior de la vivienda. —Se giró y observó a Katherine que permanecía reclinada sobre el pecho de Víctor con los ojos cerrados, intentando recobrar el aliento—. Las siguientes noches no podrán atacarnos.

Víctor rodeó con un brazo la cintura de Katherine y la condujo hacia el sofá, aunque al ver que estaba lleno de cenizas no la sentó. Fue hacia una pared y se apoyó en ella con Katherine junto a su pecho, esperando a que ella se calmase.

19

—Cuidado con la rama —le previno Víctor mientras caminaban por el bosque.

No había podido dormir en toda la noche. Pese a que los vampiros no podían entrar en el interior de la vivienda por la intensa luz, sus alaridos llegaban sin cesar, provocando que el corazón de Katherine se acelerase y no pudiese pegar ojo. Solo había podido dormirse cerca de las seis de la madrugada, cuando comenzaba a romper el alba. Se había quedado relajada en el sofá escuchando de fondo a sus compañeros moverse por el comedor.

Liú se había recuperado rápidamente y Kemal tenía el tobillo bastante hinchado, pero nada que un buen vendaje no pudiese solucionar. Por suerte, tanto la Aurora Dorada como la división llevaban siempre con ellos un surtido botiquín con todo tipo de instrumental médico. Los miembros de la Aurora Dorada se habían arrinconado durante el resto de la noche bajo sus capuchas negras, parte de su propio uniforme, y habían iniciado un hechizo de invisibilidad en la tienda de campaña que habían traído. Posteriormente, seguirían en el lugar que escogiesen para llevar a cabo la incursión al infierno.

Miguel y Daniel se habían dirigido con el todoterreno al pueblo más cercano, Inverness, para comprar todo tipo de materiales y herramientas para arreglar los desperfectos ocasionados durante aquella noche por los vampiros y, posteriormente, forrarían el exterior de la vivienda con bandas solares, por lo que los vampiros ni siquiera podrían acercarse. Esperaban, de igual forma, que la muerte de tantos vampiros durante aquella noche disuadiera al resto de ir a atacarles. No confiaban en ello, por eso mismo preferían extremar las precauciones. No volverían a vivir una noche como aquella, al menos, en las dos noches que les quedaban allí.

Aitor, Marcos y Lucas se detuvieron ante ellos dos, frente a una valla de madera que limitaba el paso, mientras depositaban en el suelo la tienda de campaña y la caja que cargaban. Aitor se giró y miró a los tres miembros de la Aurora Dorada que los acompañaban.

—Kemal, ¿podrás saltar la valla con ese tobillo? ¿Necesitas ayuda?

Kemal dio unos pasos hacia delante.

—Pasaré entre ellas —dijo dirigiéndose a la valla que consistía en dos vigas de madera en horizontal con una franja libre en medio.

Aitor asintió y miró a Víctor y a Katherine.

—¿Todo bien, Kata? —preguntó hacia ella. Katherine asintió—. Si sientes algo ya sabes, dínoslo. —Miró hacia delante y suspiró—. Bien, vamos allá. Vamos a Boleskine —pronunció antes de saltar la valla por encima sin problema.

Marcos y Lucas siguieron a Aitor, el resto de la Aurora Dorada pasaron entre las dos vigas de madera sin mucha dificultad.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Víctor situándose a su lado.

Katherine negó sin decir nada mientras imitaba a Kemal pasando ente las vigas. Víctor se quedó observándola, desde el ataque de los vampiros se había quedado callada, casi muda.

La siguió saltando por encima de la valla y comenzaron a caminar en dirección a las ruinas de la vivienda.

Era realmente enorme. La mansión estaba rodeada de una enorme explanada de césped.

Caminaron sobre él con paso lento. La división iba mirando de un lado a otro, asegurándose de no encontrar a nadie por allí. Por suerte, aquella zona estaba desierta.

Se detuvieron ante la enorme mansión. Gran parte de ella no tenía tejado, y alguna de las paredes estaba a medio derribar.

—Vamos —los instó Aitor a pasar sobre un muro a medio derribar para entrar al interior de la ruinosa casa.

Algunas zonas, sobre todo en la parte izquierda, aún permanecían techadas.

Todos saltaron el muro y Katherine estuvo a punto de caer al suelo cuando aterrizó, pues aquel estrecho pasillo estaba lleno de escombros. Víctor la sujetó del brazo para que aguantase el equilibrio y miró de un lado a otro.

A la derecha había muchas puertas que comunicaban con un gran salón. A la izquierda había varias puertas más.

Aitor extrajo la brújula de su bolsillo y miró hacia dónde marcaba el norte.

—Nos dividiremos en parejas. Buscad una puerta que no conduzca a ningún lugar, orientada hacia… —Miró la brújula y señaló hacia el norte—. Cuando la encontréis nos llamáis. —Todos asintieron. Miró a Miguel que había depositado la caja en el suelo y a Daniel que dejaba caer la tienda poco a poco sobre la tierra—. Voy con Kemal —dijo acercándose a él—. A ver quién la encuentra primero —bromeó.

Víctor cogió del brazo a Katherine sin que ella dijese nada y comenzó a caminar hacia la izquierda.

—Vamos —le susurró mirando de un lado a otro.

Aquella casa no solo estaba en ruinas por fuera, por dentro era aún peor. La madera blanca de la casa que formaba las paredes y la de color negro del techo habían caído en gran parte de la casa y dificultaban el paso.

—Madre mía —susurró Víctor cogiendo a Katherine de la mano para que no tropezase—. Menudo desastre. Cuidado.

Katherine miraba de un lado a otro, observando la casa con curiosidad, pero seguía sin pronunciar palabra alguna.

Entraron a una habitación donde había una cama de matrimonio con un colchón sucio y con algunas vigas del techo encima. En un lateral había un tocador de madera sin el espejo, pues este permanecía esparcido en mil pedazos por el suelo. Aquella habitación era de las pocas que tenía el techo aún bastante íntegro.

Miró de un lado a otro y negó. Ahí no había ninguna puerta que mirase al norte.

Fue hacia Katherine que miraba asombrada todo y cogió de nuevo su mano, sintiendo su suave piel. Mantuvo su mano cogida hasta que Katherine lo miró.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó él con suavidad.

Ella lo miró de reojo y tragó saliva.

—Lo de esta noche…

—Ya —Víctor chasqueó la lengua—, pero en realidad no corriste riesgo en ningún momento. Aunque no lo parezca estaba todo controlado —intentó calmarla.

Ella negó y lo miró pensativo.

—No, imagino si lo de esta noche fue así de brutal… ¿cómo será el infierno? —preguntó perdiéndose en sus pensamientos—. No sé si seré capaz…

—Eh, eh… —dijo Víctor cogiéndola por los hombros—. Claro que serás capaz, tú eres más fuerte de lo que imaginas. Además, si se complica la cosa podrías volver sin problema, ¿no?

—Siempre que tenga la ayahuasca en mi mano, sí —respondió más segura esta vez.

—Bien, no te preocupes. Tenemos toda la tarde y todo el día de mañana para buscar una solución y trazar un plan. No tengas miedo —acabó diciéndole en un tono dulce.

Katherine lo miró a los ojos y tragó saliva. Desde hacía horas, el lugar donde se había sentido más protegida era entre sus brazos. Apretó los labios y asintió.

Notó cómo la piel de todo su cuerpo se erizaba cuando Víctor acarició su mano con el pulgar. Pese al horror del lugar, sabiendo lo que ese edificio en ruinas había albergado y los secretos que guardaba, sintió cómo una paz interior se apoderaba de ella ante ese contacto.

—¡Aquí! —bramó Marcos a lo lejos.

Ambos se giraron y miraron hacia la puerta de la habitación.

Sin soltar su mano, Víctor tiró de ella para salir fuera y avanzar por aquel pasillo lleno de escombros. Muebles viejos se amontonaban en las habitaciones por las que pasaban, incluso algún pájaro muerto

yacía en el suelo…

Ambos se reunieron con el resto del equipo en el rellano de un recibidor bastante amplio.

Marcos señalaba una puerta de madera.

—Esta coincide —comentó hacia Aitor que entraba por la puerta junto a Kemal—. Está orientada al norte.

Aitor comprobó la puerta y asintió.

—Sí, tienes razón —confirmó y miró a Liú—. ¿Os parece bien este lugar? —Miró a Katherine—. ¿Te parece bien, Kata?

Katherine miró de un lado a otro, era un lugar amplio, sin duda la puerta había sido construida con posterioridad a la casa, puesto que no pintaba nada allí. No había lugar a dudas, era la puerta que Aleister Crowley había mandado construir para realizar sus ritos de magia negra.

Dio unos pasos al frente y se agachó tocando la tierra. Cerró los ojos y suspiró. Sintió una mágica electricidad que recorría su mano y comenzaba a ascender por su cuerpo. La electricidad no le hacía daño, pero tampoco era una sensación agradable.

—Este lugar tiene mucha energía —susurró ella poniéndose en pie. Miró a Aitor y asintió—. Creo que servirá.

—De acuerdo —contestó este—, traed la tienda de campaña y la caja —ordenó a Marcos y a Lucas. Se giró y miró a los tres miembros de la Aurora Dorada—. ¿Cuánto tiempo necesitáis para hacer el hechizo de invisibilidad? —preguntó mientras Lucas y Marcos entraban con todo lo que su jefe les había pedido que trajesen.

—Un par de horas —sentenció Liú.

—De acuerdo, limpiemos este espacio rápido y pongamos la tienda de campaña.

En poco más de diez minutos, entre todos habían quitado todos los restos de maderas, escombros y plantas que nacían en el interior de la casa, así como piedras que pudiesen molestar para montar la tienda.

La tienda de campaña tenía forma de iglú en el centro, con la carpa más elevada, y luego a cada lado había otro departamento cuadrado con bastante espacio. La tienda tenía un aforo de diez personas para dormir, por lo que era amplia y les permitiría disponer de mucho espacio para trabajar en su interior.

De un color azul marino, su tela era impermeable, por lo que no debían preocuparse si se ponía a llover. Extendieron primero una amplia esterilla sobre la tierra y montaron la tienda con la puerta de entrada mirando a aquella puerta de madera orientada hacia el norte.

—¿Necesitas que te traigamos los sacos de tierra maldita? —le preguntó Marcos a Liú mientras avanzaba por el interior de la tienda, asegurándose de que todo estaba correcto.

—Aún no —respondió Liú arrodillándose frente a una caja y extrayendo un montón de botes de pintura e ingredientes—. Cuando hagamos el primer hechizo de invisibilidad los pondremos, entonces haremos otro para asegurarnos de que queda bien protegida.

Kemal, Jake y Liú cogieron sus túnicas negras con las capuchas y se las pusieron. Liú se giró hacia ellos.

—Es mejor que estemos solos —comentó a Aitor.

—¿No necesitáis nuestra ayuda? —preguntó sorprendido.

—¿Para el hechizo? No, este es nuestro terreno —comentó divertido.

—De acuerdo —contestó, aunque miró a Katherine e hizo un gesto de desagrado—. Kata, tengo algo que pedirte… —Ella lo miró y asintió. Víctor estaba a su lado, lo que hizo que Aitor también lo mirase a él—. Sabes que los vampiros vienen sobre todo a por ti, ¿eres consciente de eso?

Ella asintió.

—Lo soy. Plenamente.

—Representas una gran amenaza para ellos y para todos los que habitan en el infierno. —Tragó saliva y chasqueó la lengua—. Los vampiros, cuando inhalan el aroma de una de sus víctimas pueden encontrarla en cualquier parte del mundo… es posible que hayan inhalado tu aroma. —Víctor inspiró con fuerza al saber lo que Aitor iba a pedirle—. Necesito una muestra de tu sangre para dejarla aquí, así cuando anochezca sabremos si los vampiros pueden encontrar esta tienda de campaña y si el hechizo de invisibilidad funciona.

—Funcionará —comentó Jake mientras cogía uno de los botes de pintura.

—¿Entiendes?

—Sí, claro —respondió.

Liú se acercó.

—En la caja hay uno de los botiquines, hay agujas y jeringas por si necesitas una muestra de sangre —explicó mientras contaba las paredes de tela que debía sellar.

—De acuerdo —contestó ella—, no hay problema.

Aitor sacó de la caja un botiquín y buscó en el interior. En el jet habían dejado mucho instrumental médico por no ser necesario, por suerte, aquel botiquín tenía un poco de todo.

—¿Quieres que te pinche yo? —preguntó Víctor.

Ella lo miró con inseguridad.

—¿Sabes?

—Todos tenemos nociones —explicó encogiéndose de hombros.

—Puedes elegir —bromeó Lucas.

—Vale, hazlo tú —dijo mirando a Víctor, sin perder el tiempo y arremangándose—, pero con cuidado.

—Claro —respondió cogiéndole la jeringa de la mano a Aitor que se dirigió directamente con Liú y el resto de la Aurora Dorada—. Será un momento —dijo cogiéndole el brazo. Pudo ver cómo ella se mordía el labio cuando clavó la aguja en su antebrazo. Intentó ser cuidadoso y rápido, aunque sentía que estaba tensa porque había costado entrar más de la cuenta con la aguja—. Ya está —dijo extrayéndola—, con esto tendremos suficiente.

Marcos le tendió un trozo de algodón.

—Toma, Kata, aprieta fuerte. —Le señaló el antebrazo—. Si aprietas bien fuerte no te saldrá morado.

Ella obedeció.

—Bien —dijo Víctor entregándole a Aitor la jeringa con la sangre de Kata—, ¿dónde quieres ponerla?

—¿Tenemos algún trapo por aquí? —preguntó Aitor mirando de un lado a otro. Jake le tendió un trozo de tela—. ¿No la necesitáis?

—Toda tuya, tenemos un montón, nos va a sobrar fijo —comentó mientras agitaba uno de los botes de pintura.

Aitor fue echando la sangre en el trapo, empapándolo un poco hasta que agotó el contenido de la jeringa.

—Eh —dijo a los miembros de la Aurora Dorada—, ¿dónde irá el colchón de Kata?

—Aquí —respondió Liú—, mirando hacia la puerta.

Aitor se agachó en el lugar que Liú señalaba y depositó el trozo de tela manchada de sangre ahí.

—Escuchad con atención, por favor —dijo a los tres miembros de la Aurora Dorada—, es de vital importancia que no toquéis ese trozo de tela ni lo mováis de su sitio. Quiero que se impregne bien del aroma toda la tienda de campaña…

—¿Qué aroma? —ironizó Jake.

—Tú no lo hueles, pero te aseguro que los vampiros sí —bromeó Marcos.

Aitor dio un paso al frente.

—Cuando os vayáis dejadlo aquí, cerrad la tienda de campaña con la tela en su interior. Veremos qué tal amanece mañana.

Jake pasó un brazo por el hombro de Aitor, en confianza.

—Con el pedaaaso de hechisso que vaaamo a haséééé… —comentó Jake imitando a Chiquito de la Calzada—, no habrá *fistro* pecador que se aserqueee. Jaaarrrl. —Todos enarcaron una ceja al escucharlo—. ¿Te das cuen? —gritó y los miró a todos con una sonrisa—. ¿Qué? —preguntó encogiéndose de hombros—. ¿No es habitual decir eso aquí?

—Jake, tienes que dejar de ver cosas por internet —rio Lucas—. Chiquito tuvo su momento de gloria en España, pero ahora está un poco pasado de moda. En paz descanse.

—Ah, perdón, perdón, no sabía que había muerto —se disculpó.

Víctor resopló y miró al resto de sus compañeros con los ojos muy abiertos.

—Espero que seáis más buenos haciendo hechizos que imitando a Chiquito —bromeó Víctor. Miró a su jefe y se cruzó de brazos—. ¿Qué hacemos, pecador de la pradera?

Aitor puso los ojos en blanco y negó con la cabeza, haciendo caso omiso a su último comentario.

—Supongo que Miguel y Daniel llegarán en breve con la compra del material. Iremos a arreglar la vivienda y a instalar las bandas solares. ¿Seguro que no nos necesitáis? —insistió Aitor.

—No, tranquilos, trabajamos mejor solos —pronunció Liú mientras agitaba también un bote de pintura—. Cuando acabemos iremos a casa, no os preocupéis. Y sí —continuó al ver que Aitor iba a hablar de nuevo—, tranquilo, cualquier cosa que necesitemos os llamamos.

—Está bien —contestó Aitor y señaló a sus compañeros para que saliesen de la tienda—. Nos vemos luego.

Víctor puso una mano en la espalda de Katherine y la empujó levemente fuera de la tienda.

El día era frío y parecía que fuese a llover en cualquier momento, pues había unas esponjosas nubes sobre sus cabezas cubriendo todo el cielo. Además, una brisa helada azotó sus cabellos llevándolos hacia atrás.

Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y caminó con Víctor al lado.

—¿Has avisado a Valeria de lo ocurrido esta noche? —preguntó Lucas situándose al lado de Aitor, el cual caminaba el primero, por detrás iban Víctor y Katherine y, tras ellos, Marcos.

—Aún no. Era muy pronto —dijo Aitor. Miró su reloj y sonrió—. Las once de la mañana. Creo que ya va siendo hora de que le demos la gran noticia —bromeó.

Pasaron la valla y siguieron caminando con paso acelerado.

Víctor caminaba al lado de Katherine que permanecía con gesto serio, intranquila.

—Por favor, cuando lleguemos a casa, ¿podemos hablar de cómo vamos a hacer la incursión en el infierno? —insistió.

Aitor se giró y lo señaló mientras asentía.

—Vamos a dedicar toda la tarde a ello —corroboró Aitor.

Aquellas palabras relajaron en cierto modo a Víctor que colocó una mano en el hombro de Katherine.

—Menos mal —susurró—. Todo irá bien. —Katherine le sonrió más tranquila al escuchar también la respuesta de Aitor y asintió—. ¿Hablaremos con Anael sobre ello? —siguió preguntando Víctor mientras caminaban.

—Claro —respondió su jefe—. En cuanto lleguemos a casa y haga una videollamada a Valeria le diré a Anael que venga.

—¿Quieres que le dé un infarto a Valeria? —bromeó Marcos desde atrás.

Aitor rio ante ese comentario.

—Ella alquiló la casa, supongo que querrá saber que tiene desperfectos —ironizó mientras se metía las manos en los bolsillos y caminaba con paso apresurado.

Valeria abrió los ojos al máximo y desencajó la mandíbula.

—¿Qué habéis hecho? —gritó hacia la pantalla del teléfono. La división cerró los ojos ante el grito de Valeria—. ¿Estáis locos?

—Eh, eh… —intervino Daniel, su pareja—, cálmate, fiera. —Ella lo miró con seriedad a través de la pantalla del móvil—. Nos atacaron los vampiros.

—Un ataque muy bestia —corroboró Lucas desde atrás.

—¡Habéis destrozado la casa! —siguió gritando ella.

—Ehhh —volvió a intervenir Daniel—, en vez de preocuparte por si estamos bien…

—Ya veo que estáis bien —contraatacó ella.

Daniel se encogió de hombros mientras se dirigía a la ventana y la mostraba. Aitor lo seguía con el móvil.

—No es nada —intentó quitarle importancia. Valeria resopló—. Unas maderas por aquí, otra moldura por allá… —dijo apoyándose contra la ventana, aunque con el peso de Daniel otra madera se salió de su sitio provocando que Valeria gruñese—. Uy… —reaccionó Daniel y miró con una sonrisa al móvil—. Lo dicho, nada que no podamos arreglar. Hemos comprado material para arreglarlo y la estamos dejando como nueva.

Valeria resopló y se pasó la mano por los ojos.

—Esto… Valeria… —intervino Víctor—, ¿la casa la cogiste con seguro?

—¿Qué seguro? —volvió a gritar ella extendiendo las manos hacia la pantalla del móvil—. No, no contraté ningún seguro —rugió.

Daniel la señaló con el dedo índice de la mano.

—Quizá deberías ser más previsora la próxima vez —comentó como si nada.

Ella ladeó su cuello.

—¿En serio, Dani? —gritó otra vez provocando que él borrase la sonrisa de su rostro. Suspiró e intentó calmarse—. ¿La podréis dejar como antes?

Esta vez Aitor se enfocó a sí mismo.

—Ya hemos arreglado otra ventana y ha quedado como nueva, y un par de muebles —explicó—. Lo que no vamos a poder arreglar son

los agujeros de las balas que hay en el techo. —Le mostró los dientes con una sonrisa.

—Mmm… —intervino Víctor apareciendo en la pantalla—, podríamos comprar masilla y pintarlos de un color similar a la madera.

—¡Hacedlo! —continuó Valeria atacada de los nervios—. No quiero tener problemas con el arrendatario. Además, ¡di personalmente una fianza de dos mil euros y quiero que me los devuelva!

—Tranquila, tranquila… lo dejaremos todo que parecerá nuevo —comentó Daniel con las manos hacia delante.

Valeria volvió a resoplar y cerró los ojos intentando calmarse.

—En otro orden de asuntos —continuó Aitor—, ¿habéis tenido alguna idea más sobre cómo ayudar a Kata en su incursión?

Víctor se acercó de nuevo para escuchar.

—Estamos dándole vueltas… —comentó Valeria pensativa.

Víctor resopló como si la situación le desquiciase.

—Venga ya —dijo alzando su mano—. Dile a Anael que venga, por favor.

—Ahora se lo digo —respondió ella.

Una suave corriente de aire movió los cabellos de Katherine hacia un lado.

—No hace falta, Valeria —comentó Anael a la espalda de Aitor—, ya estoy aquí. —Se giró hacia Víctor y lo saludó—. A ver… —dijo dirigiéndose a la mesa para sentarse en la silla—, vamos a darle vueltas al asunto a ver cómo podemos hacerlo.

Marcos se cruzó de brazos.

—¿Tú no has estado allí?

—¿En el infierno? ¡No! ¡Dios me libre! —comentó ella como si fuese obvio—. Los únicos que han estado son los arcángeles que acompañaron a los ángeles caídos al infierno, pero los dejaron en la puerta, no entraron —dijo pensativa y dio golpecitos con el pie como si se pusiese nerviosa.

—¿Y no tenéis un mapa? —insistió Víctor.

—¡Ja!, ojalá —ironizó ella—, sería todo mucho más fácil.

Víctor tendió una silla a Katherine para que se sentase y él lo hizo a su lado.

—Pues algo tendremos que hacer…

—Déjame que piense —susurró Anael cerrando los ojos para concentrarse.

20

Víctor extendió los brazos hacia todos.

—¿Cómo que no tienes el teléfono de Xacinta? —preguntó.

Durante la oleada de posesiones acontecida hacía meses en Monforte de Lemos, una de las mujeres, Xacinta, había sufrido una de las más graves posesiones a manos de un demonio llamado Cheitán, un demonio nacido del humo y que era súbdito del marqués Leraje. Este poseía treinta legiones de demonios y provocaba grandes batallas. Además, poseía el poder de envolver las heridas de flecha de cangrena.

Tan fuerte había sido la posesión que había creado un vínculo con el demonio y, poco después del exorcismo y de haber devuelto a aquel demonio al infierno, había comenzado a verlo en sueños y a transportarse allá donde él se encontraba.

Aitor lo miró boquiabierto.

—¿Y por qué iba a tenerlo? —preguntó sorprendido—. Quien debe tenerlo es el padre Santiago.

—Pues llámalo y que te lo dé —le ordenó Víctor.

Aitor puso los ojos en blanco. Aquella mujer, gracias al nexo creado con el demonio, había viajado en sueños al infierno. Quizá ella sí podría explicarles cómo era.

Aitor se distanció mientras resoplaba para hablar con Santiago y pedirle el número de teléfono de Xacinta.

Víctor miró a Anael.

—Tú la calmaste, dijiste que sí había estado en el infierno —le recordó.

—Así es —respondió ella con una voz muy tranquila—, me sumergí en su sueño y atisbé simplemente a ver un pasadizo estrecho entre altas montañas negras, más adelante había una plaza donde se encontraba el símbolo de la secta Thelema.

Víctor asintió.

—Sí, recuerdo cuando lo explicaste. ¿Y no viste nada más?

Anael negó.

—Lo siento, pero no.

Víctor suspiró y miró a Katherine, la cual permanecía sentada en el sofá.

—Pues estamos apañados…

—El padre Santiago sí lo tiene. Ahora me lo envía y llamo a Xacinta, a ver qué puede contarme —comentó Aitor mientras se distanciaba más de ellos, pues en el comedor había un barullo

provocado por el intercambio de ideas.

Katherine se puso en pie y se acercó a Víctor.

—¿Esa mujer estuvo en el infierno? —Víctor asintió. Katherine miró a Anael—. ¿Y a ella no le echasteis bronca? —ironizó hacia Anael.

—No era lo mismo, Kata. Esa mujer no podía remediarlo, además, fue en sueños, era como si viese a través de los ojos del demonio —explicó con voz calmada.

Katherine se cruzó de brazos y caminó nerviosa por el comedor.

—Creo que no va a funcionar —susurró pensativa—. Es una locura.

—Eh, eh… —intentó calmarla Marcos—, no te preocupes, ya verás como encontramos una solución.

Katherine extendió los brazos hacia ellos.

—Cuando acepté esta misión no me dijisteis todo esto, pensaba que lo teníais todo más… claro —acabó diciendo—. El infierno debe de ser enorme, y se supone que debo encontrar un anillo allí, rodeada de cientos de demonios y con ese maldito ángel caído llamado Astaroth que estará encantado de recibirme —ironizó.

Víctor pestañeó.

—El anillo debe de tenerlo Astaroth —reaccionó pensativo y miró a sus compañeros—. Está claro que sabe nuestros planes, ayer recibimos uno de los ataques más virulentos que hemos experimentado nunca, e iban a por Kata. Saben cuáles son nuestras intenciones.

Katherine resopló.

—Eso no ayuda.

—No, pensadlo —dijo—, si sabe que vamos a ir a por él, que contamos con una viajera, seguramente tendrá en anillo él mismo.

—¿Y se supone que tengo que enfrentarme a él? —preguntó ella con un grito.

—No, solo intento ubicar un poco la localización del anillo —comentó pensativo. Miró a Anael—. ¿Podría llevarlo encima?

Anael se encogió de hombros.

—Al igual que el grimorio son objetos de magia ancestral, los ángeles que aún poseemos nuestra luz no podemos tocarlos, pero un ángel caído sí —contestó Anael.

—No me estás ayudando —continuó Katherine.

—Espera… ¿y si lanzamos un hechizo en el infierno? —preguntó.

—¿Qué dices? —preguntó Lucas.

Víctor miró a Anael.

—¿A un ángel caído se le puede hechizar? ¿Dormir?

Anael lo miró como si se tratase de un loco.

—¿Crees que haría falta un grimorio y un anillo si se pudiese

hacer algo así? —ironizó el ángel.

Víctor chasqueó la lengua.

—Bueno, yo al menos intento hacer algo. A ver… ¿ella puede llevar algún escudo de protección?

Katherine lo miró sin comprender.

—¿Un escudo?

—Sí, nosotros cuando invocábamos a los demonios y luchábamos contra ellos para entrenar… —recordó Víctor—, llevábamos la réplica del anillo del rey Salomón, la estrella de David protectora…

Katherine se quedó pensando.

—Cuando realizo un viaje llevo conmigo lo que tengo puesto, por eso debo mantenerme sujeta a la ayahuasca, porque viaja conmigo.

—¡Perfecto! —exclamó Víctor—, pues podemos protegerte con runas y objetos.

—Espera, espera… —lo cortó Anael ante su creciente entusiasmo —, obviamente algo la protegerá, pero no es infalible, no dejas de estar en otro plano.

Víctor inspiró hondo, armándose de paciencia.

—Por favor… —dijo lentamente—, ¿podéis aportar ideas vosotros? —acabó abriendo los brazos hacia ellos.

Aitor entró en el salón introduciendo el móvil en su bolsillo.

—Ya está.

—¿Has hablado con Xacinta? —preguntó Miguel sentado sobre la mesa.

—Sí, sí, lo mismo que nos explicó la otra vez. Un lugar escarpado y se dirige hacia unas montañas picudas, entre ellas se forman estrechos caminos que van a dar a una pequeña plaza. Nada más —comentó encogiéndose de hombros.

En ese momento, los tres miembros de la Aurora Dorada entraron por la puerta cargando con una de las cajas ya medio vacía que habían llevado a Boleskine, pues ya habían usado casi todo.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Aitor.

—Todo bien, la tienda de campaña ya tiene el hechizo de invisibilidad. La sangre sigue dentro —comentó mientras se quitaba el grueso jersey quedándose en camiseta, pues en el interior de la vivienda la temperatura era agradable.

—Bien, veremos si el hechizo es tan bueno como para evitar que los vampiros identifiquen el aroma de Kata —comentó Aitor.

—No nos subestimes —bromeó Jake—, somos realmente buenos —rio—. ¿Qué hacéis?

—Estamos buscando una forma de que Kata pueda encontrar el anillo en el infierno y que no corra peligro —explicó Víctor—. ¿Alguna idea? —preguntó metiéndose las manos en los bolsillos.

Los tres miembros de la Aurora Dorada se miraron de reojo.

—Mmm… —vaciló Liú.

Jake resopló y Kemal se encogió de hombros.

—Esto es perfecto —ironizó Víctor.

En ese momento todos sintieron una corriente de aire tras ellos, aunque no esperaban ver semejante aparición.

Gadreel se encontraba en medio del salón, con las manos en los bolsillos. Como casi siempre, llevaba un traje de color negro que parecía recién planchado, al igual que su camisa. Su mirada voló directamente a Anael.

Al principio todos se quedaron asombrados al verlo allí, reconociéndolo al momento. Aquel era el ángel caído que los había atacado a su vuelta de Estambul, que había intentado arrebatarles el grimorio del rey Salomón y que había luchado contra Anael, la cual lo acabó exorcizando.

La reacción de Víctor fue inmediata, cogió a Katherine por la mano escondiéndola a su espalda y extrajo una daga de su cinturón.

—Vengo en son de paz —pronunció elevando las manos como si se lo ordenase un policía.

Anael fue hacia él.

—¿En son de paz? —le gritó—. No, no te creo… —susurró y echó su mano hacia delante—. Regna terrae, cantate Deo —gritó Anael iniciando el exorcismo para sacarlo de allí—. Psallite cernunnos, rega terrae, cantata Dea…

Gadreel dio un paso rápido hacia ella, pues sabía que, en breve, si Anael seguía así volvería a enviarlo al infierno.

—Puedo ayudaros —dijo rápidamente.

—Dea psallite Aradia caeli Deus, Deus terrae —gritó ella mientras el centro de su pecho comenzaba a iluminarse con aquella fuerte luz.

La división y los miembros de la Aurora Dorada dieron unos pasos hacia atrás y se giraron, pues la luz que comenzaba a emanar del pecho de Anael era intensa, además, una corriente de aire comenzó a invadir el salón de la vivienda, cada vez con más fuerza.

—Queréis el anillo del rey Salomón, ¿verdad? —preguntó Gadreel con los dientes apretados.

—Hulíliter majestati gloriae tuae supplicamus —gritó Anael provocando que Gadreel fuese impulsado hacia atrás, sin siquiera luchar contra ella, situando un brazo ante su rostro a modo de protección.

—Yo… —gritó al sentir cómo el calor del exorcismo comenzaba a desintegrarlo de nuevo—. Ahhh… —gritó—, Anael… yo… ¡yo puedo entregaros el anillo! —gritó al final.

Anael dejó de pronunciar el exorcismo en ese momento y puso su espalda recta. Se giró y miró a Aitor confundida. Aitor hizo lo mismo y la miró aturdido.

Víctor retrocedió un poco más con Katherine a su espalda, protegiéndose, pues no se fiaba nada de aquel ángel caído.

—¿Entregarnos en anillo? —preguntó Anael aún con la mano hacia delante y aquella luz en el pecho brillando.

El aire movía los largos cabellos rubios de Anael de un lado a otro. Puso su espalda recta a la vez que el aire se calmaba, abortando momentáneamente el exorcismo.

—Es lo que necesitáis para encerrar a Astaroth de nuevo, ¿verdad? —preguntó Gadreel con la voz entrecortada, como si se recuperase del dolor que había sufrido. Se puso erguido y dio un paso hacia delante—. Sé que…

—Ah, no, no —lo amenazó ella con la mano hacia delante—, si te mueves acabo el exorcismo.

Gadreel tragó saliva y miró en dirección a Víctor. Había identificado a la viajera desde que la había visto, tenía un aura resplandeciente.

—Sé que queréis hacer una incursión en el infierno con una viajera, supongo que es ella —la señaló, lo que hizo que Víctor la cubriese más aún con su espalda.

—Habla rápido o te envío al infierno de nuevo —lo amenazó Anael.

Gadreel miró a Anael con intensidad y luego a toda la división.

—Os puedo ayudar a conseguirlo, pero…

—Ya me imaginaba que habría un pero —comentó Anael todavía con la mano alzada y sin que su luz del pecho cesase, preparada para actuar en cualquier momento.

—En cuanto lo obtengáis debéis encerrar a Astaroth —acabó diciendo Gadreel.

Anael enarcó una ceja al escucharle decir eso.

—¿Se supone que tengo que fiarme de ti? —preguntó con el mentón alzado mientras incrementaba la luz de su pecho a modo de amenaza—. Estuviste a punto de acabar con ellos cuando volcaste el todoterreno de camino a casa cuando volvíamos de Estambul. ¡Luchaste contra mí! —gritó ella enfurecida—, contra mí, Gadreel —remarcó—. Estuviste a punto de quitarnos el grimorio para entregárselo a Astaroth…

Gadreel le sonrió de una forma provocativa.

—Todo el mundo tiene derecho a cambiar, ¿no? —ironizó.

Anael miró hacia atrás, a todos sus compañeros.

—¿Por qué? —preguntó volviéndose hacia Gadreel.

Gadreel inspiró hondo y miró a Anael con intensidad.

—Porque Astaroth no se preocupa por nadie más que por sí solo. —Apretó los labios—. Acabó con la vida de Lilith…

Anael dio un paso al frente.

—¿Mató a Lilith? —preguntó asombrada.

Él asintió y sonrió con cierta tristeza.

—Y eso que ella le estaba ayudando —susurró—. Y acabará con la vida y la existencia de todo aquel que no obedezca. —Tragó saliva—. Hay que encerrarlo de nuevo.

Anael ladeó su cuello, no muy convencida del todo.

—¿Te ha amenazado a ti también y temes por tu vida? —preguntó esta vez.

Gadreel le sonrió.

—No, a mí de momento no. —Alzó sus cejas repetidas veces—. Pero nos prometió que lograría sacarnos de allí para ser libres, sin embargo, hay mucho más, la finalidad es acabar con la creación… —Miró de reojo a la división.

—Mmm… —intervino Marcos—, ¿por… por creación te refieres a nosotros?

—Eso ya son palabras mayores —reconoció Gadreel mirando seriamente a Anael.

Anael suspiró y se quedó pensativa unos segundos.

—¿Sabes dónde se encuentra el anillo?

—Sí, lo tiene en su alcoba, en el armario, bajo llave —explicó.

Víctor dio un paso al frente.

—Si dices que ahora quieres ayudarnos… ¿por qué no lo traes tú mismo?

—No puedo —respondió—, es decir, puedo cogerlo, pasearme con él por el infierno —ironizó—, pero no moverlo de un plano a otro. —Miró a Katherine de la cabeza a los pies—. ¿Vas a ir tú sola? —La miró pensativo y rio mientras negaba con la cabeza—. Es una locura…

—Solo ella es viajera —recordó Anael.

Gadreel la señaló con la mano.

—Se la comerán con patatas —sentenció Gadreel—. Los demonios en el infierno tienen cuerpo, son más letales que cuando suben para poseer a alguien.

—No si tú la acompañas —sugirió Anael.

Gadreel la miró de reojo.

—¿En serio, Anael? Una cosa es que os facilite llegar hasta el anillo y otra que cave mi propia tumba —contestó él—. Si os voy a ayudar a que encerréis a Astaroth y a impedir que abra las puertas del infierno me espera una larga eternidad allí dentro, no quiero más problemas de los que ya tengo. —Anael lo miró de arriba abajo mientras Gadreel estudiaba a la chica que aún permanecía medio escondida tras la espalda de Víctor—. ¿Sabes luchar?

Katherine dio un paso temeroso al lado y miró de reojo a Víctor.

—No —respondió con sinceridad.

Gadreel la señaló como si aquella respuesta lo desesperase

mientras miraba a Anael con ojos muy abiertos.

—¿Qué necesitas? —preguntó Aitor.

—Espera —intervino Anael descendiendo ya su mano—, no hemos dicho que vayamos a hacerlo.

—¿Qué otra opción tienes? —comentó Gadreel—. Lo queráis o no, soy vuestra única esperanza. —Miró a Aitor—. Sin embargo, necesitaría que supiese defenderse, aunque fuese solo un poco, no van a ser amables con ella. Astaroth os espera.

Víctor miró de reojo a Katherine y tragó saliva. En ese momento lo comprendió, y las palabras de Anael volvieron a su mente.

"Ella te necesita. Y no me refiero a solo como un cazador".

Katherine necesitaba a alguien que la protegiese, pero también que la acompañase y que confiase en ella. Necesitaba un compañero.

—Está bien —comentó Víctor dando un paso al frente—, lo haré. —Todos lo miraron sin comprender, excepto Anael y Gadreel—. ¿Cuánto tiempo necesitáis?

—El tiempo en el infierno no es el mismo que aquí —dijo Gadreel —. Con un minuto aquí bastaría.

Aitor se adelantó mirando fijamente a Víctor.

—¿Hacer qué? —Anael apretó los labios y tragó saliva. Aitor se situó frente a Víctor—. ¿Qué? —repitió.

Víctor tragó saliva.

—Alguien debe acompañar a Katherine.

—¿Qué? —preguntó ella asustada—. ¡No! —gritó acercándose asustada por sus palabras—. No, no, ni hablar… ya me las apañaré.

Gadreel intervino de nuevo.

—Seamos sensatos, el infierno no está hecho para nadie y menos para ti. No durarías ni un minuto allí sola —explicó y miró a Víctor—. Quizá con él sí lograrías sobrevivir un poco más de tiempo.

Aitor escudriñó con la mirada a Víctor.

—¿Morir? —gritó—. Sabes que nadie va a aceptarlo.

—No morir definitivamente —dijo él rápidamente—, ya lo has escuchado —señaló a Gadreel—, con un minuto basta. En un minuto el cerebro no sufre daños y después podéis resucitarme y aquí no ha pasado nada.

—¿Te das cuentas de la locura que estás diciendo? —preguntó Lucas.

—Por supuesto que me doy cuenta, pero es la única opción…

—No —susurró Katherine negando con su cabeza y miró a Anael y a Gadreel—. Encontraremos otra forma —suplicó.

—No hay otra forma —sentenció Gadreel—. Es la única posibilidad que tenéis y, aun así… —Chasqueó la lengua.

Víctor inspiró y miró a Katherine.

—Si hiciésemos algo así, ¿podrías llevarme contigo?

Ella negó.

—No voy a hacerlo —dijo descendiendo su cabeza, como si quisiese ocultar sus sentimientos.

—Eh —dijo Víctor colocando sus manos en los hombros de ella y poniéndose a la altura de sus ojos para que lo mirase—, Kata, no hay más opción… ¿una viajera puede llevar a otra alma?

Katherine apretó los labios y miró a Víctor, en ese momento los ojos de Katherine habían tomado un tono rojizo, como si aguantase las lágrimas, y sus labios amenazaban con hacer un puchero. Lo miró fijamente. Víctor la miraba con seguridad, convencido de lo que quería hacer. Tragó saliva y descendió su cabeza.

—Sí, podría llevarte conmigo —susurró ella.

Gadreel dio una palmada interrumpiendo el silencio de aquel momento.

—Estupendo entonces —exclamó abriendo los brazos—, todo listo. ¿Cuándo? —preguntó girándose hacia Anael.

Anael observaba a Víctor y a Katherine juntos, con ternura.

—Mañana a las doce de la noche en la casa Boleskine —apuntó sin apartar la mirada de ellos.

—¿A las doce? —preguntó sorprendido—. Ni hablar. A las nueve ya es noche cerrada, y así tendréis tiempo de volver a Lugo para encerrar a Astaroth.

Anael lo miró y asintió finalmente.

—De acuerdo.

—Pues allí estaré —corroboró Gadreel.

—Eh —dijo Anael cogiéndolo del brazo para que no se fuese aún, de hecho, lo apretó tanto que Gadreel se quejó.

—¡Ay!, Anael… con lo dulce que has sido siempre.

Anael se situó frente a su rostro, mirándolo fijamente, sin pestañear.

—Traiciónanos —dijo con los dientes apretados—, y ni el infierno podrá salvarte de mí —lo amenazó.

—Ya —respondió Gadreel incómodo mientras se soltaba de su mano, luego se pasó la mano repetidas veces por la manga de su americana. Se puso serio y la miró—. Deja de arrugar mis americanas —pronunció antes de desaparecer.

Anael se estuvo quieta unos segundos y se giró de nuevo hacia ellos.

Gadreel había significado tanto para ella en un pasado que, aún después de eones, seguía doliéndole su traición. ¿Qué debía hacer? Realmente aquella era la única opción que tenían.

—¿Podemos confiar en él? —preguntó Aitor.

Anael se removió inquieta y, por primera vez, la vieron sin saber qué responder.

—No… no lo sé —susurró, aunque luego los miró—. Pero sí es verdad que es nuestra única esperanza para obtener el anillo. —Miró a Víctor y le sonrió con ternura—. ¿Estás seguro, Víctor?

Víctor asintió.

—Lo estoy —pronunció convencido, sin titubear.

Anael asintió y miró a todos.

—Iré a hablar con la Aurora Dorada para que lo preparen todo para volver a capturar a Astaroth. Hay mucho trabajo que hacer —recalcó antes de desaparecer.

Víctor apretó los labios y se giró hacia Katherine, la cual lo miraba asombrada y preocupada a la vez.

Gadreel cayó sobre el suelo del infierno levantando un poco de tierra. La temperatura allí era considerablemente superior a la que había en la superficie de la Tierra. Instintivamente, se desabrochó el botón de la americana e inició el camino entre las altas montañas. Nada pudo impedir que comenzase a tararear una canción y a mover las caderas como si bailase al son de la música.

Caminó observando cómo algunos demonios lo sobrevolaban por encima de su cabeza a gran altura, aunque se detuvo al llegar al pasillo que conducía a la alcoba de Astaroth.

Inspiró hondo, se acicaló pasando las manos por su americana y fue en aquella dirección.

No tuvo que pronunciar su nombre, era como si Astaroth ya supiese que se encontraba allí. Se giró hacia él y lo miró con una sonrisa de soslayo.

—Hecho —pronunció Gadreel con seriedad. Astaroth lo miró sorprendido y sonrió también al escuchar aquello—. Mañana te traeré a la viajera y, de paso, te he conseguido un regalo más… un cazador.

La sonrisa de Astaroth se ensanchó.

—Sabía que podía confiar en ti —dijo con prepotencia.

Gadreel dio unos pasos adelante y observó durante unos segundos el armario de piedra donde sabía que Astaroth guardaba el anillo. Miró a Astaroth con intensidad.

—No lo hago para ganarme tu confianza —respondió—. Lo hago porque me prometiste ser tu mano derecha cuando abras las puertas del infierno. Eso es lo que me importa.

—Y lo serás —corroboró Astaroth.

Gadreel sonrió al escuchar aquellas palabras, luego dio unos pasos hacia atrás y se encogió de hombros.

—Bien, ya estás informado —continuó dándose la vuelta para salir de la alcoba.

Astaroth no dijo nada más, era lo único que necesitaba saber, que al día siguiente Gadreel le traería a la viajera y a un cazador. Ahí se

acabarían sus problemas. Acabaría con el problema de la viajera de raíz y, además, mermaría la división. Sería un golpe aplastante para aquel grupo de incordios que no había dejado de entrometerse en sus planes.

Gadreel mantuvo aquella frívola sonrisa hasta que giró una de las esquinas, tornando su gesto serio mientras avanzaba, borrando la sonrisa de sus labios. Incrementó el paso alejándose de aquella alcoba.

—Engreído de los cojones —susurró mientras metía las manos en sus bolsillos del pantalón.

21

Habían pasado el resto del día arreglando la casa de los desperfectos de la noche anterior y colocando las bandas de luz solar por todo el exterior de la vivienda, suerte que las habían protegido bien, porque antes de que anocheciese había comenzado a llover.

Los gritos de los vampiros llegaban desde el bosque, sabían que estaban allí, no dejaban de escuchar sus lamentos, pero no podían acercarse a más de quince metros de la vivienda o acabarían convertidos en cenizas. Al menos, aquella noche sabían que podrían estar tranquilos.

Habían cenado algo rápido y se habían puesto a discutir sobre el plan que habían trazado. Ninguno de los allí presentes parecía estar conforme con él, pero, tal y como les había repetido Víctor, era la única posibilidad real de poder conseguir el anillo. No podían desperdiciarla.

En cuanto habían comenzado a hablar del plan, Katherine se había despedido de todos y se había dirigido a una de las habitaciones de la planta superior para descansar, la noche anterior no había dormido prácticamente nada tras el ataque que habían sufrido y debía estar fuerte para la incursión que iban a realizar al día siguiente.

Miguel resopló.

—¿Y un golpe precordial? —se señaló el pecho—. Puede paralizar el corazón.

Víctor enarcó una ceja hacia él.

—Sabes de sobra que con nosotros no funcionaría tanto —dijo pensativo y luego lo miró—. Además, tampoco quiero que me arrees tal paliza para matarme.

Aitor suspiró.

—Sabéis que todo lo que sean golpes o cortar las venas… con nosotros no sirve, nos regeneramos rápidamente —recordó.

Lucas miró a Víctor y chasqueó la lengua, estaba claro que a ninguno de ellos le gustaba hablar sobre ese tema.

—Y… —dijo con la boca seca—, ¿ahogamiento? —Puso cara de fastidio hacia Víctor.

—Podría funcionar —comentó Aitor.

—No, ni hablar… —reaccionó Víctor—, tampoco quiero sufrir más de la cuenta. —Se removió nervioso y resopló—. ¿No hay alguna droga o algo que pueda…?

—Nuestro organismo la sintetiza rápido —volvió a recordar Aitor.

Víctor comenzó a caminar de un lado a otro del salón, nervioso,

aunque los gritos de los vampiros lo desconcentraron y alteraron. Fue hacia la ventana con todo el cuerpo en tensión.

—Putos vampiros, ¡callaos ya! —les gritó con rabia.

De acuerdo, aunque intentase disimularlo estaba de los nervios.

Aitor se cruzó de brazos y suspiró.

—Llamaré a Raúl, quizá él nos pueda decir alguna forma de conseguirlo —dijo sacando el móvil de su bolsillo.

Víctor asintió mientras comenzaba a moverse por el salón, caminando con paso presto de un lado a otro.

Miguel y Marcos se miraron de reojo.

—¿Estás… bien? —le preguntó Marcos sentado a la mesa junto a sus compañeros.

—Claro que sí —respondió Víctor encogiéndose de hombros, sin dejar de caminar.

Aitor se alejó del grupo para poder hablar con Raúl, un médico de Monforte de Lemos que trabajaba junto al padre Santiago en los exorcismos. Los había acompañado en varios de ellos y había ayudado mucho. Suponía que él tendría más ideas que ellos.

Lucas se sentó al lado de sus compañeros sin apartar la mirada de Víctor, el cual, por mucho que dijese, estaba visiblemente nervioso.

—Mañana iremos a primera hora al jet y cogeremos el equipo médico —susurró sin apartar la mirada preocupada de su compañero.

Liú asintió.

—Disponemos, entre otras cosas, de un desfibrilador portátil —comentó—. Supongo que irá bien.

Marcos asintió, suspiró y miró a sus compañeros. Tragó saliva, pues, al igual que el resto de sus compañeros, estaba nervioso. Se frotó las manos y carraspeó.

—No me gusta —les susurró—. Esta idea no me gusta nada.

—A mí tampoco —admitió Lucas.

—A nadie le gusta —intervino Daniel—, joder —dijo frotándose los ojos como si estuviese agobiado.

Marcos miró a Liú esta vez con cierta ansiedad.

—Kata usa una ayahuasca para viajar, quizá hay algún encantamiento o hechizo para paralizar el corazón de Víctor y así…

Liú negó antes de que Marcos pudiese acabar.

—Lo hay, pero eso es magia negra muy potente, nosotros no la practicamos ni lo haremos nunca, significaría nuestra condena —explicó.

Marcos inspiró con fuerza.

—Entiendo —continuó nervioso. Se pasó mano por el cabello negro, revolviéndolo, y cerró los ojos unos segundos—. No se me ocurre nada para que no sufra en exceso —susurró.

—A mí tampoco —respondió Lucas con el mismo tono de voz

preocupado. Se puso en pie y comenzó también a pasearse por el comedor, igual que Víctor, pero por la zona de la mesa—. Espero que Raúl pueda darnos alguna idea.

Se quedaron todos en silencio observando a Víctor que paseaba de un lado a otro y, de vez en cuando, se detenía ante la ventana e insultaba a los vampiros que permanecían en la lejanía. Todos lo miraban enarcando una ceja cuando lo escuchaban soltar algún insulto hacia la ventana.

Víctor suspiró y se quedó observando el bosque iluminado por los potentes focos.

No había nada que desease más que acompañar a Katherine y tener la oportunidad de protegerla en aquel lugar que tanto le asustaba visitar, en parte, él sentía también ese temor, pero sobre todo lo que lo tenía más nervioso era la experiencia de morir. Sabía que sus compañeros lo devolverían a la vida en cuanto pudiesen, pero ese tránsito… no sería agradable. Igualmente, debía admitir que se sentía más relajado al pensar que estaría con ella.

Se giró cuando Aitor entró de nuevo en el comedor guardando el móvil en su bolsillo.

Se detuvo y suspiró. Miró a Víctor con cara de circunstancias.

—¿Has hablado con Raúl? —preguntó Marcos de los nervios.

Aitor asintió y caminó despacio hacia la mesa, sin apartar la mirada de Víctor.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Daniel.

Aitor tragó saliva y se apoyó en la silla.

—Me ha dicho varias cosas que podrían servir… —comentó muy lentamente—, para paralizar el corazón.

Víctor se puso firme.

—¿Como qué? —preguntó con seguridad.

—Inyectando aire en una vena. —Inspiró hondo—. Debería ser rápido. Una entrada de aire en un vaso sanguíneo crea burbujas que se mueven por todo el torrente circulatorio. Cuando es una cantidad pequeña es absorbida, pero si se inyecta una cantidad elevada puede formar émbolos y obstruir arterias y venas. Sería mortal a partir de cincuenta centímetros cúbicos. —Se cruzó de brazos—. Provocaría una embolia, el problema es que esta puede ser cerebral… —Tragó saliva —. Esa es una opción, pero no muy segura, pero podríamos aplicarlo, sería poner una vía rápido e introducir una gran cantidad de aire. Otra opción, y la que creo que es más segura… aunque sé que no te gusta… —apretó los labios—, el golpe precordial.

Víctor resopló.

—Joder —susurró.

—Dice que es lo más seguro y que con el desfibrilador se recupera rápido. De esta forma no hay peligro de que se dañen otros órganos,

siempre y cuando se haga bien —continuó explicando—. El impacto debe ser frontal, en el pecho, justo por delante del corazón y en el centro. Y, muy importante, hay que calcular el momento idóneo dentro del ciclo cardíaco. Hay un breve lapso de tiempo, unos veinte milisegundos, en que el corazón es más susceptible, ya que es el punto de mayor vulnerabilidad eléctrica. Para asegurar el paro cardíaco debería realizarse el golpe justo en ese momento. —Miró a sus compañeros—. Necesitaríamos conectarlo a un electrocardiógrafo.

—Tenemos uno portátil en el jet —explicó Jake—. Es pequeño, se coge con las dos manos y te hace un electrocardiograma en una pequeña pantalla.

Aitor asintió y miró a Víctor.

—Es tu decisión —comentó lentamente. Víctor resopló y comenzó a caminar por el salón de nuevo, pensativo. Aitor dio unos pasos hacia él—. Me… ¿me permites un consejo?

—Claro.

—Mejor el golpe —dijo directamente—. Lo otro cabe la posibilidad de que te afecte al cerebro. Sé que… es más bestia, pero el resultado es mejor, y me ha dicho que es muy fácil de recuperar. Para traerte de nuevo podríamos desfibrilarte o aplicarte masaje cardíaco, pero Raúl me ha confirmado que reanimar a una persona que ha sufrido un golpe precordial es mucho más fácil y responden muy bien.

Víctor apretó los labios y se pasó la mano por la cara agobiado por tener que tomar esa decisión.

—De acuerdo —comentó y miró a sus compañeros—. ¿Y quién me va a dar el golpe? Porque está claro que debe ser uno de nosotros, ya sabemos que somos muy resistentes a ellos, quien me dé el golpe debería emplearse a fondo.

—Paso —dijo Miguel levantándose de la silla, sin querer saber nada de ello.

—Elige tú —comentó Aitor—, todos tenemos la misma fuerza.

Víctor lo miró asombrado.

—Ah, no… yo no pienso elegir. Bastante que estoy decidiendo cómo morirme.

—Pues lo sorteamos —propuso Daniel—. Está claro que nadie quiere, pero alguien deberá hacerlo.

—No, paso, paso… —continuaba Miguel.

—Eh —lo interrumpió Víctor—, aquí apechugamos todos —dijo mirando a Miguel—, así que sortead entre vosotros quién va a matarme —acabó ironizando.

—Joder, dicho así parece hasta divertido —pronunció Lucas—. ¿Cómo lo sorteamos?

Todos miraron a Víctor, el cual se encogió de hombros.

—Yo que sé.

Jake alzó una mano.

—Escribo un número del uno al diez en un papel y quien lo acierte…

Víctor dio una palmada.

—Me sirve… venga.

—Joder… —susurró Daniel removiéndose en la silla.

—Venga, vamos… ¿a qué vienen esas caras largas? —bromeó Víctor—, el que la va a palmar soy yo.

—No tiene gracia —le riñó Marcos—, lo sabes, ¿verdad?

Víctor carraspeó.

—Ya, bueno, son los nervios —dijo mientras veía cómo Jake cogía un papel y un bolígrafo y apuntaba un número—. ¿A quién le tocará el premio? —volvió a bromear.

Lucas resopló.

—Víctor para ya, o al final vamos a desear golpearte todos —se quejó Lucas.

Jake se situó ante todos con un papel donde había escrito el número.

—Bien, ¿quién comienza? —preguntó este. Todos se miraron entre sí sin estar muy seguros—. Está bien, yo decido —continuó y señaló a Daniel—. Dime un número.

Daniel miró de reojo a Víctor y tragó saliva.

—El… mmm… uno.

—No —respondió Jake.

Daniel resopló y se alejó del grupo con la mano en el corazón.

Jake señaló a Lucas.

—El cinco.

—No —respondió.

—Menos mal —susurró este.

Señaló a Miguel, el cual se removió nervioso.

—El nueve.

—No.

Miró a Marcos.

—El cuatro. —No hubo respuesta por parte de Jake, aunque chasqueó la lengua. Marcos abrió los ojos al máximo—. No me jodas —susurró cuando Jake le dio la vuelta al papel y vio dibujado el número cuatro—. ¡Joder! —gritó.

—Ya tenemos ganador —bromeó Víctor—. Felicidades.

Marcos lo señaló con el dedo.

—Cállate ya, Víctor, me estás poniendo de los nervios con esas bromitas —se quejó.

Aitor situó una mano en su hombro y lo miró serio.

—Es algo muy importante. Con sinceridad, ¿te ves capaz?

—¡No! —gritó Marcos—. Joder, es nuestro amigo.

Víctor miró sorprendido a Marcos por lo afectado que parecía que estaba. Fue hacia él.

—Oye, mmm… no pasa nada, es consentido. —Le guiñó un ojo con picardía.

—Ya sé que es consentido, pero no es plato de buen gusto pararte el corazón de un golpe —se quejó este.

Víctor inspiró y asintió.

—Imagino que no, pero por el bien de la humanidad y… del mío propio, ya que espero que no me aplastes las costillas ni los pulmones… necesito que seas rápido y letal. ¿Podrás hacerme ese favor?

Marcos intentó calmarse y se quedó pensativo.

—De acuerdo —susurró mirando su amigo, aunque a Víctor le sorprendió el gesto que hizo acercándose a él y abrazándolo. Víctor le devolvió el abrazo hasta que Marcos se apartó de él y miró hacia la cocina—. ¿Tenemos alcohol? Necesito una copa —dijo dirigiéndose a la cocina.

Daniel fue hacia Marcos.

—He visto una botella de whisky en un armario de regalo de bienvenida —dijo acompañándolo en el camino.

Víctor suspiró y miró al resto de sus compañeros que lo observaban con cara de circunstancias.

—Es casi la una de la madrugada —comentó Aitor y miró a Víctor —. Ve a descansar. Quiero que estés al cien por cien. —Señaló hacia la escalera—. Quédate para ti la otra habitación libre de la planta de arriba. Nosotros pasaremos la noche aquí, ahora llamaremos a Raúl para que instruya a Marcos. Tú descansa y coge fuerzas.

Víctor asintió y, sin decir nada más, se giró directo hacia las escaleras. Subió escuchando cómo sus compañeros iniciaban una conversación, aunque sin prestarles ya atención.

Subió a la segunda planta y siguió el largo pasillo hacia delante, pasando por una de las estancias que tenían montadas como sala de juegos. En el centro había una gran mesa de billar con los palos apoyados en la pared. Más allá, a través de la ventana, podía verse la intensa luz que emanaba de las bandas solares para que los vampiros no pudiesen acercarse a la vivienda.

Llegó a la que sería su habitación aquella noche, donde podría descansar. Necesitaba relajarse y disfrutar de una buena dosis de sueño para reponer fuerzas, sabía que lo que se avecinaba sería duro, pero era lo que debía hacer, sabía que era lo correcto.

Iba a abrir la puerta de su habitación cuando, instintivamente, se giró para observar la puerta de enfrente, donde se encontraba Katherine. La luz debía de estar encendida porque se podía intuir por debajo de la puerta. Esa no era la luz que emanaba de las bandas

solares, sino una mucho más cálida.

Dio unos pasos hasta la puerta y llamó un par de veces.

Katherine caminaba nerviosa de un lado a otro de la habitación. Se había puesto un camisón holgado para intentar dormir, pero le era imposible. Se detuvo en medio de la habitación cuando escuchó que llamaban a la puerta.

—¿Sí? —musitó.

Víctor abrió la puerta directamente y se asomó. Le sorprendió verla de pie en medio de la habitación. Sin duda, su gesto era preocupado.

—Hola, Kata —comentó en el mismo tono que ella. Tragó saliva y suspiró—. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro —respondió ella.

Víctor entró y cerró la puerta tras él. Sí, Katherine estaba nerviosa, pero él también, aunque intentase disimularlo.

—¿No puedes dormir? —preguntó dando unos pasos hacia ella.

Katherine negó y señaló hacia la ventana.

—Es… imposible. Esos gritos… —susurró arrastrando sus palabras mientras cerraba los ojos.

Víctor miró hacia la ventana.

Las cortinas estaban echadas y no podía verse nada más, solo el resplandor de la potente luz con la que aislaban a la casa de los vampiros. Los gritos y alaridos de los vampiros eran realmente estridentes y hacían que su corazón se disparase.

—Tranquila, no pueden acercarse —respondió volviendo la mirada hacia ella.

Katherine asintió y se abrazó a sí misma.

—Igualmente… es escalofriante —comentó iniciando su marcha de nuevo por la habitación.

Él le dio la razón con un movimiento de cabeza.

—No es agradable, no —susurró. Suspiró y dio unos pasos hacia ella. Katherine lo miró de reojo sin dejar de moverse—. ¿Podemos hablar un momento? —Katherine se detuvo y simplemente asintió. Realmente parecía asustada con los gritos de los vampiros, no era para menos, podía ver cómo sus facciones se tensaban cuando los vampiros emitían aquellos alaridos tan agudos—. ¿Cómo funciona?

Ella lo miró sin comprender.

—¿El qué?

Víctor dio unos pasos hacia ella y tragó saliva intentando aparentar serenidad, aunque por dentro estuviese asustado. Una cosa era luchar contra vampiros o invocar demonios, otra bien distinta era morir… no era plato de buen gusto.

—Cuando muera… —comenzó.

Ella negó y cerró los ojos, apretándolos.

—No deberías hacer eso… —susurró como si la idea la atormentase—. Yo puedo viajar sin problema, pero tú… —Suspiró—. No deberías exponerte así. Yo puedo encargarme —dijo más segura.

Víctor ladeó su cuello.

—Tampoco es justo que cargues con esa responsabilidad tú sola.

—Ni que tú tengas que morir para ello —respondió Katherine rápidamente.

Él se encogió de hombros.

—Es una consecuencia… luego me resucitarán —explicó con voz más animada—, pero… necesito saber cómo es el proceso. ¿Cómo me llevarás hasta allí?

Ella resopló y se removió nerviosa de nuevo por la habitación, estuvo unos segundos sin responder hasta que finalmente se puso firme.

—Debes seguir mi voz —susurró sin mirarle—. Deberemos tener las manos unidas en todo momento…

—¿En el infierno? —preguntó.

—No, no… —lo rectificó—, nuestros cuerpos físicos —explicó—. Yo te llevaré conmigo. Durante el viaje deberás coger mi mano, tanto para la ida como para la vuelta. Sera un viaje de ida y vuelta sencillo con la ayahuasca. Ella siempre me muestra el camino a seguir.

—¿Cómo? —preguntó con curiosidad.

—Se ilumina —explicó—. Cuando se ilumina me indica el camino que debo seguir para volver. Algo dentro de mi cabeza aparece y sé cómo hacerlo. Podría hacerlo sin ella, pero de esta forma me es más fácil, es como tener un mapa…

—Ya —la cortó él con una leve sonrisa—, como si tuvieses migas de pan en el bosque, ¿verdad?

—Sí —comentó ella con ternura, aunque nerviosa—, vendría a ser lo mismo. Tú asegúrate de tomar mi mano y yo te traeré de vuelta —susurró con dolor, como si la idea la atormentase.

Víctor inspiró y dio unos pasos hacia el colchón. Se sentó y cruzó sus manos. Katherine se fijó en cómo se las frotaba con nerviosismo. Se quedó unos segundos observándolo y dio unos pasos hacia él.

—¿Estás bien?

Víctor la miró unos segundos y luego apartó la mirada de ella, fijando su atención en un punto frente a él. Asintió levemente, aunque luego comenzó a negar.

—Quiero acompañarte… —susurró sin mirarla—, pero… sí que tengo un poco de miedo —admitió.

Aquella confesión llenó de compasión a Katherine que fue hacia él y se sentó a su lado. Víctor permanecía con la espalda recta, sin mirarla, y las manos unidas sobre sus piernas, frotándoselas compulsivamente.

Katherine situó su mano en el hombro de Víctor.

—Es normal tener miedo… —le susurró intentando calmarlo—. Estarías loco si no lo tuvieses. —Víctor la miró de reojo—. Pero te aseguro que no te dejaré allí. Siento tener que hacerte pasar por esto —siguió susurrando. Él se giró para observarla, Katherine seguía con la mano sobre su hombro y lo estaba acariciando, como si así lo reconfortase—. Eres muy valiente acompañándome para… para protegerme —acabó diciendo y tragó saliva mientras su mirada chocaba con la de él.

Ambos se contemplaron mutuamente durante unos segundos. Katherine lo observaba con cariño, tenía los rasgos más hermosos que jamás había visto. Desde que la había conocido sentía una gran atracción por ella. En ese instante, descendió su mirada hacia sus labios, lo que provocó que ella se pusiese más nerviosa, y cuando Víctor avanzó buscando un beso ella retrocedió hacia atrás. No había nada que desease más que besar los labios de ella. Desde la primera vez que se habían visto Víctor había pensado en cómo sería besar aquellos labios. Sin embargo, Katherine había retrocedido levemente, impresionada por la acción de él.

Víctor tragó saliva y la miró a los ojos.

—Kata —susurró llevando su mano hasta la de ella para acariciarla.

Aquella caricia la calmó. Sintió cómo Víctor rozaba su mano con su pulgar, con suaves caricias, y eso acabó de romper su coraza. No quería enamorarse de él, no quería sentir todo aquello por la persona que debía acompañarla, pues sufriría mucho más, pero era algo que no podía evitar.

Las intenciones de Víctor eran claras. Ella también lo deseaba, más que nada, y la forma en que había pronunciado su nombre y la acariciaba en aquellos momentos acabó de romper aquel muro que había intentado elevar a su alrededor.

Sin pensar más en ello, se acercó a él directamente y se fundió en un apasionado beso con él. Víctor la recibió de buen grado rodeando con sus brazos su cintura para acercarla más a su cuerpo. Si tenía que morir por ella lo haría, pero antes quería besarla y abrazarla, sentir su cuerpo junto al suyo y expresarle de aquella forma todo lo que ella le hacía sentir.

Puso las manos en la cintura de ella y la acercó mientras esta rodeaba sus hombros. Había estado esperando ese momento desde que lo había conocido y, ahora, sabiendo todo lo que estaba dispuesto a arriesgar por ella, lo deseaba más aún. Víctor la besaba de una forma tranquila, sin prisa, deleitándose en el proceso… Unos labios que prometían infinidad de placeres, de ternura…

Notó cómo su piel se erizaba cuando Víctor llevó su mano hasta

su pierna y comenzó a acariciarla. Lo había visto luchar contra cientos de vampiros con una agresividad que la había asustado, sin embargo, ahora aquellas manos solo transmitían dulzura y delicadeza. No dejó sus labios mientras subía su mano acariciando su pantorrilla hasta que se separó y la miró. Katherine tenía los ojos entreabiertos por el placer que le brindaban sus caricias, y le abrazaba sujetándose a sus hombros. Sí, sin duda Katherine esperaba más de aquel contacto, igual que él. Se separó levemente de ella, lo suficiente como para subirse la camiseta y arrojarla al suelo sin cuidado. La abrazó de nuevo y Katherine emitió un leve gemido al sentir el pecho desnudo de Víctor, su piel contra su torso, notando su contacto a través de la fina seda del camisón.

Víctor paseó una mano por su espalda hasta llegar a su nuca, acariciando su cabello, y aumentó más la presión contra sus labios, tornando el beso más posesivo, obligándola a que entreabriese los labios. Mordió levemente su labio inferior y lo abandonó para dirigirse a su cuello.

Katherine era la mujer más hermosa que había conocido, la mujer que le había devuelto la esperanza y de la que estaba profunda y totalmente enamorado. En ese momento no importaba lo que les esperaba al siguiente día, solo el aquí y el ahora. Esa era la misión en su vida, proporcionarle la seguridad, el confort y el cariño que tanto necesitaba.

Acarició su cuello con sus labios mientras descendía hasta su clavícula.

Katherine suspiró cuando notó aquello y, sin ser consciente de lo que hacía, rodeó los hombros de él y comenzó a acariciar su cuello. La sensación era exquisita, cerró los ojos y se dejó llevar a un mundo donde no había crueldad, donde no había muerte ni sufrimiento, un mundo donde solo estaban ellos dos y las caricias que se profesaban.

Víctor la reclinó hacia atrás, tumbándola sobre el colchón mientras descendía su mano hacía su cadera. Katherine no se resistía, al contrario, colaboraba en cada uno de sus movimientos.

Una vez tumbada sobre el colchón, se colocó un poco sobre ella y bajó sus manos subiéndole el camisón. Katherine era suave, mucho más suave de lo que su mente había podido imaginar.

Volvió a sus labios y los besó con pasión. Ambos sabían que aquello no acabaría allí.

Katherine paseó sus manos por su pecho, notando cómo sus músculos se contorsionaban ante su contacto y la piel se le erizaba. Ambos deseaban aquello.

Se apartó levemente de ella para observarla. Katherine tenía los ojos entornados por el placer y sus labios entreabiertos por los ardientes besos que él le daba. La falta de contacto hizo que Katherine

abriese los ojos y lo observó mientras acariciaba su nuca.

Era el hombre más magnífico que había conocido y si algo tenía claro, ya no solo por sus acciones, sino también por sus besos, es que la quería.

Víctor le sonrió sutilmente y cuando recibió una sonrisa por parte de ella no lo soportó más. Si por algo se caracterizaba Katherine era por tener la sonrisa más tierna y sensual que jamás hubiese conocido.

Descendió de nuevo hasta sus labios y esta vez la besó con una pasión que ni él mismo conocía y se situó sobre ella, acariciando con su mano todo su cuerpo, desde su rostro hasta las rodillas. Katherine no pudo evitar el suspiro, aquella era la sensación más placentera que jamás había experimentado. Víctor volvió a su cuello mientras la abrazaba, sin cargarla con su peso. Su suavidad, la forma en que la tocaba… era pura ternura. Una ternura que no creía capaz de conocer en el mundo loco en el que vivían en aquel momento.

Volvió hasta sus labios, besándolos con calma, saboreando el momento, introduciendo su mano por debajo de su camisón, notando su piel erizada ante su contacto.

Katherine no dijo nada cuando él acabó de subir su camisón.

Víctor se incorporó con un movimiento rápido y se deshizo de todas sus prendas de ropa, luego la ayudó a ella a desnudarse, arrojando el camisón al suelo. Notar piel con piel, el calor que desprendían sus cuerpos y que arropaban al otro, les hizo ser conscientes de la necesidad mutua que tenían el uno de la otra y viceversa, una necesidad que habían tenido desde siempre.

Besó sus labios y comenzó a introducirse en ella de forma delicada, suave. Sabía que ella no debía haber estado con otro hombre, al menos no era lo que le había explicado. Cuando se introdujo del todo en ella, Katherine apenas se quejó, únicamente se tensó, por lo que Víctor esperó a que se relajase. Aprovechó para besar su cuello en dirección a los labios y cuando los alcanzó notó cómo ella se sujetaba a él con fuerza, como si necesitase fundirse con su cuerpo y formar uno solo. Se quedó observándola mientras acariciaba su mejilla y ella apartaba un mechón de cabello castaño que había caído sobre su frente.

Ahora era suya, para siempre, y no permitiría que nadie se la arrebatase. No importaba si tenía que morir para ponerla a salvo. Lo haría. Una y mil veces. Ahora, ella era lo más importante que tenía y la protegería incluso con su propia vida. En ese preciso instante, todo lo que Anael había insinuado cobraba sentido, ahora que estaba allí se daba realmente cuenta de la importancia que tenía para él, de todo lo que Katherine representaba.

Comenzó a moverse sobre ella mientras los gemidos de Katherine inundaban la habitación ante el descubrimiento de un nuevo placer,

de algo que jamás había experimentado hasta ese momento. Aun así, intentó controlarse, pues sabía que en la planta baja se encontraban sus compañeros.

Víctor le permitió que se acomodase a su cuerpo, que fuese consciente de él. Comenzó lento, sin dejar de observarla, hasta que poco a poco incrementó el ritmo sin apartar los ojos de los de ella.

Se agachó y besó sus labios. Sabía que lo peor estaba por venir, pero no abandonaría aquella vida sin haber expresado mediante caricias y besos todo lo que sentía por ella. Tenía una necesidad imperiosa de que ella lo supiese.

Siguió moviéndose sobre ella, sintiendo cómo su respiración se acompasaba con la de ella. Katherine lo miraba con amor, acariciando su nuca.

—Me importas mucho —susurró Víctor—. Estoy… enamorado de ti —confesó.

Hubiese esperado que ella riese o lo mirase sorprendida, sin embargo, los ojos de Katherine se empañaron de emoción. Jamás había experimentado una conexión tan grande con nadie como la que sentía con él desde el primer momento en que lo había visto.

—Y yo de ti —susurró como pudo, pues tenía la respiración acelerada.

Víctor descendió y besó sus labios sin dejar de moverse, corroborando lo que le había confesado con sus besos y caricias.

Cuando finalmente cayó sobre ella, suspiró y giró su cuello en su dirección. Katherine miraba al techo, aunque al sentir la mirada de él, giró también su cuello y lo observó con una sonrisa.

Víctor la miraba de una forma diferente a como lo había hecho tan solo momentos antes. Sí, la miraba con amor, pero también con temor.

Katherine se movió y se situó a su lado, pasando la mano por su mejilla, entonces sintió una barba reciente que arañaba sus dedos.

—Todo irá bien —le susurró ella, pues la mirada que él le transmitía contenía cierto temor, un temor que no había visto reflejado en aquella mirada hasta ese momento, hasta que se había sincerado totalmente con ella.

Víctor le sonrió agradeciéndole sus palabras, se acercó y besó su frente mientras la abrazaba.

Cerró los ojos y disfrutó de su cuerpo junto al de ella. Puede que al día siguiente muriese, pero al menos había besado aquellos labios y sentido su piel, su cuerpo. Ahora sus nervios se disipaban mientras sentía cómo ella acariciaba su mejilla con suavidad.

22

La luz del día entraba con fuerza a través de las cortinas que tapaban la ventana. Las cortinas no eran muy gruesas, por lo que dejaban traspasar la luz.

Víctor abrió lentamente los ojos. Su mirada se centró directamente en esa rendija entre las cortinas por donde entraba la luz. No sabía qué hora debía de ser, pero bien entrado el día.

Fue a girarse cuando sintió el peso del cuerpo de Katherine sobre su brazo. Giró su cuello y observó que estaba usando su brazo a modo de almohada. Se le paralizó el corazón ante aquella imagen. Sus rasgos estaban tranquilos, delicados… Se quedó observándola unos segundos. Había sido, sin duda, la noche más maravillosa de toda su vida, al fin se sentía realmente seguro de haber estado con la mujer indicada. Le transmitía tanto amor y ternura que sentía que era incapaz de contener esos sentimientos en su pecho.

Pasó delicadamente sus dedos por su frente, apartando un mechón de cabello que caía sobre sus ojos y sonrió. Sí, sin duda Katherine había llegado para quedarse, aunque el recuerdo de lo que ocurriría aquel día lo atormentó.

Inspiró con fuerza apartando aquellos pensamientos de su mente en aquel momento y se movió levemente para sacar el brazo de debajo de su cabeza. Se incorporó sobre el colchón justo cuando el movimiento la despertó y abrió lentamente los ojos.

—Hola —susurró ella con una voz divertida.

—Buenos días, Kata —contestó él que se reclinó directamente sobre ella para besarla—. ¿has dormido bien?

Katherine se estiró ante la mirada graciosa de él y asintió. Se sentó sobre el colchón cubriéndose con la sábana blanca y miró hacia la ventana.

—¿Qué hora es? —preguntó sorprendida ante tanta luz.

Víctor cogió su ropa interior y se la puso mientras se ponía de pie. Se acercó a la mesita de noche y observó el reloj.

—Vaya, son casi las doce del mediodía. Sí que hemos dormido —exclamó sorprendido. Cierto que la noche anterior no habían pegado ojo, pero no acostumbraba a dormir tantas horas seguidas. La miró e hizo un gesto gracioso—. Teníamos que recuperar fuerzas —bromeó.

Katherine se sentó sobre el colchón y buscó también su ropa interior y el camisón.

Víctor se puso los pantalones y cogió su camiseta.

—Voy a ducharme en el aseo de afuera —comentó dirigiéndose a

la puerta, dejándole para ella el de la habitación.

Katherine se puso en pie y asintió.

—De acuerdo, ahora nos vemos —respondió con una sonrisa.

Víctor salió fuera de la habitación con la camiseta en la mano. Sí, pese a que sabía lo que ocurriría en pocas horas estaba feliz, jamás se había sentido así.

—¿En serio? —preguntó una voz al final del pasillo.

Víctor borró la sonrisa de sus labios y miró hacia allí. Marcos lo miraba de la cabeza a los pies, sorprendido por verlo salir de aquella habitación.

Víctor resopló y decidió no decir nada al respecto. Su compañero no era tonto y lo había pillado de pleno saliendo medio desnudo de la habitación de Katherine.

—Voy a ducharme —comentó dirigiéndose directamente al aseo.

—¿Ahora? —preguntó sin moverse de su lado.

—Sí, ahora, he estado durmiendo —respondió abriendo la puerta del aseo.

—¿Durmiendo? —ironizó Marcos—. Ya, claro.

Víctor enarcó una ceja en su dirección.

—Sí, durmiendo —confirmó entrando en el aseo.

—¿Te crees que soy idiota? —rio su compañero antes de que Víctor cerrase la puerta. Resopló y se miró en el espejo. Sí, en efecto, tenía un color muy saludable de piel—. Venía a despertarte porque son las doce, pero veo que… ya os habéis despertado los dos. Pues nada… os esperamos abajo.

—De acuerdo —respondió Víctor.

Lo cierto era que había recuperado las horas de sueño de los días anteriores, además se sentía con fuerzas renovadas. Aquella noche le había dado la vida y unas intensas ganas de seguir luchando por ella.

Se dio una ducha rápida y se secó. No tardó más de quince minutos en salir del aseo arreglado.

Iba a cerrar la puerta de este cuando Katherine abrió la puerta de su dormitorio y apareció con el cabello mojado, recién duchada, con unos tejanos y un jersey fino de color azul claro.

Víctor tragó saliva. Que le matasen ahora mismo si no estaba perdidamente enamorado de aquella mujer.

—Qué rápida —dijo sonriente.

Katherine se encogió de hombros.

—He escuchado a tu compañero.

—Sí, Marcos —respondió cerrando la puerta—. Venía a despertarnos, supongo que quieren iniciar los preparativos.

—Supongo —comentó ella, aunque su mirada reflejó timidez—, pero… te… te ha pillado saliendo de mi dormitorio —susurró avergonzada.

Víctor enarcó una ceja.

—Pfff… ya ves, podíamos estar hablando simplemente —comentó como si no tuviese importancia.

—Salías sin camiseta —le recordó ella.

—Da igual, Kata —bromeó y se encogió de hombros—. Ya ves lo que me importa a mí —acabó riendo, aunque le hizo gracia el gesto de ella, pues permanecía pensativa.

—Nos han pillado de pleno —comentó para sí misma más que para él.

Víctor rio al ver su timidez y se acercó a ella. Le encantaba aquella faceta tímida. La rodeó por la cintura, la atrajo hacia él y la besó directamente.

—¿Qué más da? —preguntó contra sus labios.

Marcos carraspeó desde el otro lado del pasillo.

—Ejem, ejem…

Víctor suspiró.

—Ahora sí que nos han pillado —bromeó este.

—Durmiendo, ¿eh? —continuó Marcos con la broma, repitiendo las palabras de su amigo.

Katherine se mordió el labio con timidez mientras Víctor la soltaba delicadamente.

—Eh, Marcos… —dijo acercándose unos pasos hacia él—, mantén el piquito cerrado. No tengo ganas de aguantar los comentarios de Miguel hoy. —Marcos chasqueó la lengua como si aquello le fuese a costar bastante. Víctor colocó una mano en su hombro—. Incluso sabiendo que un golpe tuyo va a paralizarme el corazón esta noche para que…

—Eh, eh… —lo cortó Marcos—, no empieces con eso, joder, aún estoy por echarme atrás. Eso es juego sucio.

Víctor se encogió de hombros.

—Pues mantente callado, no quiero chismorreos, comentarios ni bromitas lo poco que me quede de vida —acabó ironizando.

Marcos resopló y puso los ojos en blanco.

—Joder, Víctor, te crees que hace gracia, pero no. Bastante tengo ya —comentó pensativo.

—Pues calladito —le advirtió.

Marcos miró a Katherine que lo miraba con timidez, como si estuviese avergonzada porque los hubiese descubierto.

—Claro, no hay problema, mis labios están sellados.

—Gracias —contestó Víctor girándose hacia Katherine—. ¿Ya estás, entonces? ¿Bajamos?

—Sí —respondió ella caminando lentamente hacia ellos.

—Perfecto.

Los tres bajaron las escaleras hasta la primera planta donde todos

estaban reunidos. Debían de haber pasado la noche allí, ya que sobre el sofá aún había una sábana doblada y las habitaciones de aquella planta tenían las camas deshechas. Solo esperaba no haber sido muy escandaloso la noche anterior junto a Katherine. Al menos sus compañeros no parecían conscientes de lo que había ocurrido entre ellos, dado que todos saludaron con normalidad y sin hacer ningún comentario al respecto.

—Buenos días —los saludó Aitor sentado a la mesa. Aquella mañana la habían dedicado a organizar las armas que habían traído y a preparar las cajas y maletas. Víctor se acercó observando que sobre la mesa había decenas de dagas de plata, linternas de luz solar, pistolas y cargadores—. No sabía si seguiríais durmiendo, me sabía mal despertaros… —comentó mirando a los dos—, pero tenemos mucho que planificar hoy.

—Claro —respondió Víctor.

Miró a su alrededor y vio que faltaban Kemal, Jake, Liú, Daniel y Miguel. Aitor se dio cuenta de que los miraba a todos.

—Daniel y Miguel han ido al jet para traer todo el instrumental médico que necesitamos para esta noche y llevar parte de nuestras maletas y armas que nos sobran. —Señaló hacia la mesa—. Estas son las que se quedan aquí con nosotros y en el todoterreno —indicó alzando las cejas un par de veces seguidas—. Kemal, Jake y Liú están en Boleskine. Ya me han informado de que el hechizo de invisibilidad ha funcionado. Los vampiros no se han acercado a la tienda de campaña en toda la noche, ni siquiera estando la sangre de Kata allí —comentó señalándola.

—Estupendo —festejó Víctor mirándola a ella.

—Así que se encuentran allí reforzando el hechizo, montando el colchón con la tierra maldita y se han llevado uno de los todoterrenos al que van a hacerle también un hechizo de invisibilidad —continuó explicando—. No funcionará igual que en la tienda de campaña, ya que estará en movimiento, pero algo nos protegerá cuando nos vayamos de allí hacia el aeropuerto.

—Todo estupendo —comentó Víctor mirando en dirección a la barra que separaba la cocina del comedor—. Hay café, ¿verdad? —Aitor asintió—. ¿Quieres? —le preguntó a Katherine.

—Sí, a ver si me espabilo —contestó ella tomando la misma dirección que él.

Lucas se acercó a ellos.

—Pues mira que habéis dormido horas, ¿eh? —comentó. Víctor y Katherine se miraron de reojo—. Nosotros hemos hechos turnos, en cuanto pille el jet esta noche voy a caer rendido.

—Sí, je, je, je —sonrió Víctor sirviendo dos tazas de café—. ¿Quieres tú también?

—Llevo cuatro tazas de café en el cuerpo —comentó Lucas—, como siga tomando café me va a dar una taquicardia —bromeó.

Víctor tendió una de las tazas a Katherine.

—Toma.

—Gracias —respondió ella con una sonrisa. Tomó la taza con las dos manos y cerró unos segundos los ojos, disfrutando del calor que emanaba de ella.

Víctor dio un sorbo y siguió mirando alrededor.

—¿Y Anael?

Aitor fue hacia la mesa y siguió ordenando las armas.

—Se encuentra en Lugo preparando el conjuro para encerrar a Astaroth. Supongo que habrá estado toda la noche con el equipo de la Aurora Dorada preparando la botella y el subterráneo para ello. —Cogió un arma y extrajo el cartucho, lo miró asegurándose de que estuviese completo y lo volvió a cargar en el arma—. He hablado con ella por última vez a las ocho de la mañana y estaban en ello. —Depositó el arma en la mesa y los miró colocando las manos en su cintura—. Haremos la incursión a las nueve de la noche. —Miró a Víctor y chasqueó la lengua, pues aquello implicaba causarle una parada cardíaca—. Lo que nos dijo Gadreel es que el tiempo no es igual allí que aquí, así que con un minuto aquí ya bastaría… —Víctor asintió recordando sus palabras. Katherine lo miró de reojo mientras apretaba los labios—. Así que espero que sobre las nueve y cinco o las nueve y diez estemos todos subidos en el todoterreno rumbo al aeropuerto con el anillo.

—Eso esperamos todos —indicó Lucas.

—Kemal ha hablado con el aeropuerto para planificar el vuelo de esta noche. Tenemos pista a las diez de la noche. Así que teniendo en cuenta que el aeropuerto está a cuarenta minutos de aquí, no tenemos mucho margen de error —acabó pensativo—. El trayecto en avión son unas cuatro horas. Llegaremos a Lugo a las tres de la madrugada por el cambio horario.

Víctor fue con Katherine a la mesa y se sentaron en las sillas.

—Menuda nochecita nos espera —susurró antes de dar un sorbo al café—. Joder… cuidado —le dijo a Katherine—, quema.

—Está recién hecho —confirmó Aitor.

—A mí ya me gusta así —dijo Katherine dándole un sorbo con una sonrisa.

Víctor la miró extrañado.

—¿Te lo has tragado? ¿Tienes también el don de tragar fuego? —ironizó.

Ella se encogió de hombros mientras reía.

Víctor negó con su cabeza y miró de nuevo a Aitor.

—¿Haremos esta misma noche la captura de Astaroth?

Aitor asintió.

—Sí, en cuanto lleguemos a casa. Valeria se encargará —le informó.

Aquel dato lo cogió de improviso.

—¿Valeria?

Aitor asintió.

—Esta noche ha dado para mucho… —bromeó—, mientras vosotros dormíais hemos planificado casi todo. Estuvieron hablando los de la Aurora Dorada, en un principio decidieron que el encargado sería Liú, pero… no podemos olvidar que Valeria se enfrentó a Farid, el hechicero supremo de Thelema, en Estambul y salió victoriosa. Encerrar a Astaroth requiere un gran poder. Hasta el momento ha sido la única que ha podido con Farid. —Víctor asintió—. Valeria es la más poderosa de todos, así que… han decidido que sea ella la encargada.

Víctor hizo un gesto gracioso.

—¿Y qué dice Daniel al respecto? —bromeó.

—Te lo puedes imaginar… —continuó Aitor en el mismo tono bromista que él—. Con suerte, esta noche acaban nuestras pesadillas.

—Y salvamos el mundo —apuntó Marcos con una sonrisa apoyándose contra la mesa.

—Eso estaría bien —lo señaló Víctor.

Aitor fue hacia la barra y cogió la cafetera para servirse otro café.

—Esta noche iremos todos menos Kemal y Daniel que nos esperarán en el jet con todo preparado para despegar —siguió explicando Aitor. Fue hacia la mesa y se apoyó en ella. Miró a Katherine y la señaló con la mano—. Nos iría bien que nos explicases paso a paso cómo es el procedimiento para que así sepamos si todo va bien o no.

Katherine dio otro sorbo y asintió. Depositó la taza en la mesa y se apoyó en ella.

—Mi procedimiento es muy sencillo, pero hay cosas que deben respetarse al cien por cien. —Marcos y Lucas se sentaron frente a ellos —. En mi mano izquierda debo tener cogida todo el rato la ayahuasca, no puedo soltarla en ningún momento, y en mi mano derecha debo tener cogida la mano de Víctor, de lo contrario, no podré conducirlo tanto de ida como de vuelta y podría perderse.

—Entendido —dijo Aitor muy atento.

—Si durante el proceso se suelta en algún momento no pasa nada, pero cuando la ayahuasca tome un color dorado brillante, ahí debo tenerla sujeta en mi mano sí o sí. —Todos asintieron—. La ayahuasca toma un color dorado cuando la uso, es decir, en el momento en que descienda a los infiernos se pondrá dorada, igual que cuando vuelva, veréis que comienza a brillar. —Miró a Víctor e inspiró hondo, como si esta parte le costase más de explicar—. Por lo tanto, el paro

cardíaco debe realizarse cuando la ayahuasca se ponga de ese color para que lo pueda llevar conmigo. De igual forma se le debe resucitar cuando la ayahuasca vuelva a brillar, ese será el momento en que traeré su espíritu de vuelta —explicó con delicadeza—. Esto debe quedar muy claro, no intentéis resucitarlo hasta que no veáis que se pone dorada. Contaréis con unos segundos para lograrlo antes de que inicie el camino, por lo que en el momento en que su corazón vuelva a latir él ya estará aquí.

—De acuerdo —contestó Aitor muy atento a todo lo que decía.

—Como ambos estaremos cogidos de la mano no podéis usar un desfibrilador o me electrocutaríais a mí —continuó ella.

—Todos tenemos formación en reanimación cardiopulmonar. Raúl nos confirmó que reanimar un corazón que ha sufrido un golpe precordial es sencillo. Además, nos ha recomendado que consigamos una inyección de epinefrina. De esa forma, el corazón se activará antes. —Miró a Víctor—. Adivina qué, Paco nos suministra la epinefrina —bromeó—. Miguel y Daniel pasarán por el hospital a recogerla antes de venir para aquí.

—¿Le has explicado a Paco lo que vamos a hacer?

Aitor se encogió de hombros.

—Quiere estar enterado de todo, ¿no? Pues que ayude —sentenció.

—¿Y qué ha dicho?

—¿A parte de que estamos locos? —ironizó—. Que le avisemos en cuanto te recuperes.

Víctor se pasó la mano por la cara, agobiado ante la mirada de sus compañeros. Katherine lo miró y, sin poder evitarlo, llevó su mano hasta la de él y se la cogió.

—¿Estás bien? —preguntó Lucas.

Víctor asintió.

—Sí, lo estoy. —Luego miró a Marcos y sonrió intentando quitarle hierro al asunto—. Aunque te vas a tener que emplear a fondo para provocarme un paro cardíaco.

Marcos sonrió a disgusto.

—Lo sé —respondió y tragó saliva.

Víctor miró a Aitor sin soltar la mano de Katherine.

—A nosotros no se nos para el corazón tan fácilmente por un golpe precordial —recordó. Aitor asintió—. Tendrás que darme con todas tus fuerzas —dijo hacia Marcos.

Él asintió, pero la idea pareció agobiarle y se levantó de la silla dirigiéndose hacia la ventana, como si no le resultase agradable la conversación.

Aitor no dijo nada al respecto, sabía que aquello debía afectarle. Miró a Katherine.

—¿Hay algo más que debamos saber?

Ella se quedó pensativa unos segundos.

—Creo que no.

Aitor miró a Víctor de nuevo.

—Te tendremos monitorizado en todo momento con electrodos. ¿Necesitas que te monitoricemos a ti también, Kata?

—No, no… a mí no me toquéis, por favor, necesito estar totalmente concentrada. Ni un simple roce, eso me desconcentraría —insistió.

—De acuerdo. —Luego la señaló como si recordase algo—. Sí, antes de que se me olvide, tendremos que sacarte otra muestra de sangre antes de que hagáis la incursión, así la dejaremos por allí para entretener a los vampiros mientras nos dirigimos al aeropuerto.

Ella asintió.

—Ningún problema.

—Espero que entre el hechizo de invisibilidad que apliquen al todoterreno y tu sangre no nos molesten mucho los vampiros en el trayecto —acabó diciendo. Miró la mesa con todas las armas y tomó una linterna en su mano—. Tomaremos todas las precauciones y rodearemos la tienda de campaña con linternas solares también. Bien —dijo mirando a los dos—, será mejor que comáis algo. —Miró su reloj de muñeca—. A las cuatro nos iremos a la tienda de campaña, antes de que anochezca, y esperaremos allí.

En ese momento entraron por la puerta Daniel y Miguel.

—Hola —comentó Miguel dirigiéndose a la mesa, seguido por Daniel.

Todos respondieron con un saludo.

—¿Ya están las maletas y las cajas en el jet? —preguntó Aitor girándose hacia ellos.

—Sí, solo faltan las maletas de ellos dos —señaló Daniel a Víctor y Katherine.

Ambos se pusieron en pie.

—Ahora nos ponemos a ello —indicó Víctor.

—Y ya tenemos la epinefrina —explicó Daniel.

—Estupendo —contestó Aitor—. Preparad las maletas y coméis algo —instó a Víctor y a Katherine—, cuantos menos trastos llevemos en el todoterreno de camino al aeropuerto, mejor, menos peso y más ligeros iremos. —Se giró hacia Miguel y Daniel—. Mientras tanto, nosotros iremos preparando las armas. Las que usaremos en la tienda de campaña si se diese el caso y las que dejaremos en el todoterreno.

—Oído, jefe —dijo Miguel acercándose a la barra de la cocina—. Nos tomamos un café y vamos a por ello.

Víctor se puso en pie y miró la mesa repleta de armas.

—¿Puedo llevar algún arma? —le preguntó—. ¿O simplemente

apareceré allí en bolas?

Ella le sonrió y negó.

—Puedes llevar alguna cosa. Igual que yo llevo la ayahuasca, tú aparecerás igual que en el momento de tu muerte —explicó—. Al menos es lo que me pasa a mí.

Víctor asintió.

—Es bueno saberlo —comentó como si la idea le gustase.

23

Se habían resguardado en la tienda de campaña media hora antes de que se pusiese el sol. Antes de las cinco de la tarde ya era noche cerrada.

Todos menos Kemal y Daniel se encontraban allí. Ellos dos se habían dirigido al aeropuerto de Inverness donde esperarían a que el resto llegase, preparados para despegar en cuanto fuese posible.

Las horas pasaban bastante lentas, más de lo que esperaban.

La Aurora Dorada había hecho un buen trabajo. La tienda de campaña tenía símbolos de runas y sellos dibujados por todos lados. Normal que pasase tan desapercibida para vampiros y entidades del mal, estaba sumamente protegida.

Gracias a las enseñanzas de Anael habían podido identificar muchos de estos símbolos. Además, en el interior se encontraba iluminada por velas, habían puesto un incienso relajante y las linternas solares preparadas para ser usadas en cualquier momento.

Lo habían distribuido todo muy bien. Mirando hacia el norte, justo frente a la puerta de aquella casa en ruinas y en el centro de la tienda de campaña, habían colocado un colchón con la tierra maldita que habían conseguido para que Katherine pudiese tumbarse allí. A su lado habían depositado un saco de dormir abierto donde se colocaría Víctor y, junto al saco, todos los enseres y equipos médicos que habían traído del jet: un desfibrilador que no pensaban usar, un electrocardiógrafo, un ambú de color azul para dar oxígeno, algunas mantas térmicas y la epinefrina que inyectarían a Víctor antes de iniciar el masaje cardíaco.

Al otro lado habían puesto una mesita con unas cuantas sillas donde disponían de unas botellas con agua, refrescos y unas cuantas pizzas que habían hecho al horno antes de ir a Boleskine. Las pizzas estarían frías cuando las comiesen, pero al menos tendrían algo en el estómago.

Cuando habían llegado allí y cerrado la tienda de campaña parecían un grupo de jóvenes acampando, divirtiéndose, pero a medida que pasaban las horas el ambiente era cada vez más serio. Seguramente, lo que iban a hacer aquella noche era, de lejos, lo más peligroso que iban a hacer nunca, no solo porque iban a abrir un portal con el infierno, sino porque la vida de uno de sus compañeros dependía, en parte, de ellos.

Poco antes de las ocho de la tarde los gritos de los vampiros habían comenzado a resonar por el bosque, provocando que todos se

pusiesen alerta. Con el paso de los minutos se habían ido calmando al ser conscientes de que el hechizo de invisibilidad con el que habían protegido la tienda de campaña funcionaba perfectamente. De hecho, aquellos alaridos se escuchaban a lo lejos.

Anael había hecho acto de presencia en la tienda de campaña poco después de las ocho, ayudándolos a organizar y pasar recados entre ellos que se encontraban en Boleskine y Daniel y Kemal que se encontraban en el jet.

Lucas extrajo la aguja del antebrazo de Katherine y esta se lo apretó con el algodón. Habían rellenado otra jeringa con su sangre, la cual dejarían allí para que, en el momento en que la Aurora Dorada retirase a distancia el hechizo de invisibilidad de la tienda de campaña, los vampiros se sintiesen atraídos por el aroma de aquella sangre. Era una medida de protección que no descartaban usar si los incordiaban en el viaje o bien cuando estuviesen a punto de llegar al aeropuerto para asegurarse de que no les molestarían en el despegue.

—¿Te he hecho daño? —preguntó Lucas mientras se deshacía de la aguja en un pequeño contenedor amarillo y ponía atención en no derramar la sangre de la jeringa.

—No, nada —le sonrió—. Ni lo he notado.

—Me alegro —contestó Lucas depositándolo sobre la mesa.

Katherine fue hacia Víctor, el cual se colocaba correctamente unas cuantas dagas en su cinturón y parecía bastante concentrado. Se había puesto su uniforme al igual que el resto de la división y esperaba ansioso a que llegase el momento.

Katherine se situó a su lado y colocó una mano en su brazo.

—¿Estás bien?

Él le sonrió y asintió.

—Nervioso, pero bien —contestó con voz tranquila.

Víctor la observó de la cabeza a los pies. Se había puesto una túnica blanca sin costuras, únicamente llevaba un bolsillo bastante grande en el centro, a la altura de su barriga. La túnica le iba bastante holgada, por lo que debía de estar muy cómoda. Ni medias ni zapatos, solo la ropa interior y ya.

—¿No tienes frío? —le preguntó Víctor.

Ella ladeó su cuello. ¿Eso era lo que le importaba? Rio ante aquella pregunta y negó.

—No, estoy bien, aquí dentro hay buena temperatura. Somos tantos —susurró mientras veía a sus compañeros ultimar los detalles finales, asegurándose de que todo estuviese correcto, sobre todo el equipo médico. Tragó saliva y lo miró. El gris de sus ojos se había vuelto más oscuro. Cogió su mano con ternura y suspiró—. Sé que es egoísta decir esto, pero… me alegro de que me acompañes.

Él sonrió con ternura.

—No es egoísta, Kata, yo también me alegro de poder acompañarte en esto. —Se encogió de hombros—. Sinceramente, creo que estaría mucho más nervioso de lo que estoy ahora si tuviese que dejarte ir sola.

Aquellas palabras le emocionaron. ¿Cómo podía ser así? Sus palabras decían tanto que sus ojos se empañaron y tuvo que contenerse. Él iba a dar su vida por ir con ella, por protegerla y asegurarse de que no le ocurría nada mientras daban con el anillo.

—Quedan diez minutos —protestó Anael que desde hacía un rato andaba bastante nerviosa—. ¿Dónde está Gadreel? —preguntó mirando de un lado a otro.

Aitor miró su reloj de muñeca.

—Aún queda, tranquila —intentó calmarla.

—Te aseguro que como nos traicione no va a tener infierno suficiente para esconderse de mí —rugió.

Katherine suspiró y se volvió hacia Víctor cuando sintió que este situaba una mano en su cintura.

—Creo que… después de esta experiencia… podríamos quedar para cenar —propuso con una sonrisa pícara.

Ella volvió a sonreír y lo miró divertida.

—¿Me estás pidiendo una cita? —ironizó.

Víctor chasqueó la lengua.

—Sé que las circunstancias no son las más apropiadas, pero sí, te estoy pidiendo una cita.

Ella asintió decidida.

—Me encantaría ir a cenar contigo —comentó mientras se apartaba para que Miguel pasase por su lado con unas mantas en sus brazos—. ¿Tienes algún sitio en mente? —preguntó con un tono de voz juvenil, intentando pensar en otra cosa y no en lo que ocurriría en pocos minutos.

—Sí, pero será una sorpresa —respondió.

—¡Al fin! —exclamó Anael cuando Gadreel hizo acto de presencia en el interior de la tienda de campaña.

Todos dieron un paso atrás ante la intromisión. Como siempre, Gadreel se colocó correctamente el traje y miró a Anael extrañado.

—¿Cómo que al fin? Quedan seis minutos para las nueve. Soy puntual —se quejó.

Anael resopló y fue hacia él, obviamente estaba bastante nerviosa por lo que iban a hacer.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —le preguntó.

Gadreel la miró de arriba abajo.

—¿Cómo que dónde he estado? —preguntó sin dar crédito—. Dando paseos por la tierra y en el infierno. Cada quinientos años me gusta disfrutar de este año de libertad —rugió.

Ella puso los ojos en blanco y miró a sus compañeros. Todos habían adoptado una postura a la defensiva, como si nadie se fiase de él, y realmente era lo más lógico.

Gadreel centró su mirada directamente en Katherine y luego en Víctor.

—¿Preparados? —preguntó más serio.

Katherine tragó saliva y miró de reojo a Víctor que inspiraba hondo.

—Sí —contestaron los dos a la vez.

—Está bien —dijo Gadreel dando un paso al frente y observando a la pareja—. Llevas un par de dagas… —le señaló el cinturón.

—Para defenderme si es necesario.

—De poco te van a servir ahí abajo, muchacho —ironizó—. Lo que te servirá son tus rápidos movimientos y tu fuerza.

—Ya —contestó como si no le importase lo que le decía—, me las pienso llevar igualmente.

Gadreel alzó sus manos como si estuviese sufriendo un atraco.

—Tú mismo, yo solo te aviso.

—Ah… y… esto —dijo mostrándole una réplica del anillo del rey Salomón en su dedo corazón—, también voy a llevármelo.

Gadreel dio un paso hacia atrás y sonrió de forma tirante.

—Esto te servirá más, al menos los asustarás —bromeó. Dio una palmada e inspiró hondo—. Bien, sabes que la magia no sirve de nada ahí abajo, ¿verdad?

—Me lo voy a llevar digas lo que digas —sentenció.

—Vale… —Se giró hacia Anael y le sonrió sarcásticamente—, supongo que a nivel psicológico algo le ayudará —bromeó.

Aquellas palabras hicieron que Anael golpease su brazo.

—¿Nos vas a ayudar o no?

—Joder, Anael, ¿tú no eres el ángel del amor? Últimamente no dejas de golpearme. —Ella enarcó una ceja—. Sí, claro que os voy a ayudar —pronunció con los dientes apretados—, pero vosotros debéis cumplir vuestra parte del trato. En cuanto os entregue el anillo salís por patas de ahí, volvéis a Lugo y encerráis a ese maldito psicópata —acabó con un tono estresado. Miró de nuevo a Anael—. ¿Lo tenéis todo preparado?

—Sí, todo listo —confirmó ella.

Gadreel los miró y asintió.

—Bien, pues vamos allá… —indicó mirando a los dos jóvenes. Se acercó a Katherine—. Dejaré un rastro, síguelo —le pidió. Ella no dijo nada, simplemente asintió. Gadreel se llevó la mano a la frente e hizo un pequeño saludo—. Nos vemos en el infierno. —Dicho esto, desapareció.

Ambos se quedaron en silencio durante unos segundos. Katherine

se giró hacia Víctor mientras apretaba los labios y su respiración se tornaba más rápida por los nervios. Lo miró a los ojos intentando contener sus emociones.

Víctor pasó una mano por su mejilla.

—Todo irá bien —susurró.

Ella asintió sin apartar la mirada de sus ojos grises.

—Todo irá bien —confirmó ella. Dio un paso al lado y cogió su ayahuasca de la mesa enrollándola en su brazo, desde el codo hasta su muñeca y dejando un trozo de cuerda que sujetaba con su mano—. Vamos allá.

Se estiraron en el suelo, ella sobre la tierra maldita que habían aplanado y él sobre el saco de dormir.

Víctor miró a todos sus compañeros que lo observaban con gesto preocupado.

—Será mejor que me desabroche el uniforme o no servirá de nada —ironizó Víctor mirando a Marcos—. Estos uniformes son muy duros.

Nadie dijo nada a aquellas palabras, solo lo rodearon. Aitor cogió su reloj de muñeca activando el cronómetro.

—Te prometo que te traeremos de vuelta, Víctor —pronunció Aitor agachándose a su lado para ir pegándole los electrodos de ventosa del electrocardiograma. En pocos segundos pudo ver cómo en una pantalla salía el trazado de la actividad eléctrica de su corazón.

—Lo sé —respondió él con una sonrisa.

En ese momento sintió la mano de Katherine cogiendo la suya y giró su cabeza hacia ella. Tragó saliva cuando la vio, lo observaba intentando controlar un puchero, aunque respiró hondo e intentó calmarse.

—Te prometo que no te dejaré allí y que cuidaré de ti —le susurró Katherine.

—Cuidaremos el uno del otro —pronunció él convencido. Le sonrió con ternura y respiró hondo—. Nos vemos en el infierno.

—Nos vemos en el infierno —susurró ella.

Lo miró unos segundos más, como si de aquella forma pudiese retrasar lo inevitable y, finalmente, apartó la mirada de él y miró hacia el techo.

—Recordad mis instrucciones —pronunció mirando fijamente hacia arriba—. Solo cuando la ayahuasca brille de un color dorado.

—Así lo haremos —corroboró Aitor.

Katherine se negó a mirar de nuevo a Víctor, sentía una gran necesidad de hacerlo, pero sabía que si lo hacía le sería imposible concentrarse. Inspiró hondo y cerró los ojos iniciando su ritual.

Marcos se agachó a su lado y cogió su mano con fuerza.

—Esto no me gusta nada —dijo apretándosela.

Víctor chasqueó la lengua.

—No te creas que a mí me hace mucha gracia —ironizó en un susurro. Marcos sonrió a su amigo, realmente debía de estar pasándolo mal por lo que debía hacer, pero alguien debía hacerlo—. Sé que no es algo personal, tranquilo —bromeó de nuevo. Marcos rio más aún y finalmente se puso serio—. Dame bien fuerte.

Marcos se pasó la mano por la cara, agobiado.

—¿Puedes dejar de decir tonterías? —le susurró de nuevo.

Víctor rio y también se puso serio.

—Nos vemos pronto —comentó antes de mirar a todos.

Cerró los ojos e inspiró profundamente intentando calmar los latidos de su corazón. Sabía que en cualquier momento la ayahuasca de Katherine comenzaría a brillar y ese sería el momento. Ni siquiera se atrevía a abrir los ojos, pero supo que el momento había llegado cuando escuchó el suspiro de Marcos. El golpe debía realizarse justo encima del corazón en el momento de más debilidad de este, entre la dilatación y la contracción. Intentó calmarse y decelerar más sus latidos para que fuese más fácil acertar.

Solo esperaba que fuese rápido y encontrarse con Katherine lo antes posible.

Marcos miró a Aitor, esta vez decidido, sabía que no podía errar. Miró con detenimiento la pantalla del ecocardiograma, tomó aire y con todas las fuerzas que pudo golpeó el pecho de Víctor.

Hubo un silencio escalofriante cuando tras otro latido el corazón se detuvo y una línea plana apareció en la pantalla.

24

—Víctor… Víctor…

La dulce voz de Katherine llegaba hasta él como un susurro traído por el viento. Estaba todo oscuro, no sentía nada, simplemente oscuridad, hasta que entre aquella neblina comenzó a aparecer aquel rostro que tanto había observado aquellos últimos días.

Katherine estaba echada prácticamente contra él, con sus manos en sus hombros, moviéndolo para que así reaccionase.

—Víctor… mírame… por favor —dijo sobre él.

Víctor tragó saliva e intentó centrar la mirada. Llevó su mano hasta la mejilla de ella y la acarició. Katherine se encontraba a escasos centímetros de él.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Finalmente consiguió centrar su mirada en aquellos ojos color miel.

—Estoy… en… ¿el cielo? —preguntó él en un susurro.

Ella le sonrió con ternura y negó.

—No precisamente —contestó y se apartó de delante de él para que observase.

Se encontraban en una especie de cueva de piedra negra, no era muy profunda, pero se mantenían a cobijo. Fuera de la cueva se veía una larga explanada de piedra atravesada por pequeños remolinos de tierra. El paisaje era seco, sin vida, luz ni color.

Más adelante, tras esa explanada, había unas altas montañas que acababan puntiagudas, de color negro.

Llamó su atención una figura que se movía a su lado. Se incorporó de inmediato y respiró un poco más tranquilo al darse cuenta de que Gadreel estaba a su lado, en aquella pequeña cueva. Dio unos pasos hacia delante y miró hacia el infinito.

—¿Estás bien? —insistió ella.

Víctor centró su mirada en Katherine y asintió.

—Sí.

—¿Te ha dolido? —preguntó con dolor.

Negó con su cabeza sorprendido y se puso en pie. Se miró a sí mismo, tenía el pecho al descubierto, pues había bajado la parte alta de su uniforme para que Marcos pudiese golpearle.

Se subió las mangas y cerró su uniforme, cubriéndose. Instintivamente llevó sus manos hacia el cinturón sintiendo las dos dagas y se miró la mano donde llevaba la réplica del anillo del rey Salomón.

—No he sentido nada… ni siquiera dolor —explicó pensativo—. ¿Tú estás bien? —le preguntó.

Ella asintió.

—Sí. Yo sí —dijo ella.

Gadreel permanecía dándoles la espalda, sin mirarlos, atento al horizonte. Se giró y los miró de la cabeza a los pies.

—Bienvenidos al infierno, muchachos —comentó con una leve sonrisa.

Katherine y Víctor dieron unos pasos hacia delante, observando. Sin poder remediarlo, Katherine llevó su mano hasta la de él, cogiéndosela.

—No me lo esperaba así… —susurró Víctor.

Gadreel enarcó una ceja en su dirección.

—¿Y cómo te lo esperabas? —bromeó.

—Más fuego y… gritos.

Gadreel sonrió y puso los ojos en blanco.

—Típico —comentó—. Tú espera a adentrarte en él —acabó mirando al frente, lo cual provocó que Víctor apretase su mandíbula —. ¿De cuánto tiempo disponéis?

—Un minuto en la Tierra —contestó Katherine.

Gadreel asintió y, finalmente se giró hacia ellos.

—De acuerdo, hay que ponerse en marcha. —Señaló a Katherine —. Deja la ayahuasca aquí, no puedes llevarla o podrían quitártela. —Katherine asintió rápidamente y la desenroscó de su brazo situándola tras una roca—. Aquí no la verán, no suelen venir por esta zona. —Inspiró y miró a Víctor—. Tus dagas…

—No voy a dejarlas aquí —sentenció él.

—¿Qué parte de que aquí no te van a servir de nada no entiendes? —preguntó—. ¡Qué cabezota! ¡Bah… haz lo que quieras! —pronunció como si le diese igual. Fue hacia un lado y sacó de detrás de unas piedras unas cadenas. Fue hacia ellos y se las tendió—. Ponéoslas —ordenó.

Víctor las miró no muy seguro.

—¿Por qué?

Gadreel lo miró asombrado y parpadeó varias veces.

—¿Te crees que vas a poder pasearte por aquí sin problema? —ironizó—. Estás en el infierno, Víctor —le aclaró—, así que haz el favor y obedece —pronunció como si se le agotase la paciencia—. No disponemos de mucho tiempo antes de que descubran que hay una intrusión. —Les tendió las cadenas de nuevo—. Ponéoslas. —Esta vez, su tono de voz sonó más estricto.

Víctor miró de reojo a Katherine que se acercaba a ellos tras esconder la ayahuasca en una de las rocas del principio de la cueva y observó las cadenas.

Eran gruesas y al inicio de ellas tenían unos grilletes, contrariamente a lo que pensaba, no pesaban lo más mínimo.

Las cerraron en torno a sus muñecas y Gadreel cogió la punta de la cadena para arrastrarlos.

—¿Vamos a dar un paseo? —ironizó tirando de ellos.

Víctor resopló cuando sintió el tirón de las manos. Miró a su lado donde Katherine caminaba prestando atención a su alrededor.

Salieron de la cueva y se internaron en aquella explanada cubierta de roca negra y recubierta de tierra seca.

Sobre ellos había una neblina que no dejaba pasar la luz de sol, lo que provocaba que el lugar fuese un lugar oscuro, un permanente día lúgubre y tenebroso.

Víctor miró hacia delante, hacia Gadreel que los conducía por aquel páramo hacia aquella cordillera de montañas que parecían de pizarra negra.

El calor comenzó a ser asfixiante, ¿a cuántos grados debían estar? Puede que no hubiese fuego, pero la sensación era como estar en un horno.

Resopló y se fijó en Katherine que caminaba a su lado, con los brazos estirados hacia delante igual que él. Los grilletes se ajustaban bastante a sus muñecas.

Permaneció en silencio mientras se acercaban a las altas montañas.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Víctor.

Gadreel se giró unos segundos hacia atrás y le sonrió de forma sarcástica.

—Ya lo verás —mencionó volviéndose hacia delante.

Ante ellos las montañas creaban estrechos caminos rodeados de piedras afiladas y cortantes. Se introdujeron en uno de ellos avanzando despacio y mirando a su alrededor. Allí, en aquel estrecho pasillo, había aún más oscuridad, pues la poca luz que se filtraba a través de la neblina en el cielo se opacaba por las altas paredes.

—¿A dónde nos llevas? —preguntó.

—Silencio —ordenó Gadreel—. A partir de ahora, manteneos callados —pronunció como si se le agotase la paciencia.

Aquello no le gustaba. Miró a Katherine y comprendió que ella pensaba lo mismo. El lugar de por sí ya era tétrico, pero aquellas cadenas apresándolos, el que los condujera a un lugar que ni siquiera les había informado, que obligase a Katherine a dejar la ayahuasca en un lugar lejano… ahí había algo que se les escapaba.

Se les erizó la piel al escuchar los gritos y lamentos que recorrían aquellos pasillos. Sí, ahora sí podían asegurar que estaban en el infierno, a medida que se iban adentrando en aquella montaña, en aquel laberinto de pasillos estrechos, el lugar era más aterrador.

Víctor pudo comprobar cómo por encima de sus cabezas, a varios metros, seres con un aspecto sacado de sus peores pesadillas los sobrevolaban. Los gritos de estos seres se hicieron más intensos y atraían a otros iguales que ellos.

Si no estuviese encadenado se hubiese llevado las manos a los oídos, los gritos eran desgarradores.

Miró con atención a aquellos seres. Tenían forma humanoide, pero con las extremidades muy largas, demasiado, dándoles un aspecto desfigurado y aterrador. Eran como largos esqueletos recubiertos de piel. No tenían un solo cabello en el cuerpo y se cubrían con unas túnicas deshilachadas de color oscuro. Sus pieles eran de un color blanco tirando a verdoso. Sus ojos eran profundos y de un color negro, sus narices puntiagudas, con forma de hueso y sus bocas eran simplemente un fino corte en medio de aquella piel.

Estaba seguro de que se trataba de demonios en su forma original. Cuando ellos los habían conjurado les exhibían un hexagrama para que tomasen un cuerpo en el plano terrenal, pero sin duda alguna su forma real era mucho más aterradora.

—Deben de ser demonios —le susurró a Katherine sin apartar la mirada de un grupo que se situaba unos metros por encima de ellos, tiesos como palos, sobre unas rocas.

—¿Deben de ser? Está claro que lo son —contestó ella con un hilo de voz.

Aquellos seres tenían la capacidad de desplazarse de una roca a otra como si volasen, como si no hubiese atmósfera y fuesen ingrávidos, dejando a su paso una estela humeante que desaparecía a los pocos segundos.

Miró hacia delante. Gadreel sabía perfectamente a dónde se dirigían. ¿Por qué no les había explicado nada?

Los gritos se volvieron insoportables y ambos bajaron su cabeza y cerraron los ojos con fuerza cuando entraron a una especie de plaza circular rodeada toda ella de montañas, donde había un gran número de estos seres reunidos.

Estaba claro que muchos los reconocían, sabían quiénes eran, ya que gritaban con una agresividad extrema, tanto que, seguramente, si no estuviese realmente muerto le hubiesen perforado los tímpanos.

—Putos demonios —susurró Gadreel mirando hacia arriba, hacia aquel tumulto de seres que se concentraban allí para observar lo que ocurría. También parecía molestarle aquel ruido, pero claramente estaba más acostumbrado que ellos.

Katherine agachó su cabeza fijando su atención en el polvoriento suelo, sin atreverse a mirar hacia arriba con tal de no volver a ver a aquellas horribles criaturas.

Se introdujeron en otro pasillo y giraron a la derecha.

—¿A dónde nos llevas? —volvió a preguntar Víctor, esta vez con un tono de voz más potente.

Gadreel frenó en seco y se giró hacia ellos.

—¿No te he dicho que cierres la boca? —preguntó con un tono más agresivo.

Víctor alzó su mentón y apretó los labios mientras miraba de reojo a Katherine, la cual lo observaba también de una forma asustada, estaba claro que tampoco se fiaba lo más mínimo de aquel ángel caído. Si había caído sería por algo, ¿no?

Sus sospechas se confirmaron cuando el pasillo dio a una gran estancia.

Gadreel se detuvo al inicio de esta, sujetando con fuerza las cadenas.

Víctor y Katherine se detuvieron tras él. El lugar era enorme. Debía de ser una especie de salón porque al principio de este había una gran mesa hecha con la misma piedra que las montañas, de color negro y rodeada de sillas. No había nada más, no había techo, solo la neblina que cubría todo por encima de sus cabezas.

Gadreel tiró de ellos con brusquedad provocando que volviesen a caminar.

Víctor sintió que todos sus músculos entraban en tensión al descubrir que en aquel salón no estaban solos. Jamás lo había visto, pero podía intuir a quién tenían por delante.

Al final de la enorme estancia había una pequeña tarima de piedra con dos escalones y, sobre esta, tres grandes tronos también construidos a base de la misma piedra que formaba las montañas.

El ser al que se dirigían tenía un aura de ferocidad diferente a todos los seres con los que se había cruzado, incluso a la de Gadreel.

Por su corpulencia debía de ser bastante alto. Su cabello rubio y claro estaba echado hacia atrás y contrastaba con su piel blanquecina y sus ojos de un azul tan claro que parecían casi transparentes. Vestía una túnica de color negro ajustada, rodeada su cintura por un grueso cinturón gris oscuro.

Los miraba fijamente con una sonrisa triunfal.

Gadreel los hizo situarse ante él y tiró de las cadenas hacia abajo obligándolos a arrodillarse.

La respiración de Víctor y Katherine se incrementó. Sí, él estaba muerto, pero sentía cómo su cuerpo se tensaba, cómo su respiración se le aceleraba.

—Aquí los tenéis, mi señor —comentó Gadreel con una reverencia—. Tal y como os prometí.

Astaroth sonrió hacia ellos y puso su espalda firme.

Víctor tenía la cabeza agachada, pero igualmente giró su cuello levemente hacia Gadreel y enarcó una ceja. ¿Mi señor? Miró hacia

delante. Sí, estaba claro de quién se trataba. ¿Qué estaba pasando ahí?

Astaroth no apartó la mirada de los dos recién llegados.

—Has cumplido tu promesa —dijo con una gran sonrisa que distaba mucho de ser de alegría. Se puso en pie, en ese momento Víctor y Katherine fueron conscientes de su envergadura. Como mínimo debía de sacarle una cabeza a Gadreel y era mucho más corpulento que este. Dio unos pasos hacia delante y bajó los dos escalones—. Un cazador —pronunció hacia él—, y la viajera —concluyó con una satisfacción extrema. Ahí estaban dos de sus mayores problemas. Con suerte, aquella vez habría conseguido su cometido y podría llevar a cabo sus planes sin que esos humanos se inmiscuyesen más. Miró a Gadreel—. Bien hecho.

Víctor miró de reojo a Gadreel que daba un paso hacia Astaroth sin soltar sus cadenas, reteniéndolos en aquella posición de rodillas ante Astaroth.

—Ahora, recuerda el trato que hicimos —repitió Gadreel—. La viajera y el cazador a cambio de ser el capitán de tus legiones y tu mano derecha cuando se abran las puertas del infierno.

Víctor y Katherine se miraron de reojo conscientes de lo que ocurría en aquel momento y pusieron sus espaldas erguidas.

—Hijo de… —gritó Víctor hacia Gadreel.

Gadreel se giró hacia él asiendo con fuerza las cadenas y sonrió de forma maléfica.

—Acaba de hablar —lo retó—. Estamos en el infierno, aquí puedes decir lo que te plazca. No nos andamos con miramientos.

Víctor rugió e intentó quitarse las cadenas, pero Gadreel tiró con fuerza de él arrojándolo al suelo con un fuerte golpe.

—¡No! —gritó Katherine queriendo acercarse, pero Gadreel tiró de nuevo de las cadenas arrojándola también al suelo.

Víctor se incorporó.

—¿Crees que esto quedará así? —le gritó con furia—. Nos sacarán de aquí y…

Gadreel sonrió y dio unos pasos hacia ellos mientras Astaroth parecía disfrutar de la situación, ya que poseía una mirada y una sonrisa de triunfo en su rostro.

—Te equivocas, muchacho —rugió Gadreel—. Ni ella ni tú os moveréis de aquí. Con estas cadenas es imposible. Tú estás muerto y así seguirás, y respecto a ella… —contestó mirándola y dando un paso en su dirección—, con estas cadenas es imposible que pueda cambiar de plano. —Alzó su mentón y rio—. ¿Crees que iba a ayudarte? —se burló—. ¿Crees que iba a querer quedarme en este lugar para siempre? —gritó con furia moviendo sus cadenas para arrojarlo de nuevo sobre el suelo—. Tú no me conoces —bramó—. No conoces nuestro sufrimiento.

Víctor apretó la mandíbula y se limitó a mirarlo con odio.

—¿Y el sufrimiento que vas a causar en la Tierra? —le gritó—. ¿Eso no te importa?

Gadreel apretó la mandíbula.

—A nadie le importó que nos desterrasen por ayudaros a vosotros… a los humanos. Nadie se movió por nosotros —sentenció—. No, créeme que no, ya no me importa —comentó lentamente.

Astaroth sonrió hacia Gadreel conforme con todas las palabras que había dicho. Elevó su mentón y miró a los dos.

—Lleváoslos —ordenó a unos demonios que se encontraban en la puerta de acceso a la estancia—. Encerradlos y que jamás puedan volver a salir de aquí —decretó.

—¡Nooo! —gritó Katherine mientras se removía.

Víctor quiso acercarse a ella justo cuando uno de los demonios se materializó al lado de Gadreel quitándole las cadenas de la mano para obedecer las órdenes de Astaroth.

—¡Maldito seas, Gadreel! —gritó Víctor.

Gadreel lo miró.

—Ya fui maldito en su momento —contestó mientras los demonios comenzaban a tirar de ellos, arrastrándolos por el suelo y elevando una capa de polvo.

Víctor se removió intentando quitarse las cadenas, pero le era imposible, miró hacia el lado donde también arrastraban a Katherine sin miramientos.

Gadreel observó cómo los demonios tiraban de ellos sin dejarles siquiera un segundo para levantarse. Sabía a dónde los llevarían.

—¿Los encerrarás en el ala de los condenados? —preguntó Gadreel girándose hacia Astaroth, el cual mantenía su mirada fija en ellos dos.

—Pasarán su eternidad ahí, sí —pronunció Astaroth con voz grave.

Una vez los sacaron de la estancia y sus gritos fueron opacados por otros volvió su cabeza hacia él, su rostro demostraba complacencia.

Gadreel inspiró con fuerza, saboreando el momento de triunfo. Sí, Astaroth lo había infravalorado más de la cuenta.

—El tema de la viajera y el anillo ya está solventado —concluyó Gadreel—, pero para abrir las puertas del infierno hace falta el hechizo que existe en el grimorio del rey Salomón.

Astaroth asintió y se giró dándole la espalda, dirigiéndose hacia su trono.

—Lo sé —respondió.

—¿Y bien? —preguntó Gadreel.

Astaroth le sonrió.

—No te preocupes, lo del grimorio lo tengo totalmente controlado. Pronto será mío —confesó con una sonrisa de soslayo.

Gadreel enarcó una ceja por lo enigmático de sus palabras, pero prefirió no insistir más en el tema.

—Bien, pues… ¿necesitas algo más? —preguntó ladeando su cuello.

—Por el momento no —comentó elevando su mano—. Has hecho un muy buen trabajo, Gadreel, veo que eres digno de mi confianza y serás premiado por ello. —Gadreel sonrió ante sus palabras—. Puedes marcharte.

Gadreel asintió y se giró para salir de la estancia. No se giró para observar de nuevo a Astaroth. Ahora ya estaba hecho.

Nada más girar la esquina se apoyó contra la montaña y cerró los ojos unos segundos, intentando calmar su pulso. Allí era imposible relajarse o intentar calmar sus nervios, los demonios parecían haber enloquecido con la aparición allí de un cazador y de la viajera.

Resopló asqueado ante los alaridos de los demonios que taladraban sus tímpanos y se metían en su cabeza bloqueándolo todo y se decidió a alejarse de allí.

Tomó el pasillo a la derecha y siguió caminando, aunque se giró de vez en cuando asegurándose de que nadie le seguía.

Sabía que Astaroth no tardaría en comparecer ante todos los demonios para explicar los progresos que habían dado gracias a él.

Giró otra esquina y caminó lentamente por el largo pasillo, deteniéndose a unos pasos de la siguiente estancia. Miró fijamente el interior de aquel lugar. La estancia privada de Astaroth era mucho más grande que la suya. Su mirada voló hacia aquel armario donde sabía que guardaba el anillo del rey Salomón junto a su armadura plateada y su arma.

Miró hacia atrás asegurándose una vez más de que no había nadie allí y dio un paso más hacia delante justo cuando escuchó un clamor por parte de los demonios. Sabía perfectamente a qué se debía todo aquel escándalo.

Tal y como había pensado, Astaroth comparecería ante todos los demonios para explicar las nuevas noticias y cómo avanzaba su plan.

Dio un paso atrás con la mirada fija en la estancia de Astaroth y finalmente se giró para iniciar un paso rápido hacia la plaza donde realizaban todas sus reuniones, metiendo las manos en sus bolsillos.

Aquel día iba a ser memorable.

25

Katherine se pegó a la pared que la separaba de la celda donde se encontraba Víctor y cerró los ojos intentando controlar las lágrimas.

Se trataba de una zona constituida por miles de pasillos estrechos y miles de celdas donde suponía que debían de estar todos los que se encontrasen condenados en el infierno. No sabía cuánto tiempo llevaba así, pero era una locura. Gritos de dolor extremo, de desesperación… sabía que allí acabaría loca. La celda parecía estar excavada en la roca de aquellas altas montañas. Eran cavidades muy altas, cuadradas, a las que se accedía a través de una puerta de hierro que contenía una pequeña ventanilla rectangular con unos barrotes. Ya había visto horrorizada cómo algunos demonios se asomaban. Sus ojos negros la hacían estremecerse.

Apoyó su frente en la roca caliente y suspiró. Miró sus grilletes, apretados en sus muñecas, sin posibilidad de escapar de allí.

Sabía que al otro lado se encontraba él, pues había tenido el dudoso honor de ser encerrado el primero.

—Víctor —gimió ella, aunque con el griterío que reinaba prácticamente no escuchaba ni su voz.

—Kata.

Su espalda se puso recta al reconocer su voz.

—Víctor —susurró.

—Intenta volver —gritó Víctor lo más fuerte que pudo—. ¡Vuelve!

Katherine corrió hacia la puerta y se puso de puntillas para ver a través de la estrecha ventanilla con barrotes, pero justo se asomó cuando unos negros ojos se acercaron a ella junto a un sonido gutural que la hizo gritar y dar un salto hacia atrás. Se quedó totalmente paralizada mientras una gota de sudor descendía por su mejilla, no solo por el calor que hacía allí, sino por el miedo.

Se quedó petrificada observando esos ojos hasta que el demonio se apartó de la puerta y siguió su camino.

Giró sobre sí misma.

—¡Víctor! —volvió a gritar.

—¡Vuelve! —Escuchó de nuevo la voz de Víctor.

Ella apretó los labios conteniendo un gemido.

—¡No pienso marcharme de aquí sin ti! —gritó.

No podía hacerlo, aquellos grilletes la mantenían atrapada en aquel lugar y, aunque pudiese, no lo haría. No lo dejaría allí. Ni se le pasaba por la cabeza.

Víctor también se apoyó contra la pared. Había sido un necio y

habían caído en la trampa.

Ni siquiera era consciente del tiempo que transcurría. Era cierto que el tiempo era diferente allí que en la Tierra. Sabía que llevaba mucho tiempo allí, muchísimo, pero no podía asegurar si serían horas o días, solo que el tiempo pasaba. Ni siquiera sabía si el tiempo que llevaba allí sería comparable a un minuto en la Tierra y eso era realmente lo que lo enloquecía, pues era posible que ya hubiese pasado tanto tiempo que no hubiese posibilidad de volver, pues ya no habría cuerpo que habitar. Aquella idea lo estaba enloqueciendo, y si a eso se le sumaban aquellos gritos extremadamente graves, el resultado era un lugar que más que causar terror, que también, era capaz de causar la locura.

Cuando uno pensaba en el infierno siempre se imaginaba un lugar con fuego, con volcanes, con ríos de lava donde echarían a los condenados, sin embargo, el infierno era la pérdida total y absoluta de lo que uno era, de su espíritu, para entrar en una vorágine de locura y ansiedad que hacía perder la cabeza a cualquiera.

Suspiró y se movió por la sala intentando calmar sus pensamientos.

Había intentado infinidad de veces quitarse los grilletes y abrir la puerta, pero era imposible.

—¡Hazlo! —gritó con todas sus fuerzas para que ella lo escuchase.

Katherine negó con su cabeza sin poder pronunciar palabra ante la desesperación que le transmitía aquella situación y aquel lugar. ¿Se iban a quedar allí para siempre? Aquella idea la desesperó, aunque respiró hondo e intentó no caer en aquella locura que la envolvía.

Debía mantener la mente fría el mayor tiempo posible y no sucumbir.

Se movió de un lado a otro de la celda intentando centrarse en sus pasos, en poner un pie delante del otro y no prestar atención a aquellos gritos, aunque le erizaban la piel.

Gadreel sonrió y miró a todos los demonios y ángeles caídos que se apilaban allí, en aquella plaza. Llevaba bastante rato esperando a su momento y, al fin, había llegado.

—En breve, podremos abrir las puertas del infierno, aquellas que se nos cerraron hace eones, ¡y seremos libres! —gritó Astaroth sin poder ocultar su felicidad.

Después de tanto sufrimiento, de tanto tiempo, iba a conseguirlo, sería libre. Nada ni nadie le quitaría su derecho a vengarse por todo el dolor que le habían infligido.

Ahora sí sentía que todo iba a ir sobre ruedas. Tenía a la viajera y a uno de los cazadores, por lo que el anillo jamás podrían sacarlo de allí y, en breve, también tendría en su poder el grimorio. En poco

tiempo volvería a pisar aquella tierra que tanto había representado para él y la haría suya.

—A partir de este momento —continuó Astaroth elevando su puño—, ¡iniciamos un nuevo camino hacia la libertad! —Todos los allí congregados aplaudieron y gritaron de júbilo—. Y, esta vez, capitaneados por Gadreel —pronunció con solemnidad. Gadreel se cruzó de brazos apoyado contra la piedra y con una sonrisa en su rostro—. Él llevará nuestras legiones por el mundo, segando toda la creación por la que nuestro padre nos condenó y, cuando acabemos con ella, con su creación preferida… —gritó lleno de rabia—, entonces alzaremos nuestros gritos de guerra hacia el cielo. ¡Nosotros seremos el nuevo Dios! Nosotros haremos arrodillarse a todos los ángeles que nos expulsaron del paraíso, de esa tierra, como si no tuviésemos derecho a caminar sobre ella —gritaba lleno de rabia.

Gadreel suspiró, metió las manos en los bolsillos y giró su cuello hacia el estrecho pasillo.

Volvió su mirada de nuevo hacia la espalda de Astaroth.

—Demasiado egocentrismo —susurró para él mismo.

—¡Ese día está próximo! —gritó hacia todos los allí presentes, totalmente extasiados por un discurso tan prometedor—. La única opción que tenían, ¡la única! —alzó su mano con un dedo—, la tenemos ahora mismo aquí presa. —Hizo una pausa dramática—. Una viajera —rugió—. ¡Y no está sola! Muchos de vosotros veníais a mí pidiéndome ayuda, pues un grupo de cazadores os invocaba para luchar contra ellos. Bien, pues ahora… uno de ellos también…

Gadreel resopló y dejó de escuchar. Ya se sabía aquella historia.

Se puso erguido, se colocó bien la americana y se giró hacia la espalda de Astaroth que seguía enfrascado en su discurso, alentando a los allí presentes para que lo acompañasen en su sueño de venganza contra la humanidad, los ángeles y el mismísimo Dios.

Lo bueno de aquello era que Astaroth era un buen orador y atraía las miradas de todos los que se encontraban allí. Ahora era el momento perfecto.

—Vosotros seguid entretenidos… —susurró Gadreel adentrándose en el estrecho pasillo, recorriéndolo. De vez en cuando se giraba para asegurarse de que nadie lo seguía.

Aceleró el paso mientras escuchaba de fondo los gritos de júbilo y la potente voz de Astaroth alentándolos a todos.

—Tú sigue hablando, puto psicópata —se burló deteniéndose ante la puerta de entrada a la alcoba de Astaroth—, ya verás qué sorpresa te espera.

Katherine permanecía sentada, apoyando su espalda contra la pared, con las rodillas flexionadas y su cabeza sobre ellas, tapándose los

oídos para no escuchar los gritos. No lo sabía a ciencia cierta, pero suponía que debían de estar torturando a los condenados, ya que los gritos eran de dolor extremo.

Inspiró con fuerza intentando controlar sus nervios y no sucumbir a la desesperación. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, en aquel lugar se perdía la noción del mismo, lo que sí podía asegurar era que habían pasado algunas horas.

Se pasó la mano por la frente quitándose las gotas de sudor. La túnica blanca se enganchaba a su piel.

Miró a la puerta justo para observar cómo uno de los demonios volvía a mirar a través de ella, controlando. Se arrinconó contra la pared queriendo fundirse con ella hasta que el demonio pasó de largo.

Apoyó la frente en la pared y se dejó caer mientras rompía a llorar.

Su mente voló hasta su madre. Ni siquiera le había explicado la misión en la que iba a embarcarse para no preocuparla. Si no salían de ahí se quedaría atrapada para siempre. Aquella idea la horrorizó y fue de nuevo hacia la puerta, empujando y buscando algo que usar para abrirla, pero nada, estaba cerrada por fuera, por lo que le sería imposible escapar de allí.

Se pasó la mano por la mejilla secándose una lágrima e inspiró hondo. Ahora, más que nunca, no podía sucumbir al terror, debía mantener la mente fría. Tragó saliva y dio un salto hacia atrás cuando la puerta se abrió de par en par, sin avisar.

Katherine puso su espalda totalmente recta y sus músculos se tensaron.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó con repulsión. Puede que tuviese miedo, pero no iba a demostrarlo ante él.

Víctor escuchó la voz de Katherine de nuevo y se acercó a la pared para intentar escucharla mejor.

—¡¿Kata?! —preguntó con un grito.

No solo estaba aterrado por el destino que le esperaba a él, sino por ella. Katherine se encontraba allí por su culpa.

Esperó alguna respuesta por su parte, intentó escuchar de nuevo su voz entre todo aquel griterío, pero no lograba alcanzar a oírla.

Se giró de inmediato cuando su puerta se abrió y adoptó una postura a la defensiva, llevándose la mano a la daga y extrayéndola. Sabía que allí no conseguiría nada con eso, pero al menos intentaría defenderse.

Bajó la daga lentamente y se quedó estático cuando fue Katherine quien entró a toda prisa. —Kata —susurró guardando de nuevo su daga en el cinturón, iba a correr hacia ella cuando, seguidamente y con un movimiento rápido, Gadreel entró tras ella—. Tú —susurró con odio. De inmediato se puso en tensión y se movió rápidamente hacia

Gadreel mientras extraía la daga de su cinturón. Sí, puede que no lograse nada contra un ángel caído, pero al menos lo intentaría.

Sin ningún esfuerzo Gadreel elevó la mano hacia él mientras con la otra mano cerraba la puerta. La reacción de Víctor fue inmediata, volando hacia atrás y golpeándose contra la roca de la prisión.

Gadreel cerró la puerta y se giró hacia él justo cuando Víctor se ponía en pie de nuevo para volver al ataque. Aquel ángel caído les había traicionado y por Dios que se lo haría pagar. Podría lidiar con que lo dejasen atrapado allí a él, pero no a Katherine. No, a ella no.

Rugió cuando se lanzó de nuevo hacia él, pero esta vez Katherine se interpuso en su camino, por lo que tuvo que frenar en seco.

—Espera —dijo colocando las manos en su pecho—, tranquilo. Escúchalo —le suplicó Katherine.

Víctor la miró a los ojos y en ese momento se dio cuenta de que ella no llevaba los grilletes puestos. Le parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que la había visto. Directamente la cogió por la cintura y la apretó contra su pecho, abrazándola. Besó su frente y acarició su cabello. ¿De qué iba todo aquello? ¿Acaso era una especie de tortura?

Se sorprendió cuando se dio cuenta de que Gadreel se llevaba la mano al bolsillo y luego extraía un objeto circular de oro, muy brillante, mostrándoselo. Katherine se giró aún entre sus brazos y tragó saliva.

No lo había visto nunca, ni siquiera se parecía a la réplica que llevaba en su mano, pero sabía perfectamente de qué se trataba.

—Es… ¿el anillo del rey Salomón? —preguntó Víctor sorprendido.

Gadreel asintió y dio un paso hacia ellos, colocándose justo enfrente.

—Toma —susurró cogiendo su mano y colocándolo sobre la palma, luego insertó una llave en la cerradura de los grilletes y se los quitó arrojándolos al suelo. Víctor lo observó aún sin creérselo. ¿Los estaba salvando? Incluso en aquella oscuridad el anillo era capaz de captar cualquier resquicio de luz para brillar. Miró sin saber qué decir a Gadreel. ¿Los había engañado? No precisamente a ellos, pero sí a Astaroth. En ese momento lo comprendió todo, sus reacciones habían sido tan reales que Astaroth había creído perfectamente en la palabra de Gadreel. Cerró la palma de la mano con fuerza y asintió hacia él—. Debéis marcharos —pronunció con urgencia mientras se acercaba a la puerta y la abría parcialmente para asegurarse de que ningún demonio pasaba en aquel momento por ese pasillo—. Se os acaba el tiempo —comentó girando su cabeza hacia ellos. Ambos se acercaron—. ¿Sabéis el camino de vuelta? —preguntó—. Debéis seguir todo recto y, cuando lleguéis al final, el camino se bifurca en dos direcciones, tomad la de

la derecha, os llevará al descampado, al otro lado está la cueva.

Ambos asintieron aún sin saber qué decir.

Katherine apretó los labios y sin poder remediarlo llevó su mano hasta el brazo de Gadreel. Durante unos segundos los dos captaron la conmoción en el rostro del ángel caído ante aquel gesto y miró a Katherine con gesto confundido.

—Gracias —sollozó ella.

Gadreel tardó un poco en reaccionar. Hacía tanto tiempo que nadie le trataba con delicadeza que aquella sensación lo aturdió.

—Escapad de aquí y encerrad a Astaroth —les pidió.

Víctor asintió.

—Lo haremos. ¿Y tú? —preguntó aún sin dar crédito—. ¿Qué vas a hacer? Será peligroso para ti.

—No te creas… —comentó, y esta vez dotó a su voz de un tono sarcástico—, yo no os he ayudado.

Víctor asintió con una leve sonrisa y colocó una mano en su hombro.

—Gracias.

—Vamos, va… marchaos —ordenó abriendo de nuevo levemente la puerta. Se aseguró de que no hubiese nadie por allí y la abrió del todo para que ambos saliesen—. A partir de ahora estáis solos. Buena suerte —comentó cerrando la puerta con cuidado y les indicó con un movimiento de cabeza que corriesen en la dirección que les había indicado.

Víctor cogió con fuerza la mano de Katherine y, sin decir nada más, comenzaron a correr tomando la dirección que Gadreel les había indicado. Realmente aquello era un laberinto, pues decenas de pasillos se abrían tanto a la derecha como a la izquierda, pero las indicaciones de Gadreel habían sido claras.

Katherine corrió a su lado, sin soltar la mano y echando la vista atrás, observando cómo Gadreel ya no se encontraba en el lugar donde se habían despedido.

Los gritos eran espantosos y, en parte, en aquel momento los agradecían, ya que ocultaban sus pasos rápidos sobre la roca.

Víctor se detuvo en seco, cogió a Katherine de la cintura y se echó a un lado con ella, ocultándose en una esquina. La situó a su lado y se llevó la mano a la boca indicándole que guardase silencio. Ambos se pegaron más a la pared cuando vieron que uno de los demonios cruzaba el pasillo, aunque sin prestarles atención, simplemente supervisando algunas de las celdas.

Durante su estancia allí habían visto cómo los demonios se iban asomando primero para infundirles terror y segundo para asegurarse de que seguían allí, como si uno tuviese tan fácil escapar de la celda por su propio pie.

Víctor sujetó su mano con fuerza mientras se asomaba a la esquina y observaba al demonio en la lejanía. Aquella constante vigilancia de las celdas podía convertirse en un problema si miraban las que ellos habían ocupado y comprobaban que no estaban. Debían regresar lo antes posible.

—Vamos —comentó iniciando el paso por aquel pasillo.

Poco después se toparon con una pared que impedía que siguiesen corriendo recto.

—A la derecha —recordó Katherine con la voz acelerada.

Gadreel se internó en los pasillos para volver en dirección a la plaza donde, seguramente, Astaroth seguiría hablando pomposamente. Esperaba que, tal y como les había pedido, lograsen encerrarlo aquella misma noche. La zona de los condenados se encontraba bastante alejada de la zona de las alcobas.

Aceleró el paso si quería llegar a la plaza antes de que Astaroth dejase de dar su discurso, así este no tendría motivos para sospechar de él.

Giró una esquina y moviéndose con agilidad por aquellos estrechos pasillos llegó a una zona más tranquila donde se encontraban las alcobas y varios demonios permanecían sobrevolando el lugar, entretenidos de aquella forma. Se sintió más relajado al encontrarse allí, sabía que si lo pillaban en la zona de los condenados podían desconfiar de él, pero no allí.

Aguantó la respiración cuando precisamente, al girar su cuello, entre las estrechas paredes de piedra, observó cómo Astaroth caminaba apresurado hacia su estancia. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué había abandonado la plaza? Tragó saliva y se quedó totalmente paralizado siguiéndolo con la mirada y sintiendo cómo la boca se le secaba al verlo entrar en sus aposentos.

26

Astaroth caminó por los pasillos con una leve sonrisa en sus labios. No había nada más importante que tener a los demonios contentos. Su plan estaba funcionando a las mil maravillas y en breve sería libre y llevaría a cabo su ansiada venganza.

Había sido expulsado de la Ciudad Celeste y desterrado a los infiernos, lo habían capturado durante milenios en una botella, pero todo merecería la pena, merecería la pena haber pasado por aquel calvario si al final obtenía lo que más deseaba.

Se apoderaría de la creación de su padre, la destruiría y luego iniciaría la batalla más brutal que nadie hubiese imaginado contra los cielos. Los ángeles que lo habían desterrado, los humanos que lo habían detestado… todos sucumbirían ante él y, finalmente, acabaría con su padre.

Inspiró hondo y se situó frente al espejo. Comunicaría a Farid las nuevas noticias y le daría la orden para llevar a cabo su segunda parte del plan, apoderarse del auténtico grimorio del rey Salomón, eso sería mucho más fácil que lo que habían hecho hasta ahora, así que no supondría ningún problema.

Iba a alzar su mano hacia el espejo para iniciar la comunicación con Farid cuando algo llamó su atención. En el reflejo del espejo pudo ver cómo su armario, donde guardaba su armadura, su arma y el anillo, no estaba bien cerrado.

Se giró lentamente observando la puerta del armario. Esa puerta no debería estar así, él siempre era meticuloso y sabía perfectamente cómo había dejado las cosas.

Inspiró hondo y fue directo hacia el armario. Lo abrió y recorrió el contenido que albergaba en su interior. Su arma, situada sobre el estante superior, ese enorme arco de plata con unas flechas de más de un metro de largo, su armadura plateada y, por último, miró el estante que estaba a la altura de sus ojos y cogió el pequeño cofre de piedra donde guardaba su más preciado tesoro, lo abrió y sintió cómo la sangre le hervía.

Gadreel, situado en una esquina alejado de la alcoba de Astaroth, observaba paralizado, esperando no ser descubierto. Supo que Astaroth había sido consciente de la pérdida cuando lo vio aparecer en el marco de la puerta, sujetándose a él con las dos manos, una a cada lado, y se inclinó hacia delante con la cara desfigurada por la ansiedad. El grito que emitió hizo que todas las montañas vibrasen, incluso que algunas piedras cayesen desde lo alto. Gadreel se removió

nervioso y se apartó esquivando una de las piedras que caía.

La respiración de Astaroth era rápida, ansiosa. Sabía perfectamente lo que había ocurrido, la razón de que el cofre de piedra estuviese vacío.

—¡Cogeeedlos! —gritó desgarrándose la garganta—. ¡Cogeeedlos! —exclamó con tanto ímpetu que su espalda cayó hacia delante para volver a tomar aire.

Rugió con todas sus fuerzas y comenzó a avanzar por los estrechos pasillos con una mano a cada lado, situándolas sobre la caliente piedra. Jamás lo había visto así, su rostro transmitía tanto odio, rabia e impotencia que sin estar delante de él asustaba.

Sus rugidos de ira hacían temblar las montañas mientras seguía avanzando acelerado.

—¡Cogeeedlos! —volvió a gritar desgañitándose.

Gadreel se quedó petrificado, sin moverse, viéndolo avanzar por el estrecho camino, gritando órdenes a los demonios para que fuesen a por la viajera y el cazador. Observó nervioso cómo muchos de los demonios obedecían las órdenes de Astaroth y se movían por el infierno buscándolos.

Gadreel tragó saliva y se giró hacia atrás, observando el camino que Víctor y Katherine habían tomado. Hacía relativamente poco que los había liberado y entregado el anillo, aún no habrían tenido oportunidad de abandonar aquel plano y regresar a la Tierra.

El grito desgarrador de Astaroth que seguía recorriendo aquellos pasillos con gran velocidad y vociferando órdenes a los demonios para que los atrapasen le hizo estremecerse.

Aquello no iba a salir bien, los atraparían y sabrían que él era el culpable.

Dio unos pasos hacia atrás inspirando hondo, clavando su mirada en Astaroth y vigilando sus movimientos.

—¡Atrapadlos! —gritó de nuevo con ferocidad, sabiendo que su vida y su existencia dependían de que el cazador y la viajera no lograsen salir de allí con el anillo.

No iba a permitir que escapasen con vida.

Habían girado a la derecha y recorrían aquel estrecho pasillo de piedra a toda prisa, a gran velocidad. Los gritos de Astaroth los habían alertado, sabían que los buscarían y que su única salvación era llegar hasta la cueva y que Katherine tomase en su mano la ayahuasca para encontrar el camino de vuelta rápido.

Los gritos de los demonios a sus espaldas los avisaron de que se aproximaban. Saltaron sobre una piedra que había sido derribada por la avalancha producida por los gritos de Astaroth y llegaron al final de aquel estrecho pasillo, saliendo de las montañas.

Ante ellos se encontraba aquella enorme explanada, sin ningún

lugar donde refugiarse, solo los remolinos de tierra que circulaban por ella elevando el polvo de aquel escarpado paraje. Debían darse prisa o los atraparían, entonces no habría salvación posible.

Tomó la mano de Katherine con fuerza y miró unos segundos hacia atrás. A lo lejos podía ver un cúmulo de demonios, como si formasen una nube, dirigiéndose a gran velocidad hacia ellos. Le recordó a una bandada de pájaros que se movían todos en una misma dirección dejando una estela a su paso.

—¡Corre! —gritó Víctor iniciando una rápida carrera para atravesar la explanada y llegar hasta la cueva, pero era demasiado difícil, demasiado recorrido que salvar sin que los atrapasen.

Focalizó su atención en aquella cueva que se intuía al final de todo, donde los esperaba aquella raíz de ayahuasca para volver rápidamente a su cuerpo. Necesitaban llegar o se perderían allí para siempre.

Katherine corría todo lo que podía siguiendo el ritmo de Víctor y mirando de vez en cuando hacia atrás, levantando polvo con sus pies.

—¡Se acercan! —gritó justo cuando aquella bandada de demonios salió del pasillo estrecho y oscuro dirigiéndose a gran velocidad hacia ellos.

Víctor se giró hacia atrás observando cómo les ganaban terreno segundo a segundo, no llegarían a tiempo. Los intensos alaridos de los demonios los hicieron estremecerse y, durante unos segundos, estuvieron tentados de detenerse y taparse los oídos, pero eso sería tiempo perdido, así que simplemente agacharon su cabeza apretando su mandíbula, a riesgo de que destrozasen sus tímpanos.

Víctor volvió a mirar hacia atrás sin dejar de correr, sujetando con fuerza de la mano a Katherine. A ese ritmo no iban a llegar a tiempo. Cogió de la cintura a Katherine y la elevó para moverse a una velocidad mucho mayor, pero los demonios al ver aquello se movieron también a mayor velocidad.

Estaba más cerca de la cueva, a pocos metros, cuando esa bandada bajó en picado hacia ellos con tal velocidad que los alcanzó elevándolos en el aire, haciéndolos retroceder. Víctor y Katherine cayeron rodando sobre la tierra. Víctor centró su atención primero en Katherine, asegurándose de que estaba bien y que se incorporaba de inmediato sin perder el tiempo, pero su atención se desvió hacia la tierra que tenían por delante, por donde el anillo del rey Salomón rodaba en dirección contraria a ellos.

—¡El anillo! —gritó Katherine, aunque su mirada se desvió hacia el cielo comprobando cómo aquella formación de demonios se preparaba de nuevo para interceptarlos.

Víctor corrió a toda velocidad hacia el anillo saltando sobre él cuando aquella bandada descendió sobre él impulsándolo con fuerza,

alejándolo del anillo, provocando que volase por los aires hasta caer sobre la tierra y rodar, pero Víctor se puso en pie de inmediato y mostró la réplica del anillo del rey salomón que portaba en su mano.

—¡Rursus daemonium! —gritó con su puño hacia delante, pero los demonios ni se movieron, no les afectó en nada aquel hechizo.

Gadreel tenía razón, la magia allí no funcionaba, solo se bastaba de su fuerza y su velocidad.

Focalizó su atención en el anillo. No iban a arrebatárselo, no ahora después de todo lo que habían pasado y estando tan cerca de la salida.

Se lanzó hacia ellos a gran velocidad y, para su sorpresa, golpeó a uno de los demonios en el estómago provocando que se echase hacia atrás.

Katherine corrió también hacia el anillo, pero varios demonios se lanzaron hacia ella cogiéndola uno por el pelo y otro por un brazo. Katherine gritó al notar que querían elevarla, seguramente para conducirla ante Astaroth.

—¡Kata! —gritó Víctor al darse cuenta de lo que hacían, dirigiéndose hacia ellos para recuperarla, pues sin ella no podría escapar de allí e, igualmente, aunque pudiese salir del infierno él solo no iba a abandonarla a su suerte. Saltó en el aire golpeando a uno de los demonios, el que la sujetaba del brazo, lo que provocó que el demonio que la sujetaba del pelo no pudiese con su peso y ella cayese con un grito sobre la tierra, los dos metros que la separaban de esta.

***

Aitor miró unos segundos a su compañero y centró de nuevo su atención en el cronómetro.

—Cinco segundos —comentó nervioso mientras observaba el cuerpo sin vida de su compañero sujeto de la mano a la de Katherine. Giró su cabeza hacia Marcos—. Prepara ya la inyección de epinefrina —ordenó.

Marcos cogió la jeringa con la larga aguja que llegaría hasta el corazón de Víctor y lo reanimaría.

Todos se encontraban arrodillados, rodeándolos con los nervios a flor de piel. Liú se situó a la cabeza de Víctor y situó bien el ambú para iniciar la reanimación cardiopulmonar en cuanto viesen la ayahuasca brillar, igual que había hecho cuando habían partido. Situó la mascarilla cubriendo su boca y nariz, preparada para insuflar aire cuando Aitor diese la orden.

Lucas se situó a la altura de su pecho. En cuanto Marcos inyectase la epinefrina iniciaría el masaje cardíaco.

Aitor miró la pantalla del electrocardiógrafo donde se trazaba una línea plana indicando que no había actividad eléctrica cardíaca.

Su cronómetro pitó.

—Es la hora —musitó—, estad atentos —pronunció con la voz quebrada por los nervios.

***

Katherine se incorporó de inmediato y fijó su mirada en el anillo que había caído a unos metros de ella. Necesitaba conseguir el anillo y correr hacia la ayahuasca junto a Víctor, aunque en ese momento lo vio volar por los aires alejándose de ella.

—¡Víctor! —gritó atemorizada.

—¡El anillo! —le gritó él antes de caer de nuevo sobre el suelo.

Katherine miró el anillo y corrió hacia él mientras observaba cómo un grupo de demonios que sobrevolaban el cielo también focalizaban su atención en el anillo y descendían rápidamente hacia él. Corrió lo más rápido que podían sus piernas, gruñendo por el esfuerzo. Se arrojó en el suelo derrapando sobre la tierra y se hizo con el anillo tan solo segundos antes de que el primero de los demonios cayese sobre él.

Se puso en pie y comenzó a correr en dirección a la cueva.

—¡Víctor! —gritó ella—. ¡Corre!

Víctor se puso en pie e inició una rápida carrera hacia ella para cogerla de la mano cuando de nuevo la bandada se arrojó sobre él tirándolo al suelo. Katherine se detuvo un segundo y se cubrió su rostro justo cuando otro demonio caía sobre ella arrojándola al suelo y haciendo rodar de nuevo el anillo sobre la escarpada tierra.

Sus miradas se encontraron, ambos tirados sobre la tierra a pocos metros.

***

Marcos sintió su corazón acelerarse.

—¿Por qué no se pone dorada? —preguntó de los nervios.

Aitor miró sobrecogido a Liú, el cual esperaba atento para insuflar aire con el ambú cuando fuese necesario.

Miguel y Jake se removían nerviosos por la tienda de campaña, sin apartar la vista de la ayahuasca.

—Joder —susurró Miguel pasándose la mano por el cabello hecho un manojo de nervios—. Vamos, Víctor —gritó—. ¡Volved!

Aitor apretó los labios sin apartar la mirada de la ayahuasca, con los latidos a mil por hora. Jamás había sentido tanto miedo como en ese momento.

—Paciencia, volverán —pronunció Liú intentando calmar los nervios de todos.

—¡Llevan más de un minuto! —indicó Marcos con el pulso

tembloroso.

Liú inspiró con fuerza y miró el rostro sin vida de Víctor.

—Seguro que lo consiguen —intentó calmar al resto mientras Miguel seguía recorriendo la tienda de campaña de un lado a otro y el resto de sus compañeros rodeaban los cuerpos de Víctor y Katherine suplicando que volviesen.

***

Las miradas de Víctor y Katherine se encontraron unos segundos.

El grito de los demonios provocó que Víctor alzara su mirada hacia el cielo. Todos se encontraban en formación para arrojarse sobre el anillo y arrebatárselo.

—No —susurró mientras se ponía en pie. No lo iban a conseguir.

Pudo ver cómo Katherine también se incorporaba con la vista clavada en el anillo. Ambos corrieron hacia él. Víctor fue más rápido arrojándose al suelo y cogiéndolo en su mano justo cuando Katherine llegaba hasta él.

En ese momento lo vio claro, los demonios se arrojaban contra ellos a tanta velocidad que iba a ser imposible evitar el golpe.

Se incorporó y situó un brazo por encima del cuerpo de Katherine para evitar que la golpeasen a ella. Él podría soportar mejor un golpe de ese estilo. Tensó sus músculos sujetando con fuerza el anillo en su mano. Iba a ser muy difícil llegar con aquella formación allí impidiéndoles dar un paso hacia delante. Lo mejor sería que él los entretuviese para que ella consiguiese salir de allí con el anillo. Quizá ese era su destino, para eso había viajado con ella hasta allí, para asegurarse de que conseguía su misión y para protegerla.

—Katherine… —susurró mientras esperaba el inminente golpe por parte de los demonios.

Guardó silencio cuando todo el suelo tembló, una corriente de aire lo impulsó hacia atrás con fuerza arrojándolo contra el suelo con ella entre sus brazos. Una nube de polvo se creó ante ellos impidiéndoles observar lo que ocurría.

Miró sorprendido hacia delante mientras mantenía a Katherine con él y se sorprendió al ver la alta figura de Gadreel ante ellos, interponiéndose entre ellos y los demonios. Los miraba con determinación.

—¡Marchaos! —ordenó—. ¡Ya! —gritó con todas sus fuerzas.

Sus miradas coincidieron unos segundos hasta que Víctor reaccionó y se puso en pie junto a Katherine. La cogió con la mano que no sujetaba el anillo y comenzó a correr con ella con todas sus fuerzas.

Gadreel los vio iniciar la carrera y se giró lentamente hacia los demonios con una clara intención. Sus alas de color marrón se

abrieron creando una corriente de aire que llegó hasta Víctor y Katherine que corrían, impulsándolos hacia delante.

Ambos miraron la imponente figura de Gadreel con las alas desplegadas. Sus plumas marrones copaban unas enormes alas.

—¡Corre! —dijo Víctor cogiendo con fuerza su mano.

Gadreel fijó su mirada en los demonios que bajaban en picado en su dirección y emitió un rugido cuando movió sus alas hacia delante provocando una corriente de aire tan fuerte que el polvo del suelo se alzó creando una cortina de tierra y provocando que los demonios se desestabilizasen en su vuelo en un principio y luego fuesen arrojados hacia atrás mientras sus alaridos invadían aquella escarpada tierra.

La cortina de tierra avanzó hacia delante arrasando con todos los demonios que intentaban acercarse, pero entre la neblina formada por la tierra y el polvo se intuyó una silueta que volaba a gran velocidad hacia ellos.

Astaroth se dejó caer sobre la tierra, con sus enormes alas también desplegadas de un color marrón oscuro, y miró directamente a Gadreel.

Dio un paso hacia delante, conmocionado.

—¿Cómo has podido? —rugió hacia él.

Gadreel lo miró fijamente, en posición defensiva, preparado para recibir un ataque, y miró hacia atrás. Víctor y Katherine habían recorrido un largo trayecto y se acercaban ya hacia la cueva donde habían escondido la ayahuasca que les mostraría el camino de vuelta.

Volvió una mirada decidida hacia Astaroth, el cual lo observaba con rabia.

—¡Traidor! —le gritó Astaroth echando su cuerpo hacia delante.

Gadreel siguió la mirada de él, el cual observaba en dirección a Víctor y Katherine que corrían sin parar para volver a su mundo, un mundo al que Astaroth aún no podía acceder.

—¡No! —rugió Astaroth echando sus alas atrás para coger fuerza e impulsarse en dirección a Víctor y Katherine.

Gadreel imitó el movimiento de Astaroth interponiéndose en su camino, obstaculizándolo para darles el tiempo necesario a Víctor y a Katherine para que pudiesen huir de allí con el anillo.

El golpe entre ambos fue extremadamente violento, provocando que la onda que se liberó elevase de nuevo la tierra y al llegar hasta Víctor y Katherine los arrojase al suelo.

—Ahhh —gritó Katherine al ser impulsada hacia delante.

El viento que llegaba hasta ellos por el movimiento de las alas de aquellos dos ángeles caídos apenas les permitía mantenerse en pie. Su aleteo era tan enérgico que las corrientes de aire que se originaban los sacudían de un lado a otro.

Víctor se giró para observar cómo Gadreel impedía el paso de

Astaroth luchando contra él.

Gadreel se agachó para repeler el golpe de Astaroth y lo impulsó hacia atrás con su hombro. Sí, Astaroth tenía mucha fuerza, seguramente sería el más poderoso junto al arcángel Miguel, pero eso no quitaba que él también fuese un buen luchador y gozase también de mucha fuerza y rapidez. Su nombre, literalmente, significaba muro de Dios. Había sido uno de los jefes de los vigilantes, de los Grigori, de los ángeles primigenios encargados de vigilar a la humanidad y el segundo tras Shemiaza. No llegaba a tener la categoría de arcángel, pero sí podía igualarlos casi en fuerza. No era uno cualquiera, por eso mismo Astaroth quería que fuese él quien dirigiese sus legiones, aunque como le estaba quedando claro a Astaroth, eso no iba a suceder.

Astaroth lo impulsó con un golpe de una de sus alas alejándolo de él, pero Gadreel desplegó sus alas ayudándose con ellas a no retroceder y se impulsó de nuevo hacia él atrapándolo por la espalda y conteniéndolo, pues sabía que si lograba llegar hasta ellos evitaría su marcha.

—¡Marcháos! —gritó conteniendo con todas sus fuerzas a Astaroth—. ¡Vamos!

Con cada aleteo por parte de los ángeles Katherine y Víctor eran impulsados de un lado a otro sin poder remediarlo.

Víctor reptó por la tierra al igual que Katherine, pues con aquellas corrientes huracanadas provocadas por la lucha de los dos ángeles les era imposible dar un paso seguido de otro sin caer al suelo. Además, las corrientes de aire eran tan fuertes que los desplazaban de su rumbo como si se tratase de la hoja de un árbol.

Debían emplease a fondo clavando las uñas en la tierra para hacer fuerza y poder avanzar.

Víctor tiró su mano hacia atrás, tendiéndosela a Katherine.

—¡Dame tu mano! —le gritó.

Katherine fue impulsada hacia un lado por la corriente huracanada de la batalla que ocurría tras ellos, pero rugió y volvió a reptar hacia Víctor sujetándose a su mano.

Víctor tiró de ella con todas sus fuerzas para acercarla a él y rodeó su cintura con su brazo mientras los cabellos de ella volaban de un lado a otro.

—¡Marchaos! —gritó Gadreel desde la lejanía.

Una corriente de aire estuvo a punto de lanzarlos hacia un lado, pero ambos hicieron fuerza para no ser desplazados.

Katherine miró hacia delante, se encontraban al inicio de la cueva. Observó la roca donde había escondido la ayahuasca, justo al inicio de la entrada, y reptó de nuevo con fuerza hacia delante mientras Víctor la seguía a su lado ayudándola a moverse.

—¡El anillo! —le gritó Katherine tendiéndole la mano.

Víctor se lo tendió y Katherine guardó el anillo en el bolsillo delantero de su túnica.

Los dos miraron hacia delante cuando vieron aparecer la figura de Astaroth a pocos metros de ellos, con sus enormes alas desplegadas y su gesto cargado de odio. Avanzaba rápidamente hacia ellos con la mirada clavada en los dos.

—Kata —urgió Víctor al ver que se aproximaba.

Gadreel apareció por el lateral, bajando en picado hacia él, con sus grandes alas desplegadas. Empujó a Astaroth hacia un lado y este salió despedido. Gadreel miró con intensidad a los dos antes de moverse rápidamente hacia delante atrapando a Astaroth, sujetándolo por la espalda con un brazo cruzando su cintura y otro su cuello.

—¡Idos! ¡No puedo contenerlo más! ¡Idos! —gritó con urgencia.

Katherine se arrastró hasta la piedra gimiendo por el esfuerzo y palpó la ayahuasca. Suspiró aliviada de que se encontrase allí. Igualmente podría volver, pero requeriría una concentración para pasar al otro plano que ahora no podía permitirse.

—¡Dame la mano! —le gritó a Víctor que se arrastraba hacia ella —. ¡Vamos, Víctor! ¡Tu mano! —lo apremió al ver cómo la corriente de aire lo arrastraba un metro hacia atrás.

Víctor bramó mientras se arrastraba hacia ella y finalmente tendió su mano en su dirección.

—¡Idos! —Escucharon de nuevo el grito de Gadreel que intentaba retener con todas sus fuerzas a Astaroth.

Katherine se la sujetó con fuerza y cerró los ojos respirando hondo.

***

Aquel minuto se estaba alargando más de lo que esperaban.

—¡La ayahuasca! —gritó Aitor al ver que comenzaba a brillar—. ¡Marcos!

Esta vez Marcos no lo pensó y clavó la larga aguja en el pecho de Víctor inyectando su contenido. En cuanto extrajo la aguja, Lucas inició la reanimación cardiopulmonar oprimiendo su pecho con fuerza para que su corazón volviese a latir. Liú insuflaba oxígeno a través del ambú cuando le tocaba hacerlo, pues tenía que coordinarse con las compresiones torácicas que realizaba Lucas en ese momento.

—Vamos, Víctor… —susurró Lucas mientras le comprimía el pecho—. Vuelve, vuelve —suplicó.

Aitor miró el electrocardiógrafo donde aún aparecía una línea plana.

—Venga, Víctor… —suplicó Aitor volviendo la mirada hacia él—, no nos hagas esto.

Marcos se encontraba tras la espalda de Lucas que no dejaba de realizar compresiones torácicas.

—Joder —gritó de los nervios.

Lucas no dejaba de comprimir su pecho manteniendo el ritmo.

—Por favor… —suplicó—, ¡reacciona!

Anael dio unos pasos hacia delante, mirando el cuerpo de Víctor con cierta preocupación.

—¿Por qué no vuelve? —gritó Marcos desesperado—. ¿Por qué?

En ese momento, Víctor reaccionó y respiró una gran bocanada de aire, gimió y comenzó a toser. Liú apartó de inmediato el ambú para que respirase él mismo.

—Vamos, muchacho, muy bien, muy bien… —dijo dando unos golpecitos en su hombro, ayudándolo a que se girase levemente a la derecha para que no se atragantase.

Katherine no parecía tener problemas como él. Se incorporó de inmediato sentándose sobre el colchón de tierra y miró a Víctor. Sí, habían vuelto, lo había conseguido traer de vuelta. Inspiró hondo conteniendo las lágrimas, habían luchado con uñas y dientes para volver, con todas sus fuerzas. Observó cómo Víctor tosía con los ojos cerrados y se llevaba la mano al pecho como si le doliese. Marcos, Liú y Lucas se encontraban sobre él, asistiéndolo.

Katherine se llevó directamente la mano al bolsillo de su túnica y extrajo el anillo de oro, observándolo asombrada. Aitor sonrió levemente al observarlo.

—El anillo —susurró.

—Lo tengo —murmuró mirándolo fijamente.

Anael dio un paso hacia delante, sin perder un segundo.

—¿Cómo está? —preguntó hacia Lucas que sujetaba la mano de Víctor, al cual le estaba costando un poco reaccionar.

—Bien, se pondrá bien.

Anael asintió.

—Debemos ir ya hacia… —Se calló cuando Gadreel hizo acto de presencia en la tienda de campaña, justo tras Víctor que seguía tosiendo. No supo por qué, pero sabía que algo no iba bien, sobre todo por la mirada de Gadreel que se dirigió directamente hacia el anillo—¿Gadreel? —lo llamó con un ligero toque de atención. Sin decir nada, Gadreel fue hacia Katherine rápidamente y le quitó el anillo de la mano—. ¡Nooo! —gritó Anael corriendo para echarse sobre él, pero justo en ese momento desapareció.

Anael miró de un lado a otro.

—¿A dónde ha ido? —gritó Miguel mirando también.

—¿Dónde coño está? —exclamó Aitor.

Anael inspiró hondo, conteniendo la rabia que sentía en ese momento.

—Id a Lugo, ¡ya! —exigió antes de desaparecer ella también, suponía que en busca de Gadreel que les acababa de arrebatar el anillo.

Katherine se removió nerviosa poniéndose en pie, mirando también de un lado a otro hasta que se topó con la mirada de Aitor.

—Lo… lo siento… —sollozó—, no me ha dado tiempo a…

—Tranquila, nadie lo ha visto venir —dijo Aitor acercándose a Víctor. Se agachó y miró a Lucas y a Marcos—. ¿Cómo está?

Víctor volvió a toser llevándose la mano al pecho.

—Bien, es normal que esté un poco aturdido —explicó Lucas—. En breve estará bien.

Aitor asintió y se puso en pie.

—Hay que irse. ¡Ya! —ordenó cruzando la tienda de campaña—. Coged los utensilios médicos… —Jake y Liú quitaron los electrodos de ventosa del pecho de Víctor y recogieron tanto el electrocardiógrafo, como la jeringa de epinefrina, el ambú y todo lo que habían traído del jet metiéndolo en una caja. Aitor miró a Katherine—. ¿Tú estás bien? —preguntó.

—Estoy bien —contestó ella.

—Bien —dijo volviéndose hacia su equipo—. ¡Hay que irse! ¡Vamos justos de tiempo! ¡Va! ¡Va! ¡Va! —dijo mientras él mismo doblaba la mesita.

Miguel abrió la puerta del maletero que se encontraba justo a la entrada de la tienda de campaña y saltó al interior.

—No salgáis de la tienda, entrad directamente por el maletero —ordenó Aitor, pues sabía que en el momento en que abandonasen la tienda de campaña los vampiros podrían identificar el aroma de Katherine e ir a por ellos—. Miguel, tú conduces —le indicó.

Este pasó por los asientos moviéndose con urgencia hasta el asiento del conductor y encendió el motor mientras el resto de la división iba entrando y se acomodaba.

Lucas y Marcos ayudaron a un Víctor que aún no acababa de reaccionar a pasar por el maletero tumbándolo en el asiento. Katherine se situó a su lado y colocó su cabeza sobre sus piernas, acariciando su mejilla.

—Ya estamos aquí, Víctor —le susurró con un hilo de voz—. Hemos vuelto.

Víctor abrió los ojos débilmente y tragó saliva, aunque ese gesto pareció provocarle dolor. Llevó su mano hasta la de ella para acariciarla y la sujetó con cariño.

Lucas ayudó a Jake y a Liú a meter las cajas en el maletero. Nada más cerrar la puerta de este, Lucas dio la orden.

—Ya está. Arranca —pronunció con urgencia.

Aitor que había tomado asiento en el asiento del copiloto junto a

Miguel que conducía, se giró hacia ellos mientras Miguel arrancaban con un derrape para dirigirse a la carretera. Debían recorrer un largo trayecto hasta el aeropuerto, y sabía que los señuelos de sangre podrían despistar a los vampiros durante un rato, pero no confiaba en tener un trayecto tranquilo.

—¿Tenéis las linternas y las armas? —preguntó a todos.

Lucas entregó varias linternas solares a cada uno y asintió.

Allí, en Boleskine, dejaban una tienda de campaña y un saco de dormir, la buena organización que habían tenido les había permitido recoger todo el resto.

Liú miró a Jake y este asintió.

Ambos se subieron la capucha de la túnica negra que llevaban.

—Haremos un hechizo de invisibilidad para este vehículo, aunque no sé si podremos mantenerlo mucho tiempo —pronunció Liú cerrando los ojos para concentrarse.

—Sea lo que sea lo agradeceremos —contestó Aitor girándose.

Liú y Jake comenzaron a recitar en voz bajar unos salmos para que el vehículo pasase más desapercibido.

El resto se mantenía en silencio, en estado de alarma, vigilando, pues sabían que en cualquier momento podían ser atacados.

Marcos se asomó desde el asiento de atrás mirando a Víctor.

—¿Cómo está? —le preguntó a Katherine.

Ella lo miró y asintió.

—Débil —susurró acariciando su mejilla.

—Hi… —musitó Víctor.

Tanto Katherine como Marcos se acercaron para escucharlo, pues hablaba muy bajito.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Hi… —volvió a susurrar.

Marcos se echó sobre él.

—No te fuerces a hablar, recupera fuerzas —le instó.

—Hijo de puta —acabó exclamando hacia Marcos—, has debido de romperme alguna costilla —dijo apretando los dientes.

Marcos chasqueó la lengua, sorprendido por sus palabras.

—Me alegro de que recuperes fuerzas para insultarme —bromeó Marcos—, y siento lo de las costillas, pero tenía que emplearme a fondo.

Víctor apretó los dientes por el dolor, provocando que Katherine acariciase su mejilla en un intento por reconfortarlo.

—Toma, Marcos —dijo Lucas pasándole una manta a este para que se la echase a Víctor por encima.

Marcos la cogió y ayudó a Katherine a colocársela por encima para que entrase en calor.

Víctor suspiró como si le diese placer el calor de la manta y cogió

el brazo de Marcos, al cual cogió desprevenido. Sonrió a su compañero esta vez.

—Lo hiciste bien —dijo con voz más tranquila.

Marcos le sonrió también.

—Créeme, no pienso volver a hacerlo, nunca más —dijo—. Casi me da un infarto cuando no vuelves. Pensaba que te había matado —acabó estresado.

Víctor miró a su compañero con ternura, comprendía lo asustado y la responsabilidad que había tenido que sufrir, pero sus palabras llamaron su atención.

Todos se echaron a la derecha cuando Miguel tomó una curva en aquel sentido a gran velocidad.

—¡Cuidado! —le previno Aitor.

—Voy con todo el cuidado que puedo, pero las curvas son muy cerradas aquí —se explicó Miguel.

Víctor tragó saliva con dolor.

—¿Cuánto… tiempo…? —No tuvo que acabar la frase.

—Un minuto y trece segundos —indicó Marcos.

Víctor suspiró.

—Se nos complicaron las cosas —susurró con un hilo de voz—, pero Gadreel nos ayudó a escapar, si no fuese por él… —admitió.

Katherine asintió, pero se quedó pensativa, estaba claro que Víctor no era consciente de lo que había ocurrido tras su vuelta.

—Víctor… —comentó ella—, cuando volvimos Gadreel apareció en la tienda y se ha llevado el anillo.

Aquel dato le hizo parpadear sorprendido.

—¿Lo tiene él? —preguntó.

Katherine asintió.

Aitor se giró hacia atrás y miró a Liú y a Jake que permanecían concentrados en su mundo, intentando que aquel coche pasase desapercibido, aunque fuese en movimiento.

—Tenéis que explicarnos mucho, pero ahora descansa hasta que te recuperes —sugirió Aitor.

En ese momento, un alarido los alertó. Todos miraron a fuera, incluso Víctor intentó incorporarse, pero no pudo, aún le dolía demasiado el pecho.

—¿Vampiros? —preguntó Lucas sujetando la linterna solar en su mano.

—Eso parece —contestó Aitor mirando de un lado a otro. Se giró de nuevo—. Liú, Jake… —Ambos lo miraron sin dejar de recitar—, retirad el hechizo de invisibilidad de la tienda de campaña.

Otro grito los alertó, esta vez más cerca.

Katherine se removió nerviosa y sujetó con fuerza la linterna en su mano. Víctor intentó incorporarse, pero ella lo detuvo.

—No te muevas —le susurró.

—Nosotros nos encargamos —comentó Lucas desde atrás vigilando a través de la luna trasera.

Los gritos sonaban cada vez más cercanos. Sabían que en cualquier momento los atacarían o les cortarían el paso.

Aitor fijó su mirada nerviosa en los dos miembros de la Aurora Dorada que habían cambiado sus oraciones y repetían ahora otras con vehemencia.

Supo que su plan estaba surtiendo efecto cuando, de repente, los alaridos de los vampiros comenzaron a sonar más lejos.

—Bien —susurró mirando por la ventana.

Gracias al señuelo de sangre de Katherine que habían dejado allí los estaban despistando, aquello les garantizaría un poco más de tiempo, con suerte, el suficiente para llegar al aeropuerto.

—Se alejan —corroboró Lucas desde atrás.

—Por el momento —contestó Aitor—. Acelera —ordenó a Miguel.

—No puedo acelerar más —se quejó este.

Aitor se giró y miró a Víctor y a Katherine. Víctor permanecía apoyado sobre sus piernas mientras ella lo acariciaba y se miraban. Parecía que él se iba recuperando poco a poco.

—Llamaré a Daniel para informarle de que ya vamos al aeropuerto, que lo prepare todo para nuestra llegada —dijo extrayendo el móvil de su bolsillo.

27

Era fácil seguir el rastro de Gadreel para ella.

Apareció en medio de un bosque, en plena oscuridad, solo la luz de la luna y las estrellas lejanas daban un poco de claridad a aquella oscura y cerrada noche.

Miró de un lado a otro e inspiró hondo mientras daba unos pasos hacia delante.

Finalmente, intuyó la silueta de Gadreel por delante de ella, alejada varios metros y dándole la espalda, parecía estar mirando el cielo.

Sus músculos se tensaron y sintió rabia. Había confiado en él, había puesto en sus manos la vida de sus amigos y, de nuevo, volvía a sentirse traicionada por él.

—¿Qué estás haciendo? —le gritó mientras avanzaba con paso enérgico hacia él. Gadreel se giró lentamente, como si ya intuyese que Anael iba a seguirlo. No dijo nada, simplemente se quedó contemplándola—. ¿Vas a traicionarme de nuevo? ¿Otra vez? —preguntó deteniéndose y colocándose erguida.

Gadreel la miró de la cabeza a los pies, estaba más tranquilo de lo que ella había imaginado. Después de que le arrebatase el anillo a Katherine y de su furtiva huida esperaba encontrarlo en una posición más beligerante, sin embargo, se limitaba a mirarla tranquilamente, sin que su rostro revelase nerviosismo.

—¿Traicionarte? —preguntó—. ¿Cuándo te he traicionado yo? —Esta vez su voz sonó más dolida.

Anael dejó caer su mandíbula como si no creyese lo que escuchaba.

—No te hagas el inocente conmigo ahora, Gadreel —lo señaló. Gadreel resopló al escuchar sus palabras y se removió intranquilo—. Hace poco intentaste acabar con nosotros… —le recordó—, ¡luchaste contra mí por el grimorio!

Aquellas palabras parecían clavarse en Gadreel como una estaca en el corazón y dio unos pasos hacia atrás.

—¡Fue un error! Ya lo dije —admitió—. Lo único que quería era escapar de allí. ¿Sabes lo que se siente al estar repudiado por tu propio padre? ¿Por tus amigos? —la señaló—. Que nadie se preocupe por ti durante eones simplemente por el hecho de haber ayudado a la humanidad —acabó diciendo.

Anael elevó el mentón y lo miró fijamente.

—Desobedeciste las órdenes —recordó.

Él asintió.

—Sí, las desobedecí… igual que muchos de mis amigos, y se nos condenó a una eternidad de sufrimiento por ello —contestó más enérgico—. Una eternidad de sufrimiento por intentar que la humanidad progresase, por darle un conocimiento que podía hacerle más fácil la vida.

—Un conocimiento que nuestro padre solo nos dio a nosotros —gritó ella—. Que ni ellos ni tú teníais derecho a revelar.

Gadreel apretó los labios y dio un paso hacia ella.

—Yo estuve igual que tú desde los inicios de todo —susurró—, pero la diferencia entre nosotros dos es que yo tenía una graduación mayor y mi relación con los humanos era más fuerte que la tuya. Yo estaba allí cuando ellos perdían a sus hijos por el hambre o por alguna enfermedad… yo estaba allí cuando un humano sufría… no tú —la señaló—. No es culpa tuya, Anael, pero cada uno de nosotros tenía una misión y, por lo tanto, un grado de acercamiento a los humanos. Yo simplemente, al igual que muchos amigos, pensamos que podríamos ayudarlos a superar el dolor, a curar las enfermedades, a predecir el futuro para prevenir desgracias… dime, ¿tan grande fue mi pecado para este castigo? —Dio unos pasos al frente—. No se nos dio oportunidad de hablar, de explicar nuestras razones… simplemente se nos condenó.

Ella lo miró de arriba abajo.

—No hay excusa para desobedecer las órdenes de nuestro padre —contestó—. Él solo deseaba el libre albedrío de ellos, que fueran totalmente libres y capaces de luchar sus propias batallas, de superarse a sí mismos…

Gadreel asintió despacio.

—Sí, así es —reconoció—, y aquí estás tú luchando junto a ellos sus batallas. ¿Y tú me juzgas a mí?

Ella tragó saliva y se removió nerviosa ante sus palabras. Sí, en parte lo comprendía y sabía que tenía razón. Se mojó los labios y se quedó mirando un punto fijo del bosque, rememorando aquellos tiempos tan lejanos.

—Podrías habérmelo dicho…

—¿Para qué? —preguntó ladeando su cuello—. ¿Para que tú corrieses la misma suerte que yo?

—¡Para interceder por ti! —gritó de los nervios, como si no aguantase aquella tensión. Después de tantos milenios, al fin, tenía la oportunidad de desahogarse con él. Sintió la misma presión en el pecho que sintió cuando lo vio alejarse rodeado de los arcángeles rumbo a las puertas del infierno para cumplir su condena. Sintió cómo sus ojos se empañaban ante esos recuerdos—. Te fuiste… —susurró inmersa en unos pensamientos llenos de dolor.

—No fue por voluntad propia —respondió Gadreel rápidamente. Ella lo miró apretando los labios y conteniendo las lágrimas—. Lo siento mucho, Anael —dijo finalmente con dolor—, lo que menos deseo de todo esto es hacerte daño. Jamás deseé hacerte daño —enfatizó—. Tú… —tragó saliva y respiró hondo—, tú eres lo único que me ha mantenido cuerdo todos estos milenios. El pensar que, al menos, cada quinientos años podría verte, estar contigo. —Ella cerró los ojos al escuchar aquellas palabras—. Igual que antes.

Ella miró al cielo y cerró los ojos.

—Igual que antes —susurró como si al recordarlo se sintiese en paz. Lo miró y emitió un puchero—. Te he echado de menos cada día de mi existencia, Gadreel —acabó con un hilo de voz y con lágrimas en los ojos.

Gadreel fue directo hacia ella y la abrazó. Llevaba tanto tiempo sin sentir el contacto con otra persona que cerró sus ojos y situó su frente en su hombro intentando contener las lágrimas. Ella lo había representado todo para él. Anael lo abrazó con intensidad, con los sentimientos a flor de piel.

—Lo siento —susurró Gadreel sin poder contener las lágrimas, abrazándose a ella—. Siento todo el daño que te he causado.

Ella lo abrazó y acarició su cabello oscuro.

—Shhh —intentó calmarlo, pues se le veía realmente agitado.

—Estoy intentando ponerle remedio, Anael —dijo abrazándose fuerte.

—Lo sé… —contestó ella con un hilo de voz.

Se separó y lo miró a los ojos. Gadreel la miraba con tal intensidad que la cogió por sorpresa. Los primeros milenios sin él habían sido duros, sabía que él podía volver un año por cada quinientos que pasasen, pero eso era más duro aún que perderlo para siempre, estarían condenados toda la eternidad a perderse mutuamente de forma constante, sería un dolor que jamás acabaría. Había huido de aquellos encuentros para no sufrir, para dejar de sentir, pero no podía, su corazón jamás lo había olvidado. No importaba lo que hubiese ocurrido en los anteriores milenios, él siempre estaría en su corazón y en su mente.

Gadreel acarició su mejilla secando una lágrima y directamente descendió sus labios hasta los de ella, besándolos suavemente, tal y como habían hecho antes de su destierro. La sensación que recorrió su cuerpo hizo que su piel se erizase. Hacía tanto tiempo de su último beso que ya había olvidado la calidez y el amor que ella transmitía.

Anael apartó sus labios de él mientras acariciaba su mejilla y él besaba su frente. Se apoyó contra su pecho mientras intentaba calmar su respiración y sus sentimientos, pensar con orden. El tenerlo allí junto a ella, de nuevo, era como un sueño, pero sabía que aquel sueño

se acabaría pronto y él debería volver a los infiernos otros quinientos años. ¿Cómo superar eso una vez tras otra?

Gadreel acarició su cabello rubio obligándola a mirarle.

—Debemos detener a Astaroth —pronunció más convencido—. O iniciará una guerra contra los cielos y exterminará a la humanidad.

Ella apretó los labios recomponiéndose de todas las sensaciones e intentando mantener su mente fría. Ahora era momento de pensar, de intentar poner solución a aquello.

—Necesito que me devuelvas el anillo —respondió tendiéndole la mano—. La Aurora Dorada lo capturará esta noche.

—No puedo devolvértelo… no aún —indicó él.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Por qué? —se quejó.

—¿Crees que no vendrán a buscarlo, Anael? —preguntó—. Yo puedo hacerles frente mejor que tú. Tú aún conservas tu luz, pero yo siempre he sido mejor en el combate.

Ella se mordió el labio, pensativa.

—Supongo que ya estarán de viaje hacia Lugo —reaccionó pensativa—. Son unas cuatro horas de viaje en avión.

Él asintió.

—Vendrán a por el anillo, seguramente Astaroth enviará una horda de demonios y vampiros a por él —dijo pensativo—. No podemos entregarles el anillo hasta que no vayan a iniciar el ritual y sepamos que el espacio donde se va a realizar el hechizo es seguro.

—El espacio es seguro —confirmó ella—. Yo misma me he encargado de que así sea.

Él asintió.

—Igualmente —continuó él—, tú no puedes tocar el anillo —le recordó—. Con que uno de nosotros haya perdido su luz ya es suficiente, ¿no crees? —acabó con un tono irónico.

Ella le sonrió con tristeza y asintió.

El destierro de los cielos conllevaba la pérdida de la luz, aquella luz con la que ella misma podía exorcizar y ayudar a los humanos. Él había sido privado de ella y había perdido aquella chispa de Dios.

—Le pondremos solución —confirmó Gadreel—, pero hay que extremar las precauciones.

Ella asintió, miró de nuevo a su alrededor y, en ese momento, se dio cuenta de dónde se encontraban. Hasta ese momento no había sido consciente. Miró a Gadreel con una sonrisa. Estaban en Barxa, el pueblo donde residía la división. Gadreel no había huido, simplemente necesitaba custodiar el anillo hasta que la división llegase para realizar el hechizo. Sabían que la Aurora Dorada se encontraba allí, pero si les entregaban el anillo correrían un riesgo innecesario. El hechizo debía realizarse cuando estuviesen todos, pues no sabía cómo

reaccionaría Astaroth ni lo que estaría preparando. Necesitaban a Liú, a Jake y a Kemal para el hechizo, además de a toda la división al completo para protegerlos.

—Los esperaremos aquí —indicó Gadreel.

Ella asintió y miró al final del bosque. A lo lejos podía intuirse la aldea de Barxa y la casita de los cazadores con las luces encendidas.

Anael tomó la mano de Gadreel con cariño.

—De acuerdo —susurró mirando al frente, al igual que él—. Avisaré a Valeria para que no se preocupe.

Astaroth rugió extendiendo sus manos hacia el cielo. Lo habían traicionado, una vez más.

Gadreel lo había engañado y había conseguido sustraer el anillo del infierno gracias a un cazador y a una viajera.

Sabía qué sería lo próximo que harían, intentarían encerrarlo de nuevo.

Se giró y rugió desesperado. No podía permitirlo. Por suerte, ya estaba preparado para algo así, aunque debía reconocer que aquel ángel caído había jugado muy bien sus cartas y había logrado su propósito, ahora bien, él también sabía jugar sus cartas e intentaba adelantarse a todo.

Sí, aquello podía salir mal y en cualquier momento verse apresado en una botella, por eso debía actuar con rapidez. Su mayor problema era que él no podía moverse por el plano de la Tierra hasta dentro de quinientos años, si no, él mismo se hubiese encargado del asunto.

—Malditos humanos —gritó provocando que de nuevo las piedras de las montañas vibrasen y algunas cayesen sobre los estrechos caminos.

Muchos de los demonios que se encontraban en la puerta de la alcoba esperando sus órdenes retrocedieron ante su rabia.

Fue hacia su armario y observó su arma y su armadura plateada. En el momento en que las puertas del infierno se abriesen y él pudiese escapar de allí arrasaría con todo. No esperaría a llevar a cabo su venganza. No quería esperar más, no había motivo para postergarla. Con un solo pie en el mundo arrasaría gran parte de él y clamaría aquella guerra que llevaba esperando milenios. No descansaría en paz hasta arrasar con todo lo que su padre había creado, hasta acabar con todos los ángeles que habían aprobado su encierro y lo habían permitido, y hasta derrocar a su padre. Ese era, ahora mismo, el motivo de su existencia y en lo que estaba focalizado.

Miró hacia la puerta observando la gran cantidad de demonios que esperaban sus órdenes.

Fue rápido hacia ellos.

—¡Quiero a más! —gritó a uno de los que estaba en primera línea.

Ese demonio agachó la cabeza, asintió, y partió corriendo en busca de más demonios.

Inspiró con fuerza y paseó por su estancia con paso presto, nervioso, ante la mirada atenta y atemorizada de todos los demonios allí presentes.

Se detuvo y se miró en el espejo. Ya no quedaba nada del ángel que había sido, nada.

Se puso firme y colocó sus manos a su espalda cuando observó en el reflejo de su cristal a Lucifer y Belcebú. Los demonios se apartaban temerosos ante su presencia.

Astaroth se giró hacia ellos. Ambos permanecían bajo el marco de la puerta, aunque, en un determinado momento, Lucifer entró observando toda la estancia.

—¿A qué se deben esos gritos? —preguntó este deteniéndose ante él.

Belcebú lo siguió.

—Pensábamos que todo iba estupendamente —ironizó haciendo referencia al discurso que había dado.

Astaroth alzó el mentón sin demostrar debilidad.

—Todo va estupendamente —repitió las palabras de Belcebú.

Lucifer chasqueó la lengua varias veces mientras negaba con su cabeza.

—No, Astaroth, no va… —lo rectificó—. Sabemos que la viajera y el cazador han escapado con el anillo, de hecho, lo sabe todo el infierno —acabó lentamente—. Igual que sabemos que Gadreel te ha traicionado.

Astaroth lo miró fijamente unos segundos.

—Lo tengo todo bajo control —contestó con voz seca.

Belcebú sonrió con ironía.

—No lo parece por esos gritos, hermano —bromeó.

—Es solo… un contratiempo.

—Ya —continuó Lucifer colocando sus manos a su espalda y paseando por la sala—. La división tiene el anillo del rey Salomón en su poder… y el grimorio.

—No por mucho tiempo —lo cortó.

—Pero son los dos objetos que necesitan para capturarte de nuevo en una de esas cómodas y confortables botellas, ¿verdad? —ironizó, aunque aquellas palabras no hicieron ninguna gracia a Astaroth que oscureció su mirada hacia ellos.

—¿Crees que no lo intentarán? —intervino Belcebú.

Astaroth rio.

—Oh, por supuesto que lo intentarán —comentó sin darle

importancia—, pero ellos no saben que yo ya había pensado en todo esto y que soy muy precavido —acabó rugiendo.

Lucifer enarcó una ceja.

—¿Y en qué habías pensado? —preguntó y miró hacia la puerta donde decenas de demonios esperaban a recibir órdenes—. ¿En una horda de demonios? —se burló, lo que provocó que Astaroth lo mirase fijamente—. Creo que, a estas alturas, ya eres consciente de que la división es muy capaz de luchar contra los demonios y los vampiros que le envías…

—Sabemos de tu fracaso en el último ataque —intervino Belcebú.

Lucifer se situó ante él.

—No, no, no… hermano —comentó Lucifer moviendo su cabeza en señal de negación y con un tono de voz que se asemejaba al de un padre que habla con su hijo—. Todos deseamos escapar de aquí e iniciar la guerra contra nuestro padre por todo lo que nos hizo. Quizá deberías aprender a pedir ayuda. Esta guerra no es solo tuya.

—¡Yo soy el líder de esta rebelión! —gritó él.

—Y nosotros estamos aquí para ayudarte a llevarla a cabo —apuntó Belcebú situándose frente a Astaroth. Aquellas palabras lo calmaron un poco—. Tú estás atrapado aquí durante quinientos años, pero nosotros no… nosotros llevamos aquí milenios sin salir, podemos hacerlo en cualquier momento…. —ladeó su cabeza—, ¿comprendes lo que quiero decir?

Astaroth lo miró fijamente y luego sus labios se curvaron en una sonrisa maléfica. Inspiró con fuerza.

—La casa donde realizarán el hechizo para encerrarme en una botella está protegida con símbolos y runas que no nos permitirían el paso… —explicó—, pero yo tengo un infiltrado —acabó con malicia—. Con la rotura de uno de esos sellos tendríais vía libre.

Lucifer asintió al comprender su plan.

—Y recuperaríamos el grimorio y el anillo del rey Salomón —indicó Belcebú.

Astaroth dio un paso hacia ellos.

—Ambos objetos se encuentran en el plano donde deben estar para que las puertas del infierno se abran —continuó explicando—. Deben ser entregados al hechicero supremo de Thelema. Él se encargará de hacerlo cuando llegue el momento.

Tanto Belcebú como Lucifer se miraron de reojo y asintieron.

—Cuenta con ello —pronunció Lucifer y luego sonrió con malicia—. ¿Quieres que le demos algún mensaje a Gadreel?

Astaroth sonrió ante aquellas palabras. Ahora que Belcebú y Lucifer iban a intervenir, finalmente estaba seguro de que lo lograrían. Ya no había vuelta atrás a lo que habían iniciado.

—Sí, dadle las gracias por llevar el anillo al plano correcto para

abrir las puertas del infierno —comentó.

Belcebú y Lucifer asintieron y se dieron media vuelta dirigiéndose a la puerta de salida. Rápidamente, los demonios se echaron a un lado para dar paso a ellos dos, dejando el camino despejado.

Lucifer miró uno de esos demonios con asco y se giró de nuevo hacia Astaroth.

—No envíes a estos demonios de pacotilla —ordenó—. Solo nos estorbarían.

Astaroth asintió mientras Lucifer y Belcebú se alejaban.

Ahora, con ellos en escena sabía que no iba a fallar y que conseguiría los dos objetos para abrir las puertas del infierno. Ya no era una suposición, sino un hecho. Su momento había llegado.

Fue de nuevo hacia el armario y lo abrió.

Observó su enorme arco de plata y pasó sus dedos sobre él, sintiendo cómo su piel se erizaba.

—Ya falta poco —susurró.

Su armadura relucía brillante. En otros tiempos la había usado para defender la Ciudad Celeste y a su padre de todos los demonios que la acechaban. Ahora, aquella misma armadura y su más preciada arma le permitirían llevar a cabo la venganza que tanto ansiaba.

El momento se acercaba.

Se situó frente al espejo e invocó a Farid.

Su figura apareció en el espejo, con su capucha puesta. No pronunció nada, simplemente esperó las órdenes de Astaroth.

—Hazlo, ahora —ordenó.

Farid asintió.

—Sí, mi señor —contestó.

28

Llevaban varias horas de vuelo.

Katherine permanecía sentada al lado de Víctor, sujetando su mano. Habían echado su asiento hacia atrás y permanecía tumbado, con una de las mantas térmicas por encima, haciendo que recuperase su temperatura corporal.

Poco después del despegue había caído profundamente dormido. Tal y como le habían dicho sus compañeros, le iría bien dormir, ya que se repondría antes de las heridas.

Los recuerdos de la vivencia en el infierno la atormentaban y la bloqueaban, aquellos gritos y lamentos se apoderaban de su mente sin dejarla pensar. Suponía que poco a poco lo superaría, pero, sin duda, aquella había sido la experiencia más traumática de su vida.

Marcos se acercó preocupado. Todos sus compañeros se interesaban y desvivían por Víctor, pero Marcos el que más, suponía que sentía culpabilidad por haber sido él el elegido para paralizarle el corazón. No debía ser plato de buen gusto para nadie, aunque estuviese consensuado.

—¿Sigue dormido? —susurró al lado de Katherine. Ella asintió sin soltar su mano—. Lleva más de tres horas durmiendo —dijo pensativo —. Se recuperará pronto.

Ella lo miró intrigada.

—¿Cuánto os tarda en soldar un hueso?

—Depende, supongo que cuando despierte estará mucho mejor. Lo que sí te puedo asegurar es que en veinticuatro horas estará estupendo.

Ella asintió más tranquila y Marcos se alejó para no molestar.

Suspiró y miró por la ventanilla del jet. Sobrevolaban las nubes y, en el firmamento, podía verse la luna y las estrellas. La mayoría de los compañeros se mantenían en silencio para no perturbar el descanso de Víctor que, obviamente, debía recuperarse.

Algunos habían aprovechado para dormir, pues los últimos días habían sido de locos.

Aitor y Marcos se mantenían despiertos, sentados al inicio del jet, mientras Lucas, Miguel y Daniel se encontraban al final de este durmiendo.

Sintió la mano de Víctor moverse acariciando la palma de la suya.

Miró directamente a sus ojos. Los tenía medio abiertos, recién despierto, y le sonrió débilmente.

—Hola —comentó ella entusiasmada, acercándose.

—Hola —contestó él con voz grave, aunque carraspeó para aclarársela. Miró hacia la ventanilla del jet donde se podía ver la oscuridad que los envolvía—. ¿Cuánto llevamos de vuelo?

—No debe de faltar mucho para llegar —comentó ella acercándose. Se situó frente a su cara y sonrió mientras acariciaba su mejilla. Víctor suspiró y cerró sus ojos ante su contacto, deleitándose con la suavidad de ella—. Lo conseguimos —comentó ella con una sonrisa.

Él abrió los ojos y asintió.

—Sí, lo hicimos. —Sonrió más—. Formamos un buen equipo —Alzó sus dos cejas repetidas veces provocando que ella riese—. Además, tenía que salir del infierno como fuese… tengo una cita pendiente contigo.

Ella asintió divertida.

—Por supuesto, no ibas a escaparte tan fácilmente —rio.

La respuesta de ella le hizo reír, aunque se llevó una mano al pecho e hizo un gesto de dolor. Ella lo miró preocupada.

—¿Te duele?

—Poco —respondió—, solo siento pinchazos si hago algún gesto, toso, rio… —bromeó. Tomó su mano de nuevo—. Estoy mucho mejor, de verdad. Me ha ido bien dormir.

—Aún puedes dormir un poco más —le sugirió ella.

—No hace falta.

Katherine miró sorprendida cómo se incorporaba y ponía su asiento en posición vertical, sentándose.

—¿No es mejor que estés tumbado?

—Qué va… ya estoy casi bien. Es lo bueno de regenerarse rápido. —Le guiñó un ojo.

—Ya —respondió satisfecha con su respuesta.

Víctor cogió su mano y la llevó hasta sus labios, besándola con cariño. Ella lo miró con ternura y se acercó a él besándolo en los labios. Aquella experiencia los había unido para siempre, al menos eso sentía ella, y él debía de sentir lo mismo porque aprovechó que sus labios estaban unidos para acariciar su cabello con delicadeza.

El carraspeo de Miguel ante ellos hizo que se separasen y lo mirasen, Katherine con timidez y Víctor con una ceja enarcada.

—Te lo dije —lo señaló Miguel con una sonrisa. Ni corto ni perezoso se sentó frente a Katherine que lo miraba intrigada—. Anael siempre tiene razón —sonrió hacia Víctor.

Víctor suspiró. ¿No podía dejarle su compañero un poco de intimidad incluso después de haber muerto?

—¿Qué pasa con Anael? —preguntó Katherine con curiosidad.

Víctor ladeó su cabeza y enarcó una ceja hacia su compañero. Siempre tenía que ser tan bocazas.

—Antes de llegar a Puerto Natales para buscarte, Anael me dijo o más bien me insinuó que me gustarías…

—Y… ¡buuum! —exclamó Miguel interrumpiéndolo.

—Qué pesadito estás con el “buuum” —se quejó Víctor.

Miguel se encogió de hombros y sonrió a los dos.

—Me alegro, hacéis una pareja muy bonita.

Ambos se miraron de reojo y suspiraron. No dijeron nada al respecto, de hecho, tras su encuentro en la habitación, su confesión y su viaje al infierno sentían realmente que estaban unidos para toda la vida.

—¿Cómo estás? —le preguntó Miguel.

—Mucho mejor. Con un poco de dolor en el pecho.

—Marcos te arreó a base de bien —rio, aunque se puso serio—. Menudo minuto y pico —dijo pensativo, haciendo referencia al momento en que había estado muerto.

Víctor se incorporó en el asiento para estar cómodo y echó la manta con la que lo habían tapado al asiento de enfrente.

—Para vosotros fue un minuto, para nosotros…

—Horas —dijo ella.

—Muchas horas —confirmó Víctor—. Es curioso el avance del tiempo en los diferentes planos.

—Sí, qué curioso —intervino Miguel y los miró intrigados—. ¿Cómo… cómo es el infierno?

Ambos resoplaron.

—No es un lugar agradable —sentenció Víctor.

—Eso ya me lo imagino, pero ¿cómo es el lugar?

Ambos se miraron de reojo.

—Es un lugar oscuro —comenzó Katherine a explicar—, donde hace muchísimo calor y huele… a azufre —dijo con repugnancia.

—¿Hay fuego? —preguntó Miguel.

—No —negaron los dos a la vez.

—O al menos nosotros no lo vimos —continuó Víctor—. Es un páramo inmenso, sin vida. Nosotros estuvimos en la zona de las montañas, unas montañas negras y picudas a donde nos llevó Gadreel.

Katherine tragó saliva.

—Astaroth nos esperaba allí. Es… como una estancia, hay diferentes habitaciones y luego hay otra parte toda de celdas donde nos retuvieron durante horas. Ni siquiera sé el tiempo que estuve allí, es como… si el tiempo se detuviese en el infierno. Es extraño.

Víctor asintió corroborando lo que explicaba Katherine.

—Supongo que el lugar será enorme, pero nosotros solo vimos esa parte.

—Y ya tuvimos suficiente —intervino rápidamente Katherine—. Los gritos de todos los que están allí… son… es una locura —acabó

pensativa, inmersa en sus pensamientos.

Víctor la miró, sí, desde luego estaba afectada por lo que había vivido. Situó una mano en su espalda y la acarició.

—Por suerte escapamos de allí, pero… —Miró a Miguel con una sonrisa de soslayo—, te aseguro que a partir de ahora voy a ser un buen chico. Ni loco vuelvo a pisar ese lugar.

—Sí… —respondió ella—, te hace replantearte tu comportamiento, ¿verdad? —preguntó Katherine mirando a Víctor.

Miguel miró de uno a otro con una ceja enarcada.

—La verdad es que sí —reconoció Víctor que miró a Miguel seriamente—, deberías plantearte ser mejor persona —bromeó.

—Soy buena persona —se defendió.

—Siempre estás bromeando con todos…

—Son bromas —le dio la razón.

—Pero no sabes si sentarán bien o no a la gente…

—Bueno —intervino Katherine—, tampoco seas duro con él o lo enviarás al psiquiatra de nuevo —le susurró como para que solo lo oyese Víctor, pero Miguel lo escuchó—. De momento, lo lleva bastante bien.

Víctor chasqueó la lengua al recordar lo que le había dicho a Katherine sobre él.

—¿Qué psiquiatra? —preguntó Miguel mirando directamente a Víctor, cruzándose de brazos.

Víctor le mostró los dientes en una sonrisa forzada.

—Ya… mmm… —dio unas palmitas en la mano de Katherine—, no va al psiquiatra, lo cual no significa que no lo necesite realmente —acabó bromeando. Katherine enarcó una ceja unos segundos y luego comenzó a reír.

—Ya, ya… muy gracioso —comentó Miguel y suspiró—. No te lo voy a tener en cuenta porque has estado muerto y acabas de resucitar.

—Muy amable por tu parte —ironizó él.

La voz de Kemal retumbó en todo el jet.

—Comenzamos el descenso —informó a través de los altavoces—. Tocaremos tierra en veinte minutos.

Aitor se puso en pie y lo primero que hizo fue mirar en dirección a Víctor. Se sorprendió cuando lo vio despierto, aunque no se dirigió hacia él, sino hacia la cabina. Abrió la puerta y observó a Kemal que pilotaba el jet. Llevaba los cascos puestos para comunicarse tanto con ellos como con la torre de control y las manos sobre los mandos para controlar el jet.

—Kemal —lo saludó.

—Puede haber turbulencias —lo avisó directamente.

—No te preocupes por eso, ¿tenemos ya cobertura?

Kemal miró la altura y la distancia que tenían en aquel momento.

—En cinco minutos —le avisó.

—De acuerdo.

—Sentaos —le pidió—, vamos a iniciar el descenso.

Aitor cerró la puerta de la cabina dejándolo solo de nuevo. Kemal miró con atención la distancia y la altura y cogió su móvil. Lo activó y miró que tenía varias llamadas perdidas. Resopló y miró hacia atrás. A aquella altura ya disponía de cobertura, pero prefería estar solo cuando mirase el móvil.

Miró el panel asegurándose de que no estuviesen conectados los altavoces y se quitó los cascos dejándolos sobre sus piernas.

Marcó el número y nada más sonar el primer tono de llamada lo cogieron.

—Hazlo —ordenó la voz de Farid al otro lado de la línea.

Kemal inspiró con fuerza mientras observaba las nubes bajas. Comenzó a atravesarlas provocando que el jet sufriese alguna turbulencia.

—De acuerdo —respondió Kemal antes de colgar.

Depositó el móvil en el asiento del copiloto y volvió a ponerse los cascos. Miró hacia delante, prácticamente no podía verse nada entre la oscuridad y las densas nubes, ni siquiera se apreciaban las luces del aeropuerto.

Aitor fue hacia Víctor directamente, situándose al lado.

—¿Qué tal estás? —preguntó.

—Mucho mejor —respondió Víctor sin soltar la mano de Katherine.

Sin duda, aquel gesto no pasó desapercibido para Aitor, aunque no dijo nada al respecto.

—Tanto que ha recuperado su sentido del humor —se burló Miguel.

—Eso es bueno —dijo Aitor con una sonrisa.

—Mmm… no sé yo —ironizó Miguel.

Aitor miró al resto de la división. Marcos estaba sentado al inicio del jet y Daniel y Lucas al final de este, todavía dormidos.

Se puso erguido y dio unas fuertes palmas.

—Ehhh —pronunció alzando la voz.

Daniel se despertó intentando ubicarse mientras Lucas dio un respingo y miró a su jefe mosqueado por la forma de despertarlos.

—Vamos a aterrizar en breve. —Cogió su móvil y lo miró—. Sí que hay cobertura —susurró—. Está bien, Daniel… ¿llamas tú a Valeria o la llamo yo?

Daniel carraspeó un poco y se pasó la mano por la cara.

—Llámala tú —respondió—, y aclárate tú con ella, que luego me echas las culpas a mí.

Aitor puso los ojos en blanco, aunque se apoyó contra el asiento

cuando una turbulencia movió el jet de un lado a otro.

—Por cierto —comentó Lucas desperezándose—. ¿Sabéis algo de Anael? Sin el anillo poco vamos a poder hacer.

—Nos ha dicho que viniésemos a Lugo —le recordó Aitor—, supongo que hará acto de presencia cuando deba hacerlo.

—¿Pero ha conseguido el anillo? —insistió Lucas.

—Sé lo mismo que tú —comentó Aitor. Marcó el número de Valeria y miró a Daniel—. La estoy llamando.

—Muy bien, jefe —lo felicitó Daniel.

—Id preparando las armas, no me fio un pelo… —dejó de hablar cuando ella contestó al otro lado—. Hola, Valeria.

—Hola, Aitor… ¿ocurre algo? —preguntó preocupada.

—No, es solo para avisarte de que en menos de veinte minutos aterrizaremos en el aeródromo de Rozas.

—Sí —respondió ella—. ¿Necesitáis que os vayamos a buscar?

—No, no… dejamos los todoterrenos allí —recordó—, pero necesitamos que lo tengáis todo a punto para nuestra llegada.

—Estamos ultimando los detalles. —Aitor suspiró—. Anael me ha llamado…

—¿Sí? —preguntó sorprendido.

—Sí, no podía ponerse en contacto con vosotros porque estáis volando. Tiene el anillo junto a Gadreel, lo están custodiando hasta vuestra llegada.

Aitor suspiró aliviado y miró a toda la división.

—Anael y Gadreel esperan nuestra llegada para entregarnos el anillo allí —les comunicó—. Lo están protegiendo.

Hubo un suspiro de alivio por todo el jet.

—¿Puedes pasarme con Liú? —le preguntó ella—. Necesito aclarar unas cosas del ritual para encerrar a Astaroth.

—Claro —respondió avanzando hacia él—. Liú, Valeria quiere hablar contigo sobre el ritual. —Liú asintió y tendió su mano para que le entregase el móvil. Aitor miró a Daniel y sonrió de forma socarrona —. Parece que contigo no quiere hablar.

Daniel enarcó una ceja.

—Muy gracioso, jefe —ironizó este poniéndose en pie, aunque cayó hacia el lado—. Joder con el clima de Lugo —se quejó ante la fuerte turbulencia.

Fue hacia las cajas y comenzó a sacar dagas, armas, linternas solares y a distribuirlas entre sus compañeros.

Katherine cogió una de las linternas que Daniel le tendía.

—Otra linterna para la parejita feliz… —murmuró Daniel tendiéndole la linterna a Víctor, el cual ladeó su cuello.

De acuerdo, todos tenían claro que entre ellos dos había algo. Realmente lo prefería así a esconderlo. Miró a Katherine divertido,

pues ella lo miraba con timidez.

—Ya te acostumbrarás… tengo unos compañeros que son unos idiotas.

El comentario le hizo gracia. Sabía que bromeaba, pues había un fuerte vínculo entre ellos y más que tratarse como compañeros de trabajo lo hacían como si fuesen familia. Eso le gustaba, sobre todo poder formar parte de esa familia.

Ella le sonrió y apretó su mano.

—Supongo que sí —contestó ella.

Un cuarto de hora más tarde y tras unas intensas turbulencias tocaron tierra. Kemal llevó el jet hasta el hangar.

—Nos dividiremos en dos grupos —indicó Aitor y miró a Víctor que se ponía en pie para acercarse a la puerta—. ¿Necesitas ayuda?

—Estoy bien —respondió sujetándose al asiento, pues Kemal hizo virar el jet de una forma brusca para acceder a la zona de los hangares.

—Supongo que querrás ir con Kata, ¿no? —bromeó, aunque Víctor solo respondió poniendo los ojos en blanco—. Miguel dirigirá el primer grupo con Liú, Jake, Daniel y Lucas. Conmigo venís Kemal, Marcos y vosotros dos —señaló con un movimiento de cabeza a la pareja. El jet entró en el hangar y todos pudieron observar a través de las ventanillas los dos todoterrenos aparcados en el mismo lugar donde los habían dejado—. Que sea rápido… no sabemos si puede haber vampiros. Directos a casa —ordenó antes de que el jet se detuviese en el hangar.

29

—¡Acelera! —gritó Aitor hacia Marcos que conducía.

Todos habían encendido las linternas. Tras los primeros minutos de conducción temeraria por las curvas, los alaridos de los vampiros al acercarse los habían alertado.

Víctor se incorporó y alumbró con la linterna a través de la ventana. A lo lejos podían verse los vampiros acercándose a gran velocidad.

—¿A cuánto estamos de casa? —preguntó Katherine alumbrando por la otra ventana.

—No, no —dijo Víctor cogiéndola del brazo y tumbándola en el asiento—. Estate quieta —Se giró y volvió a alumbrar al exterior evitando que se acercasen—. Debemos de estar a diez minutos —contestó.

—A esta velocidad a mucho menos —matizó Marcos que derrapó en una curva.

Kemal que iba detrás usaba su linterna de un lado a otro, evitando que pudiesen acercarse.

Aitor sacó su móvil cuando escucharon cómo uno de los vampiros aterrizaba sobre su techo. La reacción del todoterreno que iba por detrás conducido por Miguel fue inmediata, poniendo las luces solares y alumbrando hacia delante.

—Joder —gritó Marcos cuando la luz solar emitida por las luces del todoterreno que conducía Miguel se reflejó en su retrovisor—. ¡Me está dejando ciego!

Las luces del todoterreno de Miguel se apagaron de inmediato.

—Un vampiro menos —escucharon su voz a través del manos libres.

Marcos volvió a girar una curva demasiado deprisa, echándolos a todos a un lado.

—Por Dios —susurró Aitor—. ¡Miguel! Te cuelgo un momento —explicó más fuerte para que lo escuchase—. Voy a avisar a Valeria para que abran el garaje.

—De acuerdo. Os cubro —respondió antes de que Aitor colgase.

En poco más de cinco minutos los todoterrenos entraban a toda velocidad en el subterráneo de su casa. Marcos frenó provocando que todos se echasen hacia delante.

—Joder —susurró Víctor y se llevó la mano al pecho, quejándose —. Eres lo peor conduciendo.

Marcos ni respondió.

Todos bajaron directamente del todoterreno, sin perder un segundo.

Valeria los esperaba junto al resto de los miembros de la Aurora Dorada.

—¿Está todo preparado? —preguntó con urgencia Aitor.

Daniel se acercó a ella y la besó un segundo.

—Sí, debéis poneros las túnicas blancas y la estrella de David al cuello, las tenéis aquí —les indicó y fue hacia la habitación donde lo habían preparado todo—. Anael ha sido quien ha trabajado más en ello. —Valeria fue hacia el centro de la sala donde había un gran círculo—. Es el sello de Astaroth, ¿recordáis cómo conjurar a los demonios?

—Como para olvidarlo… —contestó Víctor mientras Katherine le ayudaba a ponerse la túnica, pues aún le molestaba el pecho al realizar algunos movimientos.

Kemal se quedó un poco rezagado y miró a su alrededor. Las paredes de todo aquel subterráneo y seguramente las de las plantas superiores estarían forradas con símbolos y runas de protección que evitarían la entrada de espíritus malignos.

Observó a la división y a sus compañeros de la Aurora Dorada entrando en el subterráneo. Se acercó rápidamente a uno de los símbolos de la pared, una runa de protección que prohibía la entrada en la vivienda y pasó su manga sobre la pintura roja. Estaba bastante seca y no se borraba. Resopló y para su suerte encontró un clavo sobre una de las mesas. Lo cogió y lo arrastró por la pared quitando parte de la pintura roja y rompiendo así la runa y la protección de la vivienda. Sí, había más como ese, pero conocía cómo funcionaban, era como si aquellas runas y símbolos se encadenasen los unos con los otros, cuando rompías uno era como si toda la estructura cediese.

Tiró el clavo al suelo y le dio una patada para arrojarlo bajo uno de los todoterrenos mientras se dirigía a la habitación de los conjuros donde realizarían todo el ritual.

Valeria seguía explicando. Se acercó colocándose tras Marcos y Daniel.

Sobre el sello creado en bronce se encontraba colgada como siempre la estrella de David.

Valeria la señaló.

—Evitaremos que Astaroth pueda huir con la estrella de David…

—La estrella de David le va a hacer cosquillas —indicó Víctor bajándose la túnica del todo. Todos lo miraron—. Vimos a Astaroth luchar contra Gadreel, y no tiene nada que ver con los demonios que hemos conjurado. Astaroth con un solo movimiento de sus alas acabaría con nuestras vidas.

Todos lo miraron fijamente.

—Por eso Anael ha creado un círculo de protección para cada uno de nosotros, once en total —explicó Valeria mostrándoselos—. La invocación debemos realizarla todos desde nuestros respetivos círculos, de esta forma estaremos más protegidos.

Víctor se fijó en que todos eran igual, eran los mismos con los que habían trabajado cuando aprendían a invocar. Cada círculo estaba formado por varios círculos concéntricos. El espacio entre los círculos exteriores y el interior, donde una serpiente se enrollaba con los nombres divinos, era de un brillante color amarillo. En el centro había un cuadrado donde estaba escrita la palabra "Maestro" pintada de color rojo. Todas las letras eran de color negro. En cada vértice del cuadrado del centro había un hexagrama. Estos hexagramas estaban unidos por cruces en forma de T en color azul o verde. Fuera del círculo había pentagramas donde estaban escritas las sílabas Te-tra-gram-ma-ton, en amarillo brillante y los centros de las cruces en rojo.

—El triángulo nos servirá para mandar y doblegar su voluntad…

—Ya, bueno… —prosiguió Víctor como si no estuviese muy convencido.

Valeria resopló.

—Las túnicas tienen dibujado en la espalda el pentagrama de Salomón para nuestra protección y… —se dirigió a la mesa—, hemos adaptado el hexagrama de Salomón —dijo mostrándole el pergamino donde se mostraba aquel símbolo formado a partir de un círculo, el hexágono y la cruz en T del centro que se delineaban en color negro, al igual que las cruces de Malta que lo rodeaban y los cinco triángulos exteriores, donde de nuevo volvía a aparecer la palabra Tetragrammaton. El interior estaba pintado en amarillo, la cruz en T del centro en rojo y los tres pequeños cuadrados en negro. Fuera del símbolo volvía a aparecer la palabra Tetragrammaton y Tau en letras negras, acompañadas de la palabra Agla, con alfa y omega en letras rojas—. Recordad que cuando le mostremos este símbolo le estaremos ordenando que adopte forma humana. Aunque bueno, Astaroth ya tiene forma humana, ¿no? —preguntó no muy segura y miró a Víctor.

—Tiene forma de ángel —contestó Katherine—, con unas enormes alas marrón oscuro casi negras muy fuertes.

Valeria asintió y fue hacia el atril donde tenían el grimorio abierto por la página donde debían leer.

—Una vez lo conjuremos debemos iniciar el conjuro para encerrarlo en la botella —explicó señalando la botella de bronce—. Anael ha realizado su sello para cerrarlo en cuanto lo tengamos.

—¿Cómo es el rito? —preguntó Aitor.

—Resumiendo —comentó ella—, hay que leer mucho, a Astaroth no le gustará nada e intentará huir, ahí es donde vosotros debéis usar los símbolos sagrados, incluso los exorcismos, para mantenerlo dentro

de su sello. Intentará escapar continuamente, pero yo, con el anillo del rey Salomón, evitaré que escape. Situando el anillo en el borde de su sello lo sellas, valga la redundancia, evitando que pueda escapar. —Señaló al grimorio—. Me he aprendido la oración de memoria, os he dejado a todos una copia en las sillas. Cuando yo os lo indique deberemos leerlo todos a la vez, mínimo tres veces, hasta que consigamos introducirlo en la botella. El proceso puede durar horas, así que preparaos… e id al lavabo antes si tenéis que ir —bromeó—. Una vez lo metamos en la botella, la sellamos para que no vuelva a escapar. ¿Entendido? —preguntó.

Miguel fue repartiendo a todos sus compañeros el documento con la oración para poder capturar a Astaroth.

—De acuerdo, entonces… ¿vamos a hacerlo? —preguntó Miguel mirando a todos.

—No tenemos otro remedio —replicó Aitor—, hay que intentarlo. Voy a llamar a Anael para que nos traiga el anillo.

Katherine dio unos pasos al frente.

—¿Y yo? ¿En qué puedo ayudar? —preguntó.

En ese momento todos se giraron hacia ella, como si no hubiesen caído en su presencia hasta ese momento. Tan concentrados estaban en lo que iban a hacer que se habían olvidado de ella.

—Valeria la miró… ¿has practicado la magia alguna vez? —Katherine negó—. Entonces es mejor que vayas a casa de Elena, vive aquí al lado. Elena y Nerea se van al piso de ella en Monforte hasta que las avisemos.

Katherine se giró hacia Víctor.

—¿Tengo que irme? —preguntó como si no quisiese abandonarle.

—Es lo mejor, es muy peligroso y puede durar horas, ya la has escuchado. —Estaba claro que no quería dejarlo solo, ya que su rostro se entristeció—. No te preocupes, te llamaré en cuanto acabemos. Todo irá bien. —Le sonrió—. En peores circunstancias nos hemos visto —recordó él y le guiñó un ojo.

Ella se quedó observándolo y, sin previo aviso, pues ni él esperaba aquella reacción por su parte, se puso de puntillas y le dio un beso en los labios. Víctor la cogió por la cintura.

—Muy bonito, sí —ironizó Miguel.

Víctor ni siquiera lo miró, no apartó la mirada de Katherine ni ella de él.

—Vete —le susurró.

Ella asintió justo cuando Anael hizo acto de presencia en medio de ellos.

Los miró a todos.

—¿Estáis listos? —preguntó mirando a Aitor, el cual asintió—. Valeria —pronunció dirigiéndose rápidamente hacia la puerta del

garaje—. Necesito que cojas el anillo, yo no puedo.

Valeria la acompañó con paso rápido seguida por Daniel y Aitor.

—Vamos —comentó Víctor instando a Katherine a que las siguiese para salir de su casa—. Katherine se marcha con Nerea y Elena —le indicó a Anael mientras esta abría la puerta.

Ella asintió y, nada más abrir la puerta, la alta figura de Gadreel apareció. No hizo falta que le dijesen nada. Gadreel alargó su brazo hacia delante para tenderle el anillo. Valeria lo cogió y miró a Gadreel.

En cuanto lo cogió entre sus dedos sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo. Sí, sin duda aquel era el anillo con el poder más absoluto que la humanidad hubiese conocido jamás.

—Siento su poder, su magia… —susurró ella observando el anillo, totalmente abrumada.

Gadreel miró a Anael y asintió conforme a lo que Valeria había dicho.

—Buena suerte. Capturadlo —les pidió.

Valeria asintió y fue directa hacia el resto de la división que se dirigía ya hacia la habitación donde realizarían el conjuro.

Gadreel se fijó en Katherine que venía directa a él y se apartó para dejarla salir por la puerta, pero en ese momento algo llamó su atención. Detuvo a Katherine colocando una mano en su estómago. Katherine lo miró asustada, pues su rostro denotaba terror.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Gadreel no dijo nada, simplemente introdujo su mano en el interior de la vivienda y la miró sorprendido. ¿Por qué no le afectaba entrar en la vivienda? Dio un paso al frente y entró en el garaje. Miró a todos lados y fijó su mirada en Anael y aquel grupo de humanos que ya entraban en la sala.

—¡Eh! —les gritó y miró directamente a Anael—. Si la casa está protegida, ¿por qué yo puedo entrar?

Anael dio un paso adelante, sorprendida mientras todos se removían inquietos. ¿Qué estaba pasando allí?

Gadreel miró las paredes rápidamente, sabiendo lo que debía buscar.

El tiempo se paralizó en ese momento, justo cuando observó aquel sello protector roto, cruzado por una línea blanca.

—¡El sello! —gritó Gadreel desesperado. Anael miró en aquella dirección mientras el resto de la división observaba asombrada—. ¡Recomponedlo! ¡Ya! —gritó.

No tuvieron tiempo de reaccionar.

Todo comenzó con una brisa fresca provocando que Gadreel girase su cabeza hacia la puerta.

—No —susurró.

Solo tuvo tiempo de extender sus grandes alas y colocar una de ellas ante Katherine para protegerla de la explosión que sucedió a continuación. Se acercó a ella y la abrazó con un brazo mientras el impulso de la onda los hacía retroceder por los aires.

La onda llegó hasta todos los allí presentes que salieron volando hacia atrás, llevándose la pared de la vivienda por delante, convirtiéndola en pequeños trozos que salían disparados en todas direcciones.

Gadreel cayó sobre el suelo protegiendo a Katherine con las alas y rodó sobre este hasta que se quedó quieto.

Víctor cayó al lado de Marcos y Aitor y se llevó la mano al pecho con un quejido. Al menos, esta vez, los uniformes habían absorbido parte del impacto.

Gadreel se incorporó de inmediato y miró a Katherine que parecía desubicada. Giró su cabeza y miró a Anael. Había caído al lado de Liú, cerca de la puerta de entrada a la habitación donde iban a realizar el conjuro para capturar a Astaroth.

Sus miradas se encontraron unos segundos, hasta que Gadreel vio el terror en los ojos de Anael. Se giró observando a aquellas dos altas figuras. Sus alas desplegadas abarcaban prácticamente toda la pared que habían derribado.

Se quedó totalmente paralizado al reconocerlos.

Lucifer y Belcebú caminaban hacia ellos con paso decidido, con sus túnicas negras que les llegaban hasta los pies, de corte cuadrado y atadas a la cintura por un cinturón de color gris oscuro grueso.

Lucifer fue el primero en entrar en el garaje mientras el polvo de la explosión aún se mantenía suspendido en el aire.

Gadreel cogió a Katherine de la cintura y la apartó rápidamente de allí, situándola tras él para protegerla.

Víctor miró a aquellos dos ángeles caídos con sus alas desplegadas de color oscuro, con una presencia imponente, y luego miró a Anael.

—Lucifer —susurró ella—. Belcebú.

No lo dijo para llamar la atención de ellos, sino sorprendida al verlos allí.

Ambos caminaban por el garaje con la mirada clavada en aquella habitación forrada de sellos y runas de protección.

Víctor miró a Katherine unos metros por delante, situada tras la espalda de Gadreel. A su lado tenía a Aitor y a Marcos que permanecían igual de impresionados que él, el resto de sus compañeros se encontraban en el mismo estado que él, sin poder reaccionar.

Una cosa era conocer a un ángel, aunque fuese caído, otra bien distinta era verlo exhibirse con ese poder. Con solo verlos sabías que no había nada que hacer contra ellos. Él ya había visto a Gadreel en

todo su esplendor cuando los había salvado de Astaroth, incluso a este último volar con sus enormes alas y luchar con ellas, pero la imagen igualmente era sobrecogedora.

—El grimorio —susurró Marcos paralizado a su lado, sin saber qué hacer.

Víctor miró a su izquierda, hacia aquella puerta abierta hacia donde se dirigían los dos ángeles caídos y buscó rápidamente a Valeria, pues sabía que ella había cogido el anillo.

La muchacha se encontraba tendida sobre el suelo, con una pequeña brecha en la frente que sangraba y mirando con odio a aquellos dos seres. Daniel estaba a su lado, arrodillado, con una de sus manos en su cinturón, sobre una de las dagas, por si debía defenderse. La mirada de Valeria voló hacia delante, pues todos habían pensado lo mismo. Víctor siguió su mirada hacia el anillo que había rodado unos metros por delante por el impulso de la explosión. Incluso entre todo aquel polvo que se elevaba en el aire, su resplandor era único, como un pequeño sol.

Víctor llevó su mano hacia su daga cuando se aproximaron en dirección a la habitación para entrar.

—No —le susurró Anael previniéndole, pues sabía que ni él ni ninguno de los allí presentes podía hacerles frente.

Lucifer caminaba por delante seguido de Belcebú. Este se detuvo y miró a Gadreel con una sonrisa maligna.

—Astaroth me ha dado un recado para ti —comentó—. Gracias por traer el anillo a este plano, es justo lo que necesitábamos —acabó con una sonrisa que distaba mucho de ser amistosa.

Gadreel negó con la cabeza sin poder articular palabra y miró directamente a Anael, la cual permanecía en el mismo estado que él, aunque estaba claro que no creía ninguna de las palabras que Lucifer pronunciaba.

Lucifer entró en la sala de los conjuros, extendió su brazo hacia el atril donde estaba depositado el grimorio y lo atrajo rápidamente hacia él. El grimorio pasó sobrevolando toda la estancia y Lucifer ni siquiera tuvo que pisar ninguno de los sellos que lo protegían.

Belcebú se agachó y cogió el anillo en sus manos. Se quedó observándolo y elevó su mirada hacia Valeria, la cual permanecía tumbada al lado de Daniel.

—Gracias —ironizó poniéndose en pie.

Aitor se puso en pie, no iba a dejar que se lo llevasen tan fácilmente.

—Eh —llamó a Belcebú, atrayendo la mirada de todos los allí presentes, luego llevó su mano hacia su pistola y la sacó con un rápido movimiento.

—¡Nooo! —gritó Anael previniéndolo.

Aitor no hizo caso a su recomendación y disparó el arma con la bala de plata hacia él, pero Belcebú alzó su mano deteniendo la bala, suspendiéndola en el aire sin ningún problema.

Negó con su cabeza dándole a entender que no estaba conforme con lo que acababa de hacer.

—Humanos… —pronunció con su mano alzada mientras Aitor miraba fascinado lo que aquel ángel caído hacía—, tan previsibles, tan impulsivos… —Belcebú movió su mano haciendo girar la bala rápidamente.

Anael fue consciente de lo que iba a hacer.

—Belcebú, ¡nooo! —gritó ella poniéndose de rodillas.

La bala salió disparada hacia Aitor, atravesándolo por el hombro sin que el traje pudiese impedirlo. Era tal la fuerza con la que conducía la bala hacia él que no pudo esquivarla.

Aitor gritó y fue impulsado hacia atrás, hacia la pared, ante la mirada atónita de todos sus compañeros.

—¡Nooo! —gritó Miguel corriendo hacia su compañero que caía por la pared dejando un rastro de sangre.

La sangre salía a borbotones de su hombro. Miguel colocó sus manos en su herida haciendo presión para que no perdiese mucha sangre.

—Jamás os atreváis a desafiarnos —pronunció Lucifer haciendo acto de presencia en el garaje con el grimorio en sus manos.

Anael miraba con odio a aquellos dos ángeles. ¿Cómo habían podido caer tan bajo? Una cosa era pelear por ser libres, otra cosa era herir a un humano, aquella era su ley número uno: “No interceder sin órdenes de su padre, no dañar jamás a un humano”.

Apretó su mandíbula mientras los veía alejarse con el grimorio y el anillo del rey Salomón, con aquellos objetos por los que tanto habían luchado. Ellos habían expuesto su vida para conseguirlos y hacerles frente. Giró su cabeza hacia Aitor, el cual gemía mientras Marcos y Lucas se agachaban a su lado para atenderlo.

Miró de nuevo hacia Belcebú y Lucifer conteniendo toda la ira que sentía hacia ellos.

—No —susurró para ella misma. No iba a permitirlo.

Gadreel captó su mirada, la intensidad de su gesto.

—¡Anael! —gritó al verla ponerse en pie—. ¡No lo hagas! —la advirtió.

No podía hacer otra cosa, pues él había perdido su luz desde el momento en que había sido desterrado de los cielos.

—Ehhh —gritó Anael llamando la atención de los dos ángeles caídos. En el momento en que se giraron Anael desplegó sus alas blancas, enormes y brillantes. La imagen los dejó a todos paralizados.

Anael dio un paso al frente y extendió una mano hacia ellos

mientras la luz en su pecho aparecía y se iba haciendo más cegadora cada vez.

Todos cerraron los ojos ante el destello de luz.

Anael dirigió su luz hacia los dos ángeles caídos que automáticamente echaron su brazo por delante.

—¡Anaeeel! —la previno de nuevo Gadreel—. ¡Basta! ¡No lo lograrás! —le gritó arrastrándose por el suelo hacia ella, sobre todos los escombros. La luz le quemaba, pero sabía que no conseguiría nada contra ellos dos.

Anael ni siquiera giró su cabeza hacia él, sino que dirigió toda su energía de luz hacia Belcebú y Lucifer.

—Regna terrae, cantate Deo, psallite cernunnos, regna terrae, cantata Dea psallite Aradia caeli Deus, Deus terrae —gritó ella provocando una fuerte corriente de aire hacia ellos dos.

Gadreel se vio desplazado hacia atrás por la fuerte corriente de aire, aunque intentaba con todas sus fuerzas no retroceder. El resto de la división se mantenía echada sobre el suelo, cubriéndose la cabeza de la intensa luz, pues era cegadora.

—¡Anaeeel! —gritó Gadreel de nuevo.

Conocía perfectamente a Lucifer y a Belcebú, pues había convivido aquellos últimos milenios con ellos, sabía de lo que eran capaces y de su poder, y Anael no tenía nada que hacer contra ellos. Sin embargo, ella si podía sufrir algún daño. Era mejor no provocarlos.

—Humiliter majestati gloriae tuae supplicamus. Ut ab omni infernalium spirituum potestate —continuó ella apretando los dientes para intensificar su luz.

Belcebú y Lucifer retrocedieron ante la fuerte corriente de aire y la luz, protegiéndose su rostro con el brazo por delante, hasta que, en un determinado momento, clavaron sus pies en el suelo para quedarse estáticos.

Lucifer bajó levemente su brazo para observar. Anael era un ángel con poder, pero no conseguiría realizarles un exorcismo a ellos dos.

—Laqueo, and deceptione nequitia, Omnis fallaciae, libera nos, dominates. Exorcizamus te, omnis immundus spiritus. Omnis satanica potestas —continuó ella echando su mano hacia delante para intensificar su poder.

Lucifer alzó el mentón.

—¡Anael! —gritó este con voz muy grave.

—Omnis incursio infernalis adversarii, omnis legio —continuó gritando Anael hacia ellos, ignorando su advertencia.

—Ya deberías saber que no tienes nada que hacer contra nosotros, tanto con tu luz como sin ella —indicó Belcebú bajando también su brazo con una sonrisa maligna.

Lucifer alzó su mano y avanzó levemente hacia delante.

Anael guardó silencio en aquel momento cuando sintió una fuerza invisible que la oprimía en el pecho y la impulsaba con gran fuerza hacia atrás.

Gritó cuando sobrevoló el garaje y se estrelló contra la pared que aún quedaba en pie.

—¡Nooo! —gritó Gadreel al verla estrellarse y caer al suelo, sobre un montón de escombros.

Se puso en pie y corrió hacia ella para asegurarse de que estaba bien. Por suerte, Anael, pese a ser el ángel del amor, era una guerrera.

—No deberías enfrentarte a nosotros, sabes que no tienes nada que hacer —pronunció Lucifer con la mirada fija en ella y, tras esas palabras, ambos desaparecieron.

Anael cerró los ojos unos segundos mientras Gadreel cogía su brazo y la ayudaba a ponerse bien.

—¿Estás herida? —preguntó de inmediato.

Ella negó y volvió a mirar en aquella dirección, donde habían desaparecido.

—Se los han llevado —susurró con los ojos llorosos—. Tienen los dos objetos de poder.

Gadreel inspiró con fuerza y alzó el mentón.

—Los recuperaremos —gruñó—. Juntos —sentenció.

Ella lo miró unos segundos y situó una mano en su pecho, asintiendo.

El gemido de Aitor hizo que se girasen hacia él. Anael fue la primera en salir corriendo hacia allí seguida por Gadreel, aunque Gadreel se detuvo un momento y miró a Katherine, la cual se ponía en pie lentamente.

—¿Estás bien?

Ella asintió justo cuando Víctor llegó hasta ella.

Anael corrió hacia el grupo que rodeaba a Aitor y se situó a su lado.

—¿Puedes curarlo? —le preguntó Miguel a Anael.

Ella negó.

—Yo no puedo, el único que puede es el arcángel Miguel con su luz —explicó.

—No te preocupes… mañana estaré como nuevo —comentó Aitor apretando los dientes. Miró a todos y se puso serio mientras Miguel apretaba la herida—. ¿Quién cojones ha roto el sello? —preguntó.

Todos se miraron de reojo y fue Liú quien se giró buscando a alguien.

—¿Dónde está Kemal? —preguntó poniéndose en pie.

Todos miraron alrededor. Valeria miró a Liú, incrédula.

—¿Crees que… que ha podido ser él?

—Los sellos los revisaste uno a uno —le recordó Efrem—, junto a

Anael, incluso media hora antes de que ellos llegasen del viaje. —Valeria se removió nerviosa—. Y, ahora, él no está.

Aitor miró a Marcos y a Lucas.

—Id a buscarlo… creo que tenemos que hablar —les pidió.

Ambos asintieron y se pusieron en pie. En una fracción de segundo desaparecieron de allí.

En ese momento, Elena y Nerea aparecieron corriendo. Al principio se quedaron boquiabiertas, pero Nerea gritó cuando vio a Aitor tendido en el suelo, sangrando.

—Tranquila, tranquila… la hemorragia ya se está cortando —la calmó cuando corrió hacia él.

Víctor tomó de la mano a Katherine y se acercaron al grupo. Miró a Gadreel y le agradeció con un movimiento de cabeza lo que había hecho, había visto claramente cómo la protegía en la explosión y durante la entrada de Lucifer y Belcebú.

—Y, ahora… ¿qué hacemos? —dijo mirando el destrozo ocasionado.

La parte delantera de la vivienda estaba destruida: donde antes había cuatro paredes ahora faltaba prácticamente toda la parte frontal, manteniéndose la vivienda con tres paredes.

—Hay que llamar a Paco y contarle lo sucedido —explicó mientras intentaba ponerse en pie. Nerea y Miguel lo ayudaron a levantarse.

—Y tú tienes que descansar —le sugirió Daniel—. Hay que ponerte puntos de sutura.

Aitor apretó la mandíbula cuando se puso en pie y rugió por el dolor. Sabía que en breve la herida cerraría, pero el dolor, igualmente, era intenso.

Giró su cuello y miró a Miguel.

—¿Puedes encargarte de llamar a Paco y explicarle todo?

—Claro.

Elena se adelantó.

—Venid a mi casa —les sugirió Elena indicándoles con un movimiento de mano que la siguiesen.

Todos caminaron lentamente entre los escombros dirigiéndose al final del garaje para salir al exterior.

Víctor cogió de la mano a Katherine mientras salían a la calle. El aire era frío y en el horizonte comenzaba a verse una fina línea anaranjada que anunciaba un nuevo amanecer.

Todos eran conscientes de lo ocurrido, aunque ninguno dijese nada.

Astaroth se había hecho con los dos objetos de poder necesarios para abrir las puertas del infierno, y no dudaban en que lo intentaría, ahora estaba en sus manos impedirlo, aunque esa misión fuese mucho

más peligrosa y arriesgada que la que acababan de hacer.

Aun así, no les quedaba otra que intentarlo de nuevo. Sus planes se habían torcido, pero debían luchar hasta el final para evitar que las puertas del infierno se abriesen y se iniciase una guerra entre los cielos y el infierno.

—¿Tú cómo estás? —le preguntó Katherine a Víctor.

Él asintió.

—Casi no tengo dolor…

—Y, ¿él? —preguntó señalando con un movimiento de la cabeza a Aitor que iba por delante de ellos, cogido por los brazos por Miguel y Nerea.

—Se recuperará pronto, en cuanto la herida se suture cicatrizará rápido —indicó—. No te preocupes, siempre hemos cuidado los unos de los otros y así seguiremos haciéndolo.

Ella sonrió de una forma tierna mientras caminaba a su lado.

—Y… ¿ahora qué haremos? —preguntó mientras se detenían esperando a que Elena abriese la puerta de su hogar.

Víctor miró a sus compañeros, la mayoría estaban en silencio, y luego observó a Anael que se acercaba junto a Gadreel.

—Ella nos guiará como ha hecho hasta ahora —susurró—. Debemos confiar en ella.

Katherine asintió y lo miró con intensidad.

—Con mi poder… —susurró—, puedo localizar el grimorio y el anillo.

—Lo sé —corroboró Víctor cogiendo con más fuerza su mano.

Elena abrió la puerta de la casa y todos entraron directamente. Miguel y Nerea fueron directos con Aitor al sofá para tumbarlo.

—¿Tienes para suturar? —le preguntó Miguel a Elena.

Ella negó directamente.

—En la casa debe haber —recordó Daniel—. Voy a por ello —dijo moviéndose rápidamente hacia la puerta.

—Ten cuidado —le instó Aitor incorporándose—. La casa se puede derrumbar en cualquier momento.

Daniel se detuvo en la puerta.

—Jefe, por favor… —ironizó Daniel antes de salir corriendo en dirección a su vivienda.

Víctor inspiró y dio un paso.

—Sé que soy un aguafiestas… —comentó con la mano cogida de Katherine—, pero debemos hacer algo. Se han apoderado del grimorio y del anillo, y todos sabemos lo que van a hacer.

—No lo harán de inmediato —interrumpió Anael llamando la atención de todos—. Abrir las puertas del infierno no es tan fácil. Hay que preparar un ritual cerca y la zona es muy remota. Se dan unas condiciones climatológicas extremas que dificultan llevar a cabo ese

cometido para un humano.

—¿De qué zona estamos hablando? —preguntó Aitor.

—De la Antártida —contestó Anael.

—¿La Antártida? —preguntó Katherine—. ¿Allí es… donde están las puertas del infierno?

Anael se giró y miró a Gadreel con dolor, este asintió.

—Ahí es —confirmó este y ladeó su cuello—. Allí está la entrada a lo que los griegos llamaban el Tártaro. ¿De dónde creéis que proviene el nombre de Antártida?

Todos se miraron conmocionados por la revelación.

—Lo hemos tenido siempre ante nuestras narices y nunca nos habíamos dado cuenta —ironizó Aitor con los dientes apretados.

Anael inspiró con fuerza y los miró a todos, a cada uno de los hombres que en esos momentos luchaban en secreto para que la guerra más peligrosa que podía desatarse sobre la tierra no lo hiciese.

—Primero debéis recuperaros todos —dijo mirando a Aitor y luego observó a Víctor—, y luego ya trazaremos un plan para evitarlo. —Se giró hacia Katherine—. Nos iría muy bien tu ayuda, Kata —comentó.

—Claro —respondió ella sin dudarlo.

Todo se había complicado en cuestión de segundos. Habían estado a punto de conseguirlo, pero el destino les deparaba algo para lo que ni siquiera ellos estaban preparados para afrontar. Solo de ellos, de aquel pequeño grupo de hombres y mujeres, dependía que las puertas del infierno no se abriesen y que el mundo que conocían siguiese tal y como estaba o, de lo contrario, todo lo que conocían y amaban desaparecía.

30

Valeria dio unos pasos en dirección a Kemal. Llevaba más de veinticuatro horas de interrogatorio. Lucas y Marcos lo habían encontrado a poca distancia de la vivienda, pues no había tenido tiempo de huir más lejos.

Desde un principio les había quedado claro que él era el culpable de la intromisión de Belcebú y Lucifer en el domicilio, que él había facilitado el robo de los dos objetos rompiendo unos de los sellos.

La reacción de Valeria, en un principio, había sido de dolor. Él había sido su amigo, incluso amigo de su hermano, sin embargo, era un traidor, ¿cómo no había podido verlo?

Kemal tenía su cabeza hacia abajo, después de tantas horas atado a una silla sin comer ni beber las fuerzas flaqueaban.

—¿Por qué lo hiciste? —gritó Valeria desesperada—. Confiábamos en ti. Eras nuestro amigo.

Lo cierto era que Kemal parecía arrepentido por lo que había hecho, incluso desesperado.

—Lo siento… me… —tragó saliva—, me dijeron que cuando se abriesen las puertas del infierno mi familia estaría protegida —pronunció con ojos llorosos—. Sabes que tengo dos hijos —lloró—. Fue solo por eso… Valeria.

Ella había alzado su mentón tras escucharlo decir aquello.

—¿Y el resto del mundo? —preguntó—. Todos corremos un riesgo con este trabajo, pero somos leales a nuestros ideales.

—Lo siento —sollozó.

—¿Cuáles son sus planes? —preguntó echándose sobre él.

Kemal negó.

—No lo sé. Jamás me los dijeron —susurró con dolor—. Simplemente era un trueque —confesó—. Yo les facilitaba los dos objetos de poder y ellos no dañarían a mi familia cuando las puertas del infierno se abriesen.

Aquellas palabras habían desesperado a Valeria.

—Supongo que ya sabes que quedas expulsado de la orden —pronunció con asco antes de salir de la habitación con un portazo y un grito de desesperación.

Traicionada, así es como se sentía.

Se habían instalado en la casa de Elena y tras hablar durante varias horas por la noche con Paco, su jefe directo, aquella mañana les había confirmado que ese mismo día iniciarían la reconstrucción de la casa.

Daniel se acercó a ella.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó cruzándose de brazos a su lado.

Ella negó con la cabeza, aún incrédula.

—Lo ha reconocido —susurró y lo miró desesperada—. Hizo un trueque con Farid para proteger a su familia. —Se pasó la mano por la cara, agobiada—. Pero no sabe nada acerca de su próximo movimiento ni de cuándo harán el conjuro —acabó con fastidio. Daniel inspiró hondo y se apoyó contra la pared. Bajó su mano y sujetó la de ella.

—No es culpa tuya.

—Debí darme cuenta de que nos iba a traicionar —musitó ella y apretó los labios. Se quedó mirando un punto fijo en la pared y giró su cuello hacia Daniel—. ¿Y Kata? ¿Hay avances?

—Sigue concentrada con Víctor —indicó. La miró de la cabeza a los pies—. Deberías descansar un poco, llevas toda la noche en esta habitación. —Ella asintió. Sí, no solo era el cansancio provocado por muchas horas sin dormir, sino el agotamiento mental que conllevaba la traición—. Descansa un poco. Ve a casa de Nerea y duerme unas horas —dijo indicándole que bajase las escaleras—. Yo hago guardia en esta puerta.

Valeria se acercó y lo besó.

—Gracias —dijo antes de alejarse de él.

En la habitación de enfrente Katherine permanecía tumbada sobre el colchón, sujeta a la ayahuasca, intentando buscar los objetos de poder.

Víctor se encontraba sentado frente a ella, observándola. Anael se encontraba en un lado de la habitación, sentada en una silla, mientras Gadreel caminaba despacio por la estancia.

Llevaba más de dos horas rastreando. No sabía si era demasiado tiempo, pero no quería despertarla y hacerla volver de aquella forma. Katherine les había especificado que, ante todo, no la sacasen del trance, así que debían confiar en ella, aunque había pasado demasiado tiempo ya.

Víctor miró preocupado a Anael y le señaló con un movimiento de cabeza a Katherine. Anael lo comprendió al momento y fue hacia ella situando una mano cerca de su frente. Cerró los ojos y respiró profundo.

Los abrió lentamente y se reclinó sobre él para no hacer ruido.

—Sigue viajando —musitó.

—¿Cuánto tiempo va a estar así? —preguntó Víctor desesperado.

Anael negó justo cuando Katherine abrió los ojos y suspiró. Eso llamó la atención de los tres que la miraron.

—Kata —exclamó Víctor levantándose de la silla y acercándose. Katherine se quitó la ayahuasca del brazo y se pasó la mano por los

ojos como si estuviese agotada—. ¿Ha habido suerte?

Ella cerró los ojos y, muy a su pesar, negó con la cabeza.

—Lo siento. Supongo que… deben de haber hecho algún conjuro o hechizo de invisibilidad igual que hicimos nosotros. Me es imposible encontrarlos. Lo siento —gimió—. He probado con el anillo y también con el grimorio, y nada.

Gadreel dio unos pasos.

—Lo que sabemos seguro es que ambos objetos se encuentran en este plano, y que deben usarse en un lugar cercano a las puertas del infierno. —Miró a Anael—. Los dos objetos acabarán en la Antártida, tarde o temprano.

—Pero… ¿en qué parte de ella? —preguntó Víctor—. Es un continente enorme.

Gadreel sonrió con ironía.

—Muchacho, ¿olvidas que me encerraron ahí durante una eternidad? —Víctor chasqueó la lengua—. Sé perfectamente dónde están las puertas.

—No sé si alegrarme de ello… —ironizó Víctor.

Gadreel se cruzó de brazos y miró a Anael.

—Debemos ir allí —ordenó.

Ella resopló y finalmente asintió.

—Sí, pero yo antes debo hablar con Miguel, debo ponerle al tanto de lo que ha sucedido.

Gadreel asintió.

—De acuerdo, entonces… ¿yo a vigilar la Antártida y tú a los cielos? —preguntó. Anael asintió—. Dejaré un rastro para que me sigas cuando acabes de hablar con Miguel.

Dicho esto, Gadreel desapareció.

Anael suspiró y miró a Víctor y a Katherine, todo se había complicado de golpe.

Víctor dio unos pasos hacia ella.

—¿Vas a ir ahora mismo? —preguntó.

Ella asintió.

—Cuanto antes lo sepa, mejor.

Katherine se levantó de la cama.

—¿Crees que podrían enviarnos ayuda?

—Lo dudo mucho, Kata. Sintiéndolo mucho, es una batalla que debéis librar vosotros principalmente. Una ayudita está bien, pero no podemos interferir más o se echará por tierra el libre albedrío.

Víctor y Katherine se miraron de reojo y asintieron.

—Y, ¿qué hacemos? —preguntó Víctor.

—Debéis partir hacia la Antártida —explicó ella—. Organizad el viaje y nos vemos allí —indicó ella—. Buena suerte —comentó.

—Igualmente —dijo Katherine antes de que ella desapareciese.

Katherine suspiró y agachó su cabeza. Quizá si pudiese ver algo no irían tan perdidos. Era de vital importancia encontrar aquellos objetos y, sin embargo, ella no podía hacerlo.

—Eh —dijo Víctor colocando una mano a su espalda, pues veía que se estaba castigando a sí misma—, no te culpes. Seguramente han hecho lo que has dicho y los han protegido con hechizos de invisibilidad.

Katherine permanecía pensativa.

—Sí, estoy segura de ello. —Se puso en pie un poco más nerviosa —. Debo hablar con la Aurora Dorada, necesito que intenten romper el hechizo de invisibilidad.

—Eh, eh… —dijo cogiéndola de la mano—, cálmate —pronunció infundiéndole calma, pues parecía realmente agobiada. Ella tragó saliva y se removió nerviosa—. Llevas toda la mañana probando a encontrarlos. Debes descansar o te agotarás. Tómate el resto del día libre y ya si eso mañana vuelves a probar… —Ella negó con su cabeza —. Si tienen un hechizo de invisibilidad, como es lo más lógico, eso no va a cambiar en las próximas horas. —Aquellas palabras hicieron que Katherine suspirase y finalmente asintiese—. Tranquila, saldremos de esta. Siempre lo hacemos. El mal no puede triunfar sobre el bien.

Katherine lo miró y le sonrió.

—Lo sé —dijo con esperanza.

Víctor descendió hasta sus labios y la besó con delicadeza.

Ahora tenía algo más por lo que luchar. Katherine había entrado en su vida como un soplo de aire fresco y le había dado una causa más por la que luchar: el poder tener un futuro con ella. Eso nadie se lo impediría, ni vampiros, ni demonios ni ángeles caídos podrían arrebatarle un porvenir juntos.

Se separó lentamente de sus labios y la observó a los ojos. Valía la pena luchar por aquel mundo.

—Vayamos a informar al resto.

Nada más salir de la habitación se encontraron con Daniel sentado en las escaleras, cerca de la puerta donde mantenían a Kemal atado a la silla. Se puso en pie de inmediato.

—¿Has conseguido algo? —preguntó mirando a Katherine.

Ella negó.

—No, lo siento. Supongo que han protegido los dos objetos con un hechizo.

Daniel asintió.

—Era lo más lógico, que hiciesen eso.

Víctor y Katherine bajaron las escaleras mientras Daniel volvía a sentarse para controlar la puerta. Desde el inicio de la escalera podía ver todo el comedor.

—¿Algo nuevo? —preguntó Aitor que ya estaba prácticamente

recuperado de la herida de la noche anterior.

—Los objetos están protegidos con un hechizo —explicó Víctor.

—No puedo localizarlos de ninguna forma —confirmó ella.

Todos asintieron.

—Gadreel se ha ido a la Antártida para vigilar, ya que deben llevar los objetos hasta allí para abrir las puertas y Anael ha subido a los cielos para hablar con Miguel. —Aitor asintió pensativo—. Anael me ha pedido que nos pongamos en marcha, hay que ir a la Antártida.

Todos se miraron de reojo.

—No… no tenemos piloto —comentó Miguel.

Aitor chasqueó la lengua.

—Hablaré con Paco para que nos facilite uno. ¿Podemos seguir usando el jet? —preguntó a Liú.

—Todo está a vuestra disposición —contestó Liú.

Daniel intervino desde la parte alta de las escaleras.

—De paso pide equipos de abrigo y más armas —le pidió a Aitor, el cual asintió mientras cogía de nuevo el móvil—. Creo que hace bastante frío allí.

Marcos los miró a todos confundido.

—Mmm… creo que en la Antártida no hay hoteles, ¿no?

—No, solo bases militares y de investigación —corroboró Lucas.

Aitor se quedó unos segundos en silencio, meditando las posibilidades.

—Hablaré con Paco para que lo prepare todo. —Cogió el móvil y miró a Kata—. ¿Te importaría acompañarnos? Nos iría bien que pudieses…

—Por supuesto que voy —contestó ella directamente—, además, cuanto más cerca esté de los objetos más fácil me será localizarlos.

—Estupendo… —contestó Aitor y miró a Daniel—. ¿Y Valeria?

—La he enviado a casa de Nerea a descansar… —comentó desde lo alto de la escalera.

—Valeria tiene un gran poder, nos iría bien que ella también…

—Claro, jefe, sabes que ella se apunta a un bombardeo —comentó Daniel como si la respuesta fuese obvia.

—Estupendo, pues… —dijo buscando el número de Paco en la agenda—. Id preparando las cajas con todo lo que podamos necesitar. —Miró a los miembros de la Aurora Dorada que se encontraban allí, uno a uno, así como a los miembros de la división—. Supongo que no tardaremos en partir —expuso dirigiéndose a una de las habitaciones para hablar con calma con su superior.

Víctor miró a Katherine y cogió su mano.

—¿Seguro que quieres venir? Será peligroso, y los viajes los puedes hacer desde cualquier parte del mundo.

Ella ladeó su cabeza.

—¿Crees que me asusta ir a la Antártida después de haber descendido a los infiernos? —ironizó—. No, como dije antes, cuanto más cerca esté de los objetos más fácil será para mí localizarlos. No hay más opción.

Él asintió y le sonrió. Luego miró de reojo cómo todos sus compañeros se ponían manos a la obra con las órdenes que Aitor les había dado.

—Creo que… nuestra cita tendrá que esperar un poco —bromeó esta vez.

Aquellas palabras provocaron una sonrisa por parte de Katherine.

—Lo bueno se hace esperar —contestó ella.

Víctor no pudo reprimirse y descendió de nuevo hacia sus labios, deleitándose en todo lo que le hacían sentir.

—Idos a un hotel —se burló Miguel pasando por su lado, aunque les sonrió con cariño y luego la miró a ella mientras se dirigía a la puerta. Todos irían a su vivienda a recoger el mayor número de armas que pudiesen cargar—. Bienvenida a la familia, Kata.

Ella le sonrió y asintió mientras Víctor la rodeaba con el brazo.

Todos salieron por la puerta rumbo a la vivienda medio derribada.

—¿Los acompañamos? —preguntó ella ya dando unos pasos hacia la puerta, aunque Víctor la frenó cogiéndola de la mano.

—Mmm… no —comentó de una forma pícara—. Si se van todos disponemos de una media hora antes de que vuelvan.

Víctor alzó sus cejas repetidas veces.

Ella ladeó su cabeza, sonriente.

—¿Y tu jefe? —susurró acercándose—. ¿Y Daniel? —lo señaló con un movimiento de cabeza.

Él le hizo un gesto gracioso.

—Déjamelo a mí —dijo instándola a que lo siguiese. Fueron hasta las escaleras y Víctor puso cara de serio—. Kata va a probar de nuevo con la ayahuasca, a ver si consigue algo —le informó mientras Daniel se apartaba para dejarlos pasar.

—Claro, a ver si hay suerte —mencionó él sin moverse.

Víctor abrió la puerta de la habitación y nada más entrar Katherine y cerrar la puerta tras ellos, ambos se fundieron en un apasionado beso mientras iban hacia la cama.

Venían tiempos muy difíciles, pero lucharían por su amor y por aquel mundo hasta su último aliento.

Se tumbaron con cuidado sobre el colchón, conscientes de que en breve sería muy difícil disponer de momentos de intimidad, pero si de algo estaban seguros era de que les esperaba un futuro magnífico a los dos, por mucho que fuerzas superiores a ellos quisiesen arrebatárselo.

Epílogo

Miró por la ventanilla de su jet privado mientras una turbulencia hacía que se moviese de un lado a otro. El descenso hasta tierra estaba siendo más largo y movido de lo que esperaba.

Había esperado toda su vida ese momento y, al fin, después de tantos años, lo había logrado.

Miró al asiento ubicado frente a él y observó los dos maletines. En cada uno de ellos guardaba uno de los objetos más poderosos de la humanidad: el grimorio del rey Salomón y el anillo del rey Salomón. Le parecía increíble tener aquellos dos objetos con él.

El viaje había sido largo, muy largo, pero esperaba que valiese la pena.

Suspiró cuando, finalmente, el jet tocó tierra y se desplazó a gran velocidad por la pista de aterrizaje. Durante unos segundos, la fuerza lo empujó hacia delante y maldijo a los cuatro vientos, pero luego el jet logró estabilizarse y tomó una velocidad más moderada.

Miró por la ventana y observó el sol en el horizonte.

Jamás había viajado hasta allí, pero sabía que en ese lugar cambiaría el curso del mundo y hallaría la paz que tanto buscaba.

El jet se detuvo en el hangar. Se quitó el cinturón y se puso en pie asiendo con fuerza los dos maletines que protegían aquellas valiosas reliquias.

El piloto del jet abrió la compuerta de cabina y salió para despedirse.

—Señor, un placer traerlo hasta aquí —dijo totalmente tieso.

Él no contestó, simplemente se limitó a esperar a que una de las dos azafatas que lo habían acompañado durante el vuelo abriese la compuerta y las escaleras descendiesen.

Asió con fuerza los dos maletines, uno en cada mano, y observó cómo la compuerta dejaba paso a las escaleras conforme descendía hasta tocar suelo.

La ráfaga de aire helado lo echó hacia atrás y estuvo a punto de perder el equilibrio, pero, por suerte, lo recuperó rápidamente.

—Señor, haremos que le envíen todo su equipaje a su ubicación —comentó el capitán.

—Gracias —respondió bajando el primer escalón, sin siquiera girarse.

El frío era sobrecogedor, seco. Debían rondar varios grados bajo cero. Sabía que en esa época la temperatura era baja, aunque fuese considerado verano.

Se subió su bufanda hasta la nariz y se echó la capucha de su abrigo de plumón por encima de la cabeza mientras descendía los escalones.

Un todoterreno lo esperaba para llevarlo hasta su nueva ubicación donde pasaría el resto de los días hasta el momento de usar los dos objetos de poder.

Un hombre descendió del vehículo para recibirlo.

—¿Señor Farid Ansari? —preguntó un militar tendiéndole la mano, aunque al ver que llevaba las dos manos ocupadas, cada una con un maletín, la retiró. Farid asintió, tras lo cual el hombre abrió la puerta del todoterreno para ayudarlo—. ¿Le ayudo?

—No hace falta.

Al menos, la temperatura en el interior del vehículo era buena, lo que le permitió quitarse la capucha y descender su bufanda en cuanto depositó los maletines sobre sus rodillas.

—¿Quiere esperar al resto del equipaje? —preguntó el militar subiendo en el asiento del conductor.

—No se preocupe, ya me lo traerán.

Lo más importante era llegar a un lugar seguro con los dos objetos y seguir protegiéndolos con hechizos para que no pudiesen localizarlos.

—Es un honor recibirlo, señor Ansari, esperamos que disfrute de su estancia en la Antártida —comentó—. Me han pedido que le entregue esto —comentó tendiéndole desde el asiento delantero un montón de sobres y documentos.

Farid observó los sobres debidamente precintados y abrió uno de ellos. En su interior había varios documentos con nombre falso que le permitirían pasar desapercibido entre todos los científicos y militares que se encontraban allí. Sabía perfectamente que la división y la Aurora Dorada disponían de bases de datos y podrían acceder sin problema. Debía ser todo lo precavido que pudiese.

Guardó los documentos de nuevo y miró a través de la ventanilla, hacia el horizonte, hacia aquel sol que permanecería suspendido en el cielo antártico hasta el mes de febrero, y sonrió.

—Seguro que sí —contestó con una sonrisa mientras el todoterreno se internaba en aquel paisaje blanco y helado.

FIN

AGRADECIMIENTOS

No quiero dejar pasar esta ocasión para agradecer, como siempre, a las personas que me han ayudado durante la escritura de esta novela.

En primer lugar, agradecer a Katherine Fernández su amistad y su ayuda como lectora cero. Kata, a ti que te gusta tanto la serie de los cazadores, qué menos que ponerte como protagonista de esta novela, ¡te lo has ganado! Espero que te guste el detalle. Ha sido muy divertido aprender expresiones típicas chilenas y emplearlas en la novela para darle ese toque especial que solo tú podías aportar. Muchas gracias por todo lo que haces por mí.

A mi pareja, Raúl Diaz-Peñalver, por sugerirme ideas y siempre estar dispuesto a concederme un rato para escribir, así como ayudarme tanto siempre. Muchas gracias por estar siempre ahí.

A Marien Fernández, de nuevo, miles de gracias por esa portada tan bonita y por las maquetaciones que haces. Siempre es un placer trabajar contigo.

Y, por último y no menos importante, millones de gracias a tod@s l@s lector@s que, de una forma u otra, me han animado a escribir esta serie y que siempre confían en mis novelas para evadirse de lo cotidiano y pasar un rato entretenido.